HISTORIA MEXICANA

VOL. XLV OCTUBRE-DICIEMBRE, 1995 NÚM. 2

178

Rituales cívicos

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL CENTRO
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Fundador: DANIEL COSÍO VILLEGAS
Directora: SOLANGE ALBERRO

La responsabilidad por las colaboraciones que se publican en la revista es exclusivamente de los autores. *Historia Mexicana* y El Colegio de México son ajenos a ella.

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México. *Suscripción anual:* en México, 76 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; instituciones, 50 dólares. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34 dólares. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones, 60 dólares.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

ISSN 0185-0172

Impreso en México/*Printed in Mexico*
Programas Educativos, S.A. de C.V., Chabacano 65-A, 06850 México, D.F.
Fotocomposición y formación: Literal, S. de R.L. Mi.

Certificado de licitud de título núm. 3405 y licitud de contenido núm. 2986, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas, el 30 de septiembre de 1988, y número de reserva 189-89 del primero de febrero de 1989.

HISTORIA MEXICANA

VOL. XLV OCTUBRE-DICIEMBRE, 1995 NÚM. 2

178

SUMARIO

PRESENTACIÓN

RITUALES CÍVICOS

Solange ALBERRO
El Colegio de México

TRADICIONALMENTE SE SUELE ASOCIAR el término "ritual" a la esfera religiosa. Sin embargo, en la mayoría de los países que se consideran o son considerados como occidentales, lo específicamente religioso sufrió desde la Ilustración un proceso que lo llevó a disociarse de las esferas con las que había mantenido relaciones tan orgánicas desde la antigüedad que carece de sentido tratar de establecer fronteras claras entre ellos. Así, los sistemas monárquicos siempre tuvieron raíces e implicaciones religiosas, mientras la organización estamentaria de las sociedades del Antiguo Régimen fue respaldada por un marco religioso, lo cual muestra cuán estrechamente vinculadas se hallaron durante siglos lo que hoy llamamos las esferas "política" y "religiosa". El siglo XVIII marcó el principio del desvinculamiento de estas esferas, al menos en el nivel de discurso y de proyecto, y el siglo XIX, cuando no la primera mitad del XX, consagró en la mayoría de los países occidentales su separación definitiva.

Sin embargo, la práctica propiamente política necesitó adoptar reglas y etiquetas para regir sus manifestaciones públicas, en particular las que tenían por función expresar un hecho o acontecimiento preciso y a la vez fijar en las mentes y los corazones las ideas e imágenes que afianzasen un mensaje determinado. De ahí el recurso a "rituales" y "liturgias", inspirados en los sistemas religio-

sos, como mecanismos apropiados para lograr estos propósitos.

Actualmente, resulta de sumo interés para el historiador estudiar estos rituales civiles y cívicos nacidos en el transcurso del siglo pasado. Porque la descripción de las fiestas, ceremonias y conmemoraciones llevadas a cabo por los Estados o sectores particulares de la sociedad —partidos, sindicatos, asociaciones de toda índole, etcétera—, la manera en que fueron concebidas y evolucionaron, el orden de sus distintas fases y momentos, la participación de determinados actores sociales y/o políticos, su importancia y aparato simbólico contribuyen, generalmente, a precisar, aclarar, matizar o incluso modificar propósitos expresados por otros cauces o implícitos. Bien lo sabe el lector contemporáneo o el televidente, quien interpreta instintivamente las fotografías —oficiales o no—, las imágenes de las ceremonias cívicas que surgen en la pantalla en los días significativos de la vida nacional, logrando tal vez descubrir en un detalle aparentemente insignificante un mensaje político premonitorio de un cambio próximo o consagratorio de una realidad aun no claramente percibida.

El presente número de *Historia Mexicana* está dedicado a los rituales cívicos del México decimonónico y casi contemporáneo. Los estudios que lo componen son novedosos y reflejan el dinamismo de la disciplina histórica en nuestro país, puesto que en su gran mayoría han sido escritos por jóvenes investigadores, quienes interrogan con seriedad, curiosidad y a menudo sentido del humor las noticias, relatos, descripciones y discursos apenas considerados por la historiografía tradicional. La mirada lúcida y crítica de estos jóvenes historiadores, marcados por los grandes derrumbes ideológicos de este final de siglo y sus consiguientes desengaños, nos ofrece una lectura personal de algunos procesos de formación de imágenes, ideas y conceptos que conforman una pequeña parte del imaginario del mexicano común y corriente. Además y sobre todo, descubrir los mecanismos y propósitos que suelen inspirar tales procesos nos obliga a abandonar cierta ingenuidad al respecto, y, por lo tanto, contribuye

a volvernos más conscientes y más críticos. Se cumple así con una de las misiones más importantes de la disciplina histórica, la de ayudar a entender y hasta cierto punto, manejar el presente.

Solange ALBERRO

TRADICIÓN Y MODERNIDAD: LA ORDEN IMPERIAL DE GUADALUPE. SU ORGANIZACIÓN Y SUS RITUALES

Verónica ZÁRATE TOSCANO
Instituto Doctor José María Luis Mora

A Juan Fidel Zorrilla y Ernesto Lemoine
In Memoriam

INTRODUCCIÓN

LA IMPORTANCIA DE LA ORDEN IMPERIAL DE GUADALUPE, creada durante el gobierno posterior a la consumación de la independencia, estriba en que el imperio, para consolidarse, creó, entre otras cosas, un cuerpo que aglutinaba a personas que ostentaban los atributos de honor, prestigio, riqueza, fidelidad y servicios a la patria. Dichos sujetos desempeñaban un papel de control social en torno a diversas instancias, como el ejército, la Iglesia, la burocracia, los centros de enseñanza educativa y puntos clave a nivel regional. Se pretendió crear un cuerpo nobiliario —o de características semejantes— con el fin de reforzar una corte imperial. La creación de dicho organismo permitía, a la vez, premiar los méritos de aquellos que habían contribuido a proyectar un nuevo país.

Los primeros años del México independiente fueron momentos de transición. Como el mismo Iturbide reconocía, "la forma monárquica de gobierno era el sistema que mejor se adecuaba al pueblo que recién se había liberado del yugo español".[1] Así, dicha organización política ostentaba innovaciones significativas y sin embargo, conservaba viejas tradiciones. Se procuraba reconocer y fusionar aquellos elementos del pasado reciente con los nuevos

[1] ROBERTSON, 1952, p. 308.

sectores emergidos de la guerra y de la moderna situación política. Todo ello tenía como objetivo sacar adelante a la nación que había roto sus lazos de dependencia con la corona española y el grupo hegemónico discurrió que la mejor manera de organizarse era a través de una monarquía constitucional.

Por otra parte, aún no había terminado el proceso de secularización y la sociedad mexicana todavía mantenía una relación íntima entre la Iglesia y el Estado. Por lo tanto, la monarquía constitucional se sustentaba en estos dos centros de poder y buscaba la conciliación de los intereses de ambos y la armonía de sus distintos miembros. En términos culturales y a nivel de las mentalidades, debemos entender que no existía una separación tajante e irreconciliable entre las instituciones civiles y las eclesiásticas, siguiendo la costumbre de los años virreinales. En este sentido, las principales ceremonias imperiales de carácter civil eran sancionadas por las autoridades eclesiásticas y ritualizadas a través de actos religiosos.

Analizando la formación de la Orden Imperial de Guadalupe, descubrimos el arraigo que tenían hábitos y costumbres y, a la vez, la introducción de innovaciones propias de los nuevos tiempos. Al considerar a los individuos seleccionados para ingresar a las filas de la institución honorífica y "ornamental", reconocemos a aquellas personas que se consideraban merecedoras de un premio y distinción según el concepto de la élite gobernante. Y finalmente, examinando la etiqueta, el protocolo y la fastuosidad de las ceremonias que efectuaron, encontramos rupturas y continuidades en las costumbres del México independiente respecto a la época virreinal. La Orden Imperial de Guadalupe se encuentra inscrita en un proceso cultural donde convive la tradición con la modernidad.

Origen de las órdenes

Las órdenes militares españolas surgieron en Castilla en el siglo XII, como consecuencia de las Cruzadas, con el pro-

pósito de luchar contra los moros, en favor de "Dios, su Rey y su Patria" y defender sus fronteras de un posible avance enemigo.[2] Los caballeros de Santiago, Calatrava y Alcántara —principalmente— mezclaron el carácter militar con el religioso, siguiendo las reglas de las Congregaciones de Cister y de San Agustín. Se constituyeron en asociaciones de hombres libres armados y de linaje noble que combatían a caballo; de ahí el nombre de caballeros. Como es bien sabido, sus hazañas fueron ampliamente difundidas a través de distintos géneros literarios, lectura predilecta de los que vinieron a conquistar América.[3]

Los caballeros estaban "unidos por unos mismos deberes y derechos y obligados no sólo a la práctica de las armas en la guerra, sino a una conducta noble en la vida, a la protección del débil y al castigo de toda injusticia u opresión".[4] Su conducta ejemplar los convertía en tipos ideales y modelos de imitación para el resto de la sociedad. Aunque en la vida diaria los caballeros estaban tal vez muy alejados de ser dechado de virtudes, servían indudablemente para establecer los valores de la justicia, la ética, el honor y ser hombres de bien.

Estas sociedades o comunidades llegaron a considerarse como una corporación poderosa dentro de la monarquía. Su riqueza, fuerza, dominio territorial, influencia, fueros y privilegios, en una palabra, su estatus, constituyeron un fiel reflejo de las políticas e intereses de la corona; no obstante, tal fuerza podía convertirse eventualmente en una amenaza para la monarquía. De ahí la necesidad de mantener la armonía y el equilibrio de las relaciones de fuerza.

Para ingresar a estas órdenes, se imponían ciertas condiciones y requisitos, como acreditar la legitimidad, limpieza de sangre e hidalguía, y tener medios de vida suficientes para llevar decorosamente las insignias.[5] Para ocupar los

[2] ROMERO DE TERREROS, 1912, p. 202. Para ampliar la información sobre el origen de las órdenes de caballería, véanse también, MARTÍNEZ COSÍO, 1946, MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 1974 y VARGAS, 1978.

[3] Véase LEONARD, 1953.

[4] *Diccionario*, 1952, t. II, p. 719.

[5] ROMERO DE TERREROS, 1912, p. 203.

más altos peldaños de la sociedad del antiguo régimen español, resultaba imprescindible descender de una familia con arraigo y exenta de la impureza derivada de prácticas judaicas e islámicas, de antecedentes criminales e incluso del ejercicio de oficios indignos. El hecho de contar con una rica hacienda era un punto secundario.

Todos los miembros de las órdenes militares españolas portaban un distintivo que los identificaba. Para el uso diario, se colocaban una cruz de la orden —recortada en paño— del lado izquierdo del traje o capa. Asimismo, usaban una medalla con la cruz —la venera—, que en ocasiones era una valiosa joya cuajada de piedras preciosas. Además, en eventos especiales de gala y ceremonias públicas, los caballeros revestían un elegante y costoso manto.

Este tipo de distinción social se trasladó a la Nueva España por medio de distintas prácticas culturales. Sabemos que durante la época colonial los americanos solicitaban su ingreso a las citadas órdenes españolas. Miembros de la nobleza, militares y personas distinguidas en general, nacidos en el Viejo o en el Nuevo Mundo, frecuentemente se preocuparon por ingresar a las filas de dichas corporaciones, con el fin de darle más lustre a su linaje. Aunque, por lo general, se recurrió a un proceso de selección severo, éste se fue relajando con el paso del tiempo y por la distancia de la metrópoli. Por ello, en el siglo XVIII, el número de caballeros americanos en las órdenes era considerablemente alto.[6] Además, las cifras se incrementaban por el hecho de que una sola persona podía pertenecer simultáneamente a varias órdenes.

Estas distinciones eran reservadas sólo a los varones. El papel de la mujer adquiría importancia en el sentido de que era consorte y progenitora de caballeros. De esta manera, se buscaba mantener la limpieza de sangre, tomando especiales precauciones al escoger a las esposas y madres de futuros caballeros.[7] Sin embargo, a fines del siglo XVIII,

[6] Véase LOHMANN VILLENA, 1947.

[7] En el Archivo Histórico Nacional de Madrid se conservan los expedientes de las consortes de los caballeros. Dicho material proporciona-

surgió un equivalente femenino, conocido como la Orden de la Princesa María Luisa, a la que perteneció la Marquesa de San Román, miembro de una de las familias más prominentes de la Nueva España.

Los aires de la modernidad trajeron formas alternativas de distinción y reconocimiento. A fines del siglo XVIII, la Real Orden Española de Carlos III se creó con el objeto de condecorar a los vasallos que hubiesen acreditado su amor a la corona a través de servicios distinguidos.[8] Este galardón apareció en una época en que se premiaba con títulos o condecoraciones a los servidores de la monarquía, subrayando el hecho de que la gracia se debía a los merecimientos personales más que a las relaciones de parentesco o méritos de los antepasados. Cabe señalar, sin embargo, que las órdenes militares ocuparon un lugar secundario en la escala nobiliaria de las monarquías europeas.

NACE UNA ORDEN MEXICANA

Días después de la entrada del Ejército Trigarante a la ciudad de México, el 9 de noviembre de 1821, Agustín de Iturbide, en su calidad de presidente de la Regencia, propuso

> la creación de una o dos órdenes militares [pues...] era menester que hubiese, conforme a la práctica de todas las monarquías, distinciones y honores con qué retribuir el mérito de cada persona según sus circunstancias.[9]

Esta idea, sin duda madurada por largo tiempo, se puso en práctica en el momento del triunfo. Aún no se oía la "aclamación popular" que sentaría a Agustín I en su trono imperial; se esperaba todavía la respuesta de los Borbones a la propuesta del Plan de Iguala, donde se solicitaba la

ría datos relevantes para el estudio del papel de las mujeres en organismos encaminados a destacar el lustre de los varones.

[8] ANES, 1989, p. 11.

[9] ALAMÁN, 1985, t. V, p. 451.

presencia de un príncipe europeo para encabezar una monarquía. Por lo tanto, no resulta extraño que los nuevos líderes encaminaran sus esfuerzos a convocar a los distintos sectores sociales, con el fin de preparar la infraestructura simbólica que sirviera de base a la monarquía.

La solicitud de creación de la orden fue turnada a la Soberana Junta Provisional de Gobierno, la cual aprobó sus estatutos el 20 de febrero de 1822, justamente cuatro días antes de la entronización del Soberano Congreso Constituyente. Éste, a su vez, los confirmó el 13 de junio, cuando Iturbide ya había sido electo emperador. De acuerdo con las constituciones (normas organizativas), existiría una asamblea que escogería a los agraciados; los nombramientos respectivos, expedidos por el Ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos, se hicieron pocos días antes de la coronación.[10] Distintas instancias de gobierno intervinieron sancionando, en su momento, la creación de un organismo honorífico.

Según Norbert Elias, "la corte sólo compartía su importancia como representante de la sociabilidad, como formador de la cultura social, desde entonces y cada vez más, con los círculos aristocráticos".[11] Ahora bien, el caso mexicano no era distinto, pues la corte establecida por el emperador Iturbide tenía el antecedente de los círculos formados en torno a los virreyes, los cuales, a su vez, eran una imitación de las cortes europeas. Incluso puede llegar a compararse la "buena sociedad" europea con nuestra clase propietaria de ese momento. Pero esta "buena sociedad" que rodeaba a Napoleón en el momento de su coronación como emperador ya no era la de antes. En efecto, según Elias, dicho grupo "no vuelve a alcanzar en conformación de la vida, en meticulosidad y refinamiento del modo de vida, las cotas antiguas, en virtud de las diferentes condiciones a las que debe su existencia".[12] El he-

[10] ROMERO DE TERREROS, 1921, pp. 42 y 44. *Constituciones*, 1822 y MORENO VALLE, 1975.

[11] ELIAS, 1992, p. 108.

[12] ELIAS, 1992, pp. 108-109.

cho de que las circunstancias relacionadas con la presencia de Iturbide en el gobierno fueran distintas de la tradición novohispana, no lleva implícito el abandono de la herencia cortesana colonial, la cual sobrevive y se adapta. La nueva convivencia y relación de fuerzas da como resultado formas modernas y diferentes.

En el caso mexicano, para formar la corte proyectada, los trigarantes pensaron que convenía recurrir a la antigua nobleza novohispana, incorporando a algunos de sus miembros prominentes a la llamada Familia Imperial de Sus Majestades. Asimismo, se procuró incluir en ella a algunos elementos destacados del clero y la milicia, los que ratificaban la pluralidad de los nuevos tiempos, aunque tampoco rompían demasiado con la tradicional sociedad estamental del antiguo régimen.

Iturbide no llegó a utilizar las prerrogativas de que gozaba como emperador para conceder títulos de nobleza. Sólo uno fue otorgado después de la consumación de la independencia, el de Marqués de la Cadena, que fue conferido por la Regencia, y fue, de hecho, la única distinción nobiliaria mexicana. Las razones de esta decisión parecen relacionarse con la hipótesis de Timothy Anna, en el sentido de que "esperaba que los nombramientos para la Orden de Guadalupe cumplieran el papel de la concesión de títulos nobiliarios".[13]

En vez de nombramientos individuales, se prefirió crear una corporación lo suficientemente amplia como para poder incluir a lo más granado de la sociedad, pero a la vez restringida, para evitar que se popularizara demasiado. Así, se establecieron tres categorías con un número limitado de caballeros en cada una de ellas: 50 grandes cruces y 100 caballeros de número, mientras los supernumerarios serían tantos como se consideraran convenientes. No sabemos a ciencia cierta cuáles fueron los criterios que concurrieron a fijar dichas cifras para cada categoría.

El nombre escogido para la orden se debe al hecho de que la virgen de Guadalupe era la Santa Patrona y protec-

[13] ANNA, 1991, p. 96.

tora del imperio y se le escogió "en reconocimiento también de los beneficios que hemos debido todos a la Providencia por su intercesión".[14] No podemos pasar por alto el hecho de que esta advocación de la virgen María tenía una fuerte carga simbólica "nacionalista" para amplios sectores de la población. Además, recordemos que la orden militar española con mayor arraigo era la que estaba consagrada a Santiago Apóstol, patrono a su vez de España.

Con la advocación religiosa —en este caso a la virgen—, se retomaba un elemento de la tradición hispana para incorporarlo a la cultura ahora mexicana y a una nueva manera de hacer política. La cristiandad americana, escribió David Brading,

> se originó no a partir de los esfuerzos de los misioneros españoles por admirables que éstos fueran, sino gracias a la intervención directa y al patrocinio de la Madre de Dios [...] Tanto criollos como indígenas se unieron en la veneración de la Guadalupana. Había surgido un mito nacional mucho más poderoso, porque tras él se hallaba la devoción natural de las masas indígenas y la exaltación teológica del clero criollo.[15]

La imagen de la virgen de Guadalupe sirvió para fundir, en distintos niveles y esferas, los intereses de los diferentes grupos sociales, los insurgentes, los realistas y los amplios sectores populares. Cada uno de estos grupos reconocía el lugar que le correspondía en la nueva jerarquía y el papel que debía desempeñar en los reacomodos sociales. Además, como ha señalado Clifford Geertz, el nacionalismo fue una fuerza motriz del cambio social.[16]

Características de la orden

¿Qué condiciones debían reunir los escogidos para pertenecer a la Orden Imperial de Guadalupe? Recordemos que

[14] *Constituciones*, 1822, artículo 2.
[15] Brading, 1973, p. 34.
[16] Geertz, 1992, p. 218.

ésta no sólo estaba destinada a premiar el mérito militar, sino también los servicios prestados a la nación en todos los aspectos. La membresía no se lograba a solicitud del interesado, sino por selección de la Asamblea de la Orden que calificaba los requisitos. Sin embargo, por la premura de ser incluidos en las ceremonias imperiales, los primeros miembros fueron nombrados por la Regencia, que acató las designaciones hechas por Iturbide.

Las condiciones para los candidatos eran: *1*) ser mayor de 25 años; *2*) ser ciudadano del imperio; *3*) estar en ejercicio de los derechos de tal; *4*) ser cristiano católico apostólico romano; *5*) gozar de prestigio público, y *6*) haber prestado servicios distinguidos al Estado. Las mujeres quedaban fuera de la orden y, a diferencia de las órdenes españolas de caballería, no eran imprescindibles las pruebas de nobleza. Si bien los tres primeros requisitos no resultaban imprescindibles, los tres últimos sí lo eran.[17]

El reconocimiento público no constituía en sí mismo una novedad, ya que los nobles y antiguos caballeros ostentaban los atributos de honor, prestigio y riqueza. Sin embargo, la innovación mexicana consistió en que tales signos no debían estar unidos a méritos muy remotos, ni a algún prestigio militar heredado sin la intervención real del aspirante. Los servicios "a la nación" deben obviamente ser entendidos como acciones concretas en favor de la independencia, por lo que el requisito implicaba, de hecho, la eliminación del mecanismo de herencia ligado al linaje, para sustituirlo por el mérito personal.

Asimismo, quienes habían buscado incorporarse a las órdenes coloniales de caballería, lo habían hecho para adquirir nuevos atributos de distinción. Pero con la Orden Imperial de Guadalupe, no era necesario forjar o "maquillar" brillantes genealogías, sino valerse de los méritos propios y recientes. El prestigio de un linaje como garantía de la distinción de un individuo había sido sustituido por el de los méritos personales.

[17] *Constituciones*, 1822, artículo 5.

Según lo establecido en el artículo 20 de los *Estatutos*, para ser condecorado se necesitaba "valor, ilustración, virtudes, patriotismo y fortuna para sostener el decoro de la Orden". Pero cuando el ciudadano careciera de esta última, sería "deber del Estado proporcionársela". Lo que se cuidaba ya no era el decoro particular de un individuo sino el de la orden. Como institución, su existencia misma exigía ciertos gastos pues, en primer lugar, proporcionaba a sus miembros las insignias que manifestaban su pertenencia a la orden. Igualmente, para uniformar las piezas de ropa que llevaban los caballeros, ella misma las mandaba hacer, aunque cobrando a los miembros su importe. Asimismo, debía costear las ceremonias que se realizaran, los gastos de conservación de la orden, sus alhajas, archivos, etcétera. A cada miembro que ingresaba al selecto grupo se le pedía un depósito de 500, 200 o 100 pesos, según cada categoría. De haber cubierto todos su cuota, más de 50 000 pesos —suma nada despreciable en una época crítica— hubieran ingresado a la tesorería.[18]

En cuanto a la ilustración que se requería de los miembros, sabemos que muchos de ellos se desempeñaban en profesiones liberales y habían recibido una educación superior. Cabe pensar que eran los ideólogos del nuevo sistema de gobierno y que participaban en las distintas instancias del poder. Sin embargo, para ingresar a la orden algunas personas distinguidas enfrentaban un impedimento por el hecho de pertenecer al Congreso. Su inclusión no hubiera sido una novedad ya que en las Cortes de Cádiz habían participado diputados distinguidos que eran cruzados de alguna de las órdenes de caballería. Pero el cuerpo legislativo mexicano se negó a que algunos de sus miembros recibieran la citada distinción. Ni siquiera aceptaron la propuesta de que el propio Congreso designara a

[18] A manera de comparación con el costo de pertenecer a las órdenes militares en la época colonial, diremos que en 1773 el Conde de San Mateo Valparaíso pagó 337 500 maravedíes —aproximadamente 1 240 pesos de 8 reales— por servicio de montado y galeras y licencia de profesor en Indias como caballero de la Orden de Santiago, AHN, *Órdenes militares*, 279, exp. 110 8157, Miguel de Berrio y Zaldívar.

los miembros agraciados. Dicha actitud fue interpretada como una defensa contra la pérdida de independencia de acción del cuerpo legislativo.[19]

La jerarquía de los miembros de la Orden Imperial de Guadalupe estaba en relación directa con su participación militar en la guerra de independencia. En este sentido, podría relacionarse, asimismo, con el patriotismo entendido como la defensa del territorio, la religión, las aspiraciones de la nación independiente, los proyectos para su mejoramiento, etcétera.

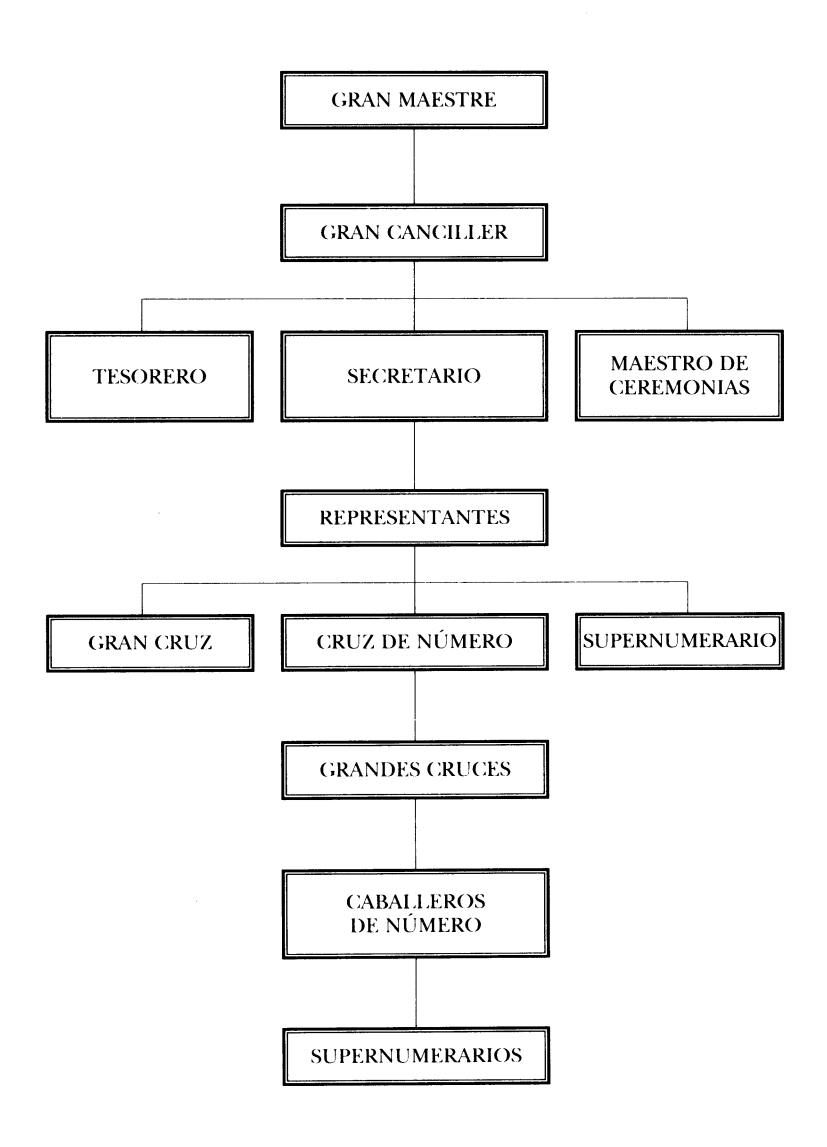
La orden estaría presidida por una asamblea, constituida de la siguiente manera: el gran maestre (Agustín I), un gran canciller (Juan Cruz Ruiz Cabañas, obispo de Guadalajara), un secretario (José María Mendívil, oficial mayor del Ministerio de Guerra), un tesorero (el Marqués de la Cadena), un maestro de ceremonias (Nicolás Maniau, lectoral de la Catedral), tres grandes cruces (Antonio Joaquín Pérez, obispo de Puebla; Pedro Celestino Negrete y el Marqués de San Miguel de Aguayo), tres caballeros de número (Agustín Iglesias, cura del Sagrario; Fernando Pérez Marañón, intendente de Guadalajara, y el Conde de San Pedro del Álamo), y tres supernumerarios (José Ignacio Verazueta, oidor; José Manuel Balbontín, alcalde mayor del Ayuntamiento de México, y José Ramón Malo e Iturbide, sobrino del emperador).[20] (Véase organigrama 1.)

Los cargos de canciller, secretario, maestro de ceremonias y tesorero eran perpetuos y nombrados por el emperador; el resto de los miembros se renovaría parcialmente cada dos años. La sede estaba en la ciudad de México y la asamblea se reuniría una vez al mes. Como puede verse, Iturbide, al ser nombrado la máxima autoridad y escoger a sus colaboradores, tenía el control completo de la asamblea y de la orden.

Los caballeros no sólo daban lustre al imperio sino que se esperaba de ellos que cumplieran con ciertas obligaciones. Al ingresar a la orden juraban vivir dentro de la reli-

[19] Alamán, 1985, t. v, pp. 627-628.
[20] Romero de Terreros, 1921, p. 44. Artículos 21-27 de las *Constituciones*.

Organigrama 1
Orden Imperial de Guadalupe



gión católica, defender y obedecer la Constitución y al emperador mientras éste se sujetara a ella. En efecto, la defensa del gobernante máximo era obligación de los caballeros de las órdenes militares europeas. Podría verse como una novedad de la orden mexicana el hecho de que las obligaciones de sus miembros estuvieran condicionadas a que el dirigente se sujetara a los principios constitucionales. Sin embargo, por esas mismas fechas, España estaba comprometiéndose a seguir los mismos principios ante el restablecimiento de las cortes en 1820 y la obediencia a Fernando VII como monarca constitucional. Este principio liberal fue introducido por los mexicanos en los estatutos de la Orden Imperial de Guadalupe.

La élite meritocrática prometía igualmente conservar "la libertad e independencia absoluta de la nación", la unión de sus habitantes, servir al Estado, no atentar contra dichos principios y, por supuesto, respetar y obedecer los estatutos. Esta obediencia se multiplicaba casi al infinito, ya que cada uno de los caballeros era obedecido a su vez por un gran número de individuos que dependían de él, de una u otra forma. Por lo tanto, la organización jerárquica de la orden alcanzaba, de hecho, a amplios sectores de la población.

Por último, debía ser constante en ellos "su generosidad en socorrer con sus consejos y con sus limosnas a los afligidos y menesterosos".[21] La piedad debía efectivamente seguir siendo una virtud importante en los caballeros, pero ésta debe ser entendida como parte de un proceso hacia la secularización, la cual terminaría años más tarde con las instituciones decimonónicas de beneficencia.

Cada una de las categorías conllevaba el disfrute de ciertos atributos. Los grandes cruces, recibían tratamiento de excelencia y gozaban de los privilegios que se concedieran a los grandes del imperio o a cualquier dignidad equivalente que se estableciera. Lo efímero del imperio impidió que se concretaran las ventajas más tradicionales, como los fueros, la exención de gravámenes, la ocupación de ciertos

[21] *Constituciones*, 1822, artículos 31 y 46.

puestos, etcétera. Por su parte, los caballeros de número eran reputados como títulos del imperio, mientras los caballeros supernumerarios, eran tenidos por nobles y podían ser nombrados por el gran maestre.[22]

La Cruz de la Orden Imperial de Guadalupe llevada por los caballeros era:

> [. . .] de oro, dividido cada uno de sus cuatro brazos en tres partes esmaltadas de verde, blanco y rojo, respectivamente; en el centro tenía una elipse con la imagen de Guadalupe en campo blanco, rodeada por la inscripción: Religión, Independencia, Unión, en un filete esmaltado de verde; surmontaba el brazo superior una corona imperial, sostenida por las garras de un águila; y del inferior, salía por la diestra un ramo de olivo, y por la siniestra una palma. En el reverso de la elipse se leía "Al patriotismo heroico".[23]

Recordemos que el águila había acompañado la fundación de Tenochtitlan y la Junta de Zitácuaro la había incluido en su escudo de armas. De ahí en adelante, formó parte del escudo nacional. Por su parte, la presencia del olivo simbolizaba sabiduría y paz, mientras que la palma era el emblema de la victoria.

El distintivo usado por todos los rangos era prácticamente el mismo y se sostenía con una banda que ostentaba los colores trigarantes; las variantes entre uno y otro eran sólo en el tamaño de la cruz y la banda. Así, los grandes cruces lo llevaban prendido en una banda ancha terciada y, sobre el pecho, una placa de la misma forma y hechura que la cruz, pero un poco más grande y sin corona ni águila. Los caballeros de número, por su parte, lo llevaban en el cuello, con cinta angosta y la placa al lado izquierdo, bordada sobre la casaca. Los supernumerarios, utilizaban la cruz pendiente del ojal de la casaca, con una cinta más angosta. Finalmente, los eclesiásticos de cualquiera de las tres categorías la llevaban al cuello, con la pla-

[22] *Constituciones*, 1822, *passim*.

[23] Las insignias se publicaron con las *Constituciones*, 1822, y han sido reproducidas por Romero de Terreros, 1921, p. 43.

ca respectiva al lado izquierdo de la capa. El emperador, como gran maestre, había de lucir siempre las insignias, tal y como puede verse en las pinturas oficiales que se le hicieron. Asimismo, el escudo de armas del imperio terminaba en la parte inferior con la cruz de la Orden Imperial de Guadalupe.

Durante las ceremonias, los caballeros usaban un manto que resultaba bastante espectacular:

> El de los Grandes Cruces era de raso carmesí, con una muceta[24] verde de la misma tela, moteada de plata, dos fajas blancas que caían del cuello a los pies, moteadas de los colores de la muceta, y dos cordones largos de seda, de los tres colores. Con este manto se usaba un collar de eslabones de oro, con un medallón de la Virgen pendiente de él. Los Caballeros de Número usaban el manto de algodón y sin muceta. El sombrero era blanco, con una ala levantada y adornado con plumas de los colores trigarantes.[25]

Todos los caballeros tenían la obligación de usar debajo del traje un escapulario bendito, de lana, con la imagen guadalupana.

Existe aquí una combinación interesante de símbolos religiosos y laicos. La presencia de la virgen de Guadalupe no se circunscribe a las insignias de la orden sino que implica el uso de un objeto de piedad y devoción religiosa como el escapulario. Por otro lado, la presencia de los colores verde, blanco y rojo no sólo en la cruz sino en la banda y el manto implican la ratificación del carácter nacionalista de la orden. De acuerdo con el significado de los colores de la bandera de las Tres Garantías, el blanco simbolizaba la pureza de la religión católica; el verde representaba el movimiento insurgente, o sea, la independencia, y finalmente, el rojo encarnaba al grupo español adherido al impulso libertador. Además, el lema: "Religión, Independencia, Unión" refleja los principios de las Tres Garantías que los consu-

[24] Esclavina de seda abotonada por delante, usada por ciertos eclesiásticos y doctores togados sobre la toga en actos solemnes.

[25] Romero de Terreros, 1921, p. 43.

madores de la independencia juraron defender. Finalmente, la leyenda "Al patriotismo heroico" consigna el deseo de veneración de los protagonistas de la nueva nación.

CABALLEROS Y HONORES

De acuerdo con la lista publicada en 1822, la primera selección de miembros de la orden ascendió a un total de 238 caballeros, encabezados por el gran maestre —que era el emperador. Luego venían las grandes cruces, que se subdividían en: cuatro grandes cruces para la familia imperial —tres hijos de Iturbide y su padre—, cinco grandes cruces prelados y 29 grandes cruces de participación general. Un segundo grupo estaba constituido por 96 caballeros de número y finalmente, 103 supernumerarios.[26] La consulta de otras fuentes nos permitió identificar las edades, ocupaciones y lugares de origen de bastantes miembros.

Como recordaremos, en las *Constituciones* se estipulaba que la edad mínima para pertenecer a la orden era de 25 años, aunque se consideró la posibilidad de hacer excepciones. Iturbide quiso que sus hijos menores de 15 años y príncipes del imperio, formaran parte del organismo. Por ello, recurrió a la dispensa autorizada por las normas de ingreso, lo que también hizo posible que otros personajes distinguidos, que tampoco alcanzaban la mayoría de edad, entraran a la orden. En el otro extremo, encontramos al padre de Iturbide, José Joaquín, príncipe de la Unión, cuya edad, en 1822, era de 86 años.

Haciendo a un lado los extremos, vemos que la edad promedio de los caballeros, 40 años,[27] corresponde, de hecho, a la madurez. Ellos habían nacido durante los últimos años de la época colonial, en que se registró a la vez un

[26] *Gaceta,* núm. 72. *Orden Imperial,* 1822.

[27] Las fuentes utilizadas sólo nos permitieron identificar a 84 personajes de un total de 238. Por ello estamos conscientes de nuestra gran carencia de información, pero quisimos presentar un cuadro general donde se mostraran algunas tendencias de las edades, aunque este acercamiento no sea definitivo.

auge económico sin precedentes y una crisis política muy profunda. En este sentido, es muy probable que hubieran participado en la guerra de distintas formas. Mientras algunos realizaron méritos de campaña, otros habían llegado a tener éxito en alguna otra actividad. Todos tenían experiencia y una posición económica desahogada, y representaban las aspiraciones de una nueva nación. Dentro de este grupo hallamos al propio emperador, que tenía 39 años.

En las órdenes de caballería, la antigüedad de la fecha de ingreso era un valioso criterio en el momento de asignar el lugar que ocuparían los caballeros durante las ceremonias y su rango o su poder en la institución. Sin embargo aquí, como todos los caballeros habían sido nombrados el mismo día, la antigüedad no correspondía al momento del ingreso a la orden sino a su edad.

Respecto a los lugares de origen de los caballeros,[28] algunos habían visto la luz en el Viejo Mundo, concretamente en España, Francia e Italia, pero se habían trasladado muy pronto al Nuevo Mundo, donde habían desarrollado su carrera. Vemos, asimismo, a otros representantes de Filipinas, Cuba, las Antillas y Argentina que pertenecieron a la fila de los realistas y muy probablemente habían combatido al lado de Iturbide. No resulta extraño que aparezcan también representantes de Guatemala, ya que esta última región se había incorporado voluntariamente, con el resto de Centroamérica, al imperio mexicano.

En cuanto a los novohispanos, hoy mexicanos, habían nacido a lo largo del territorio, sobre todo en el centro del país (Michoacán, Guanajuato, Veracruz, Puebla, Guerrero y Querétaro), en regiones que han pesado mucho sobre las decisiones nacionales, aunque ingresaron también algunos individuos de estados del norte, como Tamaulipas y Coahuila. Esta gran variedad regional obedece, sin duda, a una forma de representatividad de los poderes locales, lo cual garantizaba el mantenimiento de lazos con el centro del país.

La diversidad en las actividades desempeñadas por los miembros de la orden no es menor, y seguramente algunos

[28] En este rubro pudimos identificar a 104 de los 238 caballeros.

de ellos pertenecían también a ciertos sectores productivos.[29] Predominan los eclesiásticos (alto y bajo clero), funcionarios (desde miembros del Consejo de Estado hasta administradores) y militares —más de la mitad. La orden incorporaba en sus filas —de acuerdo con uno de sus principales propósitos, que era la fusión de todos los intereses— tanto a insurgentes como a realistas, borbonistas y republicanos, participando todos juntos, aunque manteniendo sus diferencias respectivas, en un mismo ritual de unidad nacional.

Esta unidad era ficticia y propensa a quebrarse fácilmente. El propio Francisco Bulnes asegura que Iturbide no veía con muy buenos ojos a los insurgentes, porque "no eran militares de carrera, no sabían ponerse ni llevar el uniforme, no tenían porte caballeresco".[30] Sin embargo, lo que Bulnes no consideró era que Iturbide buscaba, más allá de sus preferencias de clase y de casta, la participación, obediencia y asimilación del grupo insurgente. Por ello seleccionó a los que habían alcanzado los grados más altos en el ejército.

Reconocemos en la lista de caballeros a 15 nobles, muchos de los cuales ya formaban parte de la "Familia Imperial de Sus Majestades". Algunos de ellos incluso figuran como firmantes en el Acta de independencia: los Condes de Regla y Heras Soto, así como los Marqueses de Salvatierra, de San Juan de Rayas y de San Miguel de Aguayo. Podemos señalar, aunque parezca paradójico, que, en su gran mayoría, los nobles que permanecieron en el Nuevo Mundo tras la consumación de la independencia representaban, de hecho, una tendencia progresista.

Entre los caballeros de la Orden Imperial de Guadalupe encontramos, asimismo, a personajes que desempeñaron un papel importante en las altas esferas de la política de la primera mitad del siglo XIX, no sólo por méritos que les reconocía la orden, sino por otros que adquirieron en los años posteriores a la guerra de independencia. Algunos lle-

[29] Pudimos identificar las ocupaciones de 227 de los 238 caballeros.
[30] BULNES, 1919, p. 336.

garon a ocupar la presidencia de la República, como Vicente Guerrero, Anastasio Bustamante, Manuel Gómez Pedraza, Antonio López de Santa Anna, Nicolás Bravo, Mariano Paredes Arrillaga y Manuel de la Peña y Peña.

Lucas Alamán reconoce que la elección de los caballeros "se hizo con juicio y acierto, habiendo recaído, con pocas e inevitables excepciones de alguna predilección de parentesco y amistad, en las personas más respetables por su carácter y servicios".[31] Esto significa que, a excepción de los miembros del Congreso, los caballeros representaban al estado nobiliario que prevalecía en aquella época.

Las ceremonias y rituales

Las ceremonias eran actos de demostración de fuerza política y representaban una poderosa fuerza de cohesión social. La pompa no era sólo el oropel que cubría la corona del emperador, sino parte de los actos de gobierno. Éstos se ritualizaban a través de un complejo protocolo, constituido por una comunicación simbólica que llevaba mensajes distintos a cada uno de los sectores de la sociedad mexicana que los presenciaba o escuchaba su descripción.

En este sentido, Iturbide conocía muy bien la popularidad de que gozaba, gracias a sus acciones de campaña y a su labor de pacificación, según escribió en sus memorias.[32] Pero también estaba consciente de que debía acrecentar su carisma, limar las asperezas entre los distintos grupos políticos que lo rodeaban y crear la conciencia de vivir una época nueva.

Uno de los mecanismos de gobierno se realizaba a través de una teatralización donde intervenían cada uno de los grupos que conformaban la realidad mexicana. Las ceremonias, en términos generales, eran instrumentos de gobierno, que no sólo buscaban legitimar el poder, sino suscitar el respeto y la obediencia, dar una imagen de in-

[31] Alamán, 1985, t. v, p. 626.
[32] Navarro, 1906 y Zárate Toscano, 1994.

tegridad civilizada, transmitir nuevos valores, conservar las jerarquías sociales y acentuar sus diferencias. Las ceremonias definieron un nuevo protocolo, teniendo como base las añejas tradiciones y los pactos de los grupos emergentes de la guerra.

La Orden Imperial de Guadalupe salió a escena, por primera vez aunque de manera informal, en la coronación del emperador Agustín I, efectuada el domingo 21 de julio de 1822.[33] El fastuoso ceremonial se inspiró en el ritual romano y fue celebrado en la catedral metropolitana con todo lujo y ostentación. Lo enmarcó la suntuosa escenografía que requería el acontecimiento, engalanado por los caballeros de la Orden Imperial de Guadalupe con su presencia.[34]

La ceremonia con mayor realce y significación trascendental para esta orden es la inauguración de la misma, que se llevó a cabo el martes 13 de agosto de 1822. El acto fue cuidadosamente planeado, siguiendo puntualmente el imaginario social y apelando a la memoria histórica. La ceremonia estuvo cargada de simbolismos, algunos de los cuales nos pueden resultar ininteligibles en la actualidad, aunque en aquel entonces estimulaban, sin lugar a dudas, la sensibilidad de los participantes y asistentes. Fue un acto de origen medieval al que se le dieron significados nuevos mediante la modernización de viejas prácticas rituales.

La fecha fue escogida deliberadamente y se subrayó en la crónica del periódico oficial de la siguiente manera:

> Mexicanos: el mismo día en que por desgracia visteis otros años tremolar los pendones que publicaban vuestra esclavitud, es en el que se instaló la Orden Imperial Guadalupana para premiar a los verdaderos patriotas. Enjugad vuestro llanto, porque en lo sucesivo no volveréis a ver en el día 13 de agosto testimonios del oprobio, ni recordaréis la memoria

[33] Los miembros de la Orden Imperial de Guadalupe fueron invitados a la ceremonia de coronación de Agustín I, pero en esa ocasión asistieron sin la investidura de su rango, porque aún no recibían las insignias correspondientes.

[34] La descripción de la coronación se incluye en Romero de Terreros, 1921, pp. 25-33.

de los tiranos invasores; y sí se os presentarán motivos de alegría y felicidad debidos al genio de la libertad, al inmortal, Agustín Primero.[35]

La fecha evocaba la implantación del sistema monárquico español con la caída de Tenochtitlan pero, a partir de entonces, abría un futuro nuevo con el realce del naciente imperio. Intentaba sustituir un hecho trágico por uno victorioso. Los nuevos protagonistas eran los hacedores de la patria, nueva, llena de esperanza, con prácticas rituales también nuevas aunque provenientes de viejas tradiciones, encabezadas por un rey local.

Los caballeros se dieron cita a las ocho de la mañana en el palacio de Moncada ubicado en la calle de San Francisco —hoy palacio de Iturbide, calle de Madero—, espléndida casa propiedad de una familia de gran nobleza en la que residían el emperador y sus parientes. Una hora después se formó la procesión en la que desfilaron, sin seguir un orden determinado y sin una separación nítida, los miembros de las distintas corporaciones y los caballeros. El cortejo imperial, a bordo de coches, fue escoltado por un escuadrón de caballería vestido de gala. En la garita de Peralvillo se les unió un piquete de infantería del Resguardo y todos transitaron, desde ahí hasta la Colegiata de Guadalupe, por un camino engalanado con arcos de flores y cortinajes, ofreciendo un espectáculo singular a la gente que se acercó a ver desfilar la comitiva.[36]

Al llegar a la puerta de la iglesia, repicaron las campanas mientras el emperador era recibido por el cabildo de la Colegiata. Bajo el palio, Iturbide fue conducido al altar mayor, frente al cual hizo oración mientras los concurrentes ocupaban sus puestos. El templo lucía adornos elegantes, colgaduras de terciopelo carmesí con flecos y galones de oro y, en toda su extensión, había distribuidos muchos candiles de oro, plata y cristal con cirios encendidos. Acto segui-

[35] *Gaceta*, núm. 81.

[36] Nos hemos basado en la descripción de la ceremonia incluida en la *Gaceta*, núm. 81.

do, el gran canciller de la orden, el obispo de Guadalajara, Ruiz Cabañas, entonó el *Te Deum* y Agustín I fue conducido al trono situado al lado del Evangelio, cubierto con damasco y cercado por una barandilla de plata. A sus lados se sentaron los príncipes de la familia imperial. El resto de los asistentes, caballeros, corporaciones y público en general, se distribuyó a lo largo y ancho del templo.

En seguida, el gran canciller condujo al emperador al sitio donde se encontraba, bajo el dosel, el obispo de Puebla, Antonio Joaquín Pérez, quien oficiaría la misa. Agustín I se arrodilló al lado de una mesa, y poniendo su mano derecha sobre el libro de los Evangelios, prestó juramento. Después, el canciller tomó una espada y, haciendo sobre ella la señal de la cruz, le dijo:

> Vais a recibir la condecoración de [Gran Maestre] de la Orden Imperial de Guadalupe: así premia la patria a la virtud y agradece el mérito: sed fiel a lo que habéis prometido: continuad la carrera gloriosa que habéis emprendido y haced de manera que no desmerezcáis jamás el honroso nombre de digno hijo y de ciudadano de este Imperio: llevad siempre con vos las insignias de esta Orden ilustre: sean ellas un testimonio público de vuestro merecimiento, un recuerdo permanente de los deberes a que os constituís, y de la distinción que habéis dado a Dios y a la patria.[37]

En seguida le ciñó la espada, lo arropó con el manto y lo condecoró con las insignias de la orden. Iturbide volvió a su trono, tras lo cual dio principio la misa presidida por él ya en calidad de gran maestre de la orden.

Después del Evangelio, Agustín Iglesias, cura del Sagrario, predicó un sermón, tras el cual el secretario de la orden leyó el Juramento estipulado en las *Constituciones*. Al término de la lectura, los caballeros respondieron: "Sí juramos", a lo que el secretario agregó: "Si así lo hiciéreis, Dios os lo premie, y si no, os lo demande". Acto seguido vino la investidura de los príncipes, los cuales fueron conducidos por Nicolás Maniau, maestro de ceremonias, hacia

[37] Esto es lo establecido en las *Constituciones*, artículo 40.

el sitio donde se encontraba el gran canciller, quien los condecoró. Ya con sus insignias, besaron la mano del emperador. La crónica hace hincapié en la actitud de Iturbide, quien no permitió que su padre le besara la mano sino que se le adelantó, "escena [que] enterneció el corazón" de cuantos la vieron.[38]

Las autoridades, deseando abreviar la ceremonia, escogieron simbólicamente a un caballero de cada categoría para recibir las insignias de manos del gran maestre. Para esta ocasión fueron seleccionados Manuel del Campo y Rivas (antiguo insurgente), Juan Nepomuceno Gómez Navarrete (diputado en las Cortes Españolas de 1820) y Manuel Vasconcelos (militar). Cuando recibieron la señal del maestro de ceremonias, los demás caballeros se pusieron las insignias y los mantos, después de lo cual concluyó la misa, con la que quedaba inaugurada la nueva orden imperial.

El espectáculo continuó cuando Agustín I, escoltado por tropas de infantería y caballería, encabezó la procesión de los caballeros, revestidos con sus mantos e insignias, bajo de vela, por la plaza mayor de la Villa de Guadalupe. Dos caballeros grandes cruces y dos de número llevaban en hombros una imagen de su patrona, María Santísima de Guadalupe. Concluyó el día con un "espléndido ambigú" al que asistieron Iturbide y su familia.

Meses después, el 15 de diciembre, en el oratorio de San Felipe Neri, antigua casa Profesa de los jesuitas, se llevó a cabo una función más de la orden para celebrar a su patrona, la virgen de Guadalupe.[39] Además de los caballeros, asistieron las corporaciones, tribunales y demás autoridades, que fueron recibidos por ocho comisionados y conducidos a sus respectivos sitios dentro del templo. Como ya iba siendo costumbre, los soberanos ocuparon un trono en la parte inferior de la iglesia. La misa fue oficiada nuevamente por el obispo de Puebla, y se oyó el sermón de Manuel de la Bárcena, antiguo miembro de la regencia del

[38] *Gaceta*, núm. 81.
[39] *Orden Imperial de Guadalupe*, 1822.

imperio. Al momento del Evangelio, "todos se pusieron los sombreros y desenvainaron sus espadas".[40]

El último acto público de la orden se llevó a cabo en las honras fúnebres por los caballeros difuntos, el 16 del mismo mes. Resultaba un tanto sorprendente que se efectuara una ceremonia luctuosa a escasos meses de inaugurada la orden. Pero descubrimos que en la lista de miembros se incluyó a Juan O'Donojú, a quien se quiso rendir un merecido homenaje con el fin de "perpetuar su buena memoria".[41]

De acuerdo con lo estipulado en las *Constituciones*, el 2 de marzo se debía verificar otra ceremonia, por ser el "aniversario del pronunciamiento de la independencia en Iguala, ¡día de eterna memoria para el Imperio!".[42] Sin embargo, el gobierno de Iturbide sufrió una crisis, el ejército le retiró su apoyo y se produjeron diversos levantamientos en todo el territorio. Otro elemento que ayuda a explicar la caída de Iturbide fue el desconocimiento del Congreso legal. La crítica situación provocó que Agustín I abdicara al trono el 19 de marzo. Con ello llegaba a su fin el imperio, arrastrando irremediablemente tras de sí a la Orden Imperial de Guadalupe, la cual cerraba de esta manera la primera etapa de su existencia.

En los primeros años del México independiente, la tradición de la Orden Imperial de Guadalupe subsistió débilmente; sólo algunos de sus miembros continuaron identificándose a sí mismos como caballeros de la orden. Esta continuidad sólo fue posible gracias al apoyo de algunos interesados en mantenerla a flote.

La orden volvió a aparecer en una segunda etapa, debido a la intervención de uno de sus viejos miembros: Antonio López de Santa Anna. Sus estatutos se formaron el 12 de noviembre de 1853,[43] y su entronización se verificó, nuevamente, en la Colegiata de Guadalupe el día 19, donde se impusieron cruces y bandas. Sin embargo, su exis-

[40] ROMERO DE TERREROS, 1921, p. 46.

[41] *Orden Imperial de Guadalupe*, 1822.

[42] *Constituciones*, artículo 33.

[43] *Estatutos*, 1853.

tencia fue efímera y acabó con las esperanzas de Santa Anna. Diez años después, la Regencia del Segundo Imperio reinstauró la orden el 1º de julio de 1863 y el propio Maximiliano la confirmó un año después, pero como había sucedido con Iturbide y Santa Anna, se extinguió con el segundo imperio.

Consideraciones finales

José Manuel Nieto Soria ha planteado una tipología de los alcances y significados de las ceremonias reales en la Europa medieval. En términos generales, la ceremonia de la Orden Imperial de Guadalupe tiene semejanzas con las llamadas "ceremonias de cooperación", es decir, las dirigidas a la obtención de solidaridades políticas, llevadas a cabo en actos ritualizados y públicos, que sellaban los pactos de cooperación a través de mecanismos legitimadores. El autor considera que dichas ceremonias se manifiestan a través de juramentos, discursos ceremoniales, reuniones de cortes e investiduras caballerescas.[44]

Por lo que hemos visto, la Orden Imperial de Guadalupe tuvo un acentuado carácter político y su dinámica correspondía a las ceremonias de cooperación. El gobierno de Iturbide necesitaba fomentar la credibilidad entre sus súbditos, legitimar su poder a semejanza o calca de las cortes europeas, crear un orden respaldado por la participación popular. En este sentido, podemos afirmar que sus ceremonias manipularon las formas, cambiaron ciertos significados e inculcaron nuevos valores. Se establecieron mecanismos para demostrar la lealtad y solidaridad con los dirigentes que ejercían el poder de manera más cercana y que habían surgido, en su gran mayoría, de las filas de los propios habitantes del país. Asimismo, se dio al elemento militar un valor que no había alcanzado anteriormente.

No obstante, las ceremonias de la Orden Imperial de Guadalupe también revelan otros problemas no políticos;

[44] Nieto Soria, 1993, pp. 59-76.

por ejemplo, la amalgama entre las prácticas y manifestaciones religiosas y las cívicas. Los actos y símbolos religiosos y cívicos, estaban íntimamente entrelazados; por ello era posible enviar mensajes acordes con la asimilación de cada uno de los sectores de la sociedad. En los emblemas, discursos, normas y juramentos se fomentaban valores como el sentimiento patriótico, la obediencia y fidelidad a la nueva nación, el orgullo de ser un buen ciudadano, el seguimiento de los preceptos de un buen cristiano, entre otros.

Las ceremonias de la Orden Imperial de Guadalupe tenían también entre sus fines el de proporcionar un placer y agradar a los participantes. Sin embargo, no faltaron críticas crueles contra ellas, como las de Carlos María de Bustamante. En varios de sus escritos, llamó la atención del público al calificarlas como comedias de títeres, "mojigangas" antiguas, criticando a los bobos vestidos ridículamente y a los inocentes timados con las cuotas de inscripción.[45] Tal vez el célebre escritor no estuviera del todo equivocado y su punto de vista trataba de anular la carga simbólica de dichas ceremonias.

El protocolo y etiqueta de las ceremonias se apegaron a las enseñanzas europeas, sancionadas en los manuales, pero también introdujeron ciertas innovaciones a la mexicana, tales como la utilización de elementos arquitectónicos efímeros con los colores de la emancipación, la presencia del águila fusionada con las coronas imperiales y la veneración de los espacios públicos tradicionales incluyendo, por supuesto, el fervoroso culto a la virgen del Tepeyac. En general, los caballeros buscaban participar en el nuevo régimen, difundían los nuevos símbolos del poder e intentaban apropiarse de los valores recién surgidos, todo lo cual les proporcionaba los atributos de un estatus más elevado.

Pero considerar sólo la participación de los caballeros o de los principales protagonistas limita el sentido de estas ceremonias, que estaban destinadas al público en general. La teatralidad de los eventos requería de un nutrido y variado número de concurrentes, quienes demandaban la

[45] BUSTAMANTE, 1980 y 1985, *passim*.

espectacularidad y el boato en cada una de las representaciones. En el escenario todos desempeñaban un papel, según su jerarquía social y su origen geográfico. Así, los caballeros estaban muy lejos de ser solamente unos tiernos y cándidos "huehuenches", como los llamó fray Servando Teresa de Mier.

Lo que hemos descrito constituye uno de los primeros rituales cívicos que se efectuaron en el México independiente. En él, además de los elementos civiles y religiosos tradicionales, se añade el militar, que logró la consumación de la independencia y generó la matriz del orden nuevo. A partir de entonces y durante buena parte del siglo XIX, la jerarquía se basó en valores militares. Incluso el papel de la virgen de Guadalupe adquirió un mayor peso como elemento patriótico, netamente vinculado con lo militar.

Asimismo, se hace evidente la necesidad de conferir cierta continuidad a la élite social, aunque incorporando nuevos elementos. En este proceso se crea una nueva aristocracia, sin destruir del todo a la antigua.

Finalmente, los símbolos utilizados en estas ceremonias y rituales desempeñaron un papel importante en el establecimiento de una relación sólida con la tradición, a la vez que dieron origen a nuevos elementos que ya participaban de la modernidad.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AHN Archivo Histórico Nacional, Madrid, *Órdenes militares* 279, exp. 8157.

ALAMÁN, Lucas

1985 *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente.* México: Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 5 vols.

ANES, Gonzalo

1989 "Sociedad y Economía", en *Actas del Congreso Internacional sobre Carlos III y la Ilustración.* Madrid: Ministerio de Cultura, vol. II, pp. 1-136.

ANNA, Timothy E.

1991 *El imperio de Iturbide.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Alianza Editorial, «Los Noventa, 70».

BRADING, David A.

1973 *Los orígenes del nacionalismo mexicano.* México: Secretaría de Educación Pública, «SepSetentas, 82».

BULNES, Francisco

1910 *La guerra de Independencia. Hidalgo-Iturbide.* México: Talleres Linotipográficos de "El Diario".

BUSTAMANTE, Carlos María de

1985 *Continuación del Cuadro Histórico. Historia del emperador Agustín de Iturbide y establecimiento de la república popular federal.* México: Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 8 vols.

1980 *Diario Histórico de México. Diciembre 1822-junio 1823.* Notas de Manuel Calvillo, edición de Rina Ortiz. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, vol. I.

Constituciones

1822 *Constituciones de la Imperial Orden de Guadalupe, instituida por la Junta Provisional Gubernativa del Imperio, a propuesta del Serenísimo Señor Generalísimo Almirante don Agustín de Iturbide en 18 de febrero de 1822.* México: en la oficina de D. Alejandro Valdés, impresor de Cámara del Imperio.

Diccionario

1952 *Diccionario de Historia de España.* Madrid: Revista de Occidente, 2 tomos.

ELIAS, Norbert

1982 *La sociedad cortesana.* México: Fondo de Cultura Económica.

Estatutos

1853 *Estatutos de la Nacional y Distinguida Orden Mexicana de Guadalupe.* México.

Gaceta

1822 *Gaceta del Gobierno Imperial de México,* tomo II, núm. 72 del 25-VII-1822, y núm. 81 del 15-VIII-1822.

GEERTZ, Clifford
1992 *Las interpretaciones de las culturas.* Barcelona: Gedisa, «Hombre y sociedad, Antropología».

LEONARD, Irving Albert
1953 *Los libros del conquistador.* México: Fondo de Cultura Económica.

LOHMANN VILLENA, Guillermo
1947 *Los americanos en las órdenes nobiliarias, 1529-1900.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 2 tomos.

MARTÍNEZ COSÍO, Leopoldo
1946 *Los caballeros de las órdenes militares en México. Catálogo biográfico y genealógico.* Presentación de Ignacio del Villar Villamil. México: Santiago.

MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, José Luis
1974 *Orígenes de la Orden Militar de Santiago, 1170-1195.* Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, «Anuario de Estudios Medievales, 6».

MORENO VALLE, Lucina
1975 *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, 1821-1853.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, «Serie Guías, 2».

NAVARRO Y RODRIGO, Carlos
1906 *Vida de Agustín de Iturbide. Memorias de Agustín de Iturbide.* México: A. Pola.

NIETO SORIA, José Manuel
1993 *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara.* Madrid: Nerea.

Orden Imperial de Guadalupe
1822 *Miembros de la Orden de Guadalupe,* Impreso en México, y en Puebla, en la oficina de don Pedro de la Rosa, Impresor del Gobierno.

ROBERTSON, William Spence
1952 *Iturbide of Mexico.* Durham, North Carolina: Duke University Press.

ROMERO DE TERREROS, Manuel

1912 "Las órdenes militares en México", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, IV, pp. 197-235.

1921 *La corte de Agustín I, Emperador de México.* México: Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.

VARGAS ZÚÑIGA, José Antonio, Marqués de Siete Iglesias

1978 "Órdenes militares españolas", en *Hidalguía. La revista de genealogía, nobleza y armas* XXVI: 150 (sep.-oct.), pp. 767-794

ZÁRATE TOSCANO, Verónica

1994 "Agustín de Iturbide: entre la memoria y el olvido", en *Secuencia*, 28 (ene.-abr.), pp. 5-27.

DE LA FIESTA MONÁRQUICA A LA FIESTA CÍVICA: EL TRÁNSITO DEL PODER EN PUEBLA, 1821-1822

Mariano E. Torres Bautista
El Colegio de Puebla

La fiesta cívica como temática

Durante los años de 1821 y 1822 se verificaron una serie de fiestas de carácter público que fueron marcando la caída de la monarquía española y la difícil organización de un gobierno autónomo en México. Estas fiestas cívicas ¿eran un verdadero encuentro o el escaparate ofrecido por la autoridad a la población? ¿Cuál era su función? ¿Cuándo surgen las diferencias entre la fiesta monárquica virreinal y la fiesta cívica republicana? ¿Qué papel desempeñaron las formas externas usadas en los actos públicos que marcan el tránsito del poder de la corona española a la élite novohispana independentista? Los interrogantes a propósito de estos eventos, hoy diríamos de masas, pueden ser tan diversos como los ángulos y facetas de toda manifestación colectiva. La fiesta como fenómeno social, conmemoración y regocijo masivo, por la expresión festiva que corresponde a la satisfacción de anhelos políticos y sociales, puede constituirse en un tema de estudio.

Tratándose de una época de tránsito, las características de estos acontecimientos fueron cambiantes, incluso híbridas, y compartieron las características de dos épocas y dos regímenes. Hemos privilegiado el análisis a partir de la documentación del cabildo de la ciudad de Puebla, no sólo por su abundante información, sino por la importan-

cia que tenían entonces las ciudades en general como unidades políticas y en especial Puebla, que tuvo un papel estratégico en el proceso de independencia.

Las fiestas que son objeto de nuestro estudio fueron organizadas por el cabildo de la ciudad de Puebla entre julio de 1821 y junio de 1822 y tuvieron por fin manifestar, a través de las celebraciones públicas, los profundos cambios políticos que corresponden a lo que conocemos como el proceso de independencia. En estas fiestas podemos distinguir cuatro momentos decisivos. El primero, corresponde a la capitulación de la ciudad de Puebla, que, paradójicamente, fue celebrada por las autoridades y los vecinos en general. El segundo, coincide con la jura del Plan de Iguala, que avaló la legitimación del proyecto de emancipación política. Éste fue, sin lugar a dudas, el festejo más interesante para nuestro objetivo, pues unió viejos y nuevos rituales, en una celebración verdaderamente apoteósica. Finalmente, el establecimiento del I Congreso Mexicano y la entronización de Iturbide como monarca constitucional dieron lugar a dos fiestas reveladoras de las intenciones de las élites poblanas, de acuerdo con la nueva situación política.

La capitulación de la ciudad de Puebla, último bastión de la corona española

Se acordó que el jueves, luego que salga la tropa, se publique el Bando necesario para las colgaduras en la ciudad e ylumінación general por tres días consecutibos [. . .] que el portero de semana tenga bien aseada y limpia la sala y antesala Capitular [. . .] Que al Ylmo Sr. Obispo se le oficie suplicándole encargue á los párrocos de la ciudad y de toda la carrera hasta Coatepec exhorten a sus feligreses guarden la mayor consideración a las tropas que dejan la ciudad: Que a los señores Regidores ausentes se les oficie para que a la mayor brevedad estén en la ciudad por la mucha falta que están haciendo, [. . .] que los S.S. Escurdia y Mallol (Regidores del Cabildo de 1821) corran con los conbites al Ylmo. Sr. Obispo, el venerable Dean y Cabildo, a los s.s. Gefes del exército,

> autoridades, gefes de la hacienda pública, párrocos y cabezas de Comunidad para el recibimiento en la Garita que se designe, refresco y banquete.[1]

Este festejo, acordado por el Ayuntamiento de la ciudad de Puebla el 7 de julio 1821, pretendía dar muestras de regocijo y no de resignación ante la capitulación-sometimiento impuesta por las fuerzas de Nicolás Bravo, vencedor del último bastión de la corona española en el antiguo reino de la Nueva España, pues la fidelidad a Fernando VII de las élites locales fue más significativa que la lealtad del piquete de soldados que permanecieron acuartelados por meses en el fuerte de San Juan de Ulúa.

La decisión no había sido fácil puesto que la ciudad se había rodeado de parapetos y concentraba al último puñado de soldados del regimiento de Fernando VII y del de Dragones provinciales. De hecho, Puebla era una importante plaza que había preparado a su población para la defensa de la fidelidad al monarca español. Asimismo, los esfuerzos de sus autoridades antes del sitio se habían centrado en la instalación de su diputación provincial y de su representación ante las cortes de Madrid. Porque en Puebla se esperaba mucho de la evolución eventual del régimen constitucional español y la posición de los principales actores políticos locales era fidelista, hasta sus últimas consecuencias. En marzo se había proclamado la unidad en torno al monarca, a la Constitución jurada por el rey en mayo de 1820 y se había jurado "...obedecer las leyes y mantener la integridad del territorio español, unidos con la metrópoli y su actual gobierno...".[2] La toma del puerto de Acapulco a manos del virrey Juan Ruiz de Apodaca fue motivo de regocijo para la élite local. Sin embargo, los argumentos de Nicolás Bravo, que con la capacidad de disuasión militar eran convincentes, políticamente hablando, lograron que las autoridades de la Puebla de los Ángeles, sostenes político y económico de los regimientos

[1] AMP, *Actas de Cabildo,* 7 de julio de 1821.
[2] AMP, *Actas de Cabildo,* 2 de marzo de 1821.

españoles, se sumaran al Plan de Iguala, al aceptar "una capitulación honrrosa que concilie el honor de las tropas con el bién público. . .".[3] Esta capitulación hizo necesaria la celebración de una fiesta cívica, con los consabidos aprestos de las calles y del escenario para la recepción del triunfante Iturbide, cuya presencia requería la preparación de un banquete y refresco por parte del Ayuntamiento, deseoso de que toda la población participara en este evento.

La jura del Plan de Iguala y la legitimación del proyecto de emancipación política

El 8 de agosto se formalizó la adhesión total a la causa de la independencia. Ese domingo se reunió el Cabildo en pleno. Acudieron incluso aquellos regidores que se habían refugiado en el campo para huir de la ciudad sitiada, así como oficiales, empleados en hacienda pública, curas, rectores, prelados regulares y corporaciones civiles. Todo este conjunto de individuos que reunía a las jerarquías y corporaciones de la segunda ciudad del reino salió solemnemente de las casas del Cabildo para dirigirse al Palacio Episcopal, entonces convertido en residencia del comandante superior Agustín de Iturbide, dada la estrechísima relación entre él y el obispo de Puebla, el famoso prelado don Antonio Joaquín Pérez. Este primer homenaje al general Agustín de Iturbide es interesante porque revela cómo los valores locales y los poderes se sometían ahora a la nueva dirigencia del país. Iturbide fue llevado a

> [. . .] las mismas casas consistoriales donde en uno de los salones que estaba ricamente adornado y colocado en un Altar la imagen de un crucifixo con cuatro luces, y el libro de los Santos Evangelios abierto estando todos en pie se leyó en voz alta el Plan del mismo señor Yturbide y acabado su señoría delante del Altar recibió juramento al señor Alcalde primero Gefe Político diciéndole Jura Us. a Dios y por los Santos

[3] AMP, *Actas de Cabildo*, 12 de julio de 1821.

> Evangelios estar por la Yndependencia del Ymperio mexicano bajo el Plan leido: Observar la Religión Católica Apostólica romana, sin mezcla ni tolerancia de otra alguna y sostener en todo caso la unión íntima entre mexicanos y europeos? [. . .] tomando la voz el mismo señor Alcalde recibió el propio juramento a su compañero, y en seguida á los yndividuos del Ylustre Ayuntamiento y demás concurrentes.[4]

La intervención de la Iglesia católica en este acto, con sus símbolos primordiales, un crucifijo y las Sagradas Escrituras, significaba que se daba origen a una nueva era, al amparo de la divinidad. Proclamar el Plan de Independencia en voz alta y el juramento que ahora prestaba la principal autoridad de la ciudad eran la parte más importante del acto y significaban la legitimación de bases nuevas para una forma de gobierno distinta. Ser hispano implicaba necesariamente ser católico desde la expulsión de moros y judíos de la Península, lo cual resultaba ser una de las bases de la unidad política. Para lograr la nación proyectada, el catolicismo, que cifraba la identidad hispánica, era por tanto imprescindible, lo mismo que "la unión íntima entre mexicanos y europeos". Esta fórmula era especialmente pertinente en una ciudad como Puebla de los Ángeles, de origen netamente español, donde el europeo no era simplemente un funcionario o algún párroco aislado. De hecho, hasta la década siguiente, una buena parte de los militares que pasaron a formar parte de las autoridades locales eran peninsulares.[5]

Una vez realizado el acto por parte de las corporaciones civiles, era necesario llevar la misma demostración al grueso de la población, señalar a los habitantes el punto de partida de la nueva situación —una cuestión importante ya que se estaba transitando por un camino cuyo recorrido y destino nadie conocía. Se condujo entonces a Iturbide hacia una exposición pública:

[4] AMP, *Actas de Cabildo*, 8 de agosto.
[5] GÓMEZ HARO, 1915.

> [. . .] se asomó su señoría a los balcones que caen a la Plaza mayor donde estaba un numeroso concurso y habiéndole impuesto silencio se repitio en voz alta la lectura del Plan y acabado recibîó el mismo juramento al concurso el que respondio que si juraba poniendo la señal de la Santa Cruz.

El refrendo de la nueva fidelidad no era seguro sin la adhesión decidida, clara y expresa de las principales autoridades de la Iglesia católica ante la población. De manera semejante al ritual de las ceremonias de jura del nuevo monarca, se realizó la demostración pública desde la sede episcopal:

> [. . .] salio el señor Gefe de las casas consistoriales presidiendo al acompañamiento al que iba escoltando una compañía de Ynfantería del Regimiento fijo de Mexico con música y se condujo al Palacio Episcopal donde lo esperaba el Ylustrisimo señor Doctor Don Antonio Joaquín Perez Martinez del consejo de S.M. dignísimo Obispo de esta diocesis acompañado del Ylustre y venerable cabildo Eclesiástico y su familia en cuyo balcón principal se verificó otro acto que juró el Público previa la lectura del Plan y concluido se pasó al Colegio del Espíritu Santo donde fué recibido el acompañamiento del Rector Presbítero Don Ignacio González Peñuela y en el balcón se repitio el tercer acto como el anterior y concluido se trasladaron las corporaciones citadas presididas del señor Gefe a la Santa Yglesia Catedral donde se celebró una misa de gracias muy solemne.

Esta histórica misa en la catedral, con asistencia de todas las corporaciones de esta populosa ciudad, fue un suceso claramente político, donde el influyente obispo exhortó al pueblo a seguir puntualmente el juramento que acababa de realizar. Al término de la misa, continuó la fiesta cívica, ". . . haciendo la Tropa y Artillería la salva de ordenanza: que en los tres actos después de haber prestado el Pueblo el juramento, se les esparcieron cien pesos en cada uno en varias monedas de Plata del cuño mexicano. . ."

La celebración iba cobrando cada vez mayor semejanza con las fiestas virreinales de jura del nuevo monarca.

Recordemos, por ejemplo, una fiesta realizada en 1701, donde vemos que:

> [. . .]humanadofe en publicas demoftraciones de gozo la Exma. Sra Duquefa, y encontrandofe á mano dos Fuentes, q' rebofaba de pefos, y eftavan en las de fu Mayordomo, y Secretario, quifo fu Excelencia por la fuya arrojarlas al Pueblo, y â una leve infinuacion de fu impulfo en virtud de fu agrado obedietes derramadofe en reales de â ocho corriero plata de las Fuêtes.[6]

Este acto, de indudable impacto en la muchedumbre, debió ser un acontecimiento memorable, no sólo para aquellos afortunados que lograron recoger alguna de las monedas que llevaban grabado un retrato del rey —piezas más bien de atesoramiento que de uso cotidiano— y poseer así la efigie del monarca, sino también para todo aquel que presenciase una escena de connotaciones evidentemente sociodramáticas. Porque la fiesta virreinal apoteósica por excelencia, la que debía reunir a todos los cuerpos de la jerarquía social, era sin duda la suntuosa jura del rey, la proclamación del advenimiento del nuevo señor natural del reino y de todos los dominios de la corona, nada menos que el tránsito del poder legítimo, algo que hasta nuestros días no pierde su carácter de evento fundamental de la vida política y social. En la Nueva España, era tradicional que dicho ceremonial se llevase a cabo en Texcoco, la antigua sede de los monarcas indígenas, la ciudad de México, capital del virreinato, en Puebla, la ciudad del interior más importante, y en el puerto de Veracruz, el sitio de entrada de cualquier embajada de la metrópoli.[7]

Una de las fiestas de jura del rey más trascendentales fue sin duda el ascenso del primer monarca de la casa de Borbón Felipe V,[8] acaso porque su legitimación debía ser asegurada con una pompa mayor que la de sus antecesores. El histórico ceremonial de la jura de fidelidad al rei-

[6] MENDIETA, 1701.
[7] ARMELLA DE ASPE, 1988, pp. 115-124.
[8] ARMELLA DE ASPE, 1988.

nado de Felipe V es el modelo que estudiaremos en estas páginas.[9]

Como consecuencia de las gestiones de Iturbide, pocos días después el último virrey, don Juan O'Donojú, aceptó los capitulares del Plan de Iguala. El 27 de agosto de 1821, la noticia fue recibida en Puebla, y además de celebrar el acto con una misa de acción de gracias oficiada por el obispo con la asistencia del Ilustre Ayuntamiento, se refrendó la adhesión casi total al nuevo poder, misma que se había manifestado de manera fehaciente desde la aceptación de la "contribución espontánea" impuesta por Iturbide ese mismo mes.

Si bien fue manifiesta la importancia del clero para la causa de la independencia, se hizo también cada vez más notorio el papel del ejército como el nuevo y magno actor político necesario en el sostén del nuevo poder, lo que comprendió inmediatamente el obispo Antonio Joaquín Pérez al acordar que

> [. . .] de hoy en adelante tengan asiento en mi Santa Iglesia Catedral, al pie del pulpito, como lugar preferente después del de V.S. (sr. Dean) el sr. Comandante de las armas los Gefes Militares y de oficina, con la oficialidad y demás personas de distinción . . .[10]

Esta decisión del obispo cobra importancia si consideramos que uno de los principales actos de las fiestas cívicas era la presentación de los cuerpos y autoridades ante la población, ya que el orden y lugar de cada uno de ellos, en su recorrido por las calles y sitios significativos de la ciudad, dependía de su poder e influencia dentro del cuadro de la jerarquía social. Bajo esta perspectiva, el ejército adquiría entonces un lugar importante como corporación dentro del concierto social. Recordemos que existía por entonces un sistema donde las categorías en los puestos políticos ya no dependían sólo de "antigüedades y preferencias". En

[9] MENDIETA, 1701.

[10] AMP, *Actas de Cabildo*, 28 de agosto de 1821.

efecto, notamos una novedad en las ceremonias que corresponde a los inicios de la nación independiente: la creciente influencia del ejército en todo el territorio.

El 14 de septiembre se recibió noticia de la jura de la causa de la independencia en Chihuahua, Durango y Querétaro, suceso que dio pauta para que

> [. . .] se solemnisen dando gracias al Todopoderoso, cantándose solemnemente el Te-Deum mañana a las once en la Iglesia del Colegio de San Joaquín con asistencia de la oficialidad de la guarnición, comunicándole al ejército en la orden del día; y haciéndose la correspondiente salva de artillería en toda la línea . . .

La importancia política de la milicia se hacía patente constantemente, pues empezaba a aparecer cada vez con mayor frecuencia y comunicaba un toque singular a las celebraciones con el estruendo de su música y fanfarrias. Con estos actos, el ejército estaba sustituyendo prácticamente a la nobleza, cuerpo que anteriormente daba lucimiento a estas fiestas con sus trajes vistosos, verdaderas obras de arte que causaban admiración entre la muchedumbre, trajes que al tiempo que manifestaban los caudales de la nobleza, revelaban la jerarquía de los portadores, como parte del universo estamental y monárquico.

Sin embargo, la incipiente milicia no podía evitar a la precariedad de las instituciones emergentes de la independencia. A los problemas de financiamiento, organización de regimientos y asignaciones en las distintas plazas y guarniciones, se sumaba el más acuciante de la deserción. La endeble situación del ejército tenía un origen conocido, que se revela en la siguiente carta:

> La necesidad de no haber tropas de línea en la plaza desde luego haría pasar por las nulidades indicadas pero el mayor inconveniente subsiste y es que los indibiduos que componen la fuerza del regimiento son los mas, unos infelizes artesanos, o jornaleros que haciendo el serbicio lo menos un dia o dos en cada semana, se ven en la dura situación de no comer quan-

do están de guardia, perdiendo día y medio para cada una de esta [. . .] Si la milicia nacional sigue bajo este sistema es su ruina indefectible y solamente podra subsistir, conciderandose como un cargo concegil que role sobre todo ciudadano capaz de tomar las armas y de consiguiente será suabe el servicio repartido entre muchos miles o si sólo el servicio se ha de hacer por lo que han quedado se hace indispensable pagar a los que se ocupen en el dia que les toque.[11]

La precariedad era la pauta de este ejército, y el propio Iturbide tuvo que acudir a la voluntad pública para que contribuyese al vestido de la tropa, convocatoria que fue inmediatamente atendida por el Ayuntamiento, al tiempo que se solicitaba la asignación de un edificio para darle uso de cuartel, pues la casa de ejercicios prestada hasta ese momento debía desalojarse a finales de ese mismo año.

El peso de la corporación militar, en una sociedad donde anteriores valores se habían deteriorado y el orden público se veía amenazado, se acrecentaba en proporción al miedo del estallido social, puesto que la posibilidad real de una acción militar eficaz era limitadísima. Ni siquiera estaban completos los regimientos de una plaza como la de Puebla y ya en abril de 1822, el secretario del Ayuntamiento hacía deferencia a las palabras de Iturbide:

Estos cuerpos bien ordenados, afianzando el orden y tranquilidad de los pueblos, serán un suplemento de fuerza, que nos haga invencibles en todo tiempo contra los enemigos de nuestra libertad.

El crecido número de nacionales pobres (hijos beneméritos y predilectos de la patria) pide con ansia se habilite, a la mayor posible brevedad, el completo del armamento necesario para cumplir con uno de los principales deberes. . .[12]

Este temor, acrecentado por la imposibilidad de armarse debidamente a causa de la precariedad del fondo mu-

[11] Carta de Patricio Furlong, coronel del Primer Regimiento de la Milicia Nacional al Ayuntamiento, Puebla, 17 de octubre de 1821. (Anexo al Acta de Cabildo, vol. 90-II, 1821.)

[12] AMP, *Actas de Cabildo*, 12 de abril de 1822.

nicipal, único sostén hasta el momento de la milicia, se debía ante todo a los eventos locales y a las tensiones sociales consecuencia del debilitamiento de las formas de gobierno del antiguo régimen, ya que a finales de 1821 la emancipación de España era un hecho, incluso para las mismas autoridades. Si a principios de año la preocupación por las diputaciones provinciales y el curso de los cambios en la corte de Madrid ocupaban muchas horas de las sesiones del cabildo poblano, en cambio en diciembre se anotará únicamente el acuse de recepción del oficio del subsistente diputado en la corte de Madrid, y solamente se recopilará el ejemplar de la exposición de los diputados de ultramar en un anexo de las actas: "...y se acordó se conteste al Sr. Mora dandole las gracias..."[13]

La forma y el fondo de las cosas

Sin embargo, ante la nueva situación política, no dejaron de plantearse interrogantes en relación con los rituales que se deberían adoptar, el orden de las jerarquías y los numerosos detalles del ceremonial que manifestarían los cambios recientes.

> [...] sobre si ha de recibirse al Exmo. sr. O'Donojú como Gefe Político Superior, ó como Capitán General, y que gastos y ceremonias ha de hacer en uno y otro caso acordó la Exma. Diputación Provincial, se participe O v.s. que S.E. viene con las dos investiduras; en cuya inteligencia puede arreglar su ceremonial, a lo que este dispuesto por las Leyes o haya sido práctica observada constantemente en esa ciudad...[14]

En una ciudad donde se cuidaban escrupulosamente las formas debidas para con las jerarquías y las distinciones entre las autoridades, es interesante observar cómo cambiaron, en el término de unos meses, los símbolos que re-

[13] AMP, *Actas de Cabildo*, 3 de diciembre de 1821.
[14] AMP, *Actas de Cabildo*, 13 de octubre de 1821.

presentaban los niveles del poder. En relación con el papel de la diputación, que funcionaba en ese momento a través de un "secretario" en el soberano Congreso que al mismo tiempo era "propietario" de la Diputación Provincial, el Ayuntamiento de la ciudad se interrogaba sobre el lugar que debía ocupar en las "funciones públicas", "por no considerar este Y.A. con los mismos honores á uno y otro individuo á lo menos el de presidir á esta corporación en asiento, procesiones y otras concurrencias públicas en cuerpo. . ."[15] La respuesta de Iturbide aparentemente impropia, fue que el sustituto tendría las mismas prerrogativas que el titular en el orden jerárquico ante el Cabildo. Los tiempos de cambio se reflejaban, igualmente, en la presentación de las corporaciones en las festividades, dando muestra de un reacomodo social en pleno curso.

El establecimiento del I Congreso mexicano

Con la noticia del establecimiento de la regencia del imperio mexicano, en términos de lo estipulado por el Plan de Iguala, llegaron también los impresos del Acta de independencia y el formulario del juramento de adhesión a esta causa, acto que debía verificarse en forma de exhibición pública de la nueva situación política. Cabe subrayar que para la ciudad de Puebla, este juramento coincidió, de hecho, con el reconocimiento del I Congreso mexicano. Dicho juramento, que debía efectuarse ". . . en todos los Pueblos y ciudades del Imperio", sólo fue posible mediante la participación eclesiástica, única institución con verdadera presencia en las poblaciones del interior y no sólo en las ciudades principales, como ocurría con el precario ejército de entonces. Las formas previstas para la realización de estos actos públicos iban perdiendo brillo y es difícil saber si era por la mutación que experimentaba la cultura política o la cada vez más acuciante situación económica que tenía exhaustos los caudales públicos y par-

[15] AMP, *Actas de Cabildo*, 4 de noviembre de 1821.

ticulares, o ambas cosas a la vez. Pero también influía el proceso de reacomodo social que se producía inexorablemente. Así es como la importante jura del Congreso establecía, por ejemplo, que:

> 1º [. . .] se reunirán los vecinos en sus parroquias, asistiendo el Ayuntamiento en el pueblo donde hubiere una, y distribuyéndose el Gefe Político, los Alcaldes, y los Regidores donde hubiere mas, al tiempo de la Misa mayor, en la que el Parroco o quien lo represente, hara una breve exhortación correspondiente al objeto, y concluida la misa, se prestará juramento por todos los vecinos y el clero, donde lo haya, bajo esta fórmula: ¿Jurais por Dios y por los Santos evangelios reconocer la Soberanía de la Nación Mexicana, representada por el Congreso constituyente?. . . ¿Jurais obedecer y cumplir las Leyes y Decretos que dimanen del mismo Congreso?
>
> 2º Los tribunales de cualquier clase, Capitanías Generales, Diputaciones Provinciales, Ayuntamientos, Cabildos eclesiásticos, Universidades comunidades religiosas y todas las demás corporaciones y oficinas del Imperio prestarán públicamente los subalternos ante el respectivo Gefe, el juramento. . .[16]

El texto, a pesar de las similitudes que refleja con el ceremonial de juramento del poder de épocas anteriores, nos menciona una abismal diferencia, no sólo en cuanto a la legitimidad implícita de las autoridades que convocaban estos actos —el fondo del problema—, sino lo que es más importante para nuestro análisis, en cuanto al carácter mismo de la fiesta cívica. La celebración de antaño se caracterizaba por la suntuosidad, el tono festivo y la participación popular:

> Mientras repetia los tiros la Infanteria dierô no menos motivos al regozijo diftinras Danzas de los Yndios Naturales de los Pueblos circumvezinos para expreffas fu buena Fee, y humilde Vaffallage, con gozofo rendimiento en la Aclamacion de fu REY, y Señor natural. . .[17]

[16] AMP, *Actas de Cabildo,* 18 de abril de 1822.
[17] Mendieta, 1701.

En contraste, la solemnidad y austeridad se imponían ahora como características de las fiestas a raíz del proceso de emancipación. ¿Cuáles eran los efectos de este nuevo tipo de festividad en el ánimo de la población? ¿Qué tan eficaz resultaría el acontecimiento para dejar grabada en la mente de los habitantes del antiguo reino de la Nueva España la idea de una nueva fórmula del poder? La historiografía ha investigado poco estos fenómenos y el estudio de las actitudes políticas de esta época, desde el punto de vista de las mentalidades,[18] está verdaderamente en ciernes.

La entronización de Iturbide

> [. . .] oídas las aclamaciones del pueblo conforme a la voluntad general del Congreso y de la nación, teniendo en consideración que las cortes de España, por Decreto inserto en la Gaceta de Madrid de trece y catorce de febrero último, han declarado nulo el Tratado de Córdova [. . .] quedando (la nación mexicana) en la libertad que el artículo tercero de dicho Tratado concede al Soberano Congreso constituyente de este Imperio para nombrar Emperador [. . .] ha tenido á bien elegir para Emperador Constitucional del Imperio Mexicano, al Sr. D. Agustín de Iturbide, Primero de este nombre, bajo las bases proclamadas en el Plan de Iguala y aceptadas con generalidad por la Nación . . .
>
> Por tanto mandamos á todos los Tribunales, Justicias, Gefes, Gobernadores y demás Autoridades asi civiles como militares y eclesiásticas, de cualquier clases y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar el presente Decreto.[19]

Con este anuncio se consumaba un hecho que resultaba un paso obligado en una marcha por otra parte inexorable. La toma por asalto del poder en forma de monarquía

[18] Sobre los problemas de la conformación de la cultura política moderna en México, véase Escalante Gonzalbo, 1992. Véase también la obra de Guerra, 1993, pp. 62-72.

[19] Documento de la Primera Secretaría de Estado al Cabildo de Puebla, ciudad de México, 21 de mayo de 1822.

constitucional parecía un intento de sostener a un moribundo con una soga al cuello: se buscaba sustituir un régimen en crisis a partir de una fórmula política precaria, puesto que la monarquía constitucional que se pretendía instaurar ni siquiera lograba resultados tangibles en la península Ibérica. Y es que el constitucionalismo y el hecho de fincar la legitimidad en la "voluntad popular" eran en aquellos momentos un verdadero reto, pues se pretendía desechar en un día el régimen absolutista, fórmula hasta entonces aceptada y que constituía la cultura política dominante, y adoptar otra, totalmente desconocida.

Sin embargo, la fiesta cívica seguía funcionando como escaparate de la legitimación, y buscaba conmemorar la victoria de las élites locales sobre el poder de la corona española que se negaba a aceptar el nuevo pacto político. Rápidamente se dispuso en cabildo, con acuerdo del influyente obispo y del comandante de armas, que:

> [. . .] se haga mañana a las cuatro una salva acompañada de repique en la Santa Yglesia Catedral con el fin de hacer saver al Público tan feliz acontecimiento pareciendo a su Señoría muy conveniente que mañana se junte la corporación a las ocho para que se nombre una comisión que pase a ponerse de acuerdo con el venerable Cabildo Eclesiástico á fin de que se cante el Te Deum en acción de gracias a se dicten otras providencias, se acordó se haga como parece al señor Gefe político y que se asista de grande. . . que la elección hecha por el Soberano Congreso. . . sea celebrada por los habitantes de esta Ciudad por tres consecutivos con toda clase de regocijo e iluminaciones y en el último se diga una misa en acción de gracias.[20]

El tono parecía de gran regocijo, como si la fiesta virreinal cobrara vida nuevamente para legitimar un poder que se buscaba equiparar con el anterior. No obstante, el acuerdo definitivo del cabildo, dado a conocer al regidor que fungía como patrón de fiestas fue:

[20] AMP, *Actas de Cabildo*, 22 de mayo de 1822.

> Que la iluminación que se ha de poner en celebridad de la exaltación del Señor Don Agustín de Yturbide, sea semejante a la que se puso cuando entró el señor Luaces (capitán general de la provincia de Puebla) y sólo por esta noche.[21]

Este acto aparece austero si se trataba de festejar la entronización del emperador y, de hecho, sólo puede ser comparado con la jura que se hizo de los Decretos 1 y 5 del Congreso, declarando que la soberanía residía en dicho cuerpo. La jura se realizó en el Salón de Cabildo y se organizaron tres días de iluminación y salvas, más las rogativas en Catedral.[22] El propio Iturbide giró instrucciones "para evitar gastos e incomodidades" a las corporaciones, para que las felicitaciones con motivo de su exaltación al trono no se hicieran por diputaciones ni comisiones, sino por escrito.[23] Esta medida de austeridad no fue la única. A pesar de que la exaltación de Iturbide al trono coincidió con la celebración de *Corpus*, no fue motivo para acrecentar las festividades ni el tono de las celebraciones. Por el contrario, se redujo la trayectoria de la tradicional procesión por las calles de Puebla, así como el número de velas usadas en la misma.[24] El mismo ceremonial de coronación de Iturbide, de cuyo proyecto guarda un ejemplar la Biblioteca Palafoxiana,[25] fue una fiesta pública bastante distinta de las suntuosas fiestas virreinales de jura del nuevo monarca. De los 63 pasos dispuestos, sólo nueve formaban parte de los actos preliminares y 11 se dieron en forma de procesión entre el Palacio Real y la iglesia Catedral, mientras otros 41 pasos describían el ceremonial dentro de la misa. Si recordamos la suntuosa jura de Felipe V, en Méxi-

[21] AMP, *Actas de Cabildo*, 23 de mayo de 1822.
[22] AMP, *Actas de Cabildo*, 4 de marzo de 1822.
[23] AMP, *Actas de Cabildo*, 1º de junio de 1822.
[24] AMP, *Actas de Cabildo*, 1º de junio de 1822.
[25] Proyecto del ceremonial que para la inauguración, consagración y coronación de su magestad el emperador Agustín Primero se presentó por la comisión encargada de formarlo, al Soberano Congreso (17 jun. 1822). México, Imprenta de D. José María Ramos Palomera en el convento Imperial de Santo Domingo.

co, Texcoco o Puebla, sólo basta recordar las diferencias en los actos preliminares: en la jura del rey participó prácticamente toda la ciudad, ya que el barrido, iluminación y adorno de calles y plazas eran generalizados. Las evidentes diferencias en la entronización de Iturbide, donde la sacralización pretendida del nuevo monarca era más una manifestación novedosa que una continuidad del poder legítimo anterior, eran a la vez formales y de fondo. Aunque la función que buscaba arraigar la figura imperial entre la población tuviese a grandes rasgos la misma caracterización formal que la anterior jura de los monarcas, se buscaba crear ahora una solidaridad cívica en torno al poder personalizado, fenómeno que va más allá del análisis aquí emprendido.

Conclusión

Al imponerse el Plan de Iguala para dejar atrás la soberanía de la corona española sobre el antiguo reino de la Nueva España, se pretendió un nuevo pacto político de autonomía más que una ruptura súbita. Si bien éste es un hecho bastante conocido, no lo es tanto el proceso de legitimación adoptado por las autoridades. La fiesta cívica organizada para establecer el reconocimiento de la nueva estructura política, más que convencer y lograr la adhesión del mayor número posible de pobladores, buscaba, de hecho, sacralizar una victoria. En efecto, al otorgar a las aún débiles fuerzas armadas una presencia importante, frente a las hipotéticas reacciones hostiles de la población, la fiesta perdía ya su carácter festivo y federado en torno a la figura que personalizaba el nuevo poder. Las élites novohispanas lograron la emancipación del reino, pero sin el sello de legitimidad que hubiera conferido la aceptación por parte de la monarquía española de una nueva relación. Por medio de la celebración del acto público se realiza un intento de recurrir a la fiesta monárquica de jura del monarca legítimo y de modificarla para llevar a cabo un acto que celebrara una victoria política inconclusa. El ritual de la fies-

ta monárquica se siguió en los pasos esenciales; en ambos casos se procedió a un desfile público en el que participaron cuerpos sociales representativos, se recorrieron las principales calles de la ciudad y se tocaron los puntos de importancia institucional, como los edificios sede de autoridades civiles o religiosas. Igualmente, al hacer público el anuncio, ya fuese de la jura de fidelidad al nuevo monarca o al Plan de Independencia, se quería relacionar en ambos casos el poder con la riqueza, lanzando monedas a la muchedumbre. Asimismo, la participación de la Iglesia, como institución fundamental de esta sociedad y como espacio concreto para la realización del acto culminante de la fiesta, resultó significativa de un anhelo por mantener una continuidad en los niveles ritual y simbólico.

Finalmente, cabe señalar que a pesar de los nuevos y no tan nuevos rituales cívicos adoptados por las autoridades poblanas, de acuerdo con los tiempos políticos, aquéllas se mantuvieron en el poder y sólo se limitaron a fundamentarlo sobre bases legitimadoras recientes. En efecto, la lista de los principales edictos poblanos muestra que, hasta finales del siglo XIX, las mismas familias que habían ejercido oficios de cabildo antes de la independencia conservaron las mismas funciones, pese a los vaivenes de las políticas nacional y regional. Pero ésa es otra historia...

SIGLAS Y REFERENCIAS

AMP Archivo del Municipio de Puebla, Puebla.

ARMELLA DE ASPE, Virginia

1988 "El Ducado de Atlixco", en *Simposium internacional de investigación Atlixco en su entorno. Memorias.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de Puebla, pp. 115-124.

GÓMEZ HARO, Enrique

1915 *Puebla y sus gobernantes.* Puebla: s.e.

GUERRA, François Xavier

1993 *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas.* México: Fondo de Cultura Económica.

MENDIETA, Gabriel de

1701 *Sumptuoso festivo real aparato, en que explica su leltad la ſiempre Noble, Iluſtre, y Regia Ciudad de México, Metrópoli de la América y Corte de ſu Nueva Eſpaña, en aclamacion del muy alto muy poderoso, muy soberano Príncipe D. Philipo Quinto*. . . México: Imprenta de Juan Joseph Guillena Carrascoso.

CONMEMORACIÓN DE LA HAZAÑA ÉPICA DE LOS NIÑOS HÉROES: SU ORIGEN, DESARROLLO Y SIMBOLISMOS[1]

Enrique PLASENCIA DE LA PARRA
Universidad Nacional Autónoma de México

No saben quienes son; mas mi poesía
Os cubre con amor bajo sus alas
Y su plegaria envía
A las etéreas alas
¡Porque a mi ejemplo, enternecido el hombre
Ruegue a Dios por las víctimas sin nombre!

"A los mártires sin nombre" (1867)

José Tomás de Cuéllar

I

LA IMAGEN DEL HÉROE QUE ENTREGA la vida a su pueblo cumple una necesidad importante, pues da cohesión a un grupo social: una tribu, una aldea, un grupo étnico o una nación.

La creación o valoración de figuras heroicas sirve al poder en turno, porque infunde entre los pueblos no sólo respeto y amor a la patria, sino también —y más importante aún—, rechazo hacia cualquier conducta que atente contra la unidad. Los actos de disolvencia social o de re-

[1] Agradezco a Solange Alberro, Frida Gorbach y Carmen Vázquez Mantecón, la lectura de este trabajo y las valiosas sugerencias que me hicieron.

belión están implícitamente condenados por los marmóreos ojos de aquellas figuras, que hacen parecer cualquier discrepancia o conflicto insignificante si se le compara con la causa que las llevó al sacrificio supremo, con el fin de ver a su país libre de una tiranía o de una invasión extranjera. De hecho, tales figuras logran con su muerte mucho más que todo lo que pudieron realizar en vida, sobre todo si consideramos que a menudo los pormenores de sus hazañas están bastante maquillados, cuando no inventados por completo.

La exaltación del sacrificio de esos individuos es más notable aun cuando éstos mueren jóvenes, o casi niños. Pocas cosas hay tan dolorosas como ver un cortejo fúnebre precedido por un pequeño ataúd.

En México el culto a los jóvenes conocidos como niños héroes surge tardíamente, ya que pasaron más de tres décadas antes de que se institucionalizara su celebración. El duelo por la pérdida del territorio fue general y nadie perteneciente a la generación que la vivió tenía ánimos para recordarla. Fue en la República Restaurada (1871) cuando por primera vez se recordó oficialmente la desgracia de 1847, consolidándose este proceso durante la *pax* porfiriana. El país tuvo que sufrir nuevamente una invasión extranjera para que pudiera rememorar anualmente la gesta de 1847. Y para que ello fuera posible, esta segunda intervención debió tener un resultado opuesto a la guerra con Estados Unidos. En efecto, el triunfo sobre los franceses fue la llave que abrió el arcón del que comenzaron a salir los nombres de Xicoténcatl, Cano, Frontera, Pérez, y por supuesto los de los cadetes del Colegio Militar, De la Barrera, Melgar, Escutia, Montes de Oca, Suárez y Márquez.

Los estudiosos de la guerra de 1847 seguramente se han preguntado ¿por qué no se recuerdan otras hazañas, otros nombres, cuyo testimonio está mejor documentado que el de los cadetes?, pues los actos de estos últimos no están avalados suficientemente por datos históricos. ¿Acaso fueron los únicos que murieron defendiendo a su país? ¿Acaso todos los demás huyeron, dejaron su puesto o no se comportaron a la altura de las circunstancias? Tenemos, por

ejemplo, los casos de Santiago Xicoténcatl, en Chapultepec y Margarito Zuazuo, en Molino del Rey, quienes antes de morir acribillados, se envolvieron en la bandera mexicana para que ésta no cayera en manos enemigas.[2]

Sin pretender responder estas interrogantes, en este ensayo trataré de señalar el derrotero que tomó este culto que pronto se volvió nacional, con las razones y sinrazones que lo respaldaron y que tiene más de leyenda que de historia. Más interesante que tratar de dilucidar cómo ocurrieron efectivamente los hechos del 13 de septiembre de 1847, es investigar las causas que han fomentado esta celebración.

Su primer patrocinador fue la Asociación de Excadetes del Colegio Militar, pero después fue el propio Estado quien se encargó de consolidarla. Las raíces más profundas de este culto están enlazadas con el poder, y es éste quien lo mantiene firmemente.

El interés fundamental de la Asociación era dignificar al Colegio Militar, situándolo como paradigma de lealtad a las instituciones. Muy cercano a este propósito está el del ejército posrevolucionario, cuyos jefes intentarán destacar los valores del sacrificio, de la obediencia y del honor, inculcados desde temprana edad a sus miembros. Esto era necesario en un cuerpo armado que proyectaba precisamente lo contrario, pues el ejército daba una imagen de improvisación, con un fuerte apego a caudillos regionales y dispuesto a protagonizar todo tipo de levantamientos y rebeliones. Más adelante, el ejército fue profesionalizándose y sujetándose al poder del Estado. Fue entonces cuando los valores que simbolizan los niños héroes fueron poco a poco tomados por el Estado para difundirlos en el resto de la sociedad. Los seis cadetes dejaron fusiles y espadas para empuñar libros y cuadernos de estudio y el mito dejó el ámbito militar y pasó al civil. Las celebraciones dejaron de ser organizadas por la Asociación de Excadetes... primero, y por las autoridades militares después (Secretaría de Guerra), para corresponder al Departamento del Distri-

[2] Véase PRIETO, 1985, pp. 271-272.

to Federal (DDF) y a la Secretaría de Educación Pública (SEP). Miguel Alemán, primer presidente civil de la posrevolución, fue quien definió claramente este tránsito. También a partir de ese momento la presencia del presidente de la República se volvió indispensable y dominante en la celebración. Los nuevos niños héroes, sin dejar sus útiles de estudio, acudieron finalmente a rendir culto al jefe del ejecutivo.

Cabe una última aunque fundamental reflexión sobre este mito, la que versa sobre la doble vertiente que éste siguió: aunque fue impuesto de arriba hacia abajo, del Estado a la sociedad, ésta lo ha hecho suyo al correr de los años. Con esta apropiación colectiva, el mito se ha enriquecido y se ha desligado de la sujeción al Estado. El camino se invierte ahora, de abajo hacia arriba, pues con esta apropiación se ha logrado arraigar en el imaginario de los mexicanos las figuras de los seis cadetes que brindaron su sangre por el país. Estos niños héroes, los más auténticos, están entre nosotros, no los conocemos ni sabemos nada de ellos, son héroes anónimos, pero al igual que los de 1847, también son ejemplo de entrega y sacrificio.

Antes de empezar el rastreo de esta celebración, cabe establecer, simbólicamente hablando, el lugar donde se desarrolló la gesta de 1847.

II

¿Qué representa para los mexicanos, más allá de su definición literal de "cerro del chapulín", el nombre de Chapultepec? Suena —desde luego— a cerro, a bosque, a agua; pero también a lugar donde residen los gobernantes, el poder.

Desde tiempos inmemoriales, y en muchas civilizaciones, el bosque ha sido considerado como un lugar sagrado. El de Chapultepec así lo era y además se creía que era una de las entradas a la región de la vida eterna. Las leyendas sobre sucesos sobrenaturales ocurridos ahí sobreviven hasta nuestros días. Los antiguos nahuas consi-

deraban el bosque como: "un lugar de angustia, lugar en el que se llora, entristecedero, suspiradero, lugar de aflicción, lugar de terror".[3]

El agua, símbolo de fertilidad, abundaba en el bosque, y los emperadores aztecas construyeron un acueducto que surtió a la ciudad por más de cuatro siglos.[4] El árbol que caracteriza al bosque es el ahuehuete, que significa "viejo de agua".

Según dice la leyenda, el primer personaje de estirpe real que residió en Chapultepec fue Nezahualcóyotl, y fue también el príncipe poeta quien mandó plantar los ahuehuetes. Lo seguro es que después de él otros reyes mexicanos vivieron ahí y, para perpetuar su memoria, mandaron labrar su figura en las piedras del cerro.[5] Los virreyes también utilizaron a Chapultepec como residencia de descanso y Maximiliano vio en este castillo el *alter ego* de su lejano Miramar. El poder ejecutivo estableció allí su residencia hasta la época de Lázaro Cárdenas, quien decidió trasladarse a Los Pinos.

El presidente de la República tuvo como vecino por muchos años al Colegio Militar, en una simbiosis significativa, pues la lealtad incondicional que ofrecían sus alumnos, era retribuida con el prestigio social que significaba proteger a la primera figura del país.[6]

Éstos son sólo algunos de los simbolismos que a lo largo de los siglos ha tenido Chapultepec. Los que he mencionado nos ayudan a comprender mejor la íntima relación que mantiene la fecha del 13 de septiembre con el lugar donde se produjeron los sucesos de aquel día. En esas ocasiones, en discursos y poesías, frecuentemente se aludía a esta fecha como un reconocimiento, una ofrenda por el sacrificio que esos seis cadetes brindaron a la patria: dieron su sangre como el cerro generoso daba el agua a la ciudad;

[3] *Códice Florentino*, en LÓPEZ AUSTIN, 1990, pp. 196-197.

[4] CAMPOS, 1922, pp. 9-10.

[5] Sobre las piedras labradas en el cerro, véase VÁZQUEZ MANTECÓN, 1991, pp. 55-56.

[6] El Colegio Militar estuvo en Chapultepec durante los periodos: 1843-1847 y 1883-1914.

no fue sangre derramada inútilmente —se insistía—, sino encauzada para fertilizar el amor patrio. También con frecuencia son evocados los "viejos de agua" —personajes indispensables del bosque— como testigos de honor, así como durante la ceremonia lo fueron los veteranos de 1847; y cuando no quede ninguno de ellos vivo, los veteranos de la Reforma y de la Intervención, y después los de la Revolución; el caso es que nunca faltará en esta ceremonia la presencia de hombres viejos que vivieron glorias pasadas y que son partícipes, como los añosos ahuehuetes, de este homenaje.[7]

Un cerro resulta un lugar privilegiado para que las águilas aniden. Pero en éste sólo anidaban aguiluchos, que "cuando apenas habían aprendido a volar, cayeron con las alas rotas". Estaban en plena juventud, eran el "abundante polen que se lleva el aire transparente, el tímido capullo que aún no rompe el botón". Éstas son algunas de las metáforas con que se aludiría a la juventud de los cadetes.[8]

Esa vida segada en plena juventud está muy presente en la mitología clásica, en hombres-dioses que murieron violentamente siendo jóvenes, mismos que están relacionados con espíritus arbóreos o dioses del bosque, como en los casos de Adonis, Hipólito y Osiris. El rito que celebra a estas deidades consiste en lamentaciones por su muerte. Estos dioses, no obstante, tenían la capacidad de revivir, pues eran dioses asociados al mundo vegetal que cíclicamente decae y renace.[9] De la misma manera, los niños héroes

[7] Sobre los ahuehuetes como invitados de honor, véase ÁLVAREZ, 1948, pp. 604-605. En las crónicas de las ceremonias frecuentemente se señala la presencia de los veteranos: en 1924 acudieron los del 47, *Excelsior* (15 sep. 1924); en 1938, estuvieron presentes los sobrevivientes de la gesta heroica en Veracruz en 1914, *El Universal* (14 sep. 1938); en 1971, el presidente Echeverría aparece al lado de los veteranos de la Revolución, *El Nacional* (14 sep. 1971).

[8] Tales metáforas se encuentran en los poemas de Amado Nervo (1903), Rafael Cabrera (1910) y Luis G. Urbina, en ÁLVAREZ, 1948, pp. 607-621.

[9] FRAZER, 1982, pp. 29, 377-383, 395-396, 422 y 437.

muertos al pie de una bandera
comprásteis con la vida pasajera
el derecho inmortal de ser divinos.[10]

Será una constante en poemas y discursos ver renacer a los seis cadetes gracias a su acción ejemplar.

El bosque, por su misterio, por los espíritus que en él habitan, es el lugar idóneo para una conmemoración fúnebre como ésta. Pero también lo es para señalar un renacimiento, pues el bosque renace cada primavera, como cada 13 de septiembre renace el amor a la patria y la esperanza de vivir en un país más justo.

III

La leyenda y los hechos

El estupendo trabajo de María Elena García y Ernesto Fritsche "Los niños héroes, de la realidad al mito", lamentablemente inédito, ofrece datos muy interesantes sobre el tema que nos ocupa. Compara versiones que contradicen lo que ha sobrevivido hasta ahora, y denuncia finalmente a los mistificadores que han "inventado" esta tradición.

La tradición señala que unos cadetes del Colegio Militar fueron los últimos defensores del castillo, el cual fue bombardeado primero y asaltado después por el ejército estadounidense. Se les atribuyen hechos portentosos para unos jóvenes, casi niños. Entre ellos, atravesar a bayonetazos a los asaltantes; proseguir la lucha aun estando heridos, y sobre todo, la defensa heroica del pabellón nacional. En efecto, según cuentan, uno de ellos, viendo que todo un regimiento estadounidense estaba por apoderarse de la bandera mexicana, se envolvió en ella y se tiró al precipicio, estrellándose contra las peñas del cerro.

[10] "A los Niños Héroes", Rafael Cabrera, en Álvarez, 1948, pp. 619-620. Otro ejemplo en el poema de Luis G. Urbina, "Arenga lírica en memoria de los Niños Héroes", en Álvarez, 1948, p. 616.

Pero de acuerdo con la obra antes señalada, las circunstancias y los hechos fueron distintos. En primer lugar, los cadetes no tenían nada que hacer en aquel lugar, pues Nicolás Bravo —a quien se le encargó la defensa del castillo—, viendo la carencia de fusiles y de municiones, ordenó a los alumnos regresar a sus casas. Lo que realmente necesitaba eran batallones ya constituidos y bien armados, los cuales no le proporcionó Santa Anna, volviendo casi imposible la defensa del cerro. Por lo tanto, la decisión de quedarse a defender el castillo resultó ser un acto de irresponsabilidad y de desobediencia, que costó la vida de algunos cadetes y el cautiverio de la mayoría de ellos en manos del enemigo.[11]

Otra discrepancia con la tradición se refiere a los hechos de valentía atribuidos a los seis mencionados cadetes. Según los testimonios, están bien documentadas las participaciones de Agustín Melgar, Vicente Suárez y Francisco Montes de Oca. En cambio, algo distinto ocurre con Juan de la Barrera —el mayor del grupo y ya egresado del Colegio—, con Juan Escutia, del que sólo conocemos la fe de bautismo y Francisco Márquez, personaje poco conocido. Es curioso que de quien menos información tenemos —Escutia—, sea quien supuestamente se arrojó envuelto en la bandera, aunque antes de que se estableciera definitivamente la leyenda, se atribuyó primero la hazaña a Melgar y después a Montes de Oca.[12]

Pero más allá de estas dos posturas —la que dicta la tradición y la del análisis riguroso de las fuentes—, una de las razones por las que se destaca la participación de los cadetes es la valentía con la que enfrentaron al enemigo, cuando la gran mayoría de la tropa desertaba; los testimonios de los propios invasores así lo consignan.[13]

[11] De aproximadamente 50 alumnos que tenía el colegio, la mitad se quedó en el castillo.

[12] García Muñoz y Fritsche Aceves, 1989, pp. 43-44 y 65-66.

[13] Varios de estos testimonios se encuentran reproducidos en García Muñoz y Fritsche Aceves, 1989, pp. 38-39.

La gesta de 1847 a través de otros héroes

En las décadas que siguieron a la guerra, los nombres de los seis cadetes aparecen en muy pocas ocasiones, mencionándose en cambio otros que actualmente nos resultan desconocidos. La primera vez que surgen los nombres de algunos de los cadetes es en el parte que rindió Joaquín Rangel y que fue publicado en 1847, destacando a los que murieron en la batalla, sobre todo a Xicoténcatl, siguiendo "el valiente Cano, los cadetes Suárez, Melgar, Montes de Oca y muchos otros, cuya fama póstuma debe exaltar, como premio de su sangre y de sus vidas".[14]

La primera obra histórica sobre la guerra fue publicada en 1848. Se trata de un trabajo colectivo titulado *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. No contiene relatos pormenorizados de hechos de valentía llevados a cabo por alumnos del Colegio Militar y sólo se describe el ascenso de los estadounidenses a lo alto del castillo, "desde donde algunos alumnos hacían fuego, y eran los últimos defensores del pabellón mexicano, que muy pronto fue reemplazado por el americano".[15] Ya tenemos aquí un elemento importante para la construcción de la leyenda: la defensa del lábaro patrio atribuida a los cadetes.

El 17 de septiembre de 1849 se realizó en la ciudad de México un acto para recordar a los que murieron defendiendo al país dos años atrás. Éste consistió en una solemne procesión que llevaba los restos de cuatro héroes al panteón de Santa Paula: Frontera, Cano, Pérez y Xicoténcatl.[16] En ella participaron los alumnos del Colegio Militar,

[14] Joaquín Rangel, *Parte de las operaciones ejecutadas por la 3a brigada de infantería del Ejército Mexicano, en los días 12 y 13 de septiembre de 1847*, Toluca, Quijano y Gallo, 1847, citado en García Muñoz y Fritsche Aceves, 1989, p. 49.

[15] En cambio, destacan los actos de Xicoténcatl, Pérez y Cano. De este último se dice que "la pérdida de este joven es muy sensible para las ciencias y para la patria", Alcaraz *et al.*, 1848, p. 315.

[16] El teniente coronel Juan Cano murió en la defensa de Chapultepec; fue trasladado ahí cuando Santa Anna envió a Nicolás Bravo a de-

aunque el cronista en ningún momento refiere que se hubiese recordado en las oraciones y discursos ninguna hazaña heroica de los alumnos de ese mismo colegio.[17]

Fueron los "hijos del Colegio Militar" —así se autonombraban los que habían estudiado en aquel plantel— quienes comenzaron a subrayar la meritoria labor de los cadetes durante la guerra de invasión. El joven Miguel Miramón —quien era cadete en 1847 y estuvo a punto de convertirse en el séptimo niño héroe, de no haber caído prisionero con otros de sus compañeros— pronunció un discurso en 1851 con motivo de la celebración de la independencia, donde recordó el heroísmo de sus compañeros muertos, e incluso invocó sus nombres.[18] Mariano Monterde, por muchos años director del Colegio Militar, un año más tarde, en ocasión de la celebración dedicada a Iturbide y al ejército, mencionó también los nombres de los cadetes, y según García y Fritsche, fue la primera vez en que se les llamó "niños".[19] En 1856, Joaquín Rangel solicitó a Ignacio Comonfort erigir un monumento a los héroes de 1847. Es de notar que por mucho tiempo perduró una gran ambigüedad acerca de quiénes eran esos héroes, y cuáles las acciones dignas de recuerdo. Además, durante

---

fender el castillo en sustitución de Monterde. José Frontera murió en la batalla de Padierna. Santiago Xicoténcatl fue por un tiempo el más afamado héroe caído de Chapultepec; dirigía el batallón de San Blas, que fue destrozado por las fuerzas estadounidenses. Pérez y Dosamantes murió en Chapultepec.

[17] "A los grandes hombres que murieron en el valle de México en tiempos de la invasión norteamericana", en *Calendario*, s.f., pp. 45-60. Otra crónica sobre este acto, en PRIETO, 1985, pp. 314-316. La fecha de esta ceremonia fúnebre tiene su origen en la del 17 de septiembre de 1823, día en que fueron depositados en la Catedral de México los restos mortales de los héroes de la independencia, entre ellos los de Hidalgo, Allende, Morelos, Mina y Matamoros; de ahí que ese día quedara marcado como un reconocimiento a los héroes caídos. Sobre la ceremonia de 1823, véase BUSTAMANTE, 1985, t. iv, pp. 458-469.

[18] Miguel Miramón, "Discurso pronunciado [el 15 de septiembre de 1851] en el Teatro Nacional, por el joven D. . . , alumno del colegio militar de esta capital" (recorte de periódico), Colección Lafragua, Biblioteca Nacional.

[19] MONTERDE, 1852; GARCÍA MUÑOZ y FRITSCHE ACEVES, 1989, pp. 46-47.

años, el 13 de septiembre se celebró el 8, día en que se libró la batalla de Molino del Rey.

En la época de la Reforma, en que las cosas parecían cambiar en México, crecían las voces que pedían no dejar en el olvido a los héroes de la nación, aunque los cadetes aún no ocupaban un lugar prominente en la memoria colectiva. En un *Calendario* de 1857 —publicaciones que gozaban de gran popularidad en ese tiempo, y que eran la única lectura de muchos mexicanos— se criticaba la falta de estatuas dedicadas a los héroes de la insurgencia y se señalaba que primero tuvo una estatua Santa Anna que Hidalgo. Para remediar esta situación, se anunciaba que los mártires de 1847 dispondrían pronto de un suntuoso sepulcro en Santa Paula, y que el salón de actos del Colegio Militar "guarda los retratos de sus alumnos que perecieron: había entre ellos un niño de 13 años". También se anunciaba el inicio de la construcción de monumentos en Churubusco y Molino del Rey.[20] El monumento fue inaugurado el 8 de septiembre de 1856. En ese año ya no resultaba imposible recordar la gesta que se podía calificar de "heroica derrota", a diferencia de lo ocurrido en Chapultepec, donde hubo mayores casos de deserción e incompetencia. Por ello, la conmemoración de los sucesos de Chapultepec pudo, por varios años, utilizar ventajosamente su parentesco con la de aquellos de Molino del Rey.

El reclamo de monumentos y estatuas será una constante en esta historia; habrá infinidad de promesas y sobre todo de actos solemnes de colocación de la primera piedra de tal o cual monumento o estatua que nunca se levantarían, o se terminarían ya que sus promotores habían muerto. Pero sobre todo, transcurrieron muchos años para que la celebración de 1847 fuese reconocida oficialmente. Juan N. Chávarri, fanático defensor del Colegio Militar, sostiene que incluso los intentos de celebración de las gestas de Molino del Rey y Chapultepec fueron prohibidos por las autoridades y que los cadetes tenían que realizarlas fuera de las instalaciones del colegio. De hecho, los actos públicos a los que

[20] "La memoria de los héroes", en *Primer Calendario*, 1856.

nos hemos referido (los discursos de Miramón, Monterde y la petición de Rangel) desmienten esta aseveración, y más que una prohibición positiva, encontramos más bien indiferencia y una suerte de bloqueo mental para no recordar algo que de seguro resultaba demasiado doloroso o amargo.

El triunfo sobre los franceses en 1867 fue el acontecimiento histórico que transformó las derrotas de 1847 en una epopeya.

El primer libro de texto de historia que hace referencia a los alumnos del Colegio Militar —limitándose a indicar que realizaron actos valerosos— fue el *Compendio de la historia de México* de Manuel Payno publicado en 1870. Por otra parte, la primera vez que se mencionaron los nombres de los cadetes fue en un texto de Luis Pérez Verdía de 1883.[21]

La intervención de los excadetes y la celebración durante el porfiriato

Un día de agosto de 1871, en el café La Concordia se reunieron para almorzar varios excadetes que decidieron formar la Asociación del Colegio Militar. Estaban, entre otros, Fernando Poucel, el escritor José Tomás de Cuéllar, el ingeniero Ignacio Molina, el litógrafo Santiago Hernández (quien hizo los famosos retratos de los seis cadetes que hasta la fecha se conservan, y que fue caricaturista de *La Orquesta* y *El hijo del Ahuizote*), el licenciado Ignacio Burgoa y el presidente municipal de la ciudad de México, Antonio Sola. Solicitaron al presidente Benito Juárez que se declarara día de luto nacional el 13 de septiembre, y lo invitaron también a asistir al acto que prepararon para el 8 de septiembre de ese año. A ambas cosas accedió el presidente. La primera celebración se llevó a cabo en una glorieta, lugar que años después fue elegido para construir la Tribuna Monumental.[22]

[21] Payno, 1870 y Pérez Verdía, 1883. Agradezco a María Eugenia Roldán por esta información.

[22] Álvarez, 1948, pp. 579 y 601-603 y Chávarri, 1960, pp. 223-225.

Durante los siguientes cuatro años, la ceremonia fue honrada con la asistencia del presidente Sebastián Lerdo de Tejada (1872-1876), y ésta se realizaba alrededor del gran ahuehuete conocido como "El sargento" o "Árbol de Moctezuma", a falta de un espacio más adecuado. Tenía un gran parecido con la fiesta del "grito", pues el presidente recibía la bandera del batallón de San Blas y la ondeaba vitoreando a los héroes, lo que confería un aire festivo al evento, cuando en realidad la asociación lo quería presentar como un acto luctuoso. Ésta es la razón por la cual la ceremonia fue modificada y el triunfador de Tuxtepec le dio un carácter más solemne: en efecto, determinó depositar una corona de siemprevivas en el lugar donde cayeron los niños héroes, tradición que perdura hasta nuestros días. El general Sóstenes Rocha —exalumno y entonces director del Colegio Militar—, pidió más tarde al presidente y compadre de Porfirio Díaz, Manuel González, fondos para erigir finalmente un monumento a los niños héroes que fue inaugurado el 13 septiembre de 1882. Se trata de un pequeño obelisco de unos seis metros de altura, que a sus costados tiene grabados los nombres de los cadetes. A partir de ese momento, las ofrendas florales a los niños héroes se depositarían en ese lugar.

Al regresar Díaz a la primera magistratura, el rito anual quedó ya bien definido: haciéndole valla los alumnos, el presidente era recibido en la Tribuna Monumental, enfrente de "El sargento"; retumbaban las salvas de fusiles que los cadetes debían disparar a un tiempo, causando gran emoción entre el público por su precisión; luego, se alternaban piezas musicales con poesías y discursos. Este acto era el más concurrido, y una vez terminado, el presidente y su comitiva bajaban al monumento a los niños héroes, depositaban ofrendas y montaban guardias; también intervenían en el ritual los miembros de la Asociación de Exalumnos del Colegio Militar. Era costumbre que después del evento, los presentes bajaran raudos hacia la jolgoriosa ciudad, que ese día estaba de fiesta, pues se celebraba la romería de la virgen de la Covadonga. En esa fecha se recordaba el triunfo español sobre los árabes, en una batalla

del siglo VIII, que no pasó de ser en realidad una simple escaramuza, pero que a través de los siglos llegó a simbolizar la resistencia de los españoles ante la invasión musulmana. En la ciudad de México se organizaba una verbena con serpentinas, flores, tómbolas y sobre todo un baile en el legendario Tívoli del Eliseo.[23] Los cadetes aprovechaban el día de asueto concedido después de la ceremonia, disfrutando estupendamente en la verbena popular.

Tal vez esta coincidencia de fechas sea una de las razones que explican el porqué durante tanto tiempo pervivió la costumbre de celebrar el día 8 de septiembre, recordando —en una aparente contradicción— una victoria casi legendaria y una derrota heroica, pero ambas simbólicas, pese a todo, del rechazo al invasor extranjero.

Entre los poetas que en esos años cantaron las alabanzas de los niños héroes están José T. de Cuéllar, quien era cadete en 1847; Amado Nervo, con "Los niños mártires de Chapultepec" (1903), que empieza y termina con esta cuarteta:

> Como renuevos cuyos aliños
> un viento helado marchita en flor,
> así cayeron los héroes niños
> ante las balas del invasor.

También Luis G. Urbina alzó su voz, lo mismo que el poeta poblano Rafael Cabrera en 1910 y Carlos Pellicer en 1924.[24] Entre las piezas musicales, se interpretaba frecuentemente algún himno a los niños héroes, como uno que subsistió por muchos años, con música de Manuel Berruecos Serna y letra de Rafael Aponte y Ángel Andonegui, o el de Francisco Nava, pieza que fue interpretada por primera vez en la celebración de 1924. Generalmente, estos him-

[23] Véase ÁLVAREZ, 1948, pp. 621-624, quien habla de los años 1904-1910, cuando fue cadete; "Ecos de todas partes", en *La Patria Ilustrada*, vol. 10, p. 7 (12 sep. 1892).

[24] Pueden leerse reproducciones de algunos de estos poemas en ÁLVAREZ, 1948, pp. 607-621.

nos eran cantados por un coro de niñas de diversas escuelas de la ciudad. La presencia femenina también era requerida para recitar las poesías. En 1927, la señorita Julia López Velarde leyó el poema "La bestia de oro", de Rafael López. La costumbre de recitar poemas se fue perdiendo en la década de 1930, y las crónicas de las celebraciones llevadas a cabo durante el sexenio de Ávila Camacho ya no hacen referencia a ella. La música alusiva también se fue perdiendo poco a poco, aunque más tardíamente.

Cabe subrayar, sin embargo, que el culto de los niños héroes se gestó sin lugar a dudas durante el porfiriato. Un factor fundamental de ese proceso fue el decreto del 3 marzo de 1884, que establecía que en el Colegio Militar se pasara lista de presentes a los cadetes muertos en 1847. La emoción experimentada por los alumnos al oír los sagrados nombres de "¡Juan de la Barrera, Agustín Melgar, . . .!", momento en que debían responder con un convincente "!Murió por la patria!", era de un efecto enorme. Álvarez recuerda la profunda impresión que le causó, al entrar al establecimiento, la lista que se leía

> [. . .] en religioso silencio, que llamó poderosamente mi atención, cuando los cadetes de ambas compañías, cuadrados militarmente, escuchaban la voz de sus respectivos sargentos primeros, pasando la lista que invariablemente se iniciaba con los nombres de los heroicos cadetes.[25]

Las fiestas del Centenario de la independencia en 1910 vinieron a reforzar las que conmemoraban los acontecimientos de 1847. En aquel año llegaron, invitados por el gobierno, cadetes de todo el mundo, y las crónicas mencionaban el espíritu de confraternidad que se estableció entre los alumnos del Colegio Militar y sus invitados. Los estudiantes de diferentes escuelas de la capital participaron en una marcha que partió de la Alameda con destino al obelisco situado al pie del cerro, donde depositaron ofrendas florales.[26]

[25] ÁLVAREZ, 1948, p. 445.
[26] *El Mundo Ilustrado* (18 sep. 1910).

Vemos en este último hecho cómo el recuerdo de los niños héroes fue lentamente trascendiendo del estrecho ámbito de la asociación —cuyo fin principal era demostrar que el Colegio Militar representaba lo mejor que tenía el país, y del cual éste debía enorgullecerse— al círculo más amplio de las autoridades educativas federales, que vieron en este culto un ejemplo paradigmático: la mejor introducción a la educación cívica de la niñez y de la juventud. A partir de allí, llegó poco a poco al pueblo mexicano, que de padres a hijos, cuenta esa historia, y al contarla la va cambiando y enriqueciendo, tal vez tergiversándola aunque salvaguardando lo esencial de ella: la hazaña de seis cadetes que sacrificaron sus vidas por la patria cuando otros nada dieron por ella.

El gran escritor y poeta José Juan Tablada recuerda sus años como cadete durante el porfiriato; confiesa que aborrecía la vida militar, el aniquilamiento de la voluntad que ésta significaba, "la postiza marcialidad, la actitud fiera y artificial que mis compañeros se veían obligados a asumir, causaban en mi interior una irreprimible risa", que por supuesto le costó innumerables castigos. Sin embargo, el recuerdo más edificante que conservó de esa etapa de su vida fue la contemplación, en los muros del colegio, de

> [. . .] los retratos de los cadetes héroes [que] me hacían el efecto de exhortarme con sus miradas de serena pero enérgica espiritualidad al cumplimiento del deber, hasta el sacrificio y el holocausto, según su noble ejemplo [. . .] En medio de la frivolidad de la adolescencia tuve la fortuna de sentir honda y plenamente aquella máxima gloria radiante de pureza y desinterés que aureoleaba a los cadetes inmolados y desde entonces rendirles el culto más convencido y más sincero.[27]

Por todo lo anterior, vemos cómo el mito de los niños héroes logró el éxito: los valores —sentido del deber, del honor y de la lealtad— que encarnan los seis cadetes no son exclusivos del universo militar, sino que son extensivos al conjunto de los individuos que componen la sociedad

[27] TABLADA, 1991, pp. 82-83 y 98.

mexicana. El caso de Tablada nos parece sintomático de ello, por tratarse de un agudo crítico de los militares de su tiempo, que a pesar de ello no tuvo ningún reparo en rendir culto a los héroes niños y ver en ellos un modelo digno de ser imitado.

En 1910 México vivía la celebración por excelencia, la del Centenario. Con esta fiesta, Porfirio Díaz quería demostrar a los mexicanos y al mundo entero que la prosperidad del país se basaba sólo en su permanencia en el poder. Quería especialmente que así lo entendiera el presidente estadounidense Taft, cuyo gobierno estaba muy disgustado por los coqueteos de Díaz con otras potencias: Inglaterra, Francia, Alemania y espiritualmente hablando, España. La relección parecía seguir su curso sin mayores trastornos, el mismo Díaz para la presidencia de la República, y la de su sobrino Félix Díaz para la de la Asociación de Exalumnos del Colegio Militar. La celebración del 8 de septiembre de ese año contó con la presencia del tío y del sobrino, acompañados del cuerpo diplomático. El representante español para las fiestas del Centenario fue el Marqués de Polavieja, quien vino expresamente a devolver un uniforme completo que perteneció a don José María Morelos y que había permanecido en España.[28] El orador principal fue el licenciado José R. Aspe, quien según la crónica, pintó con vigor y calidez la tragedia sufrida por México en 1847, "obra de espíritus calculadores y de ambiciones bastardas". Por su parte, el vate español Gonzalo de Murga pronunció una oda "que por su galantería extremada hacia Méjico y su deseo de ligarnos más y más espiritualmente a España conquistó la atención y aplauso general". El cronista no deja de señalar que durante el acto "la concurrencia aumentó de un modo extraordinario, y se observó la ausencia del elemento norteamericano".[29]

[28] *El País* (15 sep. 1910).
[29] *El País* (9 sep. 1910).

Los años revolucionarios

Durante la lucha armada, la conmemoración se vio afectada, aunque no desapareció del todo. En 1911, acudió al acto el presidente Francisco León de la Barra. Habló el general Samuel García Cuéllar, quien a pesar de advertir que no tocaría la cuestión política actual, ya que venía representando a la asociación, cuyos fines no eran políticos, no dejó de tocarla. Declaró que el ejército no debía meterse en política, ni dejarse guiar por las

> [. . .] muchedumbres que son anónimas, no tienen honor ni tradiciones que defender, nacen bruscamente, sugestionadas por un sofisma [. . .] y desaparecen sin dejar huella. En cambio el Ejército tiene un nombre y un honor que defender; debe estar siempre del lado de la Ley, no importa quién represente esa ley, ni quien sea el mandatario; el soldado que no esté conforme con el gobierno deberá pedir su retiro antes de faltar a la lealtad en él depositada.[30]

El autor de estas palabras colaboró más tarde con el gobierno usurpador de Victoriano Huerta que derrocó al legítimamente constituido de Francisco I. Madero: García Cuéllar fue en 1914, precisamente, director del Colegio Militar.

En 1912, Madero asistió como presidente a la celebración en honor a los niños héroes.[31] Por las acechanzas de los militares, ésta fue la única a la que llegó a concurrir. Obviamente, la palabra "lealtad" tenía un pobre significado entre los militares de aquel tiempo.

También Victoriano Huerta asistió sólo una vez a este acto, puesto que luego fue derrocado. El orador, el general Miguel Ruelas, terminó su discurso alabando a los mártires de 1847 "y excitando al pueblo a que en un futuro, quizá no lejano, imitara la actitud de aquellos héroes niños que supieron guardar la dignidad de la patria frente a la amenaza ingente de los hombres del Norte".[32] En ese mo-

[30] *El País* (9 sep. 1911).
[31] *El País* (9 sep. 1912).
[32] *El País* (9 sep. 1913).

mento, Huerta temía más a la posibilidad de una invasión estadounidense que al triunfo de la revolución constitucionalista, encabezada por el gobernador de Coahuila.

El ceremonioso presidente Venustiano Carranza fue aficionado a este tipo de eventos, en cuyas fotografías él y su gabinete se asemejan mucho, por sus actitudes hieráticas, a estatuas y monumentos.[33]

Los pragmáticos sonorenses relegan a los niños héroes

Los sonorenses no se mostraron particularmente entusiasmados de celebrar a los niños héroes. Sin embargo, el otro centenario, el de la consumación de la independencia —que buscaba igualar en magnificencia al del porfiriato—, ciertamente ayudó a dar lustre a la ceremonia en memoria de los aguiluchos. En 1921, por primera vez (según parece) se celebró en el mismo día en que ocurrió el asalto a Chapultepec, o sea, el 13 de septiembre. Asistió al acto Álvaro Obregón con su gabinete, y habló el presidente de la asociación, Víctor Hernández Covarrubias, quien fue director del Colegio Militar en 1913, cuando ocurrió la famosa escolta de los cadetes al presidente Madero. Después de las guardias en el obelisco, se trasplantaron seis pequeños ahuehuetes alrededor del monumento, y en cada uno de ellos se fijó una placa con el nombre de los cadetes.

A menos de quince días de haber logrado el reconocimiento de Estados Unidos hacia su gobierno, Obregón no quiso saber nada de una conmemoración que aludía precisamente a la guerra con este país. Sea por esta precaución política, o debido a problemas de salud que padecía entonces, el caso es que el presidente estuvo fuera de la ciudad durante las fechas festivas. Aquel año, la celebración en Chapultepec se llevó a cabo el 9 de septiembre de 1923, pues el 13, en un acto realizado en las instalaciones del Colegio Militar en San Jacinto (Tacu-

[33] *Excelsior* (9 sep. 1921).

ba), el secretario de Guerra, Francisco Serrano (quien en 1927 fue asesinado por Obregón y Calles), descubrió una estatua de Juan de la Barrera y otra de Vicente Suárez. Según la crónica, las miradas estuvieron puestas en Su Majestad Beatriz I, reina de los cadetes del Colegio Militar, quien antes de retirarse, "depositó una flor y una lágrima" en ambas estatuas. El orador en turno aclaró raudo la razón de su presencia, para "cumplir un rito sagrado, no un acto de revancha, sentimiento que ya no tiene ningún mexicano".[34]

El año siguiente, al conmemorarse los 100 años del Colegio Militar, la asociación preparó un festejo doble —por lo cual se hizo el 14 y no el 13— que incluyó una ofrenda en el monumento a Guadalupe Victoria, pues fue durante su administración cuando se fundó el colegio. Ahora sí asistió Obregón, quien se sentó en la Tribuna Monumental al lado de los sobrevivientes de la jornada de 1847. El orador fue el profesor Francisco César Morales, director general de Educación Primaria de la SEP. Al ser éste el año en que Obregón aplastó inmisericordemente la rebelión delahuertista, proclamando su triunfo a los cuatro vientos, las palabras de Morales parecían dirigidas a un destinatario distinto del que se declaraba explícitamente. El orador, al preguntar si los sucesos de Chapultepec no representaban una derrota, respondía

> [. . .] tal vez, son héroes fracasados si se les ve desde el punto de vista de los que sólo reconocen el ideal cuando se presenta en el campo de la victoria, domeñando altiveces y aplastando rebeldías; mas para nosotros son héroes sublimes porque prefirieron sucumbir a doblegarse, y porque su memoria molestará eternamente a los que tienen el hábito de halagar al fuerte y son esclavos incondicionales del éxito, en cualquiera de sus míseras formas. . .[35]

[34] *Excelsior* (10 y 14 sep. 1923).

[35] *Excelsior* (15 sep. 1924). En este discurso, su autor cita a José Vasconcelos, quien no tenía ni dos meses de haber renunciado como titular de la Secretaría de Educación Pública, se sospechaba de simpatizar con los delahuertistas.

Así y todo, el presidente invicto y sus allegados no se dieron por aludidos.

Calles tampoco pareció muy afecto a esta celebración. El 13 de septiembre de 1927 estaba prevista su asistencia, que a última hora fue cancelada; acudió en su representación un funcionario de la Secretaría de Guerra. Tal vez la ausencia de Calles se debió a que ese mismo día se aprehendió al general José Domingo Ramírez Garrido (quien en 1923 fue director del Colegio Militar), acusado de fraguar un complot para asesinar a Obregón.[36] En 1928 —en medio de la expectativa por el juicio de José de León Toral, asesino del presidente electo Álvaro Obregón—, tampoco asistió Calles. En esta celebración, y en la del año anterior, ya no se indica que la asociación haya organizado el evento, aunque lo presenciaron sus miembros y alguno de ellos habló en la tribuna.[37]

En 1932 tampoco se contó con la asistencia presidencial y la celebración tuvo un carácter más civil. Fue organizada por el Departamento Central (o DDF) y no por las autoridades militares. El representante del presidente Abelardo L. Rodríguez fue el jefe del Departamento Central y no un funcionario de la Secretaría de Guerra. Se entregaron banderas a diversas escuelas oficiales, y el orador principal fue el señor Alfonso Herrera, quien expresó su ardiente deseo porque cada alumno de kindergarten, primaria, secundaria y facultades desfilara ante ese monumento con las palabras del himno nacional: "Patria mía, piensa que el cielo un soldado en cada hijo te dio".

En otro acto, más modesto pero tal vez más simbólico, los niños de la "Escuela Niños Héroes de Chapultepec" representaron lo sucedido hacía ya 85 años

[36] *Excelsior* (14 sep. 1927). Finalmente no se le comprobó nada y fue dejado en libertad. Ramírez Garrido había participado en la rebelión delahuertista, logrando escapar a Cuba. Lo extraño es que fue Calles quien permitió a aquél regresar del exilio en 1926. Después de esta acusación, de la que no se encontraron pruebas, Ramírez Garrido volvió a salir del país.

[37] *Excelsior* (14 sep. 1927) y *Excelsior* (14 sep. 1928).

> [. . .] con irreprochable propiedad [señala el reportero] realizaron tres dramatizaciones alusivas a los Aguiluchos de Chapultepec: "los cadetes del 47", "héroes de Chapultepec" y "deber heroico" que fueron de tal fuerza histórica, de tal emoción, de tal contagio patriótico, que aquellos niños artistas fueron estruendosamente aplaudidos en cada caso.[38]

EL TRÁNSITO A LA CIVILIDAD: EL MITO DE LA REVOLUCIÓN ALIENTA AL DE LOS NIÑOS HÉROES

En 1935 el presidente Lázaro Cárdenas estaba precisamente dedicado a esto mismo, a ser presidente. Por esos días de septiembre, la purga de elementos callistas llegó a la Cámara de Diputados: la noticia del desafuero de varios de ellos —acusados por la balacera que había estallado dentro de la Cámara y que provocó la muerte de dos legisladores— ocupaba las ocho columnas de los periódicos. Otro asunto de interés era el presupuesto de la Universidad Nacional Autónoma de México, y la mañana del 13 de septiembre Cárdenas recibía en audiencia al rector Fernando Ocaranza, mientras que en Chapultepec presidían la ceremonia Joaquín Amaro, director general de Educación Militar y Luciano Kubli, director de Acción Cívica del DDF.[39]

En los años cardenistas, la organización de estos eventos pasó a ser casi por completo obra del gobierno, tratárase del DDF, de la SEP, o de la presidencia. La asociación sólo participaba como invitada. También se comenzó entonces a unir el mito de los niños héroes al naciente de la Revolución. Los hechos de armas comenzaban a alejarse en el tiempo y perder la sustancia política que los rodeó en su momento, para pasar a conformar una epopeya única y homogénea. En 1938 se invitó a los representantes de "los veteranos del 47" y también a los de Veracruz en 1914. Para adecuarse a los nuevos tiempos, la asociación organizó una velada en homenaje a la Escuela Naval Militar de

[38] *Excelsior* (14 sep. 1932).
[39] *El Universal* (14 sep. 1935).

Veracruz, durante la cual se añadieron los nombres de los dos alumnos muertos en 1914 a la lista de los cadetes de 1847. En su alocución, el licenciado Belisario Becerra dijo que los nombres de "José Azueta y Virgilio Uribe ya tienen un lugar en el alma del pueblo mexicano y sus figuras se unen a las de los niños héroes".[40]

La costumbre de pasar lista de presente a los cadetes muertos en 1847, que se realizaba desde hacía tiempo en el Colegio Militar, empezó a formar parte del ritual anual del 13 de septiembre a partir de 1941. En el acto celebrado aquel año se otorgó la medalla *A la lealtad* a los excadetes que en 1913 escoltaron a Madero desde el castillo de Chapultepec hasta Palacio Nacional, mientras la Ciudadela era asaltada por los golpistas.[41] Este hecho de la Revolución ya poseía la dimensión de una leyenda y de esta manera, se entrelazaba con el de la defensa de Chapultepec.

EL ACERCAMIENTO CON ESTADOS UNIDOS, OBSTÁCULO PARA LA CELEBRACIÓN

Manuel Ávila Camacho tampoco fue muy adicto a este aniversario, lo que se explica por diferentes circunstancias. La primera, es la notable mejoría en las relaciones con Estados Unidos, que terminó con problemas añejos que parecían insolubles, gracias a la Comisión de Reclamaciones (por daños ocasionados a estadounidenses durante la Revolución) y la indemnización a las compañías petroleras por la expropiación sufrida en 1938. Pero no sólo se trataba de un mejor entendimiento entre ambas naciones, sino que existía ahora un vínculo todavía más significativo: México y Estados Unidos se convirtieron en aliados durante la segunda guerra mundial. En ese contexto, el recuerdo de la invasión estadounidense no era lo más apropiado para un presidente que quería conven-

[40] *El Universal* (14 sep. 1938).

[41] *Hoy*, núm. 239 (20 sep. 1941). En este acto no estuvo presente Ávila Camacho.

cer a sus connacionales de los beneficios de la alianza con Estados Unidos.

La segunda razón que explica la reticencia presidencial hacia la conmemoración, aunque no es tan evidente, influyó posiblemente en su actitud hacia ella. El 10 de abril de 1944, cuando el presidente arribaba a Palacio Nacional y se disponía a subir al elevador, el teniente José Antonio de la Lama Rojas se cuadró ante él, al tiempo que extraía una pistola y le disparaba a quemarropa. La americana del general tenía una malla de acero, por lo que el proyectil no lo alcanzó. El propio presidente sometió al agresor, quien más tarde, al ser interrogado sobre el motivo del atentado, sólo se lamentó de no haber logrado su objetivo. Al día siguiente —según parece— al teniente De la Lama le aplicaron la "ley fuga". El magnicida frustrado había sido alumno del Colegio Militar, y era un ferviente nacionalista que incluso había publicado un folleto sobre los símbolos patrios, destacando el elogio que hacía de los niños héroes. Además, el día del atentado llevaba debajo de sus ropas militares una bandera nacional alrededor de su cuerpo.[42] Aquí la referencia al acto heroico de Juan Escutia es más que evidente: si bien éste lo llevó a cabo como una ofrenda en honor a la patria, aquél creía que matar al presidente, a costa de su propia vida, era el mayor sacrificio que un mexicano podía realizar para salvarla, acabando con lo que consideraba ser una política entreguista hacia Estados Unidos.

Por otra parte, los miembros de la asociación veían cómo el centenario de 1847 se acercaba y todavía no existía un monumento digno que perpetuase la memoria de los aguiluchos. Tampoco se había hecho nada por encontrar sus restos mortales. A esto mismo aludía el general Tomás Sánchez Hernández en su discurso del 13 de septiembre de 1944: se lamentaba porque la gente que acudía al obelisco creía que ahí estaban los restos de los niños héroes, lo cual no era cierto; alentaba su búsqueda, señalando que un miembro distinguido de la asociación, el general Torrea, conocía a su vez a un "viejo y ameritado

[42] Sobre el caso, véase TARACENA, 1977, t. 2, pp. 191-198.

general'', que sabía dónde debían buscarse.[43] Tiempo después, se demostraría que si uno está animado por el ferviente deseo de encontrar algo, lo más seguro es que lo encuentre, como sucedió con los restos de Cuauhtémoc que ''encontró'' Eulalia Guzmán.

La asociación, cada vez más empeñada en su afán por construir monumentos, se acercó al lugar menos adecuado en busca de apoyo: el despacho presidencial. El primer mandatario les ofreció ayuda material y aceptó la presidencia honorífica del ''Comité Pro-monumento a los Niños Héroes''. Finalmente, el denominado ''Presidente caballero'' no cumplió con lo prometido, y según un exintegrante de ese comité; ''desgraciadamente el general Ávila Camacho no cumplió su ofrecimiento, dejando escapársele el alto honor de ser él quien hiciera justicia, en esa forma, a nuestros Niños Héroes''.[44]

La cicatrización de una herida: el centenario de 1847

Miguel Alemán inició su gobierno con la política del ''buen vecino'' y las relaciones entre México y Estados Unidos se volvieron inmejorables. El 3 de marzo de 1947, por primera vez, un presidente estadounidense pisó el suelo de la capital de la República. Uno de los actos más significativos fue la ofrenda y guardia de honor que Harry S. Truman depositó en el obelisco a los niños héroes. Antes había señalado que las intervenciones eran ya cosa del pasado. Los periodistas aseguraron que así ''cicatrizó para siempre una vieja herida nacional''.[45] No obstante, algunos

[43] *El Nacional* (14 sep. 1944). En este acto no estuvo presente Ávila Camacho.

[44] Álvarez, 1948, p. 580. Por su gentileza y buenas maneras, Ávila Camacho fue conocido por el sobrenombre de "el Presidente caballero".

[45] Taracena, 1979, p. 105 y Torres, 1984, pp. 161-162. Casi dos meses después, Alemán correspondió la visita; viajó a Washington donde fue aclamado por una gran multitud. El presidente mexicano asistió al cementerio de Arlington, lugar en el que depositó una ofrenda en la tumba del Soldado Desconocido. Taracena, 1979, pp. 109-111.

pensaban que la herida seguía abierta: la ofrenda dejada por Truman desapareció misteriosamente y corrió el rumor de que un grupo la había arrojado a las puertas de la embajada estadounidense.[46]

A raíz de esta casi unánime "cicatrización", los programas del centenario cobraron nuevos bríos. Durante la primera presidencia civil de la posrevolución, la asociación tuvo que resignarse a un hecho que ya se venía perfilando: la celebración del 13 pasaba a depender netamente del ámbito gubernamental, y más particularmente, del presidente de la República. El proyecto presentado por la asociación fue desechado por el gobierno, aduciendo lo costoso que resultaba erigir un monumento. La asociación había pensado construirlo en la glorieta Juan de la Barrera (en la avenida Chapultepec y calzada de Tacubaya), por ser el lugar donde murió el valeroso teniente. Además, se quería construir un museo y un panteón para depositar allí los restos de los seis cadetes. En cambio, el gobierno aceptó la propuesta del arquitecto Aragón Echegaray, que se llevó a cabo donde estaba la Fuente de las Ranas, "con el consiguiente disgusto de los miembros de la Asociación del Colegio Militar, a los que no se tomó en cuenta".[47] El presidente Alemán acudió el 13 de septiembre de 1947 a colocar la primera piedra de este monumento, "Defensores de la Patria" (pero mejor conocido como "Altar a la Patria"), el hemiciclo que actualmente conocemos.[48] Uno de los oradores, el licenciado y general Aarón Sáenz, declaró que "no se pretendía desenterrar agravios ni revivir pasiones que el tiempo ha marchitado, sino el deber de invocar el recuerdo de un fracaso glorioso". Al terminar el acto, "el pueblo, desde las colinas del cerro, vitoreaba a los héroes y al presidente Alemán".[49]

Ese mismo día, en la Cámara de Diputados, los presidentes del Congreso y del senado, Alejandro Gómez Ma-

[46] TORRES, 1984, p. 165.
[47] CHÁVARRI, 1960, p. 235.
[48] Éste fue inaugurado por Alemán el 27 de noviembre de 1952.
[49] *El Nacional* (14 sep. 1947).

ganda y Fidel Velázquez, descubrieron la inscripción "A los Niños Héroes de Chapultepec". Estuvieron presentes representantes del cuerpo diplomático y una comitiva de cadetes.[50]

Una sociedad deseosa de rendir culto a determinados "héroes" necesita de algunos restos mortales susceptibles de convertirse en el centro y el foco de las ceremonias cívicas. El centenario de 1847 resultó el momento propicio para "descubrir" los restos de los seis cadetes. El general Torrea fue comisionado por el secretario de la Defensa, Gilberto R. Limón, para iniciar la búsqueda, y cinco días después, en el lugar conocido como Ahuehuetes de Miramón, fueron encontrados seis cráneos que, según dictamen antropológico, pertenecían a cinco esqueletos masculinos jóvenes y a uno adulto. El presidente Alemán nombró una comisión de historiadores que dictaminara si esos restos pertenecían efectivamente a los cadetes de 1847. Ésta concluyó afirmativamente, con pruebas que dejaban, sin embargo, mucho que desear. En efecto, y entre otras cosas, si Torrea, y antes de él otros miembros de la asociación sabían dónde estaban sepultados los restos, ¿por qué esperaron 100 años para desenterrarlos y proporcionarles un lugar más digno donde reposar?[51] Además, los que formaron parte de la comisión eran obviamente parciales en el asunto, ya que eran miembros de la asociación o estaban relacionados con ella: tales eran los casos de Juan Manuel Torrea, José María Álvarez y Alberto María Carreño.

Pero el centenario requería forzosamente la presencia de esos restos para avivar la flama del culto a los héroes. Fue así como el 14 de septiembre, en la plaza de la Constitución, frente a Palacio Nacional, fue levantado un túmulo con seis urnas de plata que contenían los presuntos restos de los niños héroes. Alemán y su gabinete montaron la primera guardia. Después, fue el pueblo quien desfiló ante las urnas, cumpliendo así el deseo expresado

[50] *El Nacional* (14 sep. 1947).

[51] Me baso aquí en los estudios de GARCÍA MUÑOZ y FRITSCHE ACEVES, 1989, pp. 91-95, y en el serio cuestionamiento que hacen a este hallazgo.

por Alfonso Herrera en 1932. Del zócalo, las urnas fueron trasladadas en solemne cortejo —en cierto sentido, similar al de 1849— a la Sala de Banderas del Colegio Militar en Popotla, donde según su director, Luis Alamillo Flores, se montaría una guardia permanente, las 24 horas de los 365 días del año.[52]

En 1950, la celebración tuvo también como telón de fondo la "buena vecindad". El embajador estadounidense Walther Thurston, por encargo —según dijo— del pueblo norteamericano y del presidente Truman, entregó 12 banderas que en 1847 fueron tomadas y llevadas a Estados Unidos. La entrega simbólica fue hecha por cadetes de West Point a sus iguales del Colegio Militar.[53]

El presidente de la República, invitado imprescindible

A partir de 1953, todas las celebraciones se realizaron en el nuevo monumento, con sus seis antorchas erguidas. Fueron ceremonias más breves, pues los asistentes ya no debían trasladarse de la Tribuna Monumental al Obelisco con el fin de depositar las ofrendas. También se estableció la costumbre de que el jefe del ejecutivo llegara acompañado del presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y de los presidentes de las Cámaras de Diputados y Senadores, pues se trataba ya formalmente de un homenaje de los tres poderes de la Unión. También se redujo paulatinamente el número de oradores, pues uno solo hablaba a nombre de los tres poderes, y otro fue casi siempre un cadete. Así se verificó la conmemoración de 1954, a la que asistió Adolfo Ruiz Cortines.[54]

Durante el periodo de Adolfo López Mateos encontramos otra innovación que persiste hasta nuestros días. El presidente entrega simbólicamente seis espadines a igual número de cadetes. Este rito simboliza la entrega y el he-

[52] *El Nacional* (15 sep. 1947).
[53] *El Nacional* (14 sep. 1950).
[54] *El Nacional* (14 sep. 1954).

roísmo que deben perdurar en los alumnos del Colegio Militar, pero también realza la figura del ejecutivo en esta ceremonia. En tiempos de Porfirio Díaz, por ejemplo, éste mantenía una actitud pasiva, pues se limitaba a depositar la ofrenda y a montar guardia. Además, al ir desapareciendo elementos de ornato anteriores, como los poemas y la música, lo que más destacó en la ceremonia fue la figura presidencial. Los oradores aprovecharon la ocasión para glorificar las hazañas de los héroes niños y también las presidenciales. El senador Andrés Serra Rojas, el 13 de septiembre de 1964, dirigiendo su mirada al presídium donde se encontraba Adolfo López Mateos, dijo: "hace seis años la nación le entregó su destino y hoy puede usted repetir en esta augusta conmemoración: no sólo devuelvo la patria que me entregaron, la devuelvo más grande, más unida y con los ojos limpios para ver el porvenir", provocando con ello una cerrada ovación. "López Mateos [añade por su parte el reportero], que se había calado unos anteojos oscuros, no movió un músculo de la cara. Sólo inclinó ligeramente la cabeza."[55]

Los niños héroes: modelo de una juventud estudiosa

En la primera quincena de septiembre de 1968, la huelga estudiantil parecía perder fuerza y el rector Javier Barros Sierra había conminado a los estudiantes a regresar a clases, pero sin abandonar la lucha. La mayor parte de la sociedad, adormilada por el autoritarismo y el desarrollismo, creía que ése era el mejor de los mundos posibles, y veía en los estudiantes huelguistas a vándalos y delincuentes, pero la irrupción del ejército a la UNAM el 17 de septiembre modificó sensiblemente esta imagen. A la ceremonia en Chapultepec, Díaz Ordaz acudió acompañado de su gabinete. El primer orador, "en representación de la juventud militar", fue el cadete Saúl Hernández Dorantes. Declaró

[55] *Excelsior* (14 sep. 1964). López Mateos sufría de intensos dolores de cabeza producidos por la migraña, por lo que usaba lentes oscuros.

que los niños héroes habían dado al país personalidad ante el mundo, y que nosotros "somos herederos de tan sublimes ejemplos y por ello estamos obligados a la superación y al estudio"; por lo tanto, el heroísmo debía conseguirse en las aulas. Por su parte, Alfredo V. Bonfil consideraba que la juventud podía optar por dos caminos, el de aquellos que quieren demoler todo lo construido por generaciones anteriores, o el de quienes valoran esas experiencias, pero rechazan sus aspectos obsoletos con el propósito de construir un mejor futuro.[56] Es evidente que con estos señalamientos el orador descalificaba de antemano el movimiento estudiantil, pues le achacaba simple y llanamente el deseo de acabar con todo. Con estas palabras, se ganó el aplauso de la concurrencia y muy especialmente, el de Díaz Ordaz, quien se le acercó para darle un abrazo, ya que seguramente ni él mismo podía haber encontrado un mensaje más conveniente. En la foto publicada por el periódico, vemos a las personalidades del régimen diazordacista montando guardia, y encima de ellas, colocado sobre el hemiciclo, un adorno floral que rezaba: "Ejemplo para la juventud mexicana".

El exsecretario de Gobernación de Díaz Ordaz, ya en la presidencia, intentó rehuir su responsabilidad en la matanza de Tlatelolco, tomando la bandera de la juventud. Fue así como colocó a jóvenes políticos en puestos importantes de su gobierno.[57] En 1971, el orador que habló a nombre de los tres poderes fue el joven secretario de Acción Educativa de la Confederación Nacional Campesina, Héctor Hugo Olivares Ventura, quien se hermanó con los jóvenes de todo el mundo "que han hecho de la justa protesta su expresión cotidiana y su bandera de lucha".[58]

[56] *El Nacional* (14 sep. 1968).

[57] Como en los casos de Fausto Zapata, Francisco Javier Alejo, Carlos Armando Biebrich.

[58] *El Nacional* (14 sep. 1971).

LAS HAZAÑAS DE LOS NIÑOS HÉROES Y LAS DE LOS PRESIDENTES

Por primera vez, en 1976, el jefe del ejecutivo concurrió al evento acompañado por el presidente electo —el gran elector con el ungido. El primero —en el crepúsculo de su sexenio y en medio de serios cuestionamientos hechos a su política económica— esperaba no ser olvidado, vituperado, o si se quiere, traicionado. En Chapultepec, Luis Echeverría y José López Portillo oyeron al orador en turno y luego se trasladaron a Tlalpan para inaugurar las nuevas instalaciones del Colegio Militar. Ahí, el orador fue el general Hermenegildo Cuenca Díaz, quien dio las orientaciones para los nuevos cuadros formados por este colegio: ahora, el ejército debería utilizar "sus armas para la defensa y seguridad de la patria y no como medio de opresión en contra de la ciudadanía", y sus soldados deberían contribuir al desarrollo nacional y ayudar a la población civil en caso de desastre. Finalmente, reiteró la lealtad de que el Colegio Militar siempre había dado testimonio.[59] Ésta fue efectivamente la palabra clave de aquella celebración: en el muro de la tribuna de honor, donde se encontraba el futuro presidente de México, se podía leer escrita en gigantescas letras, la palabra "Lealtad".

A partir de entonces y hasta la actualidad, el presidente irá cada 13 de septiembre de Chapultepec a Tlalpan para inaugurar los cursos del Colegio Militar. De hecho, asiste a una segunda celebración, pues entre los ejercicios que hacen los alumnos, destaca la escenificación de la batalla de Chapultepec que culmina con el acto protagonizado por Juan Escutia, mismo que realizan decenas de cadetes, envueltos en sendas banderas nacionales.

En septiembre de 1979, la noticia dominante era el derrame de petróleo en el pozo Ixtoc-1 y las posibles repercusiones diplomáticas que este accidente tendría, justo cuando los presidentes Carter y López Portillo iban a entrevistarse en Washington a fines de mes. El orador en turno durante la celebración fue el diputado Pedro Pablo

[59] *El Nacional* (14 sep. 1976).

Cepeda, quien declaró "que el mundo vive entre agresiones de diferentes móviles, aunque con intenciones iguales: que los países continúen divididos según los intereses y las fuerzas de los poderosos". Señaló también que la autodeterminación de los pueblos sería bandera permanente en el concierto de las naciones y predijo que con el petróleo, México podría obtener su independencia económica, pero que "esta posibilidad única en nuestra historia nos debe hacer volver los ojos a la esencia nacionalista que provocó el acto heroico que hoy recordamos. Sólo así seremos congruentes con nosotros mismos y con la actitud de estos jóvenes cadetes".[60] La costumbre quería que el director del Colegio Militar fuese el que pasara lista, pero López Portillo no pudo resistir la tentación de ser él quien pronunciara el nombre de los seis cadetes muertos por la patria. En ese momento no era aún un presidente devaluado, sino el líder de México, una potencia media.

A escasos 13 días de la nacionalización de la banca, a nombre de los tres poderes, habló el diputado Jesús Salazar Toledano, quien señaló que con la nacionalización se rescataba el poder negociador del Estado y su capacidad para decidir desde una posición de fuerza; aclaró que la medida "no es fruto de un momento de audacia, sino resultado de una convicción que ha resistido dudas y cuestionamientos ideológicos, políticos y estratégicos; es respuesta de una vocación que viene del fondo de la Historia". Terminó señalando que en las actuales circunstancias, el sacrificio de los seis cadetes "dará fuerza y aliento en las filas del pueblo".[61] Ante tal audacia presidencial, era obviamente impensable que se repitiera, como seis años atrás, la asistencia conjunta del mandatario en funciones con el electo.

Es significativo que en 1988, año de elecciones presidenciales competidas y cuestionadas, y con una amplia participación política de la sociedad civil, hubiese dos celebraciones. La primera contó con la asistencia del presi-

[60] *Uno más uno* (14 sep. 1979).
[61] *Uno más uno* (14 sep. 1982).

dente Miguel de la Madrid y su gabinete, y en ella el diputado Víctor Hugo Celaya afirmó que veía en la gesta de los niños héroes el anticipo de la Reforma y de la Revolución, y señaló también que el gobierno de Miguel de la Madrid

> [. . .] pasará a la historia como aquel que supo impulsar una nueva etapa en la revolución mexicana, que logró el impulso que condensa un pasado glorioso con los requerimientos actuales, que preparó a la nación para acceder al futuro y a la modernidad, realizando los cambios estructurales que la nación reclamara.

La otra celebración se realizó más tarde en el mismo lugar, el "Altar a la Patria", donde Domingo Martínez, de la colonia Pensil, leyó un documento a nombre del "Movimiento Juvenil Chinaco" que ahí se constituyó y en el cual se señalaba que el gobierno no tenía autoridad moral ni política para reivindicar a la juventud mexicana, porque era el responsable de su miseria y desempleo, y que además, la juventud era víctima constante de la brutalidad policiaca. El documento subrayaba que en el pasado ya se habían dado muestras de "entrega solidaria" como en los sismos de 1985 y en ese año de 1988.[62] Cabe destacar que en la ceremonia del "grito" también estallaron muestras de inconformidad, cuando cientos de jóvenes lanzaron consignas contra el gobierno y a favor del excandidato presidencial Cuauhtémoc Cárdenas, siendo por ello golpeados por la policía en el zócalo capitalino.[63]

El Estado contra sus propias creaciones míticas

El escándalo suscitado por los nuevos libros de texto de historia para la escuela primaria dominó el panorama en 1992. En efecto, estos libros intentaron desmitificar muchos hechos y nombres de nuestra historia. Pero tal vez en

[62] *La Jornada* (14 sep. 1988).
[63] *La Jornada* (17 sep. 1988).

ese intento por proporcionar figuras menos marmóreas y más humanas, lo que se logró, paradójicamente, fue quitar a los héroes lo que tenían de humano: la posibilidad del sacrificio supremo, del deber absoluto, casi patológico, que los llevó a realizar —o que llevó a los historiadores a inventar— aquellas hazañas tan celebradas. Así, en esos libros desaparecieron los nombres de los seis cadetes, y el de otra figura heroica precoz: el Pípila, de la guerra de independencia. Las críticas a estas omisiones fueron estruendosas y los libros tuvieron que ser retirados, si bien otras consideraciones y también muy diversos errores contribuyeron a ello. En ese contexto, la ceremonia del 13 cobró un interés inusitado. Marcelo Ebrard, secretario general del DDF, reiteró la significación toral de 1847, la de luchar hasta el final por la patria; también se refirió al liberalismo social y al Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). Tanto fue el interés despertado por el tema, que los reporteros se acercaron al presidente Carlos Salinas de Gortari para preguntarle la significación de esta ceremonia, a lo que este último respondió:

> Nosotros siempre estaremos dispuestos a promover el recuerdo de este hecho histórico, de esa memoria gloriosa para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Especialmente, de manera extraordinaria, estos niños, verdaderos héroes de la historia de México.[64]

La noche del "grito", el 15 de septiembre, el presidente Salinas añadió —por primera vez en la historia de esta celebración— un viva a los niños héroes. Al día siguiente, el orador oficial del acto conmemorativo del inicio de la independencia fue el secretario de Educación Pública, Ernesto Zedillo, quien en varias ocasiones mencionó a los cadetes de 1847; entre el público que asistió al acto en la columna de la independencia sobresalían pancartas que decían: "los Niños Héroes, parte esencial de nuestra historia". Muchos vieron en este acto, y en el del "grito", un

[64] *La Jornada* (14 sep. 1992).

desagravio a la memoria de esos héroes juveniles.[65] Finalmente, el 15 de septiembre de 1994, Salinas de Gortari, desde Dolores Hidalgo, reiteró su "¡Vivan los Niños Héroes!".

IV

El recorrido seguido hasta aquí nos lleva a reflexionar no sólo acerca de la forma en que un conjunto de hechos históricos se van transformando en un mito, sino en la manera en que éste es utilizado para diversos fines y para la justificación de distintas políticas.

El hecho histórico necesita ser reformulado para convertirse en mito. Eso sucedió con los niños héroes, a partir de los cuales se forjó un mito que surge de ciertos acontecimientos suficientemente comprobados y de otros que no lo son. Sin embargo, estos últimos no son mera fantasía, ya que tienen su raíz en otras hazañas realizadas por otros personajes durante esa misma gesta, como Zuazuo y Xicoténcatl. En este sentido los niños héroes sintetizan todos los hechos heroicos de la guerra de 1847.

Otro elemento importante para la conformación del presente mito lo encontramos en el entorno simbólico del lugar en que se gestó: Chapultepec. El castillo en la cima del cerro, el bosque, los ahuehuetes, son elementos indispensables de su ambientación, en el momento de su celebración anual.

La sobrevivencia de un mito cívico requiere de su celebración, o sea, de su ritualización. Ésta ha obedecido, a lo largo del tiempo, a distintos móviles. Hemos visto cómo surgió en un principio para dar relieve a una institución castrense, el Colegio Militar. Sus promotores buscaban que el Estado reconociera al colegio como el paradigma de las virtudes militares. Más adelante, fueron los jefes militares en su conjunto quienes tomaron las riendas de este ritual. El ejército posrevolucionario fue cuestionado por la sociedad debido a la corrupción y a la falta de profesionalismo

[65] *La Jornada* (17 sep. 1992).

que imperaban en él. Por ello, el reconocimiento a los cadetes de 1847 pretendió contribuir a cambiar esa imagen, dignificarla, al mostrar que la lealtad —que tanto faltaba entre los militares— fue la virtud excelsa de seis de ellos y así, por analogía, hacer creer que ésta era extensiva a todos sus miembros. Cuando se profesionalizó, y sobre todo cuando el poder civil sustituyó al militar, la celebración amplió sus propósitos y los seis cadetes pasaron a ser ejemplo para toda la juventud mexicana. Por eso los niños héroes adquirieron el rostro de todos los niños de México, de ahí que en sus distintas representaciones —retratos, estatuas, estampas escolares—, sean tan parecidos entre sí, para inferir que ese único rostro podía ser el de cualquier niño mexicano.

Al dejar sus armas, los niños héroes perdieron paulatinamente el referente bélico que antes los había caracterizado, en mayor o menor medida: la defensa ante la invasión estadounidense. Coincidiendo con la desaparición de esta molesta alusión, el presidente de la República comenzó a asistir regularmente al evento. Fue entonces cuando las hazañas de los aguiluchos empezaron a ser opacadas, o más bien, a parecerse a las del primer magistrado de la nación. En un sistema con un presidencialismo tan marcado, los cadetes se transformaron en los más fieles y discretos asesores presidenciales.

En el intrincado camino de esta celebración, unida estrechamente con la de la vida política del país, los héroes festejados se fueron identificando cada vez más con el jefe del ejecutivo y las motivaciones de los héroes se fueron acercando cada vez más a las presidenciales; de manera que ya no se sabía a quién se rendía tributo, a quién se enaltecía por su entrega y sacrificio por la patria. Así es como los niños héroes se fueron convirtiendo en estudiantes ejemplares que miraban severamente a quienes sólo buscaban destruir la sociedad hasta sus cimientos, en agentes modernizadores que traerían por fin prosperidad a la nación, en paladines de la autodeterminación de los pueblos, en defensores de un acto de voluntad del ejecutivo, en abogados del neoliberalismo . . .

Lo vemos ahora: el mito cívico de los niños héroes no ha sido siempre el mismo, se ha adaptado a distintas circunstancias y ha servido a múltiples intereses históricos. Así, el estudio de este mito nos sirve para conocer una realidad y aprehenderla bajo un ángulo distinto de lo acostumbrado. Es como un filtro a través del cual podemos observar una realidad, que nos ofrece otra perspectiva. El mito es histórico, cambiante. No es algo que se encuentre reificado, inmóvil.

Hasta ahora hemos visto una ritualización impuesta de arriba hacia abajo, del Estado hacia la sociedad. Pero también se dio un proceso inverso. La sociedad se apropió del mito y le dio sus propios contenidos, enriqueciéndolo. Entonces, dejó de pertenecer al Estado, e incluso podríamos decir que se democratizó. Por ello, esta epopeya goza actualmente de cabal salud; basta con ir al monumento de Chapultepec y ver cómo un padre les relata a sus pequeñas hijas su versión de la historia, tal vez no muy exacta, pero más sencilla y finalmente más "auténtica" que las oficiales, en la medida en que transmite un mensaje que sacia necesidades y cumple funciones indispensables para la mayoría de los mexicanos: ofrece modelos qué imitar, ejemplos de qué enorgullecernos y hazañas con qué soñar.

REFERENCIAS

ALCARAZ, Ramón *et al.*

1848 *Apuntes para la Historia de la guerra entre México y los Estados Unidos.* México: Tipografía de Manuel Payno.

ÁLVAREZ, José María

1948 *Añoranzas. El México que fue. Mi Colegio Militar.* México. Imprenta Ocampo, vol. 2.

BUSTAMANTE, Carlos María de

1985 *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana.* México: Fondo de Cultura Económica, t. IV.

Calendario

s. f. *Calendario de Ontiveros para el año de 1850, lo publica Santiago Pérez.* México: Imprenta de la calle del Ángel, núm. 2.

CAMPOS, Rubén M.

1922 *Chapultepec. Su leyenda y su historia.* México: Talleres Gráficos del Gobierno Nacional.

CHÁVARRI, Juan N.

1960 *El heroico Colegio Militar en la historia de México.* México: Libro Mex Editores.

FRAZER, James George

1982 *La rama dorada. Magia y religión.* México: Fondo de Cultura Económica.

GARCÍA MUÑOZ, María Elena y Ernesto FRITSCHE ACEVES

1989 "Los niños héroes, de la realidad al mito". Tesis de licenciatura en historia. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo

1990 *Los mitos del Tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana.* México: Alianza Editorial.

MONTERDE, José Mariano

1852 *Oración cívica pronunciada en la Alameda de México el 27 de septiembre de 1852 por el sr. general D. . . , director del Colegio Militar.* México: Imprenta de Ignacio Cumplido.

PAYNO, Manuel

1870 *Compendio de la Historia de México.* México: Imprenta de Francisco Díaz de León.

PÉREZ VERDÍA, Luis

1883 *Compendio de la Historia de México.* Guadalajara: Tipografía del autor.

PRIETO, Guillermo

1985 *Memorias de mis tiempos.* México: Porrúa, «Sepan cuantos. . . , 481».

Primer Calendario

1856 *Primer Calendario Heroico para el año de 1857.* México: Imprenta de A. Boix.

RANGEL, Joaquín

1847 *Parte de las operaciones ejecutadas por la 3a brigada de infantería del Ejército Mexicano, en los días 12 y 13 de septiembre de 1847.* Toluca: Quijano y Gallo.

TABLADA, José Juan

1991 *La feria de la vida.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, «Lecturas Mexicanas, 22».

TARACENA, Alfonso

1977 *La vida en México bajo Ávila Camacho.* México: Jus.

1979 *La vida en México bajo Miguel Alemán.* México: Jus.

TORRES, Blanca

1984 «Historia de la Revolución Mexicana. 1940-1952». Vol. 21: *Hacia la utopía industrial.* México: El Colegio de México.

VÁZQUEZ MANTECÓN, Carmen

1991 ''Invitación a leer'', *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas,* 33 (sep.-dic.), pp. 52-63.

ÁGAPE EN DISPUTA: FIESTA CÍVICA, CULTURA POLÍTICA REGIONAL Y LA FRÁGIL URDIMBRE NACIONAL ANTES DEL PLAN DE AYUTLA

Brian F. Connaughton
Universidad Autónoma Metropolitana

La celebración oficial de la nacionalidad mexicana fue formalizada desde mediados de la primera década de su independencia. Mas quedaron pendientes por resolver muchas cuestiones, situación que amenazaba con obstaculizar el acto de celebrar la existencia de la nación que involucraba una conmemoración de su trayectoria pasada, una apreciación de su presente, y una proyección de sus probables o deseables derroteros futuros. Los diversos abordajes de tan complejo entramado se prestaban al conflicto de puntos de vista y a la confrontación de intereses opuestos.

Este estudio aborda un conjunto de discursos cívicos anteriores al Plan de Ayutla en 1854, particularmente en Oaxaca, Guadalajara y Puebla. El tiempo privilegiado es el de los años 1840, aunque se consideran discursos previos y posteriores a esta década. Primero, se hace un repaso de los discursos referente a las tres ciudades mencionadas, y se consideran las implicaciones regionales de sus tendencias dominantes. Después, se diferencian los aspectos señalados de los discursos de las tres regiones. Se descubre que a varios niveles hay tensiones y conflictos. Mientras que en Oaxaca hay signos de una hegemonía escindida todavía entre posturas laizantes-progresistas y clerical-conservadoras, en Guadalajara un concertado esfuerzo liberal se apodera de los símbolos sagrados para fraguar una visión concilia-

dora en la cual la experiencia nacional mexicana es vista como un fenómeno a la vez de ordenación divina y de necesidad humana. En Puebla, finalmente, la marcha de la nación es concebida de tal modo que el destino cristiano de la nacionalidad subyuga las demás consideraciones patrióticas.

Es perceptible una disputa en las fiestas cívicas por la memoria patria al interior de las regiones. Mas no menos significativa es la disputa implícita entre regiones en torno a la visión de la patria a escala nacional. La década de 1840, antes y después de la guerra con Estados Unidos, era un momento propicio para prudentes reflexiones. Los festejos, a la vez que servían para agasajar a los convidados a la fiesta de la patria con recuerdos gratos y promesas halagüeñas, se prestaban a formulaciones profundas y dolorosas. El tejido de la nación no acababa de apretarse, y las voces regionales evidenciaban una urdimbre dispareja y de tonos contrastantes u opuestos en momentos de notable riesgo.

La organización y el sentido de los eventos

En 1825, el Ayuntamiento de la ciudad de México promovió "la celebridad solemne y digna del aniversario del 16 de septiembre como el día de la patria". Juan Wenceslao Barquera, presidente de la corporación, pronunció "la primera oración patriótica que se dijo por la tribuna popular de la Federación".[1] Rápidamente cundió la práctica por los estados confederados, mediante activos grupos ciudadanos. Cuando al año siguiente José María de Bocanegra dio el discurso respectivo en Villa de Hidalgo, Zacatecas, aplaudió a "la sociedad patriótica de amigos del país de Zacatecas por su decisión a honrar a nuestros héroes, hijos caros y beneméritos de la patria", cuya memoria asociaba con la independencia, pero también con "la libertad, la igualdad y el imperio de la ley".[2]

[1] Castillo Negrete, 1877, vol. 1, p. 244.
[2] Bocanegra, 1826, pp. 19-20.

La cuidadosa construcción y cultivo de la memoria histórica de los mexicanos que implicaban semejantes celebraciones, requería desde el primer momento de diversas cualidades por parte del orador. Castillo Negrete, un temprano admirador de la oratoria mexicana, interesado en sopesarla y divulgarla, recordaba a Barquera en aquel primer discurso cívico del 16 de septiembre en la ciudad de México, por su "elocuencia, unción y elegancia que le caracterizaba, y con la voz llena y sonora que poseía". A su vez, anotaba "su concepción digna de conservarse, tanto por los preciosos consejos que contiene para los mexicanos amantes de su independencia y libertad, cuanto por su construcción literaria, ya en su fluidez, como en su estilo". El poder de convocatoria de este discurso le gustaba a Castillo Negrete, porque al ardoroso amor patrio, aunaba Barquera "el espíritu marcial".[3]

La conflictiva historia patria de las siguientes décadas conduciría a una compleja arquitectura del discurso cívico mexicano. Cabían la polémica partidista junto a los llamados a la unión, la confección de memorias históricas de detalle, matiz e intención variables, la alternancia de concepciones seculares y sacras del proceso histórico de la nación, y balances contrastantes de la condición contemporánea de México y sus perspectivas en el futuro. La disputa por la definición de qué celebrar se extendía a las fechas designadas para el festejo. El 11 y el 27 de septiembre, e incluso el 4 de octubre fueron favorecidos, asociando la independencia con la acción del general José Antonio López de Santa Anna en Tampico contra la expedición reconquistadora de Barradas en 1827, o con la entrada victoriosa del Ejército Trigarante a la ciudad de México bajo el mando del general Agustín de Iturbide en 1821, o incluso con la aprobación de la primera constitución federal en 1824.

Las duras experiencias de la patria en su primer tercio de siglo independiente introdujeron un tono cada vez más reflexivo a la vez que emotivo en los discursos conmemo-

[3] CASTILLO NEGRETE, vol. 1, p. 251.

rativos, y la convocatoria se dirigía predominantemente a fomentar la creación de una moralidad cívica más que de un espíritu marcial. Asienta José A. Gamboa y Aldeco, en 1849, que el "recuerdo de ayer [...] nos hace pensar en mañana".[4] Años antes, otro orador oaxaqueño veía su participación en las celebraciones patrias en relación con la necesidad de reflexionar "sobre el origen, los medios y el objeto de nuestra emancipación". Era necesario enfocar las "hazañas de nuestros padres" en el horizonte de "nuestros destinos".[5] En una conmemoración patriótica realizada el día 12 de diciembre de 1850, se decía sintéticamente que el orador "instruye, deleita, y mueve".[6] Las urgencias crecientes del Estado, y la congoja y desconcierto aparentes en la revisión de la historia reciente causaban hondos temores por el futuro. Desde mediados de los años cuarenta se recurría frecuentemente al peligro de desaparición de la nación en el contexto de la celebración patriótica, que se había vuelto insistentemente exhortativa hacia una ciudadanía que no acababa de nacer.

El recurso a referencias bíblicas y religiosas era abundante en la oratoria mexicana. Mas no parece que el discurso cívico sólo se haya ocupado de imágenes sagradas para efectuar la traslación de afiliaciones religiosas a los nuevos símbolos y procesos patrios. En Oaxaca, por ejemplo, la misma fiesta patria se celebraba frecuentemente en la catedral el 17 de septiembre, conmemorando el traslado de los restos de los próceres a la catedral metropolitana en 1823, o bien el 12 de diciembre.[7] Era común ver la independencia de México no sólo como producto de la Divina Providencia o de la intervención de la virgen de Guadalupe, sino más específicamente como un apartamiento oportuno de las sendas equivocadas e irreligiosas del Viejo Mundo. México conquistaba su libertad mediante un acto de intencionalidad político-religiosa, en esta perspectiva.

[4] Gamboa y Aldeco, 1849, p. 3.
[5] Rincón, 1845, p. 4.
[6] Castillejos, 1851.
[7] Plasencia de la Parra, 1991, p. 14.

Como lo decía un orador oaxaqueño: "profanaría el templo si hablando a lo político, omitiera lo cristiano".[8] La frontera entre el Estado y la Iglesia era borrosa en tales ocasiones, y se podía creer efectivamente que un patriotismo justo abarcaba en su amplia envergadura tanto la patria recien liberada como la "patria celestial".[9] Algunas veces las expresiones discursivas eran gráficas y extremas, como cuando se sugirió que el "fluído precioso de [. . .] [la] sangre" de los próceres produciría los "sazonados frutos de la libertad". Resultaba importante en este contexto que corriera un paralelo entre la celebración del sacrificio del "unigénito" de todos los tiempos con la conmemoración de los héroes que se habían inmolado por la patria.[10]

La patria en Oaxaca: ¿hecho consumado u obra por hacer?

Dentro de las diversas maneras de celebrar la independencia y la formación de la nación, y en relación con la selección de fechas adecuadas para la conmemoración, había una profunda disputa sobre cómo imaginar el proceso político mexicano y la gestión de la nación que le acompañaba. Un discurso de 1837 es interesante en este sentido, cuando regían las Siete Leyes. Se descubría allí que los próceres mexicanos "nunca merecieron el epiteto de rebeldes".[11] Caracterizaba a aquellos hombres un noble desprendimiento y un "denodado valor y subordinación" a su liderazgo.[12] Siempre colocaron el interés público por encima del privado. Eran hombres de juramentos inquebrantables, que avanzaban con el olivo de la paz y ofreciendo el

[8] ARVEA Y SÁNCHEZ, 1828, p. 14.

[9] ARVEA Y SÁNCHEZ, 1828, p. 15.

[10] ARVEA Y SÁNCHEZ, 1828, p. 7.

[11] BOLAÑOS, A., 1837, p. 11. Es útil el libro ya citado de Plasencia de la Parra en la consideración de la significación de las fechas escogidas para la celebración.

[12] BOLAÑOS, A., 1837, p. 7.

"ósculo de fraternidad".[13] Marcharon rápidamente hacia la formación de una asamblea nacional, fomentándola como "caudillos sagrados" que nacieron para la patria, a la que sanaban como "madre común" de los mexicanos. Al efecto, auspiciaban los valores de prudencia, trabajo, civismo y virtud. Habiendo logrado la "libertad bien entendida", permitían rezar por que "sea siempre la divisa del mexicano, fidelidad a la ley y subordinación al gobierno".[14]

Similarmente, en 1838 la lucha contra Francia sirvió para ensalzar los valores de la unión y hacer gran hincapié en la ley, el orden, la moderación y la búsqueda de metas trascendentes en la actuación de los que patrocinaron la "idea madre" de la independencia.[15] A la cabeza de un "ejército americano", o bien un "ejército mexicano", orientado siempre a proposiciones de paz y de convenios, el "héroe de Dolores" se inspiró en un "pensamiento redentor".[16] El suyo era un "noble aspirantismo" que contrastaba con el "maldito aspirantismo ruín", con el cual la "causa más santa se desvirtúa, luego que se introduce en ella el espíritu de discordia." Los "mártires de la independencia" ofrecieron su sangre como "un bálsamo vivificador", buscando superar las pugnas internas, y "regularizar la revolución" al "remover [. . .] todo aparato de desorden y de transgresión a las leyes".[17] Convocando a un congreso, se hicieron "mexicanos inmortales" y los "primeros padres de la patria". Se orientaron generosamente al bien común, con aspiraciones superiores, y así "su aspirantismo no fue el de los reptiles políticos, que se rebullen en el corto círculo de un partido, para engrandecer sus personas". Los padres de la patria eran magnánimos, y su ofrecimiento del "ósculo de la reconciliación" a España debía servir de ejemplo para los mexicanos enfrentados. Ya era época de guardar el "brío

[13] BOLAÑOS, A., 1837, pp. 17, 19 y 21.
[14] BOLAÑOS, A., 1837, pp. 29, 31-34 y 36.
[15] BOLAÑOS, J.N., 1838, pp. 8-9.
[16] BOLAÑOS, J.N., 1838, pp. 12-14 y 17.
[17] BOLAÑOS, J.N., 1838, pp. 11 y 19-21.

republicano" en favor del amor mutuo, sin olvidar que el "interés personal sofoca a cada instante el interés público".[18]

Por contraste, cuando menos en Oaxaca, la década de los cuarenta vería nacer y consolidarse un discurso patriótico de otra índole. Se mantuvo cierta noción de unidad nacional con la idea de una nación azteca, y se aceptó la idea de la intervención de la providencia divina en los destinos del país, incluso dotándole, el 16 de septiembre de 1810, de un "nuevo Moisés" en la persona de "un sacerdote humilde del clero mexicano".[19] Mas la obra de la "regeneración política" se concebía cada vez más como un proceso que no había terminado aún y que dependía a futuro de la voluntad de los mexicanos. Las "reliquias del gobierno colonial" se veían como los "gérmenes positivos de nuestras disensiones intestinas". Para abatir la pobreza, eliminar impuestos excesivos y acabar con la intolerancia y otras actitudes antisociales, había que promover una política ilustrada que consistía en hermanar "la moral pura del evangelio con la política, cual otro Hidalgo".[20]

Por cierto, sendas oraciones fúnebres de 1844 y 1845 mantendrían la pretensión de una visión más ranciamente bíblica y sacral de la independencia, y su clara asociación con un proceso ordenado.[21] Desde esta perspectiva se subrayaba que si bien México había roto ataduras con su independencia, no había regresado a "un estado de pura naturaleza". Se concebía que la patria era "una sola familia íntimamente enlazada por las virtudes políticas y religiosas".[22]

Necesariamente, la guerra civil y sus nefastas consecuencias prácticamente obligaban a todos a condenar el egoísmo y la falta de espíritu público. Asimismo, la tendencia a plantear las cosas en un sentido religioso era fuerte. Otro orador se imaginaba a Hidalgo "cercado de la luciente aureola con que nos pinta la escritura al hombre

[18] BOLAÑOS, J.N., 1838, pp. 22, 24, 27-28 y 30.

[19] JUÁREZ, 1840, pp. 3-4.

[20] JUÁREZ, 1840, pp. 4-6 y 12-13.

[21] ÁLVAREZ Y CASTILLEJOS, 1844 y MÁRQUEZ Y CARRIZOSA, 1845.

[22] MÁRQUEZ Y CARRIZOSA, 1845, pp. 6-8 y 13.

Dios, cuando instruyendo a sus discípulos en su celestial doctrina, meditaba en la salvación del género humano''. Mas esto no era incompatible con la idea de que la independencia era parte de un largo proceso de ''revolución moral'' necesaria para frenar la tiranía de cualquier índole, si bien había producido algunas consecuencias indeseables, no sólo en México sino también en Europa.[23] El hincapié en el papel de la Providencia Divina en la conducción de los sucesos que desembocaron en la independencia mexicana se relacionaba con la imagen poderosa de ésta como ''la santa insurrección que rompió nuestras cadenas''. La noción del ''atractivo degradante y miserable del interés personal'' podía compatibilizarse perfectamente con una visión del ''divino sistema federal'' como un ''sistema de familia'' en que ''el todo y las partes se hallan en perfecta armonía''. La referencia al ''ósculo de la paz'' podía aludir a la alianza del ejército mexicano y del pueblo para derrotar a los monarquistas y entablar la guerra con Estados Unidos en 1846.[24]

La condena de la guerra fratricida entre los mexicanos llegaba a ser severa, sin apartarse de fundamentales premisas liberales. En un discurso se condenaba la ejecución de Iturbide, pero no sin insistir en que ''es preciso que recordémos su trono y su cadalso, para que esta solemnidad no sea estéril y en ella podamos registrar el gran libro de la esperiencia''. ''¡Aprendámos a conservar celosos nuestras libertades! No elevemos jamás sobre el pueblo un poder que se vuelva contra él! ¡No vuelvan a levantarse entre nosotros tronos ni cadalsos! ¡No vuelvan a decretarse proscripciones y la muerte por nuestros legisladores!''[25] Si se reprochaba el egoísmo y el ''indiferentismo político'', reclamando ''esfuerzos desinteresados y patrióticos'', se entendía que la lucha no era sólo contra Estados Unidos sino contra los fueros, los privilegios, la inmoralidad, el arribismo, la centralización y la dictadura.[26]

[23] Rincón, 1845, pp. 5-9 y 15-21.
[24] Enciso, 1846, pp. 9-23.
[25] Iturribarría, 1846, pp. 15-17.
[26] Iturribarría, 1846, p. 20.

Entre 1849 y 1850 aún se celebraban en Oaxaca dos Méxicos distintos, con dos proyecciones contrapuestas de la patria en formación. En una, si se hablaba del "altar de la patria" era para luego anunciar que un "cura de almas que había aprendido a ser libre en el código del cristianismo" había comenzado "nuestra historia social".[27] Se celebraba a Iturbide por su papel coyuntural en la independencia, pero se asentaba

> [...] Su plan que abría las puertas al aspirantismo de nuestro clero, de nuestro ejército y de nuestros conciudadanos, fue un plan sabio de circunstancias; pero que llevaba en su seno los elementos de la guerra civil que nos ha destrozado durante veintiocho años.[28]

Las facciones de la historia de México eran identificadas básicamente como el clero, una "parodia de nobleza" y el ejército, y su diversa conjugación marcaba las etapas de la historia patria:

> [...] Desde 824 hasta 835, constitución federal con el ejército por ejecutivo; desde 35 hasta 41, las siete leyes, también con el ejército por ejecutivo, y otra clase como poderosa aliada; un año más de un gobierno de transición al que no sé qué nombre dar; en seguida una especie de teocracia con una parodia de monarquía sin poder; más claro, el gobierno del general Paredes. La cobardía por base, el desaliento y la anarquía por consecuencia, sin libertad en el interior, amenazado el exterior, ¡he aquí los resultados de ese gobierno fatal! Luego la guerra extranjera con la carta de 24. ¡Cuantas revoluciones, Dios mío! ¡Cuántas facciones de circunstancias y de personas![29]

Si se recordaba la imagen de México como una familia, era para reprender a los padres y apurar a los hijos:

[27] Gamboa y Aldeco, 1849, pp. 3 y 7.
[28] Gamboa y Aldeco, 1849, p. 8.
[29] Gamboa y Aldeco, 1849, p. 9.

> [...] Nuestros padres, sin fe en las nuevas ideas, se destrozaban en las guerras civiles, conociendo poco a poco los vacíos que había que llenar, los obstáculos que había que destruir para poder constituirnos.
>
> Hoy se levanta esa generación que nació libre y que es preciso que muera antes que ser esclava. La libertad será su creencia, como para la otra fue un entusiasmo del momento.[30]

Por contraste, un discurso "patriótico moral" al año siguiente colocaba de nuevo la independencia y los logros de México en el horizonte de las gracias providenciales, muy particularmente por vía de la virgen de Guadalupe. "Siendo María la madre de la libertad de los hombres, bajó con apresuración *cum festinatione* a romper las cadenas forjadas por el error y la mentira." La "verdadera libertad" de México tenía que entenderse como la basada en la religión, las leyes y la unión concebida como ayuda mutua. De hecho, la "Ley del Evangelio" era el cimiento de "nuestro pacto social". El Evangelio era "el fundamento y la piedra angular del edificio religioso y político". Lo contrario era construir "en arena movediza". Las cosas se habían pervertido a tal grado, en la persecución de riquezas, la ostentación, el lujo y el "desahogo completo de las pasiones", que el "amor a la patria que es el taller de los grandes héroes se ha convertido en un egoísmo refinado".[31] El orador exigía el retorno de la república a su relación especial con la virgen de Guadalupe y la consiguiente armonía entre la política y la religión: "enmendémos nuestras faltas".[32] La vitalidad y la sobrevivencia misma de la patria dependía en este horizonte de la mancuerna mexicana entre los derroteros de la patria y el compromismo guadalupano de la población. Ésta era una relación que favorecía a México, y que también lo obligaba.

[30] GAMBOA Y ALDECO, 1849, pp. 12-14.
[31] CASTILLEJOS, 1851, pp. 12-14 y 18-19.
[32] CASTILLEJOS, 1851, p. 10.

La opción jalisciense: ¿era liberalismo católico?

Así, en Oaxaca se polarizaba la celebración de la independencia nacional a lo largo de los años cuarenta entre los que querían conmemorar lo ya consumado, sacralizándolo, y los que querían invocar los "manes" de los libertadores para proseguir con la labor de emancipación de la población y no sólo del país. En Guadalajara, por comparación, los años cuarenta muestran un ascendiente florido y más universal de los que veían la independencia como parte de un gran proceso internacional. México, afortunadamente, se hallaba inmerso en el apogeo global de las formas libertarias de gobierno. Mariano Otero haría planteamientos contundentes al respecto en 1841. La conmemoración del 16 de septiembre de 1810 representaba un "recuerdo a la vez religioso y político".[33] Para Otero se trataba de celebrar "toda la esperanza del porvenir", no menos que "toda la gloria de lo pasado". Si bien el orador consideraba la fiesta cívica respectiva "un deber sacrosanto" y un "religioso tributo", no dejaba de asentar que el 16 de septiembre "no debiera considerarse más que como el principio de la emancipación de una colonia".[34] Formaba parte de un largo proceso, ya que incluso antes de suceder "se había obrado lentamente con el desarrollo de las causas que la hicieron necesaria". Estados Unidos, Francia e incluso España vivían la misma trama histórica según sus peculiares circunstancias.[35] Sin embargo, lamentaba Otero la "mezquina inconsecuencia" de los liberales españoles que "querían libertad para su patria y esclavitud para la América".[36] No menos de lamentar era que en 1821 hubo quienes "se imaginaron, que la independencia sustraería a México del impulso de las teorías sociales, que conmovían al viejo edificio y que un trono vendría a consolidar aquí el despotismo". Por el contrario, según él, fue la Providencia

[33] Otero, *c*. 1841. Este discurso se reproduce en Castillo Negrete, 1877, t. II, pp. 126-144.
[34] Otero, *c*. 1841, p. 3.
[35] Otero, *c*. 1841, pp. 13 y *passim.*
[36] Otero, *c*. 1841, pp. 16-17.

la que dio en la caída de Iturbide una lección a los mexicanos que "no podían elevar en México un trono, que no tendrían arrimo alguno sobre qué apoyarse".[37]

Otero planteaba que no obstante los grandes tropiezos del México independiente, había habido un gran progreso en lo profundo. La república era, felizmente, "un hecho consumado":

> [...] En este prolongado y doloroso drama; los elementos sociales se han mejorado mucho, cambiando lentamente la faz de la sociedad [. . .] la libertad, hija de la justicia, y conservadora del orden, la igualdad, el más precioso y fecundo de los derechos humanos, se establecerán sólidamente, auxiliados por el *cristianismo, cuyo espíritu es eminentemente liberal y democrático.* Tal es hoy la marcha de los pueblos libres y civilizados, que han conseguido el imperio de la libertad, sin el terror, ni la anarquía, y el influjo de la religión católica sin el fanatismo, ni la barbarie.[38]

Tan grande era el optimismo de Otero que pensaba que, haciendo un contrapunto con Estados Unidos en el norte del continente, "los pueblos hispanoamericanos, seremos los representantes del Mediodía" en la gran marcha de la democracia.[39] Ésta no era "la revolución de un solo pueblo: es el destino de la humanidad entera".[40] Una semilla de la independencia se había dado en el cristianismo, que había "consagrado los recuerdos del infortunio y de los dolores del pueblo esclavizado".[41] Ahora, en la "marcha sin tropiezo a la perfectibilidad" de la humanidad, Dios estaba con el cambio, ya que

> [. . .] si podemos esperar que Dios no habrá dado en balde la igualdad de las facultades y de las aspiraciones a todos los individuos de la especie humana, es justo y hermoso confiar que, en su obra incomprensible, estarán los medios *de desa-*

[37] OTERO, *c.* 1841, p. 23.
[38] OTERO, *c.* 1841, p. 25.
[39] OTERO, *c.* 1841, p. 27.
[40] OTERO, *c.* 1841, pp. 27-28.
[41] OTERO, *c.* 1841, pp. 11-12.

> *rrollar todas estas facultades, de satisfacer todas estas aspiraciones; que es el grande y definitivo problema de la igualdad, principio decisivo de la suerte del hombre y sobre el que es necesario confesar que no hemos obtenido más que soluciones imperfectas.* Ignoramos los medios de obtener estos resultados; pero debemos dudar de nuestras luces y no de las de Dios.[42]

Dos años más tarde otro orador recordaba a los jaliscienses que su independencia representaba sólo "el primer paso en la carrera de su civilización".[43] Pero veía que la independencia había sido seguida por únicamente "sangre, y una guerra fratricida", un "reinado turbulento", lo que había desmoralizado y desorientado al pueblo.[44] Ni siquiera la caída de los "bastardos mandarines" del poder en 1841 había logrado acabar con el centralismo, "esa dominación absurda que sólo produjo miseria, desorden, desmoralización y atrazo en todos los ramos de la administración pública".

Denunciaba: "cuando las revoluciones extravían las tendencias del saber, dejando los mismos hábitos, las mismas costumbres y los mismos errores, la paz no es entonces un bienestar positivo. . ."[45]

Tomando conciencia de esto, los legisladores debían promover la educación, la colonización y el florecimiento de la economía.[46] De lo contrario, "un río que crece demasiado en el Norte, debemos temer que desborde sus aguas sobre nuestros desiertos; opongámosle con tiempo un dique, levantémos una gran muralla, la colonización resiste los torrentes y las inundaciones".[47] Creyente también en la "tendencia universal a la perfectibilidad, al bienestar", dispuesto a admitir que "la providencia nos destina a ocupar un lugar grande en el mundo" y que el "hombre Dios" era "el libertador de todas las naciones", este orador

[42] OTERO, *c.* 1841, p. 30.
[43] CAÑEDO, 1843, p. 3.
[44] CAÑEDO, 1843, pp. 4-5.
[45] CAÑEDO, 1843, pp. 7-8.
[46] CAÑEDO, 1843, pp. 8-9.
[47] CAÑEDO, 1843, pp. 9-10.

consideraba que México era una nación favorecida por "la uniformidad en el culto, la unidad en la creencia, y en la que los vínculos del idioma y las costumbres [. . .] [hacen] de sus habitantes una familia homogénea, un pueblo culto, una nación independiente y civilizada".[48] El país estaba listo para encarar los desafíos del futuro.

En 1845 la situación en Jalisco y en el país favorecía a un hombre fuerte que unificara al país en pos de la defensa nacional. Hay barruntos de esto en el discurso cívico del 16 de septiembre de ese año. Lo curioso, sin embargo, no es esto, sino otros aspectos señalados aquel día. Desde luego que el orador veía la independencia en el contexto de que "El Señor Omnipotente que hace a los astros correr en el espacio, las curvas que su dedo trazara [. . .] [tiene] señalado un término a todas las calamidades".[49] Mas esto no le impedía añadir que en 1810 "el púlpito y el confesionario trabajaban sin reposo en desprestigiar la causa santa de la libertad". Se acercaba aquí al pensamiento de Otero en 1841, cuando éste afirmaba que "Los grandes funcionarios civiles, los jefes de la fuerza regularizada que había, el alto clero y los ricos comerciantes, todos eran entusiastas defensores de la esclavitud".[50] Si bien criticaba a la república federal por auspiciar los grandes conflictos entre los diversos sectores de la sociedad mexicana, extendió su reprimenda a los excesos del centralismo: "Un gobierno exageradamente central, no puede convenir a una nación demasiado extensa, porque su acción llega tarde y extenuada a la extremidad lejana de los radios".

En esta óptica, el centralismo extremo fomentó la rebeldía y las bases de Tacubaya en 1841 y luego un nuevo experimento de reforma a partir del 6 de diciembre de 1844.[51] Fue entonces cuando

[48] CAÑEDO, 1843, pp. 10-11.
[49] J. J. C., *c.* 1845, p. 6.
[50] OTERO, *c.* 1841, pp. 17-18.
[51] J. J. C., *c.* 1845, pp. 14-15.

[...] los ciudadanos de todas las creencias políticas, reunidos en derredor de la constitución restablecieron su imperio y organizaron un gobierno que gozando de una popularidad sin límites, parecía haber obrado el gran milagro político de la fusión de los partidos.

Ante el fracaso de este esfuerzo, se apelaba a un caudillo de unión, como "una tabla de refugio" ante las amenazas externas a la integridad territorial y a la nacionalidad. Se condenaba el arribismo y se invocaban las leyes, y se insistía en que la conmemoración del día de la libertad no debía quedar en "ocio y pasatiempo" sino fomentar la emulación de los padres de la patria. Invocaba a éstos en las personas de Hidalgo e Iturbide:

[. . .] rogad al Dueño del universo que haga participar a los mexicanos del fuego sagrado que animó vuestras almas patrióticas y ardientes. . .[52]

La búsqueda jalisciense de una convergencia entre fortaleza nacional, libertad, gobierno representativo y fe católica avanzaría un paso formidable el año siguiente. La sombra de Antonio López de Santa Anna figuraba también en esta ocasión, un 27 de septiembre, en espera de colocar "una corona cívica tejida por la filosofía y el patriotismo", a espaldas de "los monarquistas o algunos otros de esos de manejo ambidextro".[53] Invocaba el orador a Mariano Otero y Guillermo Prieto, para luego agregar:

Hombres de este siglo, amigos de la libertad y de la dignidad humanas, ya habreis entendido que mi pensamiento especial es reconocer que el espíritu de los pueblos [. . .] avanza gradual y sucesivamente hacia ese fin amable, preferente, exclusivo, que se llama civilización, y que el Supremo Autor de las sociedades tiene cuidado de trasmitir de región a región, y de un continente a otro continente.

[52] J. J. C., *c.* 1845, pp. 15-16.
[53] Ortiz, *c.* 1846, p. 4.

Se trataba nada menos que de un "hecho providencial" alentador para la juventud, con la mirada puesta en el futuro.[54]

No tardaría el orador en celebrar a un Iturbide que "se persuadió que el poder de la opinión obra siempre en el mundo de una manera irresistible, y que la fuerza de las armas no es el principal sostén de los gobiernos". Por lo mismo, "escuchó con voluntad sumisa la voz enérgica de Guerrero, que dando cumplida muestra de su valor y constancia [. . .] [lo exhortó] a tomar el partido popular y prescindir de unas banderas que deshonran a los mexicanos". Se unieron el soldado y el pueblo "Y marcharon juntos, y Dios bendijo su amistad, y la victoria se decidió sin sangre por la libertad del siglo XIX y contra los empolvados pergaminos de la conquista". Había que seguir este camino para encender "el fuego divino de la libertad en los corazones que aún no lo han sentido".[55]

Ante la pretensión de monarquías con príncipes extranjeros, había que recordar que la soberanía inalienable de un pueblo estaba escrita "en la carta eterna de nuestros derechos y obligaciones, carta escrita por el mismo Dios, para que la tierra participara de la soberanía del cielo". De este acto emanaba la luz:

> [. . .] levantad, pues, vuestro espíritu y alentad vuestro corazón, y veréis un lugar bien ordenado, un santuario radioso, en donde no alumbran el sol y la luna, sino la claridad de Dios y la lámpara del cordero, cuyo resplandor ha bajado hasta nosotros, formando de la verdad religiosa, de la justicia independiente, y de la unión racional, el constitutivo legítimo de la autoridad política y el móvil único de nuestra obediencia.[56]

Se preciaba el orador de que, en el espíritu de 1821,

> [...] el pueblo se convence que donde está el espíritu de Dios allí está la libertad, porque de su espíritu dimana la verdad, la justicia y la razón, que no siendo propiedades de un solo hom-

[54] Ortiz, *c*. 1846, pp. 4-6.
[55] Ortiz, *c*. 1846, pp. 9-10.
[56] Ortiz, *c*. 1846, pp. 12-13.

> bre deben buscarse en la mayoría, y por consiguiente las naciones no pueden convertirse en patrimonio de una sola familia.[57]

El orador ocupó buena parte de su discurso insistiendo en la identificación del clero con el pueblo. Sugería en este contexto que el error de Iturbide fue coronarse, y lo bueno era el triunfo de "la verdadera confraternidad republicana" el 4 de octubre de 1824. Antes de terminar, no perdió oportunidad de condenar el expansionismo estadounidense, invocar la unión, y poner sobre alerta a la población en relación con las aspiraciones ocultas de Santa Anna.[58] Este discurso cívico levantó ámpula, y le siguió una fuerte polémica pública, que se haría más intensa porque el orador era nada menos que el muy prestigiado cura del Sagrario de la Catedral de Guadalajara.[59]

El ascendiente del espíritu republicano seguiría aún en la secuela de la guerra con Estados Unidos, si bien hubiera quien opinara que "cubierto de luto debería presentarse en esta festividad patriótica el estandarte nacional".[60] Pero fuera de esa triste mención, los planteamientos insistían en la senda de la emancipación liberal como producto natural de las esperanzas de la independencia misma. Por ello se subrayó la importancia de

> [...] la gran ley de la fraternidad que hasta hoy han desconocido los hombres, no obstante que el mismo Dios vino al mundo a promulgarla y a sostenerla con los sacrificios que le costó redimir al linaje humano, no sólo de la servidumbre del pecado, sino también de esa esclavitud a que lo reducen a veces los reyes de la tierra, contra el mandato del Omnipotente que quiere haya una perfecta igualdad entre los hombres ante él, y ante la ley.[61]

[57] ORTIZ, *c*. 1846, pp. 13-14.
[58] ORTIZ, *c*. 1846, pp. 14-21.
[59] Véanse *Reflexiones*. . ., 1846 y *Un retoque*. . ., 1846. Como un paralelo interesante, vale la pena también ver los escritos firmados por "El Rancio", en 1846. Ambos folletos llevan en la portada estas palabras: "Impresa con las licencias de la Iglesia".
[60] GÓMEZ, 1848, p. 5.
[61] GÓMEZ, 1848, pp. 8-9.

Dicho de otra manera, "yo quiero se honre la memoria de nuestros libertadores, perfeccionando su pensamiento de regeneración".[62]

También este orador concebía la independencia como "la obra providencial que una generación de héroes ejecutara por mandato de Dios", y ante los peligros de "ese impetuoso torrente desprendido del Norte que todo lo inunda", que había cercenado el territorio mexicano y puesto en inminente peligro toda la nación, se proponía:

> [. . .]le sería honroso y altamente útil [a México], analizar el vasto pensamiento de su vecino, y secundarlo con todas sus fuerzas, para que ante los adelantos materiales, ante las conquistas de la inteligencia de los hijos del Mediodía, el anglo-americano admirado se contenga, y presente a México, no la sentencia de su muerte, sino el pacto de alianza para continuar unidas ambas repúblicas, girando en una órbita inmensa . . .[63]

Otros tres discursos jaliscienses de la época, uno en 1848 y dos en 1851 siguieron en esta línea de compromiso enardecido con las reformas liberales. Convergían en su visión de compatibilidad con la fe de sus padres.[64]

PUEBLA: SAGRADA, NO PROFANA

Las fiestas cívicas poblanas de la década de 1840 también muestran la preocupación por la República y los ideales libertarios, así como el ensalzamiento del heroísmo de los próceres como producto de una acción magnánima. Su fuerte, sin embargo, no es la pretendida convergencia religioso-política de signo liberal, como en Guadalajara, donde las reformas se veían en el contexto de un proceso universal. Tampoco existe una polarización, como en Oaxaca, entre los que deseaban asumir la independencia

[62] GÓMEZ, 1848, p. 9.
[63] GÓMEZ, 1948, p. 10.
[64] ÁGUILA, 1848; BARRIOS, 1851, y GALVÁN, 1851.

como ya consumada y los que insistían en la propagación de "los manes" de los libertadores. Existe una fusión más cabal que en Oaxaca o Guadalajara entre lo sagrado y lo político, y una profesión de fe liberal que es más moderada y menos gráfica que en el caso de Guadalajara.

El discurso cívico poblano de la década de 1840 se cifra en la búsqueda de la concordia perdida y la asunción de la culpabilidad por la sangre vertida en las disensiones civiles. La guerra con Estados Unidos y sus devastadores resultados se ven como una negra mancha en la frente de los mexicanos, confirmación insoslayable de una profunda falla o pecado social. La armonía añorada, que debe ser reconquistada, se concibe en términos más bien místicos y de confraternidad no sólo ciudadana sino cristiana. La fiesta cívica en Puebla en vez de ser un acicate para una gran campaña educativa liberal, como en Oaxaca, o sugerir un gran movimiento histórico político-religioso de emancipación de la humanidad, como en Guadalajara gira en torno a la expiación de culpa por las faltas o pecados cometidos contra la comunidad, y la búsqueda de una reconciliación entre posturas extremas. Ni jacobinismo ni monarquía, ni una revolución ya consumada ni pasos precipitados, sino cambios y mejoras según la necesidad dentro de un esquema de hermandad religiosa y política. Puebla festejaba la integración de sus clases sociales, y se figuraba la confluencia de su pasado, presente y futuro en un todo coherente, majestuoso y capaz de velocidades y matices variables. La ciudad levítica no era ni estacionaria ni revolucionaria en su celebración: era la encarnación del equilibrio santificado como ideal.

Desde 1839 un orador poblano asociaba claramente los sacrificios que produjo la independencia con "los grandes deberes que nos impuso este legado de nuestros progenitores". Se requería un amor patrio "puro, desinteresado, sublime, ese amor que elevado por la Religión, no es un sentimiento puramente humano".[65] Desde la lucha misma de la independencia, el país había caído en la discordia, in-

[65] CORA, 1839, p. 4.

troducida por el "genio del mal", aquel astuto enemigo que logró que hermano combatiera a hermano y padre a hijo.[66] Según el orador, Iturbide había llevado a cabo una obra providencial en la emancipación de México, pero después del adelanto de la libertad civil bajo la Carta de 1824, el país se volvió preso "de luchas sangrientas y de la funesta división".[67] A su caída, siguió un gobierno de "término medio", orientado a la concordia, donde los hijos de la patria se habían dado "el abrazo de la paz". De acuerdo con la religión y la ley, como "hijos de esta madre común [la patria]", los mexicanos debían avanzar por la senda de la "voluntad general, haciendo sacrificio de nuestra particular opinión".[68]

También el discurso cívico del 16 de septiembre de 1840 aspiraba a la armonía política mediante "el triunfo de la causa común, anteponiéndose la comunidad al individuo" en un clima de "concordia fraternal" acorde con las leyes y "la mansedumbre de nuestra religión".[69] El peligro de actuar de otra manera era que "los pósteros (*sic*) mirarán las huellas ensangrentadas de sus padres [. . .] e imitarán a su turno los ejemplos recibidos". Descalificando amplia y duramente a los abogados de la "democracia pura", el orador dudaba de un "árbol de la libertad" sembrada "con sudores" y regada "con sangre":

> ¡Funesta planta, que tanta sangre exige, fruto encantado y fatal, que nunca llega y que tantos bienes cuesta! No: la libertad sin el tranquilo goce de las propiedades, y sin el amor fraterno, no es más que un ruidoso nombre y un pomposo título.[70]

En 1842, en medio de un clima de opinión más abierto a las libertades civiles por la promesa de una nueva constitución, otro orador afirmaba:

[66] Cora, 1839, pp. 7-8.
[67] Cora, 1839, pp. 8-9.
[68] Cora, 1839, p. 10.
[69] Azcué y Beistegui, 1840, pp. 4, 6-7 y 18.
[70] Azcué y Beistegui, 1840, pp. 11-12 y 15-16.

> [. . .] no espereis [. . .] que os lisongee, fingiendo que hemos desempeñado satisfactoriamente las obligaciones que ha impuesto el don de la libertad que nos legaron nuestros padres, ni que hemos merecido su generosidad y heroicos sacrificios.[71]

Los mexicanos, con fundamentados motivos para independizarse, habían seguido luego "la enseña fatal de la discordia".[72] Ahora, una nueva constitución había de fijar "nuestros derechos y nuestros deberes, que conciliando los extremos se fije en un medio justo y conveniente; que establezca un gobierno, cuya firmeza no inspire temores por la anarquía, y cuya liberalidad y franqueza aleje hasta la idea del feroz despotismo".[73] Había que lavar "las negras manchas de nuestros errores pasados", ofreciendo "el holocausto de la reconciliación fraternal", de acuerdo con las leyes y al amparo de una benigna Providencia.[74]

En 1843 no faltó quien aseverara que "cuando fijo mi vista en el lúgubre cuadro de nuestra historia, mi alma se llena de dolor".[75] La "deuda contraída" con los próceres, "nuestros padres", estaba sin saldar por no poder salir "del pérfido egoísmo". Una nueva y próxima constitución era la esperanza para la reconciliación y la "felicidad común".[76] Dos años después se lamentaba que "Establecido [. . .] el imperio del egoísmo, y la depravación general de las costumbres, el fuego santo de la patria oculto en muy pocas personas, les hace llorar en silencio la infausta suerte de la república".[77] El ejército, los sacerdotes y los demás "sectarios del *statu quo*" se confabulaban contra la libertad.[78] Aún no estaba seguro que la providencia u otra fuerza enviara a México un "redentor" como Napoleón en

[71] ZETINA ABAD, 1842, p. 5.
[72] ZETINA ABAD, 1842, pp. 12 y *passim*.
[73] ZETINA ABAD, 1842, pp. 14-15.
[74] ZETINA ABAD, 1842, pp. 15-16.
[75] PÉREZ SALAZAR Y VENEGAS, *c*. 1843, p. 6.
[76] PÉREZ SALAZAR Y VENEGAS, *c*. 1843, pp. 1 y 14-15.
[77] ORTEGA, 1845, p. 7.
[78] ORTEGA, 1845, pp. 5-6.

Francia. Había que escuchar los "ensangrentados manes" de los próceres en busca del "sacrosanto fuego con que ellos proclamaron la patria".[79]

Días antes otro orador había visto al "redentor" en México no en el hombre fuerte que llegara providencialmente, sino en el hombre Hidalgo que había dado sin egoísmo su vida por "el bienestar de sus hijos".[80] Condenaba duramente "la ignorancia y egoísmo", la "ambición y desenfreno" de sus contemporáneos.[81] Descalificada la generación presente, se volvió "un deber sagrado, el de preparar el camino a nuestra posteridad".[82] Había que aprender de los "padres ilustres, la verdadera abnegación de sí mismo, que es el único origen de todas las virtudes de un ciudadano libre".[83]

Asentaba un exponente en 1848 que "no hemos querido constituirnos en sociedad".[84] Las facciones carcomían al país por dentro y lo debilitaban frente al exterior.[85] Ante la derrota por Estados Unidos "el mes mexicano..., el mes de las glorias de mi patria ha llegado a ser el mes *aciago*".[86] Se invocaba la libertad "en el trabajo, en la industria, y en los capitales".[87] Para el ciudadano ilustrado con estas cualidades, se exigía "la libertad del pensamiento, enemiga irreconciliable del libertinaje y de la licencia".[88] Contra las arbitrariedades del hombre fuerte se apelaba a "la voluntad de los pueblos".[89] En la solución del triste estado del país, se aconsejaba:

> [...] Daos al trabajo, cuyos frutos hacen grata y pacífica la vida y a la patria encantadora y amable; observad con exactitud la

[79] ORTEGA, 1845, pp. 7-8.
[80] OROZCO Y BERRA, 1845, p. 4.
[81] OROZCO Y BERRA, 1845, p. 9.
[82] OROZCO Y BERRA, 1845, p. 10.
[83] OROZCO Y BERRA, 1845, pp. 10-11.
[84] CÁSTULO DE ALATRISTE, 1848, p. 2.
[85] CÁSTULO DE ALATRISTE, 1848, p. 4.
[86] CÁSTULO DE ALATRISTE, 1848, p. 5.
[87] CÁSTULO DE ALATRISTE, 1848, p. 6.
[88] CÁSTULO DE ALATRISTE, 1848, pp. 6-7.
[89] CÁSTULO DE ALATRISTE, 1848, p. 7.

ley, que os asegura a ambos inestimables bienes, y huid lejos de las aspiraciones y partidos, que todo lo conmueven y trastornan.[90]

En ese mismo año, en otro discurso patriótico, el orador reconocía que dirigir la palabra en "una fiesta nacional" era ya "desagradable" y hasta "peligroso". En la guerra civil, "hubo sangre y lágrimas en lucha fratricida", y por otro lado "frescos están nuestros reveces y derrotas", lo que obligaba al exponente a ocuparse de asuntos graves y molestos, y quizá granjearse el resentimiento y odio de miembros de su público.[91] De cualquier manera, era forzoso avanzar. Y así, en el contexto de la terrible amputación de territorio que México acababa de padecer, se asentaba:

> [. . .] no es ésta o aquella extensión de terreno, ni el mayor o menor número de habitantes lo que forman una nación; un pueblo se constituye por la unidad de intereses, por la creencia en ciertos y determinados principios, y vive, y se sostiene, haciendo respetar su dignidad, sus fueros y su nombre; nosotros que lo habíamos perdido todo en nuestras revueltas interiores, habíamos dejado, por decirlo así, de ser una nación.[92]

El orador acusaba al ejército, a la "muchedumbre", a los "ciudadanos" y a las "clases acomodadas", de la derrota y la humillación del país. En medio de "tan completa desmoralización" la Providencia había dotado a México de algunos "hombres virtuosos y magnánimos", pero no habían bastado. Arengaba el poblano: "[. . .] no digáis que fue la contienda desigual, esto sería a la verdad ignominioso, más desigualmente combatieron nuestros padres y triunfaron".

Correspondía a cada quien asumir "la infamia que a cada cual corresponde".[93] Peligraba la patria en cuanto a su nacionalidad y entereza, y "la gran fiesta nacional"

[90] CÁSTULO DE ALATRISTE, 1848, p. 8.
[91] PÉREZ SALAZAR Y BERRA, 1848, p. 1.
[92] PÉREZ SALAZAR Y BERRA, 1848, p. 5.
[93] PÉREZ SALAZAR Y BERRA, 1848, pp. 6-7.

quedaba en entredicho por la valentía y los sacrificios de unos y la incertidumbre sobre la actuación de otros. La "familia mexicana" estaba maltrecha.

Quizá por los resultados poco halagadores de la cultura política poblana del consenso y la armonía, un orador de 1849 justificaba "la diversidad y oposición de intereses en los individuos de la misma sociedad y en las generaciones de una misma Nación". No era siempre positiva "la comodidad de la rutina".[94] Por otra parte, los fracasos no tenían por qué poner en tela de juicio la independencia y la libertad:

> [. . .] así como la religión cristiana, emanada de la fuente pura y eterna de la verdad y justicia, no puede ser ofuscada por los abusos que frecuentemente se han cometido en su nombre, tampoco la Libertad ni menos la Independencia, han debido ser culpadas por nuestros errores y desgracias.[95]

Las "disensiones públicas" se daban en todas las formas de gobierno ya que eran inherentes a "los individuos de la raza humana". Lo que sí cabía cuestionar es si "¿Hemos sabido aprovechar y seguir las lecciones de nuestros padres?" Sólo velando por las instituciones republicanas se podía asegurar el reconocimiento de las generaciones venideras.[96]

Preguntaba días después otro pensador ¿por qué

> [. . .] una nube de tristeza opaca vuestros semblantes en medio del general contento? ¿será acaso solo por el sentimiento de pesar que os causa la muerte de aquellos virtuosos patriotas que entregaron su cuello al verdugo, para morir libres antes que vivir esclavos? no conciudadanos: vuestra tristeza procede también de remordimientos.[97]

Se comparaban "las revoluciones que proceden de una fuente impura" con aquellas en que los hombres "se sien-

94 Almazán, 1849, p. 6.
95 Almazán, 1849, p. 8.
96 Almazán, 1849, pp. 9-11.
97 Martínez Espinosa, 1849, pp. 4-5.

ten felices al considerarse instrumentos de los designios de la Providencia, y el amor fraternal los une en un solo cuerpo que se hace poderoso y temible: Dios bendice esas revoluciones y las premia con la libertad''.[98] Era nada menos que el contraste entre la liberación de la ''madre patria'' y ''esa madre débil, avergonzada, y cubierto el rostro del inmundo lodo que le arroja una horda de aventureros''. Lo que correspondía era ''arrepentirse'' de los ''errores'' y ''aberraciones'' del pasado.[99] La libertad, el orden y el progreso dependían del ''justo equilibrio entre 'los derechos y los deberes' relativos a los pueblos y a los gobiernos''.[100]

La congoja poblana, avergonzada, avanzaba un paso más en 1850 con la denuncia de que los mexicanos eran como el pueblo judío; éste era ''deicida'', y aquél ''parricida''. Así, desde el 27 de septiembre de 1821 ''las fiestas y los regocijos públicos, no han sido más que las sacrílegas parodias de ese día''.[101] La mezquindad y la ''indolente apatía con que se miran los negocios públicos'' habían tenido fatales consecuencias.[102] Pero la ''era de la regeneración'' podía aproximarse. Había que asumir la responsabilidad en el entendido de que ''el libre, es el único que hace parte de la gran familia del hombre''.[103] Faltaban sacrificios y quizá precisaba la sangre de esta generación para lograr la libertad y la felicidad deseadas.[104] Dos discursos patrióticos más, de 1851, insistían en la vergüenza de la desunión y la derrota, la necesidad de una nueva política de concordia y convergencia en busca de la libertad, y del desprendimiento noble y patriótico que redimiera a esta generación ante sus progenitores y ante sus descendientes en la relación que los unía más allá del tiempo y de la muerte.[105]

[98] MARTÍNEZ ESPINOSA, 1849, pp. 5-6.
[99] MARTÍNEZ ESPINOSA, 1849, p. 6.
[100] MARTÍNEZ ESPINOSA, 1849, p. 7.
[101] ORTIZ DE MONTELLANO, 1850, pp. 4-5.
[102] ORTIZ DE MONTELLANO, 1850, p. 8.
[103] ORTIZ DE MONTELLANO, 1850, pp. 10-11.
[104] ORTIZ DE MONTELLANO, 1850, pp. 12-13.
[105] NIETO, 1851 y BÁEZ Y CAMPOS, 1851.

LA DIFERENCIACIÓN REGIONAL Y UNA PROBLEMÁTICA UNIDAD NACIONAL

Se aprecia claramente que las disputas en torno al ágape nacional por excelencia, la independencia, resultaban profundamente diferenciadas en las regiones del país. En Oaxaca dos sacerdocios, uno laico y el otro clerical, cruzaban lanzas en la búsqueda del liderazgo y dirección de una sociedad en que la población indígena aldeana claramente mayoritaria. Concebir la independencia nacional como consumada y basada en una magnanimidad rayana en la santidad, y celebrarla dando preferencia al 17 de septiembre o al 12 de diciembre con gran pompa y despliegue de retórica, implicaba la perpetuación de una visión en que los valores espirituales cristianos seguían siendo fundamentales para la convivencia de una sociedad heterogénea y dividida. Con gran cantidad de etnias indígenas, y una sociedad civil encabezadas tradicionalmente por comerciantes en la capital estatal y en algunas cabeceras municipales clave, Oaxaca aún guardaba continuidad con su pasado colonial, no obstante los cambios que se venían gestando.[106] La visión religiosa de la independencia era relativamente edulcorada y poco amenazante para el *statu quo.*

Por contraste, en el Instituto de Ciencias y Artes de la capital estatal se consolidaba otro sacerdocio alterno, basado en el saber moderno y en una visión orientada hacia la transformación de la sociedad en sus móviles básicos. Como lo expresaba un pensador en 1849, el estado de Oaxaca vivía pobre y marginado y necesitaba impulsar su economía y formar del pueblo una nueva ciudadanía ilustrada, industriosa, libre e igualitaria.[107] La educación, en este horizonte, era el antídoto de todos los males y la promesa de un futuro renovado. La construcción de caminos y obras similares también crearía los ejes de integración de la nueva sociedad, y de ésta con la nación. Los "manes" vi-

[106] TAYLOR, 1972; HAMNETT, 1976; ROMERO FRIZZI, 1990; PASTOR, 1982; BERRY, 1989, y SÁNCHEZ SILVA, 1993.

[107] GAMBOA Y ALDECO, 1849, pp. 15-18.

vos de los libertadores, su visión y sus ideales eran básicos en esta fe y esta esperanza.

Mas Oaxaca estaba sujeta al descenso implacable de sus exportaciones de grana, y vivía el ascenso de elementos sociales nuevos, especialmente criollos y mestizos de clase media, tanto en la capital como en otras áreas del estado. Ante tal dinámica, no nos sorprende que algunos comerciantes importantes y otros miembros de la élite vivieran lo que un gran novelista ha llamado "un instintivo miedo a las ideas nuevas y peligrosos entusiasmos políticos que solían propiciar los claustros universitarios."[108]

Guadalajara, en cambio, no conoció una polarización tan profunda como la que se daba en la fiesta nacional de Oaxaca. Jalisco era profundamente religioso pero las élites de su sociedad capitalina, juzgando por los discursos que se daban año con año, concebían que la gran esperanza de su estado era la participación en la gran marcha de cambios humanos que, anticipados en Europa y en Estados Unidos, llegaban ya a la patria mexicana. Guadalajara, ciudad fundamentalmente optimista y confiada en su capacidad de aunar su fe religiosa y su esperanza en el progreso, festinaba sus logros y su profundización a futuro. Su población, bastante individualista y conocedora de importantes y felices transformaciones económicas, sociales y culturales desde el siglo anterior, se asumía en el discurso patriótico como partícipe orgullosa en la marcha de la humanidad. La capital tapatía celebraba su mayoría de edad en la nueva nación dentro de sus celebraciones de la independencia patria.[109]

Puebla, contrastaba con los dos casos anteriores. No era, como Oaxaca, una sociedad dividida marcadamente en aldeas indígenas semiautónomas y una delgada capa comercial, ni era el estado ufano y confiado de Jalisco. Étnicamente complejo, en su composición urbana, y marcada

[108] CARPENTIER, 1980, p. 18. En el caso oaxaqueño, el Instituto desempeñaba el papel que Carpentier asigna aquí a la universidad. Como el mismo autor sugiere líneas más adelante, una mentalidad como la descrita no era necesariamente ajena a una concepción de la ciudad comercial como "de una vida creadora y progresista".

[109] TAYLOR, 1993; VAN YOUNG, 1989; CONNAUGHTON, 1992, y MURIÁ, 1980-1982.

por intensas interrelaciones entre muchos de sus poblados indígenas y sus ciudades productoras y comerciales, la región poblana había experimentado un secular vaivén de altibajos económicos y sociales.[110] En sus fiestas cívicas se hacían llamados para realizar la integración político-religiosa de un cuerpo místico ciudadano que, uniendo las generaciones patrias a través del tiempo, y poniendo los intereses de la colectividad por encima de los particulares, se hiciera merecedor del altruismo, abnegación y amor patrio de los próceres.[111] Es lógico que en el discurso poblano desempeñara un papel importante la propuesta iturbidista de unión por encima de las diferencias. Puebla celebraba la unión de sus partes sociales y la unión de su historia a través del tiempo como la garantía de su sobrevivencia y la esperanza de un porvenir más exitoso. La fiesta cívica poblana era un acto de fe frente a la adversidad, un *mea culpa* público por los yerros cometidos, y un nuevo aliento para afrontar los desafíos, bajo el acicate de las amenazas externas a la nacionalidad y al amparo de un liberalismo moderado.[112]

En el gran ritual de consagración de la independencia y la búsqueda de la definición de una nacionalidad capaz de inspirar la acción social, existía un claro proceso de apropiación regional acorde con las peculiaridades sociopolíticas más inmediatas. Dentro de esta apropiación local de la celebración nacional existían tensiones y polémicas, aunque también signos de hegemonías en ascenso. La urdimbre de la política nacional tendría que construirse en forma de un complejo mosaico a partir de estas tramas regionales, so pena de recortar sus raíces locales en la construcción de la identidad nacional. Se corría el peligro de que los nexos nacionales fuesen tan etéreos y frágiles como los entonces endebles medios de comunicación terrestre. Esa problemática no era exclusiva de México en el siglo pasado. Mas la

[110] THOMSON, 1989 y CONTRERAS CRUZ, 1993.

[111] Para una profundización sobre los orígenes y los matices de esta orientación, véase CONNAUGHTON, 1995.

[112] Desarrollo otros aspectos de esta dinámica en mi citada ponencia de 1994.

profundidad de la diferenciación geopolítica del país era tan grande que los esfuerzos hechos para alcanzar la unidad encaraban un desafío cuya solución obligaba a una actitud de desesperación o a un optimismo que rayaba en la fe.

Andrés Quintana Roo adoptó esta última orientación en las palabras pronunciadas en la capital de la República el 16 de septiembre de 1845.[113] Expresaba que "nuestra fiesta cívica" tenía ya una "influencia en los progresos de la opinión y en la mejora de nuestro estado social [. . .] cada día [. . .] más palpable". Se lograba de esta manera, según él, una "reunión de ciudadanos a que son indistintamente admitidos cuantos pueden presentar por título su amor a la independencia". Quintana Roo aspiraba a que la celebración de la nacionalidad abarcara a "la universalidad de los nacidos en nuestro suelo", y que acogiera

> [. . .] en su regazo los diversos partidos, los opuestos intereses, las diferentes creencias políticas [. . .] Animados de un solo y unánime sentimiento, hombres que se creían colocados en posiciones incompatibles, absortos en la contemplación del grande objeto que los congrega, se admiran al verse juntos, de haber sido por algún tiempo enemigos; y ofreciendo ante el altar de la patria la oblación de sus resentimientos, juran no ser más que mexicanos, regidos por unas mismas leyes que ellos han de dictar en sus asambleas. De aquí las reconciliaciones sinceras, las íntimas alianzas políticas y el olvido de las hostilidades pasadas.[114]

Podría ser que la tarea era más compleja de lo que entreveía el ilustre yucateco. Diversos autores efectivamente se esforzaban por crear las bases de la nacionalidad en los discursos cívicos, año con año. Pero si bien se entretejían diversos elementos de las problemáticas regionales en los mejores esfuerzos, aún es frecuentemente perceptible la marca de origen, incluso en aquellas oraciones cívicas ofrecidas simbólicamente en la alameda central de la ca-

[113] QUINTANA ROO, 1887, vol. I, pp. 322-335. El mismo autor del discurso alude a la realización del evento en la capital.

[114] QUINTANA ROO, 1887, vol. I, pp. 322-323.

pital de la República. La rivalidad de pareceres tenía su lugar en la creación de una urdimbre de textura más interesante, pero hacía la elaboración indudablemente más complicada.[115]

REFERENCIAS

ÁGUILA, Francisco

1848 *Discurso cívico que en el solemne aniversario del primer grito de independencia nacional, celebrado en esta capital el 16 de septiembre de 1848, pronunció el C. Ramascop Aguila, nombrado al efecto por el Supremo Gobierno del Estado.* Guadalajara: Imprenta del Gobierno.

ALMAZÁN, Pascual

1849 *Discurso en el aniversario del diez y seis de septiembre, pronunciado en Puebla por el Lic. D. Pascual Almazán.* Puebla: Imprenta de José María Macías.

ÁLVAREZ Y CASTILLEJOS, José M.

1844 *Oración fúnebre que en honor de las víctimas inmoladas por la Independencia Mexicana pronunció el día 17 de septiembre de 1844 en la Santa Iglesia Catedral el ciudadano José M. Alvarez y Castillejos, Doctor en Sagrada Teología, Catedrático Filósofo del Seminario, Capellán del Colegio de Nuestra Señora de la Presentación y Opositor a la Canongía Lectoral de la misma Santa Iglesia.* Oaxaca: Impreso por Ignacio Rincón.

ARVEA Y SÁNCHEZ, José Cristóbal

1828 *Oración fúnebre que en el aniversario de las víctimas de la patria que el Estado de Oaxaca celebra el día 17 de septiembre dijo en el de 1828: el M.R.P. Ex-Lector de Teología y Escritura en su provincia, Catedrático de Moral en la de prima de el Seminario Pontificio y Nacional de santa Cruz, Ecsaminador Sinodal en la Diócesis, Consultor Teólogo de el Santo Tribunal de la Fe en la misma, y actual Prior Provincial de San Hipólito Martir de el Estado Fray José Cristóbal Arvea y Álvarez.* Oaxaca: Imprenta del Gobierno.

[115] Sobre diversos discursos cívicos pronunciados en la alameda por distinguidos provincianos, entre ellos jaliscienses y poblanos cuyos pareceres no negaban sus raíces, véase la antología de CASTILLO NEGRETE, 1887, vol. 2.

AZCUÉ y BEISTEGUÍ, Félix

1840 *Oración que pronunció en Puebla el 16 de septiembre de 1840, el ciudadano Félix Azcué y Beisteguí.* México: Impresa por Ignacio Cumplido.

BÁEZ Y CAMPOS, Carlos

1851 *Discurso que el ciudadano licenciado Carlos Báez y Campos, pronunció en Puebla el 27 de septiembre de 1851.* Puebla: Imprenta de José María Macías.

BARRIOS, José María

1851 *Discurso que en la solemnidad del 16 de septiembre de 1851 pronunció en la Ciudad de Guadalajara el C. Lic. José María Barrios, socio de la "Falange de Estudio".* Guadalajara: Imprenta de Jesús Camarena.

BERRY, Charles

1989 *La Reforma en Oaxaca, Una microhistoria de la revolución liberal 1856-1876.* México: Era.

BOCANEGRA, José María de

1826 *Función cívica con que la Sociedad de Amigos del País de Zacatecas celebró el aniversario del glorioso grito de independencia pronunciado en 16 de septiembre de 1810 en la Villa de Hidalgo.* Zacatecas: Imprenta del Gobierno a cargo de Pedro Piña.

BOLAÑOS, Aurelio

1837 *Discurso cívico pronunciado en el aniversario de la Independencia de la República Mexicana el 16 de septiembre de 1837, por el C. L. Aurelio Bolaños, Magistrado de los Tribunales Superiores del Departamento de Oaxaca, e individuo del Ilustre Claustro Académico de Ambo-juristas del Instituto de Ciencias y Artes del mismo.* Oaxaca: Impreso por el C. Antonio Valdés y Moya.

BOLAÑOS, Juan Nepomuceno

1838 *Discurso pronunciado en la Plaza de Armas de Oaxaca, por Juan Nepomuceno Bolaños, Catedrático de Fisiología en el Instituto de Ciencias y Artes del Departamento, el día 16 de septiembre de 1838, aniversario del glorioso grito de independencia dado en el pueblo de Dolores el año de 1810.* México: Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo.

CAÑEDO, Anastasio

1843 *Discurso cívico que pronunció en esta capital el Licenciado*

Anastasio Cañedo, el día 16 de septiembre de 1843 en el aniversario del glorioso grito de independencia. Guadalajara: Oficina de Manuel Brambila.

CARPENTIER, Alejo

1980 *El siglo de las luces.* Barcelona: Bruguera.

CASTILLEJOS, José Mariano

1851 *Sermón patriótico moral que predicó en la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe de esta Capital el día 12 de diciembre de 1850 Monseñor Doctor Don José Mariano Castillejos. Protonotario Apostólico, con todos los honores de Prelado Doméstico de su Santidad, Asistente al Sacro Solio Pontificio y de Refrendario de ambas firmas ex Catedrático de Sagrada Escritura del Seminario.* Oaxaca: Impreso en la oficina de Francisco O. y Quintas.

CASTILLO NEGRETE, Emilio del

1877 *Galería de Oradores de México en el Siglo XIX.* México: Tipografía de Santiago Sierra, 2 vols.

CÁSTULO DE ALATRISTE, Miguel

1848 *Oración cívica pronunciada por el C. Licenciado Miguel Cástulo de Alatriste, Abogado Interino de Pobres cerca de los tribunales superiores del Estado de Puebla, y síndico 2º del Exmo. Ayuntamiento de la capital del mismo en el 16 de septiembre de 1848.* Puebla: Imprenta de José María Macías.

CONNAUGHTON, Brian F.

1992 *Ideología y sociedad en Guadalajara (1788-1853).* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes «Regiones».

1995 "La sacralización de lo cívico: la imagen religiosa en el discurso cívico-patriótico del México independiente: Puebla (1827-1853)", en MATUTE, TREJO y CONNAUGHTON.

CONTRERAS CRUZ, Carlos (comp.)

1993 *Puebla, una historia compartida.* México: Gobierno del Estado de Puebla-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Instituto de Ciencias y Humanidades, Universidad Autónoma de Puebla.

CORA, José María

1839 *Discurso patriótico pronunciado por el Lic. José María Cora, en Puebla a 16 de septiembre de 1839.* Puebla: Imprenta Antigua en el Portal de las Flores.

ENCISO, Francisco

1846 *Oración cívica que el ciudadano Lic. Francisco Enciso, pronunció en la capital del Estado Libre y Soberano de Oaxaca el 16 de septiembre de 1846, aniversario de la gloriosa proclamación de la independencia en el año de 1810.* Oaxaca: Impresa por Ignacio Rincón.

ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio (coord.)

1993 *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX.* México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

GALVÁN, Francisco M.

1851 *Discurso que para solemnizar el aniversario del día 27 de septiembre de 1821, dijo en Guadalajara el profesor en Medicina y Cirugía ciudadano Francisco M. Galván, socio de la "Falange de Estudio".* Guadalajara: Tipografia de Brambila.

GAMBOA Y ALDECO, José

1849 *Arenga cívica pronunciada el día 27 de septiembre de 1849 en la Capital del Estado de Oaxaca por el Profesor de Medicina y Cirugía C. José Gamboa y Aldeco, en memoria de la Gloriosa Consumación de la Independencia de México el año de 1821.* Oaxaca: Impreso por Ignacio Rincón.

GÓMEZ, Miguel

1848 *Discurso que el C. Miguel Gómez, Oficial primero en la Secretaría del Gobierno de Jalisco, pronunció en la Capital del Estado, el 27 de septiembre de 1848.* Guadalajara: Imprenta del Gobierno.

HAMNETT, Brian R.

1976 *Política y comercio en el sur de México, 1750-1821.* México: Instituto Mexicano de Comercio Exterior.

ITURRIBARRÍA, Manuel

1846 *Arenga cívica pronunciada en el aniversario de la consumación de la independencia, el 28 de septiembre de 1846, en la capital del Estado de Oaxaca.* Oaxaca: Impreso por Ignacio Rincón.

J. J. C.

c. 1845 *Discurso que en la solemnización del aniversario del glorioso día diez y seis de septiembre de 1845, pronunció en la universidad de esta capital.* Guadalajara: Imprenta del Superior Gobierno.

JUÁREZ, Benito

1840 *Discurso que el C. Benito Juárez pronunció el día 16 de septiembre de 1840, en el aniversario del glorioso grito de independencia dado en el pueblo de Dolores.* Oaxaca: Impreso por Ignacio Rincón.

MÁRQUEZ Y CARRIZOSA, Vicente

1845 *Oración fúnebre que en memoria de las víctimas sacrificadas por la Independencia Mexicana pronunció en la Santa Iglesia Catedral de Oaxaca el Dr. D. Vicente Márquez y Carrizosa, el día 17 de septiembre de 1845.* Oaxaca: Impreso por Ignacio Rincón.

MARTÍNEZ ESPINOSA, Francisco

1849 *Oración que pronunció en Puebla el 27 de septiembre de 1849, el ciudadano Francisco Martínez Espinosa, Diputado en el Honorable Congreso del Estado, e individuo de varias Sociedades Literarias.* Puebla: Imprenta de Mariano L. López.

MATUTE, Álvaro, Elvia TREJO y Brian CONNAUGHTON (coords.)

1995 *Estado, Iglesia y sociedad en México. Siglo XIX.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial.

MURIÁ, José María (comp.)

1980-1982 *Historia de Jalisco.* Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 4 vols.

NIETO, Andrés José

1851 *Discurso pronunciado el día 16 de septiembre de 1851, por el licenciado Andrés José Nieto.* Puebla: Imprenta de José M. Macías.

OROZCO Y BERRA, Fernando

1845 *Oración pronunciada el día 16 de septiembre de 1845 por el ciudadano Fernando Orozco y Berra, socio promovedor y fundador de la Sociedad Literaria de Puebla.* Invicta Puebla: Imprenta de Juan Nepomuceno del Valle.

ORTEGA, Fernando María

1845 *Oración pronunciada el día 27 de septiembre de 1845, por el ciudadano Fernando María Ortega.* Invicta Puebla: Imprenta de José M. Macías.

ORTIZ, Jesús

c. 1846 *Discurso que pronunció en esta capital Don Jesús Ortiz, el día 4 de octubre de 1846, en recuerdo de la entrada triun-*

fante que hizo en México el Ejército Trigarante el 27 de septiembre de 1821. Guadalajara: Imprenta del Gobierno.

1846 *Unica contestación que se ha propuesto dar el autor del discurso del cuatro de octubre a sus impugnadores.* Guadalajara: Imprenta de J. Manuel Brambila.

ORTIZ DE MONTELLANO, Manuel María

1850 *Oración cívica que el ciudadano Manuel María Ortiz de Montellano, pronunció en Puebla el 27 de septiembre de 1850.* Puebla: Imprenta de Mariano L. López.

OTERO, Mariano

c. 1841 *Discurso que en la solemnidad del 16 de septiembre de 1841 pronunció en la Ciudad de Guadalajara el Licenciado C. Mariano Otero.* Guadalajara: Imprenta del Gobierno.

PASTOR, Rodolfo

1982 *Campesinos y reformas: la Mixteca, 1700-1856.* México: El Colegio de México.

PÉREZ SALAZAR Y BERRA, José María

1848 *Oración cívica que en aniversario de la entrada del Ejército Trigarante en la Capital de la República, pronunció en esta ciudad, el 27 de septiembre de 1848, el ciudadano Manuel Pérez Salazar y Berra.* Puebla: Imprenta de José María Macías.

PÉREZ SALAZAR y VENEGAS, Manuel

c. 1843 *Oración que pronunció en Puebla el 16 de septiembre de 1843, el ciudadano Manuel Pérez Salazar y Venegas.* Puebla: Imprenta Antigua en el Portal de las Flores.

PLASENCIA DE LA PARRA, Enrique

1991 *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867).* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, «Regiones».

QUINTANA ROO, Andrés

1887 *Discurso pronunciado por el C. Andrés Quintana Roo, en el glorioso aniversario del 16 de septiembre de 1845,* en CASTILLO NEGRETE, vol. I, 322-335.

Reflexiones

1846 *Reflexiones sobre el discurso del Sr. Ortiz. Obsequio a los señores suscritores del Guerrillero.* Guadalajara: Imprenta de J. Manuel Brambila.

RINCÓN, Francisco

1845 *Arenga cívica que el 16 de septiembre de 1845, aniversario de la gloriosa proclamación de la independencia, pronunció en la Ciudad de Oaxaca el Ciudadano Francisco Rincón, catedrático de Patología en el Instituto de Ciencias y Artes.* Oaxaca: Impreso por Ignacio Rincón.

ROMERO FRIZZI, María de los Ángeles

1990 *Economía y vida de los españoles en la Mixteca Alta: 1519-1720.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

SÁNCHEZ SILVA, Carlos

1993 "El comercio exterior de la ciudad de Oaxaca, 1820-1824", en TORTOLERO VILLASEÑOR, 101-134.

TAYLOR, William B.

1972 *Landlord and Peasant in Colonial Oaxaca.* Stanford: Stanford University Press.

1993 "Amigos de sombrero: patrones de homicidio en el centro rural de Jalisco, 1784-1820", en ESCOBAR O., pp. 63-103.

THOMSON, Guy P. C.

1989 *Puebla de los Angeles, Industry and Society in a Mexican City, 1700-1850.* Boulder, Colorado: Westview Press.

TORTOLERO VILLASEÑOR, Alejandro (coord.)

1993 *Estudios Históricos.* I. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Un retoque

1846 *Un retoque al discurso cívico pronunciado en Guadalajara el 4 de octubre de 1846.* Guadalajara: Imprenta de Dionisio Rodríguez.

VAN YOUNG, Eric

1989 *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820.* México: Fondo de Cultura Económica.

ZETINA ABAD, Manuel

1842 *Oración cívica que en la solemnidad del aniversario del 16 de septiembre de 1810, pronunció en la capital de Puebla el C. Manuel Zetina Abad el mismo día del año de 1842.* Puebla: Imprenta de Juan Nepomuceno del Valle.

LOS DOS CENTENARIOS DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA (1910-1921): DE LA HISTORIA PATRIA A LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL

Annick Lempérière
Universidad de París-I

Dos modelos memoriales

Queremos desarrollar, a lo largo de estas páginas, una interpretación de las dos conmemoraciones de la independencia que se celebraron en México a principios de siglo. Con la primera de ellas, se agotó no sólo el régimen de Porfirio Díaz, sino también toda una concepción de la nación y de su historia. Con la segunda, empezaron a vislumbrarse los nuevos rumbos que iban a seguir en México la memoria del pasado colectivo y los proyectos para el porvenir. Por eso se analizan en este artículo distintas modalidades de la memoria, tal como las elaboraron las élites político-culturales que desde el siglo XIX, y después de la Revolución, consideraron dentro de sus tareas la de enseñar a los ciudadanos cuál era el sentido de la historia común que debían compartir para formar una nación moderna.

Como lo demostró Koselleck,[1] cada sociedad, o cada época de una civilización, establece con el tiempo una relación específica, y por ello tiene un estilo particular de concebir el pasado, el presente y el porvenir. Por lo tanto inventa su propia memoria y escoge sucesos, hazañas o personajes dignos de conmemoración. Dentro de esta pers-

[1] Koselleck, 1990.

pectiva, la memoria moderna aparece como uno entre varios modelos de relación con el tiempo.

La memoria cultural moderna participa de la tensión permanente que, desde el Siglo de las Luces, divide la percepción del presente entre la conciencia del pasado y la valoración del futuro. La ruptura con la tradición y el deseo de progreso eran los parámetros de la sensibilidad histórica del siglo XIX,[2] cuya expresión es la historia. Esta palabra polisémica designa al mismo tiempo el pasado, su representación escrita o figurada y la acción humana, que en lo sucesivo crea la historia. En los estados-nación nacidos de rupturas históricas con la tradición, las conmemoraciones organizadas por los gobiernos revelan, según las modalidades particulares de cada contexto nacional, esa sensibilidad histórica. Éstas son tanto representaciones del acontecimiento fundador como afirmaciones de un poder presente que se define, necesariamente, por su capacidad de favorecer la marcha del progreso.[3] En la medida en que la historia se convierte en aspecto esencial de la política, la memoria misma se convierte en objeto de una política, ya que el dominio del futuro pasa por el del pasado. El pretérito es, en efecto, reserva potencial de figuras ejemplares y de prefiguraciones gloriosas, aunque también es, según dicha sensibilidad histórica, "reacción, retraso, supervivencia":[4] un obstáculo en la acción. Es, por lo tanto, importante utilizarlo selectivamente.

En el régimen porfirista (1876-1910), como en otros, la memoria era utilizada a manera de conmemoración política y discurso histórico, así como para organizar las referencias al pasado en función de los imperativos del

[2] Construimos las expresiones "sensibilidad histórica" sobre la de "sensibilidad legal", con la que el antropólogo C. Geertz designa "un sentido determinado de justicia"; así como las sensibilidades legales y las históricas, que designan modos particulares de relación con el pasado, el presente y el futuro, difieren entre sí por "los símbolos que despliegan, las historias que cuentan, las distinciones que trazan y las visiones que proyectan", Geertz, 1986, p. 217.

[3] Véase Nora, p. 198.

[4] Ricoeur, 1985, p. 306.

poder. Ahora bien, con la Revolución, esta memoria autoritaria cedió su lugar a una nueva que ya no pasaría por el discurso histórico, sino que abordaría el pasado con enfoques cultural, antropológico y arqueológico. La aparición de esta nueva memoria coincidió con la crisis de las creencias en que reposaba el proyecto porfirista, a saber, en la de la capacidad de dominar y superar el pasado, de la disponibilidad y previsibilidad del futuro, es decir, la creencia en el progreso. Al abandonar el evolucionismo para adoptar el relativismo cultural, la memoria mexicana experimentó la crisis de la historia y reencontró, gracias a la antropología, no sólo nuevos objetos de recuerdo sino una nueva forma de sensibilidad histórica.

La creación de esta nueva memoria supone la destrucción de los prejuicios de la historia patria forjada en el siglo XIX —que tuvo su apogeo y su decadencia en la última parte del porfiriato—, al considerar el conjunto del pasado mexicano desde una perspectiva nacida del relativismo cultural. Empero, la principal aportación de la sensibilidad histórica naciente fue proponer al ejercicio de la memoria un nuevo tipo de relación entre el pasado y el presente, fundado ya no sobre una temporalidad evolucionista *a priori* sino sobre dos elementos ahistóricos, el territorio y la población.

Las dos celebraciones del Centenario de la independencia mexicana, en 1910 y en 1921, han recibido la marca respectiva de estos dos modelos memoriales. Una ironía de la historia quiso que el primer centenario del movimiento independentista, el que se inició en la noche del 15 al 16 de septiembre de 1810 con la rebelión del cura Hidalgo contra el poder colonial, fuera celebrado por el viejo régimen autoritario y conservador del general Díaz, mientras que el de la consumación de la independencia, lograda gracias al acuerdo entre los criollos conservadores y el último virrey, y concluida con la entrada del ejército de las Tres Garantías a México el 27 de septiembre de 1821, fuera conmemorado bajo el régimen del general Obregón, revolucionario que llegó a la cabeza del Estado algunos meses antes del aniversario de la consumación de la independencia.

En ambos lados de la confrontación entre centenarios hubo otras celebraciones y conmemoraciones que fueron huellas dejadas por el ejercicio de la memoria antes y después del periodo revolucionario. En 1889 México participó en la exposición universal que la tercera república francesa yuxtapuso a los festejos del primer centenario de su Revolución. En 1892 participó en el cuarto centenario del descubrimiento de América organizado en Madrid. En 1900 estuvo presente en la exposición universal de París. En 1922 respondió favorablemente a la invitación de Brasil para festejar el centenario de su independencia, y participó en la exposición internacional de Rio de Janeiro. Por último, en 1929, construyó un pabellón en la exposición iberoamericana llevada a cabo en Sevilla.

Agrego a esta serie los productos de la estatuomanía[5] que se adueñó del régimen porfirista desde su nacimiento. Ésta se inscribe en el marco de la remodelación de la ciudad en torno del eje moderno del Paseo de la Reforma, donde se sitúan la mayor parte de los monumentos conmemorativos de la capital. La estatuomanía termina con el régimen porfirista, y el Estado revolucionario esperará algún tiempo, antes de reanudar esta práctica monumental, no por falta de medios financieros, sino porque nuevas formas de memoria y de identidad, como la pintura mural, sustituían a las antiguas.

Ya sea que respondan a circunstancias particulares, o a nuevas formulaciones de los imperativos del poder, estas manifestaciones sucesivas del ejercicio de la memoria casi nunca constituyen materias primas. Por el contrario, su elaboración está predeterminada por modelos anteriores. Tomar en cuenta esta "memoria dentro de la memoria" modifica la interpretación que el aspecto voluntariamente singular de cada una sugiere en un principio. La larga práctica de conmemorar los días 15 y 16 de septiembre, cuya moda consolidara la república restaurada y que el porfiriato canonizara, prefigura la celebración de 1921. Su referencia implícita, sin embargo, es la celebración del pri-

[5] ORY, 1984, p. 535.

mer centenario de la revolución francesa por la tercera república en 1889. El modelo de la celebración de 1921 es la de 1910. Sus organizadores hacen de manera oficial una contracelebración, basándose en las fiestas de 1910, pero con un espíritu completamente nuevo.

En las celebraciones de 1910, variadas y fastuosas, el "desfile histórico" del 15 de septiembre se reveló como el centro de atracción de los festejos callejeros: semejaba, en una figuración extremadamente exitosa, el conjunto de los parámetros de la memoria oficial. Los festejos de 1921, improvisados por un gobierno nuevo, frágil y desprovisto de medios financieros, resultaban pobres después de los de 1910. Lo más novedoso era la visita del gobierno a Teotihuacan, donde se acababa de renovar el templo de Quetzalcóatl. También era novedosa la organización oficial de una exposición de artes populares, la primera de su género en México. Entre las dos celebraciones surgieron nuevas instituciones, como la Escuela Internacional de Arqueología y Antropología, creada en 1910 y abierta en 1911 y la Dirección de Antropología de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo, creada en 1917 por Manuel Gamio, que originaron la renovación de la memoria que marcaría toda la cultura de México desde la Revolución hasta la fecha: la actitud intelectual de Gamio se nutría del descrédito de la historia para valorar los estratos sucesivos de la producción cultural nacional desde una perspectiva antropológica "integral".

La política porfiriana de la memoria

En la época porfiriana, la historia no es sólo un instrumento de poder y de construcción de la nación, sino también la conciencia histórica, o de la historia, influye globalmente en la manera de pensar. Es el modo de la conciencia por excelencia. No hay pensamiento, producción intelectual ni inspiración política que no estén gobernados por los "topoi" de la conciencia de lo temporal en la Ilustración: la creencia en la "novedad de los tiempos", en la "aceleración del tiempo" y en la disponibilidad de la his-

toria (la historia se hace),[6] se veía reforzada, además, por el evolucionismo spenceriano o darwinismo social, que concibe a los más aptos en virtud de las leyes de la selección natural como los vencedores de la historia. Dentro de este pensamiento dominado por la historia, las conmemoraciones y manifestaciones de identidad están animadas por una tensión permanente entre los deseos de utilizar el pasado y la aspiración de ser modernos y colocar a México en el diapasón del progreso universal.

El pasado, en efecto, suministra el material para forjar el patriotismo de los ciudadanos, alimentar el orgullo nacional, cultivar el espíritu de sacrificio y esfuerzo por la patria y generar la conciencia de que la época presente es el feliz desenlace de una evolución histórica. Dos procedimientos historiográficos han permitido esta utilización del pasado: la conversión de determinados personajes históricos en héroes (también en la memoria sobreviven sólo los más aptos) y la elaboración de la historia patria para los alumnos de primarias y secundarias. Esta historia monumental[7] tiene como vehículo no sólo lo escrito, sino también la arquitectura pública, los monumentos, la pintura histórica y las estatuas. Prefiere la narración a cualquier otra perspectiva sobre el pasado, bajo dos grandes formas: por una parte, la cronología, y por otra, el establecimiento de retratos edificantes y de descripciones verosímiles.

La historia patria, tal como se escribe en las obras más elaboradas, en los libros de texto e incluso en los catecismos para escuelas primarias, es el ejemplo más acabado de esta historia monumental. La historia patria limita estric-

[6] RICOEUR, 1985, pp. 304-306.

[7] En "Uso y abuso de la historia", Nietzsche distingue tres tipos: la monumental, que "ofrece ejemplos de nobleza humana y enseña que, puesto que han existido una vez grandes cosas antes, significa que fue posible, y por lo tanto *podría ser posible* de nuevo"; la anticuaria, que "genera un respeto por los orígenes", y la crítica, que "posee el poder de penetrar en los mitos de la grandeza y los valores pasados, pisotear las piedades y negar al pasado todo derecho sobre el presente", véase WHITE, 1992, pp. 333-334 (edición inglesa, 1973). Las citas y el subrayado son de H. White.

tamente la presentación del pasado nacional a la sucesión de episodios traumáticos de ruptura, con los cuales se intercalan playas cronológicas que se prestan a la descripción. Así, el periodo colonial no tiene autonomía alguna respecto del relato de la conquista y el de las guerras de independencia. La *Evolución política del pueblo mexicano* escrita por Justo Sierra a principios del siglo XX es el modelo típico de esta historia-narración monumental.[8] La limitación no es menos tajante en lo que se refiere a la selección de héroes nacionales: necesariamente pertenecen al periodo no colonial, son reclutados de entre los jefes indígenas que luchan contra Cortés, los de la Reforma y los de la guerra de intervención. De entre los héroes valorados por el régimen, Cuauhtémoc, el último emperador de los aztecas ejecutado por los españoles, es el ejemplo insuperable de la abnegación patriótica. Sólo un año después de su llegada al poder, Porfirio Díaz ordenó la realización de un monumento que constituiría uno de los florones de la decoración conmemorativa del Paseo de la Reforma. Sobre el basamento que sostiene la estatua del último emperador azteca representado como guerrero listo para el combate, un bajorrelieve recuerda el suplicio infligido al rey, y una inscripción votiva dedica el conjunto "a la memoria de Cuauhtémoc y de los guerreros que combatieron heroicamente en defensa de su patria".[9]

Con el mismo impulso, el gobierno encomendó a Antonio Peñafiel, historiador de las antigüedades nacionales, la tarea de inspirar los trabajos del arquitecto que diseñó el pabellón mexicano de la exposición universal de 1889, colocada bajo el doble signo de la historia y del progreso técnico. De esta colaboración nació un edificio "construido con base en el estilo azteca más puro, una construcción de estilo nacional" en cuya decoración exterior

[8] En su *Catecismo de historia patria*, Justo Sierra indica que esta historia consiste en "contar pues lo que sucedió en los pueblos civilizados que vivieron en nuestro territorio", y que es la que todo buen mexicano debe conocer para amar a su patria. SIERRA, 1894.

[9] REYES, 1988, p. 117.

> [. . .] se colocaron seis grandes figuras para personificar los acontecimientos fundamentales de la historia mexicana antigua: el comienzo y fin de la nacionalidad y de la autonomía de las tribus aztecas, el comienzo de su existencia y el fin de su periodo histórico con la conquista de Cortés.

El texto explicativo del edificio es una narración de la historia azteca acentuada con edificantes retratos de las grandes figuras de la tribu. Entre ellos, el rey Itzcóatl es objeto de una particular atención. Está representado como caudillo providencial, en el cual se reconoce sin dificultad el modelo contemporáneo que dicta su relato a Peñafiel:

> [...] La pobre y desafortunada tribu mexicana, aislada pero oprimida por los pueblos y reinos vecinos, pagaba un costoso tributo al tirano tecpaneca de Azcapotzalco; para salvar a la tribu hacía falta un genio político y militar que enfrentara los peligros ante enemigos poderosos y temibles y que sentara las bases sólidas de una verdadera nacionalidad;

o sea que Itzcóatl es quien hace de este "pueblo atemorizado, una legión poderosa", pues "trece años de un gobierno paternal, sabio y previsor [. . .], treinta años como general del ejército y un año como libertador de su pueblo son los gloriosos servicios del rey Itzcóatl". Es difícil no ver en esta conducta laudatoria, más al estilo de Luis XIV que republicano, la conversión en héroe del mismo Díaz, general victorioso de las fuerzas contra la intervención francesa, artesano del restablecimiento de la paz civil y del crédito mexicano en el exterior. Si bien la continuación del relato está destinada más clásicamente a exaltar el patriotismo con el ejemplo del valor de los aztecas, las últimas palabras de Peñafiel reafirman el mensaje principal: "Hoy, ante toda Europa, México alza un monumento al más valiente de sus aztecas, Itzcóatl y al más desafortunado de sus defensores, Cuauhtémoc".[10] Bajo una u otra forma, creación de héroes o historia patria, la historia monumen-

[10] Peñafiel, 1889. El folleto incluye una versión en español.

tal porfirista, destinada en principio a edificar a los ciudadanos y a nutrir su patriotismo, está llamada a convertirse en el instrumento de glorificación del régimen personificado por Díaz. No es casual la larga práctica de celebración de los héroes, que a fines del siglo XIX se encarna también en las estatuas de caudillos regionales enviadas por cada uno de los estados para adornar los camellones del Paseo de la Reforma. Junto a una simbología nacional que sigue siendo pobre proliferan los monumentos personales que exaltan a individuos excepcionales en los planos militar y político. Lo nacional y lo patriótico encuentran su mejor símbolo en las figuras de los caudillos. El proceso de sacralización en beneficio del poder personal de Díaz culmina con la construcción, en 1910, del Hemiciclo a Juárez en la alameda. Homenaje con doble sentido: se conmemoraba a Benito Juárez para celebrar a Díaz. El nombre de Juárez, convertido con el tiempo y en la conciencia liberal en el héroe epónimo de la Reforma y del México político moderno, quedaba definitivamente ligado al de Díaz, a quien se debía considerar como su legítimo sucesor. Así, la inauguración de las fiestas del Centenario "confundió los nombres gloriosos del gran Reformista y del ilustre Caudillo".[11]

En este contexto, en que los grandes héroes nacionales sirven tanto a la edificación de los ciudadanos como a la glorificación por analogía del caudillo, el destino reservado a los primeros insurgentes, Hidalgo, Morelos y sus compañeros de armas, mantiene un lugar aparte. Si bien su valor en el combate sirve al primer objetivo, su fracaso final y el peso del carácter extremadamente destructor y anárquico de su acción histórica no permitían identificación alguna con el general Díaz. También su recuerdo era honrado muy marginalmente por el régimen. En 1888 el único monumento en memoria de Hidalgo era un viejo busto olvidado de una pequeña plaza de la capital.[12] Los

[11] *Crónica...*, 1911, p. 176.

[12] Es esto lo que recuerda la "Junta Patriótica Hidalgo", fundada en 1888 con el fin de proclamar honores más sustanciosos para el cura de

festejos anuales del 15 y 16 de septiembre, cuando el presidente de la República clama la independencia ondeando la bandera en las ventanas del Palacio Nacional, evitaban cuidadosamente, en la época porfirista, evocar directamente el recuerdo de los insurgentes.

El olvido no era total, pero el recuerdo quedaba mediatizado por la puesta en escena de una serie de objetos que insensiblemente trasladaban a los insurgentes de la calidad de héroes a la de inofensivos santos de reliquia. En 1895, año del LXXXV aniversario de la independencia, los huesos de Hidalgo, Morelos y muchos otros insurgentes se transfirieron de la cripta de la catedral de México, donde reposaban desde 1823 en una urna de cristal construida expresamente para ello, a la capilla de san José.[13] Al año siguiente la campana del pueblo de Dolores, la que Hidalgo utilizó para lanzar su grito de reunión, fue transportada con grandes costos a México. Su instalación provocó la organización de una gran procesión cívica de apego al régimen. A partir de ese momento, la campana sonaría todos los días 15 de septiembre, accionada por el presidente. En el Centenario de 1910, la memoria de los insurgentes ya no sería honrada de manera diferente. Se depositó en el Museo Nacional, lugar de la memoria anticuaria por excelencia, las fuentes bautismales de Hidalgo, reunidas con la vestimenta de Morelos, restituida por España. No se consagró ningún monumento a los insurgentes cuando el go-

Dolores, y que obtuvo de Porfirio Díaz las ceremonias de julio de 1895. Véase "Festividades del 15 y 16 de septiembre 1823-1915", vols. 1067-1071, Archivo histórico del ex-Ayuntamiento de la Ciudad de México, vol. 1071, exp. 128, extr. de *El Monitor Republicano* (31 jul. 1895).

[13] La ceremonia se llevó a cabo los días 29 y 30 de julio (aniversario de la ejecución de Hidalgo) y no en septiembre, fecha en que su valor simbólico habría sido más fuerte. El modelo de la piedad con respecto al gran hombre es el del homenaje a Voltaire: "Recibe en la muerte los honores que te decreta tu Patria". No obstante, hasta las reliquias patrióticas son sometidas a las leyes despiadadas de la evolución: en el momento de la exhumación, Leopoldo Bates, enviado por el museo Nacional, fue autorizado a tomar "la medida antropológica de los cráneos con el fin de realizar un estudio científico de gran utilidad", "Festividades del 15 y 16 de septiembre 1823-1915", vol. 1071, exp. 128.

bierno inauguró, sobre el Paseo de la Reforma, la columna de la Independencia, símbolo más abstracto. La única ceremonia dedicada a su memoria se llevó a cabo el 6 de octubre, después de la clausura de las grandes fiestas: una "Apoteosis" celebrada al abrigo de las miradas ciudadanas en el Zócalo, transformado en "templo austero", en torno a un catafalco que acababa de matarlos simbólicamente. Así, el Centenario no fue la ocasión de reconciliarse con los controvertidos héroes de la insurrección de 1810.

Hegemónica en la época porfiriana, la historia monumental margina otras formas de historia, sobre todo la anticuaria, la de los aficionados del pasado. Eruditos como Orozco y Berra, García Icazbalceta, Del Paso y Troncoso y González Obregón, dado que cultivan las antigüedades prehispánicas o las costumbres coloniales, son sensibles a la idea de tradición. La historia anticuaria progresaba en cuanto a erudición, aunque, contemporánea de una arqueología tradicional que seguía sin interesarse más que en los monumentos,[14] no renovaba la imagen del México antiguo. Era útil, sin embargo, porque seguía valorando las producciones artísticas de los pueblos prehispánicos, confiriéndoles de este modo la calidad de "civilizados" (un deseo del viejo nacionalismo criollo que los liberales y porfiristas nunca abandonaron del todo, aunque ya no fuera prioritario), y porque su impacto ideológico era casi nulo. Así fue como llegó oportunamente a socorrer al gobierno mexicano para permitirle participar sin animosidad en el IV centenario del descubrimiento. La Junta Colombina de México, compuesta de historiadores, se encargaría de "formar una importante colección de antigüedades" para la ocasión, procurando "que en ella estuviesen representadas todas nuestras principales razas y nacionalidades antiguas". La junta realizó una verdadera recolección de objetos antiguos en todas las regiones de la República y editó un gran libro con reproducciones de códices, cuyo comentario mezclaba erudición y patriotismo, mientras que el gobierno mandaba edificar, sobre Reforma, el monumento

[14] BERNAL, 1988, pp. 88-108.

a Colón.[15] Así se evitaba todo juramento de fidelidad a la antigua potencia colonial y se revaloraba, por el contrario, el buen recuerdo de las antigüedades nacionales.

En el otro extremo de la memoria historiográfica aparece la historia crítica que practicaban ciertos científicos y cuyo principal representante fue Francisco Bulnes. Sobre la base de una validación conservadora del sistema político porfirista, Bulnes atacó los grandes mitos de la historia patria. Su obra *El verdadero Juárez*, en la que ataca sin piedad la obra política y las virtudes patrióticas del héroe de la Reforma, causó escándalo y ocasionó una respuesta digna de la historia monumental: la biografía de Juárez por Justo Sierra, científico de razón aunque liberal de corazón.

Con la excepción de los historiadores anticuarios, los profesionales de la memoria porfirista tenían la convicción de que el tiempo actual, desenlace legítimo de la historia posterior a la Reforma, "abre tiempos nuevos".[16] El discurso que afirma que el tiempo está disponible y "la historia está por hacerse", encomendaba al régimen satisfacer la expectativa de progreso, y al menos mostrar por medio de signos sin ambigüedad que la identidad nacional se definía por su dominio sobre la modernidad. En este contexto el pabellón seudoazteca de 1889, en el que los organizadores habían creído adecuado exponer un modelo reducido de la torre Eiffel (!), fue considerado por algunos como una equivocación imperdonable.[17] Si la imitación de lo antiguo era legítima cuando se trataba de honrar el recuerdo de los grandes héroes aztecas, ya no lo era cuando se trataba de manifestar ante el mundo los progresos del país. Así, para la exposición universal de 1900 se imponía elegir un pabellón neoclásico, del estilo de finales del siglo XIX, "a falta de un género arquitectónico verdaderamente

[15] *Homenaje...*, 1892.

[16] RICOEUR, 1985, p. 305.

[17] "El notable trabajo de los señores Peñafiel y Anza tendía más bien a hacer una restauración con elementos exclusivos del arte tlahuica, dentro de las reglas del pasado, y no a presentar un tipo de construcción apropiada en relación con el gusto estético y con las exigencias modernas", SALAZAR, 1988, p. 147.

nacional y característico de México".[18] Esta aseveración no era de ningún modo sinónimo de autodesprecio, sino el reconocimiento de que la arquitectura mexicana, arrastrada por la marcha del progreso, no podía valerse del pasado (en particular por el argumento de que la disposición y los materiales de los edificios antiguos ya no se adaptaban a las necesidades contemporáneas) y debía, por el contrario, adaptarse a los cánones arquitectónicos de la modernidad.

La evolución del festejo de los días 15 y 16 de septiembre reflejaba el mismo deseo de modernidad. Cada celebración anual era ocasión para introducir alguna novedad. La electricidad decuplicó las posibilidades de iluminación festiva sobre el Zócalo y las calles que conducen a la alameda; a finales del siglo se aprobaron contratos para la creación de un sistema permanente de iluminación del palacio municipal y de la catedral. Para divertir a los ciudadanos se crearon en la misma época recorridos para bicicleta. Lo que más se fomentó fue la participación de los alumnos de escuelas en la procesión cívica del desfile de la tarde del 15 de septiembre y los festejos particulares en su honor. Se decía:

> [. . .] en todos los países cultos la infancia disfruta de cuidados y privilegios propios; mírase en ella a la generación del porvenir, a la que es preciso preparar en todos los sentidos a los combates de la vida, y por esto no solamente se le educa física, moral e intelectualmente, sino que se la dispone al estrechamiento de los vínculos sociales por medio de reuniones propias y peculiares fiestas.[19]

Modelo francés y creatividad mexicana: 1889-1910

La dicotomía así constatada entre la necesidad de servirse del pasado y el deseo de volverse resueltamente hacia el

[18] Mier, 1900, p. 87.

[19] "Festividades...", vol. 1071, exp. 132 (impreso en Ayuntamiento de México, 1887).

futuro, se decuplicó en la celebración del Centenario de 1910. Todavía recibía la influencia del modelo de 1889. La asociación de la conmemoración histórica y de la celebración del progreso, ya codificada en la práctica de las fiestas cívicas mexicanas antes de 1910, había constituido uno de los éxitos del centenario de 1889 en Francia. La imitación se identificaba fácilmente en la concepción de conjunto de la celebración de 1910, y en principio en la dimensión internacional que el gobierno quiso dar al acontecimiento, invitando a las grandes potencias del momento, por medio de sus embajadas y numerosas delegaciones, a participar en todos los festejos. Estaba igualmente presente, como entre los republicanos de 1889, el deseo de dejar un recuerdo de la conmemoración en la inauguración de monumentos y edificios que transformaran el paisaje urbano. También la insistencia con la que la educación se mezclaba con las fiestas recuerda el modelo de 1889: se trataba, en un mismo movimiento, de asociar a los futuros ciudadanos con un excepcional ejercicio de la memoria nacional, y de celebrar el recuerdo de la libertad conquistada y los esfuerzos del régimen por el progreso del saber y de la ciencia. El Congreso Nacional de Educación Primaria y los numerosos congresos científicos reunidos en septiembre, estaban ahí para resumir la obra emprendida. Por último, ¿cómo no ver en la reconstitución de la Universidad Nacional, por Justo Sierra, y hasta en la construcción del nuevo anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, el eco de la inauguración de los edificios de la nueva Sorbona? Tampoco faltó en 1910 un "Primer Congreso Nacional de Estudiantes", modesta réplica del Congreso Internacional realizado en París en 1889. Doble celebración, la del glorioso acontecimiento fundador y la del modernismo. En relación con la original, las distorsiones e innovaciones fueron evidentemente numerosas: la celebración conmemorativa no fue una estructura vacía que se rellenara indiferentemente con principios universales y festividades convenidas; era modelada vigorosamente por la política de la memoria nacional puesta al día en las décadas precedentes.

Puede afirmarse que en 1910 la forma que triunfa como memoria del pasado es la historia monumental, auxiliada por la historia anticuaria. Contraria al espíritu de la celebración, la historia crítica permaneció silenciosa. El Centenario no abrió el debate sobre la independencia y, como se ha visto, no llegó a ningún compromiso con el recuerdo de Hidalgo y Morelos. Encargado por Porfirio Díaz de publicar para el Centenario una colección de fuentes sobre la época de la independencia, Genaro García, director del Museo Nacional e historiador lúcido, escogió los documentos "indistintamente entre los más importantes que suscribieron entonces insurrectos y realistas", aunque la imparcialidad remplazó la discusión. Se trataba únicamente "de indagar la verdad y decirla serenamente", ya que es así como "la Historia, lejos de divulgar el engaño, rendir culto a falsos ídolos y habituar a la injusticia, instruirá sanamente, demolerá funestos altares y hará amable la equidad".[20] La reorganización del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, planeada para el Centenario, se ajustó al modelo de la historia monumental: a una gran sala de monolitos arqueológicos, donde se concentrarían los hallazgos efectuados desde finales del siglo XVIII, corresponden simétricamente con las salas de la historia patria.

Entre los grandes momentos de la conmemoración, el desfile histórico del 15 de septiembre es el que mejor revela qué memorias histórica y política deseaba presentar y perpetuar el régimen. De acuerdo con la opinión de los mismos organizadores, ésta fue la festividad que demandó una mayor preparación, "ya que era necesario escoger cuidadosamente las escenas históricas que en ella habían de representarse". La selección final no deja de ser sorprendente. Había tres escenarios, que movilizaban a centenares de actores con vestuario y representaban sendos momentos de la historia nacional: la conquista, el virreinato y la independencia. La primera escena, representaba el encuentro entre el emperador Moctezuma, rodeado de

[20] GARCÍA, 1985, vol. I, p. x.

la nobleza azteca, sus guerreros y sacerdotes, y Hernán Cortés, acompañado de doña Marina, soldados españoles, guerreros tlaxcaltecas y sacerdotes. La segunda, reproducía la procesión del estandarte real del virreinato: 288 actores representaban a la sociedad de la Nueva España, respetando fielmente su organización jerárquica y corporativa. La tercera, no representaba, como se podría esperar, la insurrección de 1810, sino la entrada a México del ejército de las Tres Garantías dirigido por el general Iturbide, rodeado de los insurgentes incorporados al Plan de Iguala. Aquí se prefirieron, en lugar de las hordas andrajosas conducidas por Hidalgo, los soldados de un ejército profesional marchando bajo el uniforme, aunque la intención del Centenario era celebrar la rebelión.[21]

A una concepción intelectual sin falla, los organizadores asociaron un mensaje político de una extrema claridad, en una figuración muy realista que excluía la alegoría. La elección de los momentos históricos fue particularmente sagaz, tomando en cuenta los imperativos de la festividad, que debía presentar, para estar debidamente animada, "desfiles dentro del desfile". La erudición de los anticuarios contribuyó a la reproducción verosímil de los vestuarios y de la etiqueta de la época. Pero las escenas elegidas, en donde el realismo excluía la representación de principios abstractos, revelaron mucho más que el gusto anticuario por la reconstrucción histórica. Se trataba de representar crudamente, en sus faustos y libramientos, inmutable a pesar de los cambios de época, al poder en torno de una figura de jefe: el poder militar vencedor o a punto de serlo de Iturbide y de Cortés; el poder civil santificado del emperador indígena y del rey de España encarado por el virrey. Esta concepción no dejaba espacio ni para los primeros insurgentes, Hidalgo y Morelos —que no ejercieran el poder, ni realmente hubieran vencido en el campo de batalla—, ni para representaciones de la "libertad", la "República" o la "nación". Fueron los carros alegóricos enviados por cada uno de los estados de la federación y co-

[21] *Crónica...*, 1911, pp. 138 y ss.

locados al final del desfile histórico propiamente dicho los que, como "monumentos cívicos", asumieron esta función. En 1910, la memoria histórica del gobierno de Porfirio Díaz fue la de un poder piramidal y corporativo encarnado en un caudillo, mientras que la memoria propiamente política, fundada en los principios teóricos del régimen, república y libertad, se dejó a la apreciación de las élites regionales. Las fiestas cívicas del Centenario ilustran el mismo modelo corporativo. Las procesiones, los homenajes a los héroes, el juramento a la bandera (único símbolo de la libertad nacional en las celebraciones, también el único mantenido para impedir que se estableciera una relación todavía más directa entre los ciudadanos y el caudillo), organizaban la participación de los ciudadanos según su pertenencia a sociedades mutualistas, asociaciones de empleados, escuelas, etcétera.

El centenario de 1889, que fue sin duda una potente fuente de inspiración manifiesta del régimen porfirista en su ocaso, proporciona un valioso elemento de comparación para analizar cuál fue la especificidad de la celebración mexicana. A diferencia de los republicanos franceses, que consiguieron, con la conmemoración revolucionaria, dar a su régimen un "verdadero lugar de memoria" bajo la forma de una "tradición republicana" moderada y consensual que integraba Estado, sociedad y nación "en una síntesis patriótica",[22] los porfiristas descuidaron la celebración de los principios en provecho de la de los hombres y acontecimientos que simbolizaran un fuerte poder personal. Al excluir de los más grandes honores conmemorativos a una parte de los autores de la independencia nacional, vencidos provisionales de la historia, los porfiristas privilegiaron la celebración de una tradición nacional del poder que no tiene nada de republicano ni de universal.

La locura edificadora que se apoderó del régimen porfirista en los años anteriores al Centenario ilustró la contribución específica de México al imperativo de celebración del modernismo. El destino de los nuevos edificios

[22] NORA, 1984, p. 654.

públicos indicaba, unas veces, el deseo de una modernidad prestigiosa (construcción del Palacio de Bellas Artes o de la Secretaría de Comunicaciones), y otras, un utilitarismo pragmático y autoritario que se situaba en la apertura de la prisión de Lecumberri, a principios de siglo. El primer día de las celebraciones estaba marcado por la inauguración de una de las últimas grandes realizaciones del régimen, el Asilo General, que "colocaba a México, en materia de enajenación, a la altura de los países más avanzados":[23] los 24 edificios del asilo organizaban el mundo de la locura a la imagen de una sociedad vigilada donde cada uno ocupaba un lugar según su patología y su rango (con pabellones reservados para los enfermos distinguidos). Los trabajos de ampliación de la penitenciaría del Distrito Federal destinados a "levantar un dique contra el avance de la criminalidad"[24] y la colocación de la primera piedra de una "prisión general" manifiestaban, tanto como las procesiones corporativas, la obsesión por el orden y la reglamentación de los ciudadanos desviados: era lo opuesto a la sacralización de la educación y del saber, celebrada también como portadora del futuro, ilustrada por la inauguración de nuevas escuelas en el Distrito Federal durante todo el mes de septiembre.

La universidad soñada por Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, última creación duradera del régimen porfirista, se inauguró al mismo tiempo que la Escuela Nacional de Altos Estudios, que debía ceder su lugar a las humanidades, junto a los programas científicos de los cursos porfiristas. El discurso inaugural de Sierra iba a tono con el espíritu de las celebraciones. La universidad naciente no tenía nada en común, insistía, con la que la precedió:[25] no tenía "antecesores", sino "precursores. ¿Tenemos una historia?", preguntó el orador, respondiendo en seguida: "No".[26] ¿Todavía creía

[23] *Crónica*..., 1911, p. 110.
[24] *Crónica*..., 1911, p. 218.
[25] Es decir, la antigua Universidad Real y Pontificia, cerrada definitivamente en 1867.
[26] *Fiestas*..., 1910, p. 48.

Justo Sierra en el futuro, en 1910? La revolución mexicana se iniciaba.

La antropología y el nacimiento de la memoria nacionalista

La Revolución no fue la causa directa de las transformaciones en la sensibilidad histórica y de la aparición de una nueva memoria cultural y antropológica. Aunque sea considerada como una serie de acontecimientos políticos y sociales de primera magnitud, no fue, en cuanto a la historia cultural, la fuente primaria de los cambios que ocurrieron antes de que se celebrase el "segundo centenario". En efecto, la metamorfosis de la sensibilidad histórica y el destape de nuevos estilos de memoria, cultural y antropológica, anticiparon el estallido de las guerras civiles. El derrumbe del sistema político porfirista aceleró la evolución de la nueva sensibilidad, que hubiera aparecido de cualquier forma, dado que surgió del agotamiento del discurso histórico en el cual el régimen había fundado su memoria política: una historia patria que, esclava de la cronología y gobernada por la idea de progreso y por el evolucionismo, hizo desaparecer secciones completas de la realidad nacional, como la numerosa población indígena apegada a sus antiguos modos de vida. Consumada la independencia, sus relatos ignoraron deliberadamente la existencia de los indígenas en la historia del siglo XIX.

La nueva sensibilidad salió a la luz en los últimos años del porfiriato. La encontramos, por ejemplo, en los filósofos del Ateneo de la Juventud. Impregnados del romanticismo alemán y de las lecturas de Nietzsche, cuestionaron el imperio del cientificismo en el pensamiento y buscaron liberar el "alma" y la "cultura" de los "pueblos" hispanoamericanos del dominio de los hechos positivos. "La exposición mexicana", presentada en septiembre de 1910 por la Asociación de Pintores y Escultores, compuesta por egresados recientes de la Academia de San Carlos, fue una revelación incluso para los organizadores del Centenario,

pues abandonó la pintura histórica y los retratos clásicos para representar el final del academicismo y el advenimiento de una pintura de inspiración más personal: "El arte nuevo, el congregado en la exposición mexicana, ostentaba, con intensidad palpable y conmovedora, un alma".[27]

Tampoco el pesimismo respecto a los éxitos del modernismo aguardó el comienzo de la Revolución para manifestarse. Provino de hombres formados enteramente en la ideología porfirista y que se mantuvieron leales al régimen político. Es el caso de Molina Enríquez, cuyo libro, *Los grandes problemas nacionales*, apareció un año antes del Centenario. Desde 1906, en su ensayo *La Reforma y Juárez*, había entrado en guerra con el conformismo de la historia patria. Según él, la historia no es "el arte [. . .] de reproducir los movimientos de los grandes hombres en cuadros conmovedores capaces de despertar sensaciones estéticas", sino "la ciencia, verdaderamente tal, de estudiar los impulsos sociales que en la evolución universal y en el proceso de la selección colectiva han determinado los movimientos de esos grandes hombres". Tanto del interior como del exterior del positivismo se sentía la necesidad de revisar la historia. El análisis de las "causas sociológicas" del conjunto de la historia mexicana desde la conquista (restricciones del medio físico, la raza, el momento histórico) condujo a Molina Enríquez a reevaluar la época colonial, durante la cual un gobierno fuerte logró mantener el orden en una sociedad compuesta de elementos raciales heterogéneos, y a situar el principal mérito histórico de Juárez en haber sabido identificar la "nacionalidad" con lo mestizo, "el verdadero partido liberal". Si bien Molina Enríquez todavía se definía de acuerdo con concepciones evolucionistas, sacó de ellas conclusiones poco ortodoxas en relación con el proyecto porfirista; ya no creía en la ca-

[27] *Crónica...*, 1911, p. 248; entre los numerosos expositores, algunos como los jóvenes pintores Jorge Enciso, Roberto Montenegro, Saturnino Hernán, Joaquín Clausell y José Clemente Orozco tuvieron parte importante en la renovación artística que marcó el fin de la revolución.

pacidad de la educación para poner fin a los "200 o 300 años de retraso" de la población indígena.[28] En otras palabras, como la visión del pasado deja de recatarse ante el conformismo de la historia patria, también la concepción del futuro deja de obedecer a la creencia optimista en el progreso indefinido.

La historia patria se elaboró a partir de una visión centralista de la realidad nacional, determinada por el hecho de que las sociedades indígenas del altiplano central habían sido aniquiladas por la desamortización de las tierras colectivas y por la expansión de la hacienda. De cualquier forma, la idea de tradición y de presencia del pasado no se borró de la conciencia histórica de las élites locales cuando éstas se encontraban en el corazón de regiones que seguían siendo indígenas. Es el caso del estado de Oaxaca, donde se desarrolló, durante la época porfirista, una escuela erudita representada por Martínez Gracida, quien practicó la historia anticuaria, se interesó por los sitios arqueológicos locales y las dinastías mixtecas y zapotecas, publicó gramáticas de lenguas indígenas y no ignoró el estudio etnográfico de las poblaciones indígenas contemporáneas. El oaxaqueño Francisco Belmar, magistrado de la Suprema Corte, con motivo del Centenario de 1910, inició un proyecto de "Sociedad de Indianistas" que estuviera "dedicada al estudio de los diversos problemas relacionados con nuestras razas indígenas y especialmente el de su mejoramiento y progreso" y a la promoción de su evolución.[29] Logró reunir el Primer Congreso de Indianistas en octubre de ese año, presidido por Porfirio Díaz, y consagrado a los proyectos de la sociedad, particularmente el de la educación destinada a los indígenas.

Aparecía, entonces, en el corazón mismo del régimen, una conciencia histórica más sensible al peso del pasado y a su influencia sobre el curso de la vida nacional. En este sentido, la fundación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas constituyó un momen-

[28] MOLINA ENRÍQUEZ, 1906, p. 25.
[29] *Crónica...*, 1911, p. 236.

to crucial. Se trataba, nuevamente, de una obra porfirista, ya que desde 1906 el secretario de Hacienda, Limantour, había dado a conocer la aprobación del gobierno mexicano del proyecto propuesto por Murray Gutler, profesor de la Universidad de Columbia. Su aprobación fue confirmada en 1908 por Justo Sierra. La escuela vio oficialmente la luz cuando se reunió en México, durante el Centenario, el XVII Congreso Internacional de Americanistas. Sus estatutos se firmaron el 14 de septiembre de 1910, y abrió sus puertas el 20 de enero de 1911 en presencia del presidente de la República. La escuela internacional reunió las colaboraciones de las universidades estadounidenses de Columbia, Harvard, Yale y Pensilvania, del gobierno de Prusia y del de México. El acuerdo establecía el envío anual de un profesor pagado de cada una de las universidades, para promover la enseñanza y la investigación en el campo de la arqueología mexicana, así como la recepción de alumnos becados por los gobiernos en cuestión. Uno de los profesores, extranjero o mexicano, dirigiría la escuela y se le debía renovar cada año: su primer director fue Eduard Seler, y el segundo, Franz Boas, profesor de Columbia y antropólogo ya célebre. La escuela existió oficialmente hasta 1922, aunque sus actividades se interrumpieron en 1914 por falta de financiamiento y a causa de los acontecimientos revolucionarios, así como por la declaración de guerra en Europa.

En cuatro años, los trabajos dirigidos por la escuela trastocaron la visión del pasado mexicano. Desde su fundación fue notoria la contradicción entre el discurso de sus promotores porfiristas y el proyecto de los antropólogos extranjeros. Justo Sierra, en su discurso inaugural del congreso de americanistas, no mencionó a los indígenas contemporáneos, aunque subrayó que el país buscaba "el apego religioso a su historia" al estar "poseído de la fiebre del porvenir. Todo ese mundo anterior a Cortés, cuyos archivos monumentales venís a estudiar aquí es nuestro, es nuestro pasado, nos lo hemos incorporado como un preámbulo que cimenta y explica nuestra verdadera historia nacional". Se trata de "analizar y clasificar los restos de

esas civilizaciones y traerlos no sólo a la luz del día, sino a la luz de la ciencia''.[30] El subsecretario de Instrucción Pública, Ezequiel A. Chávez, desarrolló una visión más pragmática, pues fue sensible a la posible utilización de los resultados de trabajos sobre civilizaciones antiguas ''para entender las condiciones presentes de las razas y apresurar su evolución''.[31] Pero el discurso-programa pronunciado por Eduard Seler demolió esta percepción evolucionista y utilitaria del estudio del pasado. Al recordar las aportaciones de la arqueología moderna al conocimiento de las culturas antiguas —vida cotidiana, vivienda, cultos, etc.—, subrayó la necesidad de un trabajo de campo global, que asociara el conocimiento del medio humano contemporáneo con las exploraciones propiamente dichas:

> [...] El historiador generalmente estima más el testimonio que puede captar de la boca del testigo vivo. Para el conocimiento de la historia antigua y de la vida política y social de las antiguas naciones de este país, testigos vivos en cierta manera son también los descendientes de esas naciones que todavía hablan su idioma natural y observan sus antiguas costumbres. El indio de este país es tan tenazmente adicto a sus antiguas costumbres, tan afecto al suelo en que nació, y en que vivieron sus antepasados, que generalmente sólo la viva fuerza lo puede apartar de allí.

El conocimiento de la actual repartición geográfica de las lenguas indígenas será precioso para el historiador de la antigüedad, pues ésta ha cambiado muy poco desde la época de la conquista; tampoco se puede ignorar el estudio de ''tradiciones, creencias y cuentos, adulterados o no, del tiempo de su gentilidad. El folklore de las tribus indígenas del país será otra tarea muy importante de nuestra escuela''.[32] Eduard Seler anunció por último el empleo de métodos arqueológicos modernos que debían cambiar

[30] Discurso de inauguración de Justo Sierra, *Reseña de la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, México, septiembre de 1910, Museo Nacional, 1912, pp. 17-18.

[31] *Escuela...*, 1912, p. 13.

[32] *Escuela...*, 1912, p. 24

completamente el conocimiento de las civilizaciones antiguas: la escuela

> [. . .] tendrá particular cuidado en estudiar la estratificación de las capas de cultura, con el fin de ver si hay en algunos lugares modo de llegar a una clasificación o al orden cronológico en el que se siguieron unas a otras las distintas civilizaciones, lo que hasta hoy no ha sido posible hacer.[33]

Dentro de los primeros cuatro años de existencia de la Escuela Internacional, las investigaciones llevadas a cabo alteran radicalmente la visión del pasado remoto de México. El problema de la sucesión cultural en el valle de México, aún no resuelto, fue uno de los grandes ejes de trabajo de Seler y Boas en la escuela internacional. De los alumnos mexicanos becados, Manuel Gamio (1883-1960), discípulo de Boas en Columbia, 1909-1911, fue quien obtuvo, de los registros estratigráficos que por encargo de este último había realizado en Azcapotzalco,[34] una concepción renovada del pasado y presente nacionales. Los registros estratigráficos por sí solos permiten establecer en forma rigurosa la sucesión de culturas en un sitio determinado. Los resultados obtenidos en Azcapotzalco ponen en evidencia la superposición de tres culturas distintas y sucesivas en el valle de México: la de los ''Cerros'' o arcaica, la de Teotihuacan y la de los aztecas. Con la desaparición de la arqueología exclusivamente monumental del siglo XIX y con la datación de objetos cotidianos o culturales que podían en adelante vincularse con una civilización correctamente ubicada en el tiempo, surgió de golpe otro pasado prehispánico, dotado de un bagaje histórico propio, estratificado y de una densidad cultural muy superior.

Las experiencias de Gamio como arqueólogo de la escuela internacional y, a partir de 1913, como inspector de monumentos, desembocaron en la publicación, en 1916, de *Forjando patria*, obra que tomó el curso contrario a la his-

[33] *Escuela...*, 1912, pp. 25-26

[34] Véase MATOS MOCTEZUMA y GAMIO, 1983, p. 6.

toria patria porfirista y propuso nuevas metas al ejercicio de la memoria. En el capítulo XV, titulado "Aspectos de la historia", Gamio planteó el problema de los límites temporales de la historia nacional y desarmó la rígida cronología del siglo XIX. A su modo de ver, la historia de la nación no comienza en 1521 con la conquista, "sino en distintas épocas anteriores y posteriores a la fecha de tal acontecimiento", según los grupos humanos de que se trate: los lacandones no se conocieron hasta el siglo XIX, mientras que el conocimiento de la dinastía azteca remonta la historia nacional al siglo XIV.[35] Asimismo, Gamio planteó el problema del contenido de la historia tal y como se escribió en su época: "Nuestra historia, que debiera ser la integración de informaciones verídicas, relativas a todos los aspectos de toda la población mexicana en todas sus etapas evolutivas, pretéritas, no es hasta hoy más que una recopilación incompleta". La historia de la población de origen español ha sido privilegiada, así como la de los grandes personajes religiosos, políticos y militares, "en tanto que ignoramos la historia de nuestras artes plásticas y de nuestros artistas, de las industrias y los industriales, del comercio y los comerciantes, de la agricultura y los agricultores".[36] El pasado fue endulzado con un relato abstracto de fuentes puramente librescas. Ahora se trata de devolverle, como diría Gamio, lo pintoresco y su colorido:

> Si, en cambio [lo] reconstruimos por todos los medios —fotografía, pintura, escultura, arquitectura, objetos auténticos, etcétera— [. . .] nuestro conocimiento será completo, el concepto legítimo y las emociones que la belleza de ese periodo histórico despierta en nosotros, vigorosas y naturalmente originadas y no artificiales y débiles como sucedería si sólo conociéramos el aspecto teórico y abstracto.[37]

Se trata de volver tangible el pasado para provocar que el lector de historia se emocione y se identifique con él y,

[35] GAMIO, 1960 pp. 62-63.
[36] GAMIO, 1960, p. 64.
[37] GAMIO, 1960, pp. 69-70.

además, se convierta en un espectador a quien se hará ver el pasado. Gamio recomendó el desarrollo y la creación de museos, guías, catálogos, libros de historia ilustrados, y relatos "objetivos" que concordaran con las obras y los objetos existentes en las colecciones accesibles.[38]

Estas recomendaciones tomarían sentido con el concepto global de *Forjando patria*, que aboga por el abandono de las formas políticas y culturales de inspiración exclusivamente europea que han prevalecido hasta la fecha, mutilando la identidad nacional. Gamio subrayó la necesidad de una antropología que hiciera del conocimiento de los gobernantes las características distintivas de los diferentes estratos de la población, así como sus necesidades reales. En 1916, las consideraciones políticas, y no sólo la aplicación de nuevos métodos arqueológicos, intervinieron en las concepciones de Gamio sobre el pasado, el presente y el futuro del país. Él mismo admite que los acontecimientos revolucionarios confirmaron su vocación de antropólogo: "la dislocación del edificio social", la "movilidad horizontal y vertical", la "tempestad humana" que se presenta en los pueblos indígenas "formando un mosaico viviente de distintos rasgos culturales y diversos idiomas nativos".[39] En 1917 el general Obregón leyó su libro y encontró en él "un estudio profundamente científico del verdadero origen de nuestros grandes males".[40]

El trastorno revolucionario ofreció a Gamio la oportunidad de dar rápidamente a la nueva memoria cultural el rango de política. En 1917 se creó la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, rebautizada en 1919 como

[38] Desde 1912, Gamio le ayudó a Boas en la publicación del *Album de collections archéologiques* (1921) en el cual 69 figuras reproducen y clasifican los tres tipos de cerámica del valle de México. Más tarde, no despreciará la publicación, además de sus trabajos científicos, de obras pedagógicas, escribiendo una guía del sitio de Teotihuacan; escribió hasta guiones para películas documentales sobre el México rural.

[39] Borrador de carta mecanografiada de M. Gamio al presidente de la Universidad de Columbia, sin fecha (*c.* 1920), Archivo Manuel Gamio, Instituto Nacional de Antropología e Historia, vol. 12.

[40] Archivo Manuel Gamio, vol. 9.

Dirección de Antropología, con el apoyo activo del secretario de Agricultura y Desarrollo, Pastor Rouaix. En una secretaría de estado encargada de promover la reforma agraria y el desarrollo de infraestructura en el país, Gamio tuvo la posibilidad de llevar a la práctica una "investigación integral" en el valle de Teotihuacan. El objetivo del estudio era conocer las condiciones de propiedad, producción y habitabilidad del territorio, así como sus antecedentes históricos, su estado físico y sus distintos aspectos culturales. Rodeado por un equipo multidisciplinario formado en el campo con personal de la Dirección de Antropología, Gamio censó la población del valle, la estudió desde el punto de vista etnológico y exploró el sitio de Teotihuacan, donde despejó y restauró la Ciudadela, es decir, el templo de Quetzalcóatl. Los resultados de su trabajo se publicaron en tres volúmenes bajo el título *La población del valle de Teotihuacan. El medio en que se ha desarrollado. Su evolución étnica y racial. Iniciativas para procurar su mejoramiento* (1922). Paralelamente a estos trabajos, Gamio creó y dirigió la revista *Ethnos*, cuyo objetivo era decididamente pedagógico. Él lo explicaba así:

> [. . .] consiste en despertar el interés público hacia el hecho de que existe una enorme mayoría de mexicanos ignorados, que no obstante tienen derecho a ser estudiados para ser conocidos y conscientemente impulsados en su evolución social, pues sólo así se logrará incorporarlos en la vida nacional.[41]

Los artículos publicados en *Ethnos* y la síntesis redactada por Gamio para el primer volumen de *La población del valle*... terminaron de destruir las certezas acumuladas hasta el siglo XIX y estructuraron una nueva forma de memoria apoyada en dos parámetros completamente innovadores. En primer lugar, el reconocimiento y la aceptación de la existencia, en un mismo territorio y una misma época, de temporalidades, niveles culturales y orígenes étnicos diferenciados, cuya fusión está lejos de ser un hecho consuma-

[41] GAMIO, 1920, pp. 1 y 2.

do. En segundo lugar, la convicción de que la historia nacional aprehendida a partir de la condición contemporánea de los indígenas es resultado de una larga decadencia que subraya el contraste entre la grandeza de las ruinas de Teotihuacan y el deterioro de las viviendas contemporáneas. A la visión del pasado prehispánico, ya entonces renovado por el método de registros estratigráficos, se agregó un estudio de la población, también concebido y estructurado con base en el modelo de "estratos". El censo, que tomó en cuenta los criterios no solamente étnicos y lingüísticos, sino también culturales (vivienda, alimentación, herramientas, hábitos de lectura, prácticas religiosas, nociones de medicina y percepción del espacio político), impuso la imagen de un mosaico social que eliminó la otra, demasiado simple, del "mestizaje" biológico y cultural soñado por los evolucionistas del porfiriato.

En el plano político, Manuel Gamio propuso nuevas tareas a los gobernantes. Lo primero, era armarse de conocimientos acerca de los antecedentes históricos y de los estados cultural y económico de la población:

> [...] Procediendo de otra manera, los gobiernos van al fracaso, pues no pueden gobernar lógicamente a pueblos cuya naturaleza y condiciones de vida desconocen; éstos, por su parte, no pudiendo desarrollarse bajo los empíricos sistemas gubernamentales que forzosamente se les imponen, vegetan degenerados y débiles, o bien hacen estallar sus justificadas protestas por medio de continuas revoluciones.[42]

En este sentido, Gamio seguía convencido de que la acción política, dirigida científicamente, era el motor de la historia y podía conducir al país por la vía del progreso.[43]

Entre tanto, la consideración del estado de la población y del territorio, en que se yuxtaponían niveles muy diferentes de evolución económica y cultural, llevaron a Gamio a codificar un nuevo tipo de relación entre el presente y el pasado. Por una parte el pasado, presente en el presente,

[42] GAMIO, 1922, vol. I, p. IX.
[43] BRADING, 1988, pp. 75-89.

no debía negarse, sino conocerse en su totalidad para ser superado, o más bien integrado en el futuro. Por otra parte, si la historia se concibe como decadencia y el presente como el producto degradado de los tiempos antiguos, el pasado se rehabilita inmediatamente. Ya no es "retraso" o "reacción", sino una reserva de experiencias que conviene reevaluar positivamente —es el caso de la legislación indigenista colonial, que a los ojos de Gamio tenía el mérito, a diferencia de las leyes liberales del siglo XIX, de humanizar la dominación española, pues otorgaba a los indígenas derechos sobre la tierra y medios de defensa. La "tradición", la vestimenta, los productos culturales —danza, música, artesanías— de los estratos no europeos de la población ya no eran considerados como estigmas vergonzosos de una modernidad no consumada, sino como elementos indispensables de la identidad nacional. Mientras la Revolución trastocó el horizonte de expectativas de la élite modernizante —renovándola—, el campo de experiencia de la nueva sensibilidad histórica se expandió,[44] enriquecido por la aproximación relativista de la antropología, que restituyó al pasado su disponibilidad. La memoria encontró "posibles trayectorias basadas en múltiples itinerarios y, sobre todo, agrupaciones y estratificaciones en una estructura hojaldrada que permitía al pasado, acumulado así, escapar a la simple cronología".[45] La nueva percepción del pasado produjo una libertad de memoria que sustituiría a la autoritaria del régimen destituido, sin invalidar el proyecto de modernización.

La celebración del Centenario de la independencia organizada por el gobierno revolucionario en 1921 no reflejó sino modestamente la aparición de esta nueva memoria. La inexperiencia y la falta de medios económicos confirieron a las fiestas un aspecto de improvisación. El contexto internacional también fue menos favorable al gobierno que en 1910. Sin embargo, más allá del peso de las circuns-

[44] Las expresiones "horizonte de expectativas" y "espacio de experiencia" son tomadas de KOSELLECK, 1990, pp. 307-327.
[45] RICOEUR, 1985, p. 302.

tancias, el cambio en la sensibilidad histórica fue perceptible. El Centenario no pudo ser, como en 1910, la apoteosis triunfal de un régimen que pensaba tener el futuro en sus manos, así que fue concebido como una contracelebración cuyo discurso oficial subrayó sus caracteres "nacional" y "popular", en oposición al de las festividades de 1910, que se caracterizaron "por su tono aristocrático y su indiferencia a nuestras tradiciones, artes y costumbres".[46]

¿Exactamente qué se celebró en 1921? ¿Se trató de una verdadera conmemoración? Así como el régimen porfirista no podía rendir todos los honores a Hidalgo y Morelos, ya que alteraban la memoria política del régimen, las autoridades de 1921 no deseaban realmente celebrar a Iturbide, y argumentaban: "no se conmemora el triunfo político de una clase privilegiada en el momento histórico más trascendental que tenemos, sino el triunfo del mismo pueblo".[47] El mensaje político de las celebraciones, en este sentido, fue relativamente claro. Se tradujo en homenajes al recuerdo de los primeros insurgentes (con el depósito de un ramo por Obregón, presidente de la República, sobre el Altar de los Héroes en la catedral el 16 de septiembre, y el homenaje al "soldado insurgente" frente a la columna de la independencia el día 27) y, para ensombrecer a Iturbide, en la valoración del papel de Vicente Guerrero en la consumación de la independencia.[48] El nuevo poder se valió de figuras históricas a las que podía asociar un discurso social y cuyo origen mestizo, cuando no indígena, podía subrayar. Allí se anunció tímidamente una nueva memoria política, que se declaró de manera más firme en el centenario de la constitución de 1824, ocasión para rehabilitar la obra de los insurgentes.

[46] *El Universal* (1º sep. 1921), Edición Monumental del Centenario, XII sección ("Datos del mensaje presidencial al Congreso de la Unión el primero de septiembre de 1921").

[47] *El Universal* (1º sep. 1921) (Comité Ejecutivo de las Fiestas del Centenario).

[48] "Programa general, oficial de las fiestas del Centenario", *El Universal* (1º sep. 1921), 2ª sección, pp. 1 y 2.

Sin embargo, parecía que en 1921 se desconfiaba de la historia y se deseaba movilizar lo menos posible la memoria histórica, por ser demasiado conflictiva. El homenaje a la bandera sería la ocasión de una ceremonia

> [...] eminentemente nacional y patriótica. Por un momento olvidaremos todas las desdichas de nuestra historia y nos sentiremos mexicanos, dejando a un lado cualesquiera motivos, pasados o actuales, que pudieran establecer una división entre la gran familia que libertaran los hombres de 1810-1821.[49]

El comité ejecutivo de las fiestas del Centenario de 1921 no incluía a ningún historiador, y la historia monumental hizo mutis en las ceremonias oficiales que celebraron, ante todo, el regreso de la paz. El acento se puso en la infancia, por un lado, y en la cultura, por otro. En el Distrito Federal, las autoridades inauguraron una escuela diaria durante el mes de septiembre. La semana del niño comenzó el día 11 con la inauguración de la exposición educativa del Departamento de Salud, y culminó el 15 con el desfile de Obregón, rodeado de su estado mayor, ante los niños de las escuelas que, concentrados entre el Zócalo y Chapultepec, cantaban el himno nacional después de haber prestado juramento a la bandera.

Menos centralizada y menos autoritaria que la organización de las celebraciones de 1910, la de 1921 dio lugar a varias iniciativas opuestas, y a efímeras manifestaciones culturales. Dentro de éstas, las que más destacaron fueron las de la prensa conservadora —*Excelsior* y *El Universal*— y las de la ciudad de México. Se observaron allí los balbuceos de la nueva memoria cultural y de la experiencia de la libertad en relación con el pasado y las tradiciones nacionales. Un léxico inédito irrigó el conjunto de los discursos, demostrando que la nueva sensibilidad se expandía rápidamente. A cada paso se evocaban el "color local", la "música popular", el "nacionalismo artístico" y el "renacimiento nacional en las artes". La influencia de *Forjando*

[49] "El homenaje a la bandera"; *Excelsior* (11 sep.), 1ª sección, p. 1.

patria se observó en el entusiasmo de los neófitos, con lo cual los cronistas alababan los méritos de los productos culturales autóctonos. La cursilería raramente se evitaba cuando se trataba de celebrar a la "china poblana", la "india bonita" o el "traje típico" de los músicos de la orquesta del centenario: el folklore de pacotilla se impuso más rápidamente que la reforma agraria o la escuela rural. Más seriamente, los organizadores de los homenajes, las veladas teatrales y los concursos literarios, experimentaron con métodos propicios para identificar al público con los nuevos objetos de recuerdo, buscando edificar a los ciudadanos por medio de la efusión lírica y la emoción estética.

La exposición de artes populares propuesta por los pintores Atl y Roberto Montenegro a Alberto J. Pani, jefe de las celebraciones, buscó revalorar ante el público la utilidad y el sentido estético de la artesanía indígena. Su inauguración, hecha por Obregón el 19 de septiembre, fue considerada por los pintores como el reconocimiento oficial del "genio indígena". Además, demostró que "el deseo de poner de manifiesto el gusto por las cosas del país está hoy [en] día muy generalizado en todas las clases sociales".[50] Fue sobre todo el reconocimiento político de una nueva visión antropológica dirigida a la fragmentación de la sociedad mexicana. Al igual que la visita oficial de Obregón a Teotihuacan, la exposición de artes populares no fue más que un símbolo, aunque sirviera para anunciar una política futura.

Al mismo tiempo, la gran prensa y las autoridades de la ciudad de México manifestaron su entusiasmo por la tradición colonial. La ciudad promovió un ciclo de conferencias sobre el arte de la Nueva España, y *El Universal* abogó por la restauración de los edificios y monumentos coloniales. Sin estar exenta de nostalgias políticas, esa sensibilidad rebasaba el simple fenómeno de moda. En 1922 el gobierno hizo construir un pabellón de estilo colonial para la exposición de Rio de Janeiro, donde se exhibieron las "joyas" arquitectónicas legadas por España (fotografías del patrimonio colonial); sin embargo, también se expuso una colección de

[50] ATL, 1922, vol. I, p. 22.

cerámicas teotihuacanas antigua y moderna.[51] Cincuenta años después de la exposición universal de París, en 1929 México propuso a Sevilla un pabellón cuyo arquitecto, de origen yucateco, realizó el diseño al estilo "tolteca" a la vez que decididamente "moderno".[52] En él se yuxtaponían documentos arqueológicos, en la parte histórica de la exposición, elementos de etnografía aborigen (tipos raciales, vivienda, utensilios y escenas "típicas"), una "etnografía colonial moderna", compuesta de tipos humanos, ejemplos de arquitectura, objetos de arte y una sección de historia propiamente dicha, con reliquias, retratos de héroes, casas históricas, etcétera. No se podía presenciar mejor el relativismo antropológico que más adelante prohibiría privilegiar la cronología o jerarquizar las aportaciones culturales de los diferentes componentes de la nacionalidad.

Mientras la memoria mediatizada en indirecta por el discurso histórico es conflictiva y culpabilizante (como lo muestran las publicaciones de 1924 destinadas a conmemorar el centenario de la primera constitución federal),[53] la memoria "culturalista" limpia al presente de culpa: la antropología, nueva ciencia de la sociedad, sirve en lo sucesivo a la política indigenista y a la integración. Ésta hace del pasado nacional un continuo cultural en el que cada mexicano puede valorar a discreción las manifestaciones a la vez sucesivas y contemporáneas de su identidad. La integración se acompaña, por último, de la elaboración de una memoria política moderna, que se apoya a la vez en los héroes de la independencia y en los caudillos de la Revolución, en los "principios de la Revolución" y en el Partido Nacional Revolucionario, para revelarse como instrumento de integración más eficaz que la memoria porfirista.

Traducción del francés de Lucrecia ORENSANZ

[51] *Exposición Río de Janeiro*, México, 1923.

[52] AMABILIS, 1929.

[53] La relectura de la historia del siglo XX no reconforta a sus historiadores, que la ven como "un caos, si no es que un círculo vicioso, dentro del que nos movemos desesperadamente, sin encontrar la fórmula adecuada de paz, de estabilidad y de trabajo", *Primer...*, 1924, p. 17.

REFERENCIAS

AMABILIS, J. Manuel

1929 *El Pabellón de México en la exposición ibero-americana de Sevilla.* México: Talleres gráficos de la Nación.

BERNAL, Ignacio

1988 "La arqueología de México: historiadores y viajeros entre 1825 y 1880", en *La polémica. . .*, pp. 88-108.

BRADING, David

1988 "Manuel Gamio and official indigenismo in Mexico", en *Bulletin of Latin American Research,* VII:1, pp. 75-89.

CHÁVEZ, Ezequiel Adeodato

1912 *Escuela Internacional de Arqueología y Etnología americanas, año escolar de 1910-1911, informe del presidente de la Junta directiva.* México: Tipografía y Litografía de Müller.

Fiestas

1910 *Fiestas del centenario de la Independencia organizado por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.* México: Müller.

GAMIO, Manuel

1920 *Ethnos. Revista mensual de estudios antropológicos sobre México y Centroamérica,* I:1 (abr.), pp. 1-2.

1922 *La población del valle de Teotihuacan.* México: I, p. IX.

1960 *Forjando patria.* México: Porrúa.

GARCÍA, Génaro

1911 *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México.* México: Museo Nacional.

1985 *Documentos Históricos mexicanos* (1910). México: Secretaría de Educación Pública, edición facsimilar, 7 vols.

GEERTZ, C.

1986 "Fait et droit en perspective comparée", en *Savoir local, savoir global. Les lieux du savoir.* París: Puf.

Homenaje

1892 *Homenaje a Cristóbal Colón. Antigüedades mexicanas.* Cuarto Centenario, México: Secretaría de Fomento.

KOSELLECK, R.

1990 *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*. París.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo y Manuel GAMIO

1983 *La arqueología mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

MIER, Sebastián B. de

1900 *México en la exposición universal Internacional de París.*

MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés

1906 *La Reforma y Juárez. Estudio histórico-sociológico.* México: F. Díaz de León.

NORA, P.

1984 "De la République à la nation", en NORA.

1984 *Les lieux de mémoire*, I, *La République*, "Commémorations". París: Gallimard.

ORY, P.

1984 "Le Centenaire de la Révolution Française. La preuve par 89", en NORA.

PEÑAFIEL, A.

1889 *Explication de l'édifice mexicain à l'exposition internationale de Paris, en 1889.* [El folleto incluye una versión en español.]

Primer

1924 *Primer Centenario de la Constitución de 1824. Obra Conmemorativa.* H. Cámara de Senadores, bajo la dirección de Pedro de Alba y Nicolás Rangel. México.

REYES, Vicente

1988 "El monumento a Cuauhtémoc", en *La polémica*, pp. 115-124.

RICOEUR, Paul

1985 *Temps et récit*. III. *Le temps raconté*. París: Seuil.

SALAZAR, Luis

1988 "La arqueología y la arquitectura", en *La polémica*, pp. 139-151.

SCHÁVELZON, Daniel (comp.)
1988 *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910.* México: Fondo de Cultura Económica.

SIERRA, Justo
1894 *Catecismo de historia patria.* México: Imprenta de la Vda. de Ch. Bouret.

WHITE, Hayden
1992 *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX.* México: Fondo de Cultura Económica.

EL PROCESO DE RECUPERACIÓN SIMBÓLICA DE CUATRO HÉROES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA DE 1910 A TRAVÉS DE LA PRENSA NACIONAL

Leticia MAYER
Universidad Nacional Autónoma de México

INTRODUCCIÓN

ESTE TRABAJO ESTÁ BASADO en un análisis hemerográfico de las principales noticias que se dieron, en su momento, en torno a la muerte y conmemoraciones anuales de cuatro caudillos revolucionarios: Madero, Zapata, Carranza y Villa.

Se intenta hacer una historia del mito creado alrededor de los cuatro héroes mencionados, desde el momento de su muerte hasta que, como símbolos, fueron rescatados y expropiados por personajes o grupos gubernamentales.

El enfoque adoptado es el de la antropología social. Nos basamos en los estudios de mitos y en los análisis simbólicos de Turner, Leach y Lévi-Strauss.

Nuestra principal hipótesis es que existió una expropiación de los héroes populares por parte de las figuras burocráticas en el poder. Esta expropiación convirtió a los caudillos en parte de un proceso de institucionalización a través de la creación de un mito en el que se reunieron figuras antagónicas: Madero-Zapata; Villa-Carranza, y Carranza-Zapata. Entendemos el mito en el mismo sentido que Lévi-Strauss, es decir, como un modelo lógico para resolver una contradicción que en la realidad resulta insoluble.[1]

[1] Véase LÉVI-STRAUSS, 1968, p. 209.

Para el gran antropólogo francés, la diferencia entre mito e historia es la misma que existe entre lenguaje y habla, entre tiempos reversible e irreversible, entre sincronía y diacronía. He aquí el siguiente juego de oposiciones:

Mito	*Historia*
Lenguaje	Habla
Tiempo reversible	Tiempo irreversible
Sincronía	Diacronía

Dentro de los dos modelos, el del mito es utilizado por los políticos cuando hablan de historia. Ellos aluden a acontecimientos pasados como si fuesen actuales, como si el tiempo fuera reversible y los sucesos del pasado vivieran en el presente e incluso en el futuro.

Para los historiadores, en cambio, los acontecimientos tienen una lógica cronológica, sucedieron en el pasado, como el habla, algo que se dijo y que quedó atrás. El tiempo es irreversible y el orden existente es el diacrónico.

Entendemos el símbolo como la condensación de muchos significados en una forma única, y el ritual como una conducta formalmente prescrita.[2] Tanto los símbolos como los rituales serán analizados distinguiendo sus periodos en procesos primarios y secundarios.[3] Los primeros coinciden con los tiempos de lucha armada que rompen con la estructura social y se vuelven periodos de *communitas*, o de anarquía, que al igual que una epidemia tienen su propia dinámica. En estos periodos los hechos factuales se convierten en símbolos para la posteridad y los actores en héroes. Los sucesos de los procesos primarios, con el paso del tiempo, van cobrando importancia; se pierden los detalles, pero se mantiene el esqueleto del significado. Al analizar lo que un símbolo, un rito o un mito están comunicando, es importante tomar en cuenta la totalidad de los acontecimientos, sin perder de vista

[2] Véase TURNER, 1981.
[3] TURNER, 1974.

que en la interpretación, la significación va a depender de las transformaciones.[4]

Los procesos secundarios, por su parte, se presentan al concluir un periodo de la lucha armada e instalarse un nuevo grupo político en el poder. Las nuevas camarillas requieren de legitimidad, y la intentan lograr a través de rituales que rescatan a líderes de los procesos primarios.

Los cuatro caudillos que analizaremos: Madero, Zapata, Carranza y Villa, fueron figuras importantes del proceso primario de la revolución de 1910; los cuatro tuvieron seguidores espontáneos, quienes una vez muertos los héroes, honraron su memoria con devoción e incluso fanatismo.

Madero y Carranza fueron rescatados por las clases medias y vistos como figuras de la legalidad; Zapata y Villa fueron figuras relacionadas con la ilegalidad que sólo se glorificó en el mito, y sus seguidores fueron sectores campesinos y grupos populares. No obstante, en ambos casos hubo una expropiación de las figuras simbólicas por parte de órganos oficiales o políticos en turno.

Analizaremos el tratamiento que los periódicos dieron, en los cuatro casos, a la muerte y a las conmemoraciones luctuosas subsiguientes. Sabemos que, independientemente de las declaraciones o prohibiciones oficiales y de lo que los periódicos publicaran, los héroes en cuestión tuvieron seguidores espontáneos que los honraron durante muchos años.

Los rotativos elegidos fueron: *El Imparcial*, publicado de 1882-1914, medio oficial de comunicación del gobierno de Porfirio Díaz; *La Tribuna*, que se publicó de 1912-1914 y era un diario vespertino de corte conservador; *El Demócrata*, órgano informativo que surgió en 1914, uno de los periódicos más serios de su época; *El Universal*, fundado en 1916, quizás el principal diario en su momento, y *Excelsior*, que apareció en 1917 y fue en aquel entonces una publicación más ocupada por la vida social de los capitalinos que por el deseo de informar.

El periodo que se eligió comprende desde la Decena Trágica —febrero de 1913— hasta noviembre de 1929, aniver-

[4] LEACH, 1979.

sario de la Revolución, con un PNR ya constituido. Las fechas que se consultaron en los periódicos fueron: 15-28 de febrero; 1º-15 de abril; 15-31 de mayo; 15-31 de julio, y 15-30 de noviembre, de todos los años antes mencionados y en aquellos periodos en que apareció cada uno de los diarios.

Francisco I. Madero

La Decena Trágica constituye el episodio más conocido de la vida de este personaje. El problema militar se inició el 9 de febrero, cuando Félix Díaz y Mondragón se apoderaron de la Ciudadela y Madero encomendó a Victoriano Huerta la comandancia militar de la plaza.

Los días transcurrieron en forma angustiosa y dramática. La ciudad se vio asolada por los cañonazos y las calles estaban atestadas de muertos y heridos. Muchos periódicos dejaron de circular desde el día 14 y volvieron a aparecer hasta el día 19 de febrero, aunque en forma irregular. El día 18 fueron hechos prisioneros Madero y Pino Suárez en el Palacio Nacional, y poco tiempo después se les obligó a renunciar a sus respectivos cargos.

Madero pasó la última noche de su vida en un catre junto a sus leales amigos y colaboradores: Pino Suárez y Felipe Ángeles. Durante la noche, el mayor Francisco Cárdenas ordenó a Madero y Pino Suárez que lo acompañaran a la penitenciaría. En el camino Cárdenas dispuso que los detenidos salieran del auto. Una vez que estuvieron en la calle, le disparó a Madero a mansalva. Pino Suárez fue fusilado en el muro de la penitenciaría.

Las noticias de los días siguientes a los asesinatos de Madero y de Pino Suárez fueron confusas e inconstantes y Huerta declaró que se castigaría a los culpables... El sábado 1º de marzo, *El Imparcial* anunció: "Llegó a la Habana la familia del Sr. Madero". El mismo periódico publicó, a ocho columnas, el miércoles 5 de marzo algunas declaraciones del ahora presidente Victoriano Huerta: "Deseo que no se dispare un sólo tiro más en la República. [...] Elevaré el ejército de 80 000 hombres,

no para que combatan, sino para que se paseen haciendo respetar la paz".

El Imparcial, definitivamente hostil a Madero, publicó noticias sobre las actividades de Porfirio Díaz en Europa, los personajes a los que visitaba, como el rey de Suecia y Víctor Manuel II, además de mencionar la cantidad de mensajes que había recibido el general Díaz, de sus simpatizantes. Por su parte, *La Tribuna* publicó un editorial: "Otro legado de Madero". Este artículo y la mayoría de las caricaturas de entonces fueron ofensivas para Madero y exaltaron, en cambio, las figuras de Huerta y de Porfirio Díaz.

Algunos años después, el 20 de agosto de 1914, los constitucionalistas tomaron la ciudad de México, donde Carranza hizo una entrada triunfal. Menos de un mes después, el 19 de septiembre, *El Demócrata*[5] publicó en primera plana y a ocho columnas: "Ayer fue glorificado el presidente Madero por una gran muchedumbre". En el panteón Francés, ante la tumba del mártir, numerosos admiradores llevaron flores, declamaron poemas y pidieron que se trasladaran los restos y se erigiera un monumento a los mártires de la Decena Trágica. A esta gran manifestación asistió Carranza como presidente.

El domingo 27 de septiembre hubo otra manifestación en honor de Madero. Los numerosos y prolijos discursos hicieron gala de la retórica más exaltada:

> Pero os digo para satisfacción vuestra y de la Patria, que don Francisco I. Madero no es sólo un símbolo de la libertad del pueblo y de la rehabilitación de los humildes de México, sino un símbolo también para la libertad de toda la América.

El jueves 1º de octubre de 1914 se dijo, por primera vez, que la avenida San Francisco cambiaría su nombre por el de Francisco I. Madero. El miércoles 29 de octubre: "Una grandiosa manifestación se llevará mañana a cabo en me-

[5] *El Demócrata* fue uno de los periódicos más representativos de los constitucionalistas. Su origen se remonta a 1905, fecha en que lo fundó Madero en San Pedro de las Colonias.

moria del señor Madero, para celebrar su natalicio''. Se empezó entonces a hablar de Madero como del ''apóstol mártir''. Se invitó también al evento al público en general y se afirmó que asistiría la niñez de los planteles públicos.

Una de las organizadoras fue la maestra María Arias Bernal. Desde la muerte de Madero, había participado en pequeñas conmemoraciones que, casi clandestinamente, se habían llevado a cabo durante el gobierno de Victoriano Huerta. Al hablar al periódico de la organización del evento, lo hizo en los siguientes términos:

> [será] una solemne romería en la tumba del mártir de nuestras libertades [. . .] la compañía de tranvías prestó 30 carros para llevar a los niños al gran acto de gratitud nacional en memoria de Madero.[6]

El viernes 30 de octubre se comentaba el homenaje:[7] ''Imponente y grandiosa fue la manifestación al Sr. Madero. Concurrieron multitud de comisiones civiles y militares, llevando coronas de flores como tributo de admiración''. Fueron publicados parte de los discursos y poemas declamados en el panteón Francés y en uno de ellos, se dijo que ahora Madero ya no era carne, sino símbolo, mientras en otro, se recordó que un año antes, sólo un ''grupo de mujeres valerosas te hicieron guardia''.

La Decena Trágica creció en el espíritu de la gente y cobró una significación inusitada: Madero y Pino Suárez se convirtieron, con Aquiles Serdán, en los primeros mártires. Según vemos, las manifestaciones espontáneas de simpatía se dejaron sentir desde el principio, a pesar del temor inspirado por el régimen usurpador, y los primeros que vieron en Madero un símbolo importante fueron algunos burócratas, maestras de escuela y, en general, grupos de clase media.

En cuanto los constitucionalistas tomaron la ciudad de México, uno de sus primeros actos consistió en organizar

[6] *El Demócrata*, edición de la tarde, p. 1.
[7] *El Demócrata*, edición extra, p. 1.

manifestaciones en honor de Madero. Sin embargo, éstas habían existido desde antes y habían sido organizadas por grupos de mujeres.

En muchos de los artículos periodísticos, publicados en 1914, se subrayó la importancia de Madero como símbolo. Se exaltó su sacrificio, elemento que aparecerá como una constante en las vidas de los héroes mexicanos desde la independencia: la muerte consagra, canoniza y redime.

El miércoles 27 de octubre de 1915,[8] los empleados de la Secretaría de Hacienda solicitaron a Carranza que se levantara un monumento a Madero en el Zócalo. Para solventar los gastos, sugirieron que los trabajadores de gobierno contribuyeran con una parte de sus sueldos. Sin embargo, en 1915 decreció la intensidad de las manifestaciones, o por lo menos, la publicidad que se les hizo en los periódicos.

En 1916, el ritual en torno a la figura de Madero volvió a cobrar importancia. El viernes 4 de febrero[9] grandes encabezados anunciaron: "Habrá 2 manifestaciones en memoria de las víctimas de la usurpación" y el gobierno del Distrito Federal nuevamente autorizó al club femenino Lealtad a seguir con su patriótica labor. Las manifestaciones se llevaron a cabo en el panteón Francés para Madero, y en el panteón Español en honor a Pino Suárez.

El viernes 11 de febrero,[10] otros grandes encabezados proclamaron: "El jefe del ejecutivo colocó la primera piedra del monumento que se levantará en la ciudad de Guanajuato al apóstol de la democracia". El jueves 17 de febrero, aparecieron nuevos títulos en la primera página: "Prepárase otra manifestación en honor de los mártires de la Democracia", evento organizado por las empleadas de la oficina impresora de estampillas. Se pidió que la ceremonia comenzara en Palacio Nacional para después salir rumbo al panteón Francés. Al final del artículo, se convocó a todas las mujeres a participar en el acto.

[8] *El Democráta*, edición de la mañana, p. 1.
[9] *El Demócrata*, edición de la mañana, p. 1.
[10] *El Demócrata*, edición de la mañana, p. 1.

El domingo 20 se publicó una nueva convocatoria: "El Demócrata glorificará la memoria del presidente mártir". En esta ocasión, se organizó un desfile de automóviles que partió de las oficinas de *El Demócrata* hasta Palacio Nacional, donde se celebró un homenaje que terminó en el panteón Francés.

El martes 22 de febrero toda la primera página de *El Demócrata* estuvo dedicada a Madero, con caricaturas y artículos. Como parte de la celebración se colocó una placa conmemorativa a la entrada de la intendencia de Palacio Nacional; la marcha en honor a Madero transitó por la nueva avenida "Francisco I. Madero".[11] La conmemoración culminó con una solemne velada en el teatro Arbeu.

El jueves 24 se publicaron noticias sobre las conmemoraciones llevadas a cabo en el interior de la República.[12] Hubo homenajes en Querétaro, San Miguel de Allende, Veracruz y Huamantla, y la sección editorial estuvo dedicada a "El apóstol y el político". El lunes 30 de octubre de 1916, a raíz del natalicio de Madero, nuevamente se registraron manifestaciones organizadas por el grupo Lealtad y el periódico *El Demócrata.*

Durante 1917-1918, las ceremonias en honor de Madero siguieron el mismo patrón de los años anteriores y fueron organizadas por seguidores espontáneos pertenecientes a las clases medias: oficinistas, maestras y periodistas.

Después de la marcha del 18 de septiembre de 1914, Carranza no volvió a participar en estos eventos. Sin embargo, la memoria de Madero se materializó en la capital y en otras partes de la República: se dio el nombre del prócer a calles y monumentos y algunas placas conmemorativas fueron colocadas en edificios públicos.

En 1919, las ceremonias de febrero en honor de Madero revistieron un carácter oficialista. Como en años anteriores, estuvieron organizadas por el club femenino Lealtad, pero ahora también asistieron senadores y el comité del Partido

[11] Recordemos que en octubre de 1914 se solicitó por primera vez que la calle llevara ese nombre.

[12] Nuevamente son noticias en la primera plana.

Racionalista Republicano. La comitiva partió de Palacio Nacional hacia el panteón Francés y, posteriormente, tomó el rumbo del panteón Español, para el homenaje a Pino Suárez. El ritual concluyó con una velada en la Escuela Nacional Preparatoria. Además, el sábado 22 de febrero permanecieron cerradas la mayor parte de las oficinas públicas y los establecimientos de educación superior.

El Universal[13] publicó en su encabezado: "La conmemoración de un gran crimen". Según este periódico, la ceremonia cobró aspecto de mitin político en el que fueron pronunciados discursos de todo tipo, incluyendo los de los espiritistas. *Excelsior*[14] afirmó que hubo más de doscientas ofrendas florales, entre las que destacaron las de los poderes de la Unión, las de agrupaciones obreras y las de los gobiernos de los estados de Oaxaca y Zacatecas.

En 1920 se llevó a cabo un gran homenaje en el que las figuras de Madero y Pino Suárez tomaron un cariz totalmente oficial. Entonces quedaron relegados los grupos civiles espontáneos que en años anteriores honraron la memoria del presidente asesinado, para dar paso a organizaciones políticas y a manipulaciones del gobierno en turno.

El Universal anunció, el lunes 16 de febrero:[15] "Exhumación de los restos del licenciado Pino Suárez". La agrupación Pro Madero[16] fue la organizadora del acto. Asistieron las viudas de los hermanos Madero y la de Pino Suárez, sus hijos, además de Vito Alessio Robles, Alfredo Álvarez y otras personalidades. Los restos fueron llevados al panteón Francés para, posteriormente, ser velados en la ceremonia del día 22.[17]

[13] La noticia fue del 23 de febrero de 1919, p. 10.

[14] En este periódico hay noticias de la conmemoración desde el viernes 21 de febrero hasta el domingo 23. Fueron noticias de primera plana.

[15] Primera plana, en el encabezado.

[16] Agrupación que apareció en 1920 por primera vez. Algunos de sus miembros fueron Juan Sánchez Azcona y Francisco Castellanos Díaz, ambos senadores.

[17] *El Universal* siguió publicando noticias de la conmemoración el domingo 22 y el lunes 23.

Excelsior fue más explícito en el artículo intitulado: "En memoria del Sr. José María Pino Suárez",[18] se anunció que los restos del vicepresidente serían velados en la Cámara de Senadores. Además, la Comisión Permanente del Congreso haría gestiones ante el presidente Carranza para que costease un mausoleo. La asociación Pro Madero hizo un llamado a los obregonistas para que asistieran a la ceremonia, en la que también participó en forma oficial el Partido Liberal Constitucionalista. Finalmente, se mencionó al grupo femenil Lealtad. En las fotos que el periódico publicó, se puede observar la presencia de muchas personas, de coronas florales, una marcha a caballo, cadetes y bandas musicales. La ceremonia terminó la noche del 22 con una velada literaria y musical.

En 1921 concurrió Álvaro Obregón como presidente de la República. *El Demócrata* declaró:[19] "Fue glorificada ayer la memoria de los mártires de la democracia. El Sr. presidente de la República y los secretarios de estado depositaron grandes coronas en el mausoleo del apóstol". En *El Universal*, la reseña de la ceremonia salió el 23 de febrero: "Fue conmemorado el 22 de febrero de 1913". Hubo guardias de honor y un discurso del general Villarreal.

Excelsior, por su parte, publicó:[20] "En memoria de Madero y Pino Suárez". Según este periódico, las piezas oratorias fueron lucidas y los mausoleos desaparecieron bajo las flores. Asistieron numerosos clubes políticos. Villarreal, que fue el orador oficial, habló de la participación de Obregón, desde 1914, en los homenajes a los mártires y además subrayó la indiferencia de Carranza hacia la memoria de Madero.

En efecto, al igual que en 1914, cuando los constitucionalistas se apoderaron de la figura de Madero a través de una gran manifestación, al llegar Obregón al poder intentó conseguir legitimidad a través de un acto ritual que consistió en apoderarse nuevamente de la figura del héroe.

[18] Jueves 19 de febrero, primera plana en encabezados.
[19] Miércoles 23, p. 1, en encabezados.
[20] Miércoles 23, p. 1.

A partir de 1922, la ceremonia entró en una etapa de decaimiento de la que sólo se recobró en 1929. Sin embargo, es probable que continuaran las conmemoraciones de grupos civiles no oficiales, como había sucedido en un principio, pero los periódicos no volvieron a mencionar al grupo Lealtad, al que pertenecían las profesoras de escuela, los burócratas y otros grupos independientes.

La ceremonia se volvió una rutina repetitiva: se procedía a un homenaje en el panteón Francés convocado por el grupo Pro Madero,[21] el presidente enviaba un representante y una corona fúnebre[22] y por la noche se organizaba una velada en alguno de los teatros de la capital. Los periódicos empezaron a reseñar el evento en las páginas interiores y con pocas fotografías.

Este eclipse correspondió a un momento en que los grupos en el poder no necesitaron de la figura de Madero para legitimarse. Los burócratas y las clases medias, que se identificaban con el símbolo de Madero, no representaban ya ningún problema para el nuevo gobierno y, por tanto, el ceremonial en torno al prócer perdió importancia.

Emiliano Zapata

El Caudillo del Sur es quizás el símbolo dominante de la Revolución y casi nos atreveríamos a decir que del nacionalismo del siglo XX.

Si el gobierno usurpador negó toda responsabilidad en el asesinato de Madero,[23] no sucedió lo mismo con la muerte de Zapata. En forma explícita, se pregonó a los cuatro vientos la traición y el asesinato de Emiliano Zapata. Carranza reconoció su crimen ante la posteridad, lo que empaña su imagen hasta el día de hoy.

[21] Recuérdese que el grupo Pro Madero estaba formado por senadores y fue una agrupación más política que espontánea.

[22] En 1922 Francisco Villa envió una corona fúnebre a la tumba de Madero.

[23] Cosa que permitió a algunos periódicos, años después, afirmar que Victoriano Huerta no autorizó el crimen.

En 1918, el movimiento suriano estaba en plena decadencia y Zapata intentó establecer, sin éxito, alianzas con todos los caudillos; buscó incluso el apoyo de Felipe Ángeles, al informarle de una posible invasión estadounidense a México una vez que terminara la guerra en Europa.[24] Todo fue en vano, Zapata quedó solo. Dentro de sus intentos de alianza, mandó una carta a Guajardo invitándolo a unirse a la revolución del sur. Pablo González interceptó la misiva que le sirvió para presionar a Guajardo y planear la trampa que llevaría a Zapata a la muerte.[25]

Los periódicos narraron varias historias diferentes sobre el asesinato de Zapata e incluso se discutió acerca de la veracidad de las distintas versiones. Sin embargo, en ese momento, la figura del caudillo no fue objeto de debate.

"Fuerzas del coronel Jesús Guajardo dieron fin a la vida del Atila del Sur."[26] En una arremetida terrible contra el que después se convirtiera en héroe, a Zapata se le comparó con Atila, el rey de los hunos, por sus crímenes y el saqueo de Roma. Se zahería su dignidad personal y se anunciaba que "...pagó su tributo a la naturaleza a manos de Jesús Guajardo". El corresponsal en Cuautla afirmó que las bandas tocaban "dianas" por toda la población festejando la muerte de Zapata. Un relato de su vida fue publicado destacando sus crímenes y la impunidad en que habían quedado.

Excelsior[27] declaró: "Murió Emiliano Zapata: el zapatismo ha muerto. El sanguinario cabecilla cayó en un ardid hábilmente preparado por el general don Pablo González". La muerte de Zapata fue pregonada como un gran triunfo de Pablo González y se anunció que los restos del "terrible bandido" serían llevados a la ciudad de México para que los incrédulos lo vieran, pues en muchas ocasiones había sido anunciada su muerte sin que ésta fuese cierta.

El sábado 12 de abril, *El Demócrata* publicó los siguientes encabezados: "Cómo fue la muerte del Atila del Sur. La

[24] Rumor que llegó a Zapata a través del periodista William Gates.
[25] WOMACK, 1969, pp. 316-325.
[26] *El Demócrata* (viernes 11 abr. 1919), p. 1, con grandes encabezados a ocho columnas.
[27] Viernes 11 de abril de 1919, p. 1, encabezados a ocho columnas.

inteligencia y la astucia, al servicio de hombres resueltos. ¡Viva el supremo gobierno! ¡Abajo el bandidaje!'' De acuerdo con las noticias, la estación de San Lázaro estaba llena de personas (mirones, según el periódico) que pensaban que el cadáver de Zapata iba a ser trasladado a la capital. También se informó que el cuerpo estaría expuesto tres días en Cuautla antes de ser sepultado.

Por su parte, *Excelsior* publicó una narración un tanto curiosa de los acontecimientos: según el señor Miguel Cid Ricoy, presidente municipal de Cuautla, Guajardo no sabía que había matado a Zapata. Al entrar en una hacienda, vio a un grupo de hombres en un corral y empezó a dispararles; ya muertos, los llevó a la cárcel donde se encontraba el coronel zapatista Jáuregui, y fue éste quien reconoció a Zapata entre los difuntos. El mismo periódico afirmó que más de tres mil personas habían ido a ver el cadáver de Zapata y que todas habían señalado la maldad del caudillo. En otro artículo, la figura de Zapata fue analizada, llegándose a la conclusión de que el caudillo había sido perjudicial para el infortunado estado de Morelos.

El domingo 13, *El Demócrata* ostentó dos editoriales. Uno de ellos, ''La leyenda y el hombre'', fue escrito con un odio feroz, aunque al final reconocía que en Morelos deberían repartirse escrupulosamente las tierras para que acabara la ''leyenda zapatista y su caudillo pierda prestigio entre sus fanáticos partidarios''. El otro editorial: ''Emiliano Zapata ya es tipo de leyenda'', nuevamente se ensaña contra el Caudillo del Sur y concluye que no perteneció a la raza humana.

Por su parte, *Excelsior* se hizo eco de una historia un tanto extraña: ''Una mujer estuvo a punto de destruir los planes que determinaron la muerte de Zapata. En Cuautla fue inhumado el cadáver de Zapata''.

El martes 14 de abril, ambos periódicos publicaron más fotografías de Zapata muerto, con la narración oficial de los acontecimientos. *El Demócrata* realizó entrevistas con viejos combatientes que en su mayoría defendieron y alabaron a Zapata. Uno de ellos afirmó que el Caudillo del Sur fue un ser especial, mítico y justo. *Excelsior* men-

cionó los 50 000 pesos prometidos por atrapar a Zapata vivo o muerto.

El miércoles 15, *Excelsior* publicó un reportaje sobre el fusilamiento de Jáuregui, donde se reconoce que éste murió con serenidad y valor. También reprodujo una nota sobre un editorial del *The New York Times*, según el cual la muerte de Zapata ayudaría a la pacificación del país. Reconocía, no obstante, que resultaba difícil juzgar al general sureño en su verdadera dimensión, pues el problema agrario en Morelos era muy complejo.

Los días subsiguientes las noticias sólo se repitieron, y los pleitos entre periódicos siguieron respecto a quién dio la noticia primero y en forma más veraz. Quizás lo más importante, aunque ya se había difundido, fue la noticia del viernes 18 de abril: "Gratificación a las tropas del general Guajardo. El Sr. presidente ordenó que entre ellos se repartieran 50 000 pesos por su triunfo sobre Emiliano Zapata".

Lo que los periódicos de la época no contaron fueron las diversas historias que corrieron entre los campesinos morelenses respecto a que no era Zapata el que había muerto. Años después, un zapatista decía:

> Yo vi su cadáver. A ese que mataron no era don Emiliano, sino su compadre Jesús Delgado. Dígame a mí si no iba a conocerlo, yo que melité [*sic*] a sus órdenes y gané aquellas estrellas.[28]

Por su parte, Womack afirma:

> Para decepción de González, el rudo golpe del asesinato no quebrantó el espíritu local. Como un vándalo anónimo grabó en un poste de los jardines Borda de Cuernavaca, al día siguiente del asesinato, "rebeldes del sur, es mejor morir de pie que vivir de rodillas".[29]

En abril de 1920, a un año del asesinato de Zapata, los periódicos no publicaron nada sobre la conmemoración

[28] Citado por KRAUZE, 1987, p. 122.
[29] WOMACK, 1969, p. 324.

de su muerte. Es de suponer que los campesinos de Morelos sí la recordaron, pero no los organismos oficiales. Así, los periódicos capitalinos no hablaron de ella.

Pero la justicia —o más bien la habilidad para expropiar símbolos— llegó antes de lo esperado. El domingo 22 de abril de 1921, en la sección editorial de *El Demócrata*, se puede leer:

> El sacrificio de Emiliano Zapata no ha sido estéril.[30] [. . .] En nuestras últimas convulsiones intestinas, Emiliano Zapata se yergue imponente en las abruptas montañas del sur, como uno de los elementos representativos y mejor orientados para conseguir por medio de una lucha sin tregua la positiva redención del pueblo [. . .] fue de los primeros en abrazar con entusiasmo el plan de San Luis a la sombra de Madero [. . .]luchando como espartano [. . .] La oposición política trató en vano de coronar la cabeza de este sincero y abnegado luchador con la corona repelente del desprestigio [. . .]

El editorialista habló muy mal de Carranza, del "cínico" Pablo González, de Guajardo y de los que recibieron los 50 000 pesos, "30 monedas de plata como Judas", por traicionar y matar a Zapata.

¿A qué se debió tan singular cambio en sólo dos años? En primer lugar, había un nuevo gobierno: Carranza había sido derrocado por una revolución y estaba muerto. A pesar de todo, no deja de sorprender un editorial tan elogioso para Zapata, después de las atrocidades publicadas en 1919 y del silencio de 1920. La respuesta a esta pregunta se perfila el martes 12: "Cómo se conmemoró el aniversario del asesinato del general Emiliano Zapata. Las autoridades del Estado de Morelos, al decretar día de luto el 10 de abril...". A la ceremonia asistieron dos secretarios de Estado: el de Guerra y Marina y el de Agricultura y Fomento, el gobernador de Morelos, representantes de las Cámaras de la Unión, "...el proletariado de la República y las instituciones universitarias y escolares". Los festejos se llevaron a cabo en Cuautla, en el panteón en donde se encuentran los restos de Zapata.

[30] Nombre del artículo editorial.

"Mujeres y niños en aquel santo lugar, amorosamente han cuidado de la conservación del monumento erigido para perpetuar la memoria del luchador [. . .]"

Se oyeron discursos de algunos zapatistas, como don Antonio Díaz Soto y Gama, y otros más oficiales, como el de Antonio Villarreal, quien habló del problema agrario y mencionó la importancia del nuevo proyecto agrarista del general Obregón. Todo finalizó con una velada literaria en el teatro Carlos Pacheco.

De hecho, Obregón, con habilidad política, se dio cuenta de que le era necesario apoderarse de los símbolos surgidos durante la lucha armada de 1910. En primer lugar, Madero en 1914 y 1920, después, Zapata en 1921.

En 1922, al año siguiente, nuevamente *El Demócrata*[31] publicó artículos en los que se elogió la figura de Zapata: "La personalidad del general Emiliano Zapata ante la Historia.[32] Zapata, humilde hijo del pueblo, llevaba en su corazón los anhelos de todos los oprimidos, de toda una generación de esclavos". Este mismo artículo refería las valiosas aportaciones de Zapata al agrarismo y a la Revolución.

El Universal[33] publicó un editorial: "El tercer aniversario de la muerte del general Emiliano Zapata", en el que afirmaba que Zapata era el símbolo del agrarismo mexicano. "Ahora que los odios se desvanecieron, sabemos que sus enemigos lo glorificaron con la traición". Se critica el cinismo de Pablo González y de Guajardo, quienes festejaron lo reprobable. Otra noticia del mismo periódico describe "La ceremonia de hoy":

> Todos los partidos confederados enviaron delegados a Tlaltizapán para que tomaran parte en la solemne ceremonia que se efectuará el día de hoy para conmemorar el tercer aniversario del asesinato de Emiliano Zapata. El general de división Francisco Serrano, envió una sección de artillería y un

[31] Lunes 10 de abril, segunda sección, p. 9.
[32] Encabezado del artículo.
[33] Lunes 10 de abril de 1922, primera sección, p. 3.

número suficiente de bandas militares. Varios gobernadores de los estados enviaron a sus respectivos representantes, y el secretario de Educación Pública, Lic. Vasconcelos, nombró una comisión presidida por el Sr. Palencia para que colocara a su nombre ofrendas florales en la tumba del agrarista.

Son 4 los oradores nombrados para recordar la memoria de Emiliano Zapata, y todo hace creer que el tercer aniversario sobrepasará en solemnidad a los 2 anteriores.

El reportero olvidó que en el primer aniversario de la muerte del Caudillo del Sur no se celebró ningún homenaje y que, por el contrario, había reinado un silencio absoluto al respecto. En realidad, lo que el periodista hizo fue aludir al tiempo mítico y no al histórico, presentar a Emiliano Zapata como si siempre y sin lugar a duda hubiera sido un héroe reconocido por los grupos oficiales y no como un personaje redimido por los intereses políticos del momento.

El martes 11 de abril *El Demócrata*[34] publicó: "No sólo el pueblo de Morelos, sino la nación toda, rindió ayer homenaje a la memoria de Emiliano Zapata, apóstol del agrarismo".

Asistió al evento el gobernador del estado, acompañado de una comisión de representantes de otros estados, y el presidente de la República y el secretario de Guerra mandaron ofrendas florales.

El ritual siguió siendo imponente, aunque sin comparación con el del año anterior. El símbolo había quedado ritualmente expropiado y las ceremonias subsiguientes sólo lo confirmarían.

En 1923, el acto perdió aún más la espontaneidad original que conservaba dentro del proceso de oficialización. En *El Demócrata*[35] apareció un editorial:

[34] Segunda sección, p. 9. *El Universal* ya no publicó ninguna noticia el día 11. *Excelsior* no editó nada al respecto en los días relacionados con la conmemoración.

[35] Martes 10 de abril, p. 3.

Zapata vivirá siempre en el corazón del indio oprimido por los descendientes (por la sangre o por el espíritu) de los conquistadores en pleno siglo XX.

La noticia estaba acompañada de muchas fotografías en varias páginas. El acto cívico constó de ocho eventos: *1*) plantación de árboles; *2*) inauguración de la escuela nocturna para adultos Emiliano Zapata; *3*) fundación del periódico *Acción*; *4*) colocación de coronas ante la tumba; *5*) honores Militares; *6*) inauguración del congreso agrario; *7*) acto de posesión de ejidos de Anenecuilco, y *8*) velada literaria.

En 1924, la ceremonia cobró, nuevamente, importancia oficial. Calles la aprovechó en su campaña política para hacer declaraciones de cariz agrarista: ''El programa revolucionario y el ideario agrarista de Zapata es el mío''.[36] *El Universal*[37] publicó en encabezado: ''El programa agrarista de Zapata es el mío, dijo ayer en Cuautla el general Elías Calles''.

[. . .] los puntos de ese ideal que Zapata no pudo condensar en su plan, los continuaremos todos los buenos revolucionarios [. . .] de hoy en adelante, las generaciones campesinas pasarán por la brecha que Zapata abrió en el corazón de la humanidad.

La asistencia de Plutarco Elías Calles como candidato a la presidencia y sus declaraciones confirieron a la ceremonia un carácter político aún más acentuado. Después del homenaje en el cementerio, se ofreció una comida a Calles, a la que concurrieron más de cuatrocientas personas.

El Universal, del día siguiente, dedicó su editorial a: ''El general Calles y el agrarismo''. El periodista concluyó afirmando que Calles no podría llevar a la práctica el programa agrarista de Zapata.[38]

[36] *El Demócrata* (viernes 11 abr.), encabezado a ocho columnas.

[37] Viernes 11 de abril de 1924, p. 1.

[38] Nuevamente *Excelsior* ignoró las noticias relativas a la conmemoración de la muerte de Zapata.

Calles, al igual que Obregón, recurrió a la historia mítica para solucionar un problema real a nivel del discurso. Aunque ninguno de los dos tuvo un proyecto agrarista prioritario, sus alocuciones respecto a Zapata daban la impresión de que el agrarismo representaba el centro de sus preocupaciones políticas.

En los años siguientes, la ceremonia fue perdiendo importancia. No volvió a aparecer ningún artículo de fondo sobre el rebelde suriano, sólo se publicaron las noticias relativas al homenaje, a los asistentes (donde invariablemente aparecieron personajes políticos como representantes oficiales), y en algunas ocasiones, relatos de la vida de Zapata o crónicas de su muerte.[39]

Al igual que en el caso de Francisco I. Madero, la rutina se apoderó de la ceremonia dedicada a la memoria de Zapata. Se perdieron los elementos centrales que motivaron el homenaje inicial y se impuso una ceremonia que conservaba la imagen central, pero soslayaba los detalles. Zapata, después de su asesinato y su casi increíble resurrección simbólica, comenzó a convertirse en una imagen más del panteón de héroes mexicanos.

Venustiano Carranza

Las elecciones presidenciales de 1920 significaron el principio del fin de Carranza. Este personaje quiso imponer como candidato a Blasco Ibáñez, embajador de México en Washington. Los sonorenses que detentaban el poder militar no lo permitieron. Carranza, con ceguera política, no supo ver que lo rodeaban hombres jóvenes, generales notables, convencidos de haber esperado más de lo prudente frente a un viejo patriarca renuente a abandonar el poder.

En abril de 1920, los sonorenses se levantaron con el Plan de Agua Prieta. Carranza, al verse perdido, huyó hacia

[39] *El Demócrata* publicó notas sobre Zapata hasta 1926; *El Universal* por lo menos hasta 1929 y *Excelsior* siguió sin publicar nada al respecto, hasta 1929.

Veracruz en un tren compuesto por más de sesenta vagones. La noche del 20 de mayo, en Tlaxcalantongo, Puebla, fue asesinado en una emboscada.

El sábado 22 de mayo de 1920, *El Universal* publicó a ocho columnas: "El Sr. Carranza ha muerto". El mismo día, *Excelsior* anunció: "Fue asesinado el Sr. presidente de la República, D. Venustiano Carranza". En ambos periódicos se afirmó que el asesino había sido el exfederal Rodolfo Herrero. "El hecho ocurrió a la una de la mañana del jueves en Tlaxcalantongo".

El domingo 23 de mayo, las noticias destacaron el asesinato del presidente Carranza. Un testigo presencial, Herrero, afirmó que Carranza, al verse perdido, tomó su revólver y se disparó en el pecho; otras versiones afirmaban que el mismo testigo presencial, Rodolfo Herrero, lo había matado, e incluso lo compararon con Guajardo en relación con Zapata.

El mismo día, *El Universal* publicó una nota en la primera plana: "Ayer todas las Legaciones Extranjeras acreditadas en México izaron a media asta las banderas de sus países". Posteriormente, en la misma nota, se aclaró que no había sucedido lo mismo en los edificios públicos mexicanos, en los que no se había visto ninguna señal de luto.

Las declaraciones inmediatas de Obregón fueron: "La revolución hizo toda clase de esfuerzos por garantizar la vida del Sr. Carranza".[40] Con su afirmación, se lavó las manos, salvando su figura, más que para el momento presente, para la historia. A diferencia de Carranza con Zapata, Obregón no aceptó la responsabilidad histórica de los acontecimientos de Tlaxcalantongo.

Excelsior destacó las noticias extranjeras, especialmente estadounidenses, sobre la muerte de Carranza. Aparentemente, en Estados Unidos el acontecimiento causó gran expectación periodística. El mismo rotativo informó el lunes 24 en primera plana:

> El Sr. Carranza será sepultado en una fosa de tercera clase en el Panteón de Dolores, pues al salir de México lo recomendó

[40] *El Universal* (domingo 23 mayo), p. 1.

así a la señorita su hija, a quien dijo que no volvería sino triunfante o muerto, y que en este último caso, deseaba descansar entre los pobres y sin que se le hicieran honores de ningún género.

El lunes 24 de mayo, los diarios publicaron noticias sobre el cortejo fúnebre. Se afirmó que desfilaron más de cincuenta mil personas, que el cadáver iba cubierto por una bandera nacional y que asistió a la ceremonia el cuerpo diplomático.

En mayo de 1921, *El Demócrata* publicó: "Cómo se efectuó la caída del carrancismo".[41] El artículo constó de una narración de los sucesos acompañada con fotografías de Carranza y Herrero.[42]

Los periódicos de 1922 no mencionaron el acontecimiento, pero en 1923 *El Demócrata* informó: "Se celebrarán unas ceremonias fúnebres en memoria del extinto Presidente Don Venustiano Carranza". Se describió luego una sencilla ceremonia en Dolores con asistencia de algunos amigos y parientes y por la noche, una velada literaria que se había realizado en el teatro Iris. Es de suponer que estas conmemoraciones se efectuaban desde antes, aunque los periódicos no las reseñaron.

En 1924, el único diario que hizo alguna mención del aniversario de Carranza fue *Excelsior*: "En la tumba del presidente Carranza.[43] Sus amigos, correligionarios y admiradores le llevaron ofrendas florales". No fue una ceremonia oficial.

Nuevamente en 1925, *Excelsior* describió la ceremonia en honor a Venustiano Carranza. En esta ocasión, Luis Cabrera pronunció un discurso que el periódico reprodujo íntegramente.[44]

[41] Noticia de primera plana.

[42] En *Excelsior* se recordó la muerte de Joselito Gómez "Gallito III", ocurrida el 19 de mayo anterior, pero no se publicó nada en relación con Carranza.

[43] En la segunda sección, p. 1.

[44] La noticia salió el viernes 23 de mayo, p. 1.

En 1926, la ceremonia cobró un cariz ligeramente oficial: "Se honró la memoria del Sr. Carranza. En Coyoacán se puso a una calle el nombre del P. Jefe".[45]

Excelsior informó: "Un homenaje de respeto y admiración al expresidente Venustiano Carranza. Se descubre una placa del presidente Carranza".[46] Nuevamente, el discurso fue de Luis Cabrera, pero no se mencionó ninguna representación oficial ni corona floral por parte del presidente de la República.

En 1927, los periódicos le otorgaron más importancia a la conmemoración. La razón de ello fue la apología que pronunció Luis Cabrera ante la tumba de Carranza, la que, según el periódico, cobró un carácter político trascendental.[47]

En cambio, en 1928, no se habló de la conmemoración de la muerte de Carranza y en 1929, sólo *Excelsior* le dedicó una pequeña nota: "Fue conmemorado ayer el aniversario de la muerte de D. Venustiano Carranza". El discurso fue del licenciado Medina.[48]

Carranza resulta ser un símbolo difícil de apreciar, porque no fue adoptado en forma espontánea y masiva como Madero, ni fue tampoco un símbolo popular como Zapata. Su imagen y recuerdo fueron salvados por sus viejos correligionarios y colaboradores cercanos, quienes a pesar de los cambios, mantuvieron influencias en el gobierno en turno.

Francisco Villa

Desde la derrota de Celaya, el general norteño se convirtió, para el gobierno mexicano y para Estados Unidos, en un bandolero, y las costosas expediciones punitivas en su con-

[45] *El Universal*, sábado 22, p. 5.

[46] Sábado 22 de mayo, p. 4.

[47] La noticia fue publicada tanto por *El Universal* como por *Excelsior*, ambos en primera plana, aunque el segundo le dio más importancia.

[48] Miércoles 22, p. 1.

tra resultaron infructuosas. Finalmente, el 28 de julio de 1920, y ante las negociaciones de Adolfo de la Huerta, los villistas depusieron las armas, mientras Villa recibió la hacienda de Canutillo como premio. En la última entrevista que sostuvo con Adolfo de la Huerta, le ofreció su apoyo en caso de contienda entre él y los demás sonorenses.

Como se sabe, en julio de 1923, después de un bautizo en Río Florido, Villa se detuvo en Parral por unos días, para partir el 20 de julio hacia su hacienda. Durante ese viaje, su coche fue emboscado y Villa murió instantáneamente.

El sábado 21 de julio, *El Demócrata* publicó a ocho columnas: "Villa perdió la vida en una emboscada". Uno de los editoriales declaraba:

> [. . .] así de sobra sabemos que es necio loar a espíritus que se han creído deiformes en el momento del calor de la lucha, y que después, una posteridad de pocos años se encarga de desvanecer fácilmente.

En otras noticias, se afirmó que el presidente Obregón quería aclarar el crimen para castigar a los culpables. Nuevamente, Obregón se lavó las manos ante los hechos, lo mismo que Calles, y su posible culpabilidad respecto a las muertes da Carranza y Villa siempre será dudosa.

En *Excelsior* la noticia fue anunciada a ocho columnas: "El general Francisco Villa fue asesinado ayer a las 8:45 de la mañana en la ciudad de Parral". El mismo periódico le dedicó un editorial: "El que a hierro mata. . ." Sin embargo, el mismo día, en la primera plana de la segunda sección, se publicó un artículo biográfico: "Francisco Villa fue un notable guerrillero".

El domingo 22 *El Demócrata* informó:

> Ocho columnas volantes están persiguiendo con actividad a los asesinos del general Villa [. . .] Es irritante que se resuelva con el puñal y la traición los odios personales o las rencillas de cualquier otra índole: General Álvaro Obregón.

En otra noticia del mismo periódico se dijo:

> Quién era en realidad Francisco Villa [. . .] Para el humilde que gemía ante el látigo del capataz, Villa es el vengador; para los que sufrieron las explotaciones del amo, Villa era la justicia; para los que se encienden en la cólera ante el despojo territorial del 47, Villa era el alma mexicana frente a Pershing; para los especuladores del suelo y de la sangre, Villa era un bandido y un monstruo.

El lunes 23, además de las notas informativas, *Excelsior* publicó un editorial: "Villa y el problema político".

El martes 24 *El Demócrata* informó: "A los asesinos de Villa parece habérselos tragado la tierra". En la página 3 apareció un editorial "Francisco Villa y la leyenda":

> Por ahora la fantasía popular y la politiquería canallesca comienza a explotar la sangre del guerrillero en provecho de malas pasiones. Son como los cuervos. Pero pronto han de pasar las burdas consejas, y la leyenda comenzará a tejer sus velas, más artísticas y menos manchadas por el oportunismo de los periodistas.

La leyenda efectivamente tejió la historia de Villa y el oportunismo también intervino: el 20 de noviembre de 1969 se le erigió un monumento en la ciudad de México, justo a un año de la matanza de Tlatelolco.[49]

Desde su muerte hasta la década de 1960, no se llevó a cabo ninguna conmemoración oficial en honor de Villa, y la única noticia en que se mencionó al Centauro del Norte fue la del domingo 7 de febrero de 1926: "Pancho Villa fue decapitado ayer".[50] Este artículo se refiere en forma despectiva al guerrillero: "los enemigos de Villa no han terminado su obra de venganza, y no dudo que no sólo la

[49] En 1966 se colocó su nombre, con letras de oro, en el recinto de la Cámara de Diputados. En 1976, por decreto presidencial, sus restos fueron exhumados del panteón civil de Parral y trasladados a la ciudad de México, donde fueron reinhumados en el monumento a la Revolución.

[50] *El Demócrata*, p. 1.

cabeza sino todo el cuerpo, sea exhumado, por esos hombres sedientos de represalia''.

Villa fue el gran olvidado durante los años veinte. Es probable, sin embargo, que en Parral se llevaran a cabo conmemoraciones en su memoria, aunque oficialmente ésta fue borrada. Para su desgracia, la imagen oficial del general norteño fue recordada por uno de los presidentes menos populares de México, Gustavo Díaz Ordaz.

El 20 de noviembre

Paradójicamente, en lo que se refiere a la celebración de la que ahora conocemos como fecha oficial de la revolución mexicana, resulta que los periódicos, desde 1913-1928, quedaron prácticamente mudos respecto a esa fiesta, ahora tan insigne.

Algunos rotativos publicaron editoriales en los que se mencionaron, principalmente, las figuras de Madero, Pino Suárez y Aquiles Serdán, y en 1923, una pequeña ceremonia fue aprovechada como foro político para destacar la figura de Adolfo de la Huerta. Sólo algunos años, los burócratas trabajaron medio día y en las escuelas oficiales se celebraron actos alusivos. Así y todo, la mayoría de las veces la fecha pasó inadvertida.

Sin embargo, en 1929, esta fecha tan significativa cobró un cariz oficial:

> Con brillantez fue celebrado el aniversario de la Revolución.[51] El ejército en el campo de Balbuena. Se inició la conmemoración de la Revolución con una serie de ejercicios deportivos, en que tomaron parte distintas corporaciones. Apertura del centro deportivo. Asistió una representación de la familia de D. Venustiano Carranza.

El centro deportivo que se inauguró llevó el nombre de Venustiano Carranza, y la fiesta deportivo-militar con mo-

[51] Jueves 21 de noviembre, *El Universal*, encabezado.

tivo del aniversario de la revolución mexicana se prolongó durante cinco días.

A partir del 20 de noviembre de 1929 empezó a conmemorarse el aniversario de la revolución de 1910. Las ceremonias en honor a los caudillos, en forma individual, perdieron importancia.[52] En cambio, en el ritual del 20 de noviembre se unió a aliados y enemigos en una gran celebración nacional. En 1929, el PNR ya estaba constituido y a partir de esa fecha se hizo "dueño oficial de la revolución de 1910".

Personajes tan disímbolos y adversarios naturales como Carranza y Zapata fundieron sus imágenes en el recuerdo popular en una sola conmemoración. El mito histórico de la Revolución, manejado y aprovechado por los políticos, logró reunir en un solo panteón y celebrar en una sola fecha a héroes diversos, que no fueron aliados e incluso, en muchas ocasiones, manifestaron su franca enemistad.

Conclusiones

A lo largo de este artículo hemos analizado cómo los rituales conmemorativos históricos articulan el pasado con el presente y relacionan, a lo largo de las generaciones, a los muertos con los vivos. Los ritos conmemorativos permiten integrar, al igual que los documentos históricos y los monumentos, el pasado con el presente, la diacronía y la sincronía, el tiempo irreversible con el tiempo reversible.[53]

Los cuatro caudillos estudiados fueron personajes importantes en lo que hemos llamado proceso primario o periodo de la lucha armada, y los cuatro fueron reconocidos como héroes durante el proceso secundario. En el caso de Madero, el reconocimiento se produjo antes de que terminara el primer periodo, el que ahora conocemos como la lucha armada. Sin embargo, en ese momento había con-

[52] Sólo a Zapata se le siguió haciendo una celebración aparte de la del 20 de noviembre.

[53] Lévi-Strauss, 1964, pp. 343-344.

cluido toda una etapa y el nuevo gobierno constitucionalista había tomado las riendas del gobierno.

Los cuatro casos presentan similitudes por lo que se refiere a su muerte. Todos fueron traicionados y entregados a sus enemigos. Sin embargo, no se descubrió en todos los casos al "Judas" que los perdió. En ese sentido, la traición a Zapata fue excepcional pues se reconoció públicamente la trampa que se le había tendido y ésta fue premiada.

Estos cuatro casos analizados guardan cierta semejanza entre sí y también con el proceso de "vía crucis" y de sacrificio de Cristo.[54] En el momento de su muerte, los cuatro eran personajes derrotados de una u otra forma: Madero, un presidente derrocado y encarcelado por sus oponentes; Zapata, un guerrillero fugitivo que llevaba muchos años alejado de las victorias; Carranza, un presidente constitucionalista destituido, asesinado durante su huida y Villa, un general retirado a la vida privada. Ninguno era, a la hora de su muerte, un gran héroe como Mio Cid, que aun muerto ganaba batallas. Los caudillos aquí analizados fueron más bien "mártires" y su verdadera redención les llegó con la traición y la muerte violenta. En este sentido, el acceso a la vida simbólica en México, sólo puede lograrse mediante la muerte violenta.

Sin embargo, en forma individual, podemos encontrar ciertas diferencias: Madero fue rescatado por grupos de clase media, principalmente burócratas y maestras de escuela. Este personaje representó la legalidad frente a la fuerza, la acción civil de las clases medias más que los derechos de los oprimidos, y los intereses de los ciudadanos urbanos más que los de grupos campesinos.

Por su parte, Zapata cristalizó los intereses rurales y populares de la época. Los violentos ataques periodísticos, que se multiplicaron en el momento de su muerte, contrastan con los elogios a dos años de su asesinato, y el rescate de su figura se realizó en el contexto de un discurso que implicó un cambio radical por parte de grupos en el poder.

[54] TURNER, 1974.

Carranza fue, de hecho, la figura simbólica más difícil de recuperar, y esto sólo pudo hacerse en 1929 dentro del panteón general, con el mito completo de la revolución de 1910.

Durante mucho tiempo, el gran olvidado fue Villa. Aunque los periódicos fueron severos con este personaje, nunca tuvieron la rudeza que manifestaron con Zapata. Por ello, su rescate como héroe nacional fue muy tardío, y no tuvo lugar, sino en la década de 1960, cuando Díaz Ordaz requirió de una figura popular para recuperar un asomo de legitimidad.

Una vez que estos personajes se vieron como símbolos, fueron explotados por los políticos del momento, y las conmemoraciones que suscitaron se convirtieron en rituales con formas prescritas. Una vez que la ceremonia se volvió rito, se esfumaron los pormenores de los acontecimientos históricos y se produjo la condensación del símbolo.

En el caso de Zapata, todos los detalles de su muerte fueron destacados e incluso se dieron varias versiones detalladas de los acontecimientos. Con el paso del tiempo, se olvidaron estos detalles y sólo se destacó la importancia del símbolo. Zapata simbolizó lo indígena, reivindicado en contraposición con el liberalismo del siglo anterior. También representó el aspecto agrario que, desde los años veinte, ha venido siendo un elemento importante del discurso oficial. Zapata se convirtió finalmente en símbolo sobresaliente de la Revolución y de la ideología nacional, superando incluso a Madero, a Carranza y a Villa.

El movimiento intelectual mexicano que se expresó en el muralismo exaltó como esencialmente nacional, lo indígena, lo agrario y la tierra. Por lo tanto, Zapata creció como elemento dominante de la cultura nacionalista mexicana, e incluso de la cultura que, como dijera Carlos Monsiváis, llega a ser "de exportación".

Para finalizar el siglo XX, surgió un Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que independientemente de la justicia de sus demandas, fue bien recibido por diversos grupos de la sociedad civil, quizás porque su nombre tiene para la mayoría de los mexicanos una fuerte carga simbólica, que

es el producto de un largo y complejo proceso de recuperación, elaboración y asimilación.

REFERENCIAS

KRAUZE, Enrique

1987 *Biografías del poder.* México: Fondo de Cultura Económica, núms. 2, 3, 4 y 5.

LEACH, Edmund

1979 *Cultura y comunicación.* España: Siglo Veintiuno de España Editores.

LÉVI-STRAUSS, Claude

1964 *El pensamiento salvaje.* México: Fondo de Cultura Económica, «Breviarios 173».

1968 *Antropología estructural.* Buenos Aires: Eudeba.

TURNER, Víctor

1974 "Hidalgo: History as Social Drama", en *Dramas, Fields, and Metaphors.* Ithaca y Londres: Cornell University Press.

1981 *La selva de los símbolos.* España: Siglo Veintiuno de España Editores.

WOMACK, John

1969 *Zapata y la Revolución Mexicana.* México: Siglo Veintiuno Editores.

CHICAGO Y LOS CHARROS: RITOS Y FIESTAS DE PRINCIPIOS DE MAYO EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Miguel RODRÍGUEZ
Université de Reims
École Polytechnique-París

EL 1º DE MAYO DE 1909 *El Imparcial*, el conocido diario de la ciudad de México, anunció que el 5 de mayo siguiente —fecha en que se conmemora la lucha contra el invasor francés, tan importante en la biografía personal de Porfirio Díaz—, se celebrará una manifestación popular: se trata de la iniciativa de un grupo de ciudadanos, según este diario, alejados de la vida política, que aprovecharán la manifestación en la vía pública para repartir hojas promoviendo la reelección de Díaz, firmadas por "la clase obrera". Se calculó que habría 30 000 participantes en la manifestación, "todos ellos hombres de trabajo y netamente del pueblo, lo que la hace más significativa y altamente simpática".[1] Provenientes tanto del interior del país como de las poblaciones del Distrito Federal y de los establecimientos fabriles y comerciales de la capital, se reunirán en torno a la estatua de Carlos IV —en el cruce llamado del Caballito, Bucareli con el Paseo de la Reforma— para luego desfilar frente al balcón central de Palacio Nacional. El reportaje de *El Imparcial*, al día siguiente de la manifestación, cuenta que

> [. . .] muchos millares de hombres pasaron, conmovidos y entusiastas, ante el Presidente: multitud electrizada por la pre-

[1] *El Imparcial* (1º mayo 1909), p. 1.

> sencia del Caudillo y por la conciencia de su propio valer, porque al adelantarse los Jefes [*sic*] de aquella misma multitud hasta la presencia del Jefe del Estado, éste tuvo para ellos, humildes y pobres trabajadores, palabras y efusiones como seguramente no tiene con frecuencia el General Díaz, ni aún para con los más altos próceres, conmovido él sin duda alguna y legítimamente satisfecho de aquella manifestación respetable sobre todo por la espontaneidad, por el desinterés, por la fuerza robusta del gran movimiento popular. . .[2]

Con características que anticipan el modo en que se celebrará el 1º de mayo en años posteriores, el régimen porfirista, en una fecha altamente simbólica para él, pone en escena a contingentes populares en marcha. Pero esa movilización cumplía una función política: "la manifestación popular del día 5 sólo fue para el señor general Díaz", publicó al día siguiente el periódico.

"Era algo así como la manifestación de una fuerza, si todavía no bien definida, no por eso menos efectiva ni menos respetable: la fuerza popular": el periódico capitalino subrayó la innovación que supone esa incursión de los obreros en la arena pública. No es la única iniciativa de grupos relacionados con el régimen porfirista para proponer soluciones a la que se denominaba "la cuestión social". Surgió entonces la Sociedad Mutualista y Moralizadora de Obreros del Distrito Federal, auspiciada por el gobernador del Distrito, Guillermo Landa y Escandón, que organizaba conferencias y actividades deportivas y publicaba *El Obrero Mexicano.* La preocupación recurrente de esta publicación era promover un monumento al Héroe de Nacozari, aquel maquinista que perdió su vida para salvar al poblado de una explosión; se construyó un modelo moralizante del trabajador generoso, apolítico, que da su vida por los demás. Dicho periódico informaba que los obreros asistían a un fiesta el martes 3 de mayo de 1910, que participaban en "la procesión cívica" del 16 de septiembre y que se solicitaba al presidente Díaz que declarara el 30 de

[2] *El Imparcial* (6 mayo 1909), editorial, p. 3, "¿Qué fue en realidad la manifestación obrera?"

abril de 1911 como "día del festival del trabajo". Como lo señaló una publicación reciente, "es significativa la intención de los líderes de la Sociedad Mutualista y Moralizadora de no confundirse ni hacer causa común con las organizaciones socialistas e internacionalistas" de otros países que celebraban ya, regularmente, el 1º de mayo.[3]

En la misma edición de *El Imparcial* del 1º de mayo de 1909, que anunció la manifestación obrera del día 5, se informó ampliamente del modo en que, en los mismos días de principios de mayo, en torno al día 1º —celebrado desde 1890 como "fiesta de los trabajadores"— estallaban huelgas en diversas ciudades del mundo, se produjeron tumultos y enfrentamientos, desde París hasta Buenos Aires. El 1º de mayo es, en primer lugar, un día de lucha por la reducción de la jornada de trabajo que, inspirándose en el ejemplo de las organizaciones estadounidenses, se llevó a cabo por primera vez en 1890 en los países europeos más industrializados como arma de presión para obtenerla inmediatamente. Fue tal el éxito de la innovación que se pensó en repetir la experiencia el 1º de mayo siguiente: las expectativas provocadas por ese surgimiento de las clases "peligrosas", en el escenario de las grandes capitales, fueron decayendo en los años siguientes, mientras en los cuatro puntos del globo cada vez más localidades iban imitando las prácticas y los ritos de lo que se iba convirtiendo en una costumbre.

En México, la prensa de la capital informaba ampliamente sobre el clima de pánico que suscitaba en Europa el acercamiento del 1º de mayo, pero ese conocimiento no hizo que se organizaran celebraciones similares. *El Monitor Republicano*, así como otros importantes periódicos capitalinos, se alegraron, en 1892, de que en México no se produjeran los temidos atentados anarquistas. Fue justamente en ese mismo año, en 1892, cuando los grandes diarios de la capital del país informaron también del único 1º de mayo de que se tenga noticia antes de 1913: un 1º de mayo celebrado en la ciudad de Chihuahua por tres sociedades

[3] ÁVILA ESPINOSA, 1993, p. 149, nota 41.

cooperativas que desfilaron con algunas bandas de música, deteniéndose en algunos lugares para escuchar a los oradores designados. *El Diario del Hogar* concluye: "nuestros parabienes a los dignos obreros de Chihuahua que tan pacíficamente muestran su amor al trabajo, huyendo por consiguiente de esa actitud revolucionaria que han tomado sus hermanos en Europa".[4]

En el presente artículo se estudia la manifestación pública de un grupo social, la representación ritual que da de sí mismo, en la escena política, a través de su presencia en las calles, en estos "días de guardar": 1º de mayo de 1892, 3 de mayo de 1909 y 5 de mayo de 1913. En estas páginas estudiaremos esas fechas durante la primera mitad del presente siglo, hasta 1952, último año del periodo alemanista, fecha en la que —consideramos— están total y claramente delineados los rasgos del régimen posrevolucionario mexicano. Si este trabajo se limita a las celebraciones en la ciudad de México no sólo es para nutrirse de la incipiente bibliografía sobre el tema, que por lo demás adolece de una frecuente visión centralista de los problemas sociales. Además, como es bien sabido, el desarrollo económico del país y el proceso de industrialización se han visto concentrados en el centro de la República y particularmente en su capital; es ahí donde, durante la primera mitad del siglo, paralelamente a la existencia de grandes empresas (localizadas en los sectores de la industria eléctrica, de los transportes y de la extracción) la tasa de sindicalización es mayor, donde se siente la influencia de las grandes organizaciones gremiales y la participación de éstas, en la arena política, es más visible: para estudiar el 1º de mayo como fiesta nacional y su inserción en el calendario se impone situarlo en el lugar de las decisiones.[5]

[4] *El Diario del Hogar* (4 mayo 1892), p. 2; véase también el mismo diario (1º, 8 y 17 mayo 1892); *El Monitor Republicano* (3 y 4 mayo 1892), p. 5, y detalles del 1º de mayo chihuahuense en ALMADA, 1976.

[5] Lo cual no excluye el interés de rastrear, en otro trabajo, el modo en que dicho día de fiesta se difunde y es celebrado a nivel local, en las diversas regiones del país y según los diferentes gremios.

El presente trabajo se basa en fuentes hemerográficas: en la prensa obrera que anualmente cada 1º de mayo se ocupa, en sus páginas, de la celebración de la jornada; pero, sobre todo, en los grandes diarios de circulación nacional que, desde la capital, difundiendo este modelo de liturgia política hacia los diversos puntos del país, reflejan —por ser subsidiados por el gobierno y las empresas comerciales, y no ser órgano específico de las organizaciones sindicales— la manera en que el cuerpo social permite a un grupo social determinado que se manifieste anual y ritualmente.[6]

SIGNIFICADO(S) DEL 1º DE MAYO

Tradicionalmente se ha considerado que la primera celebración del 1º de mayo en la capital, promovida por la Casa del Obrero Mundial, tuvo lugar en 1913, aunque el año anterior se llevó a cabo una velada organizada por el Partido Socialista de Pablo Zierold,[7] que no mereció la atención de la prensa. En 1913, tanto los propios oradores de la manifestación como los reportajes periodísticos[8] subrayaron que fue la primera en la ciudad de México. La historiografía, en un obsesivo retorno a los orígenes del 1º de mayo que a menudo borra los avatares de su historia para no tratar sino sus comienzos, ha estudiado detalladamente ese año 1; y a menudo la evocación de ese día, convertido en una legendaria fecha adánica, permite hablar, por contraposición, del presente. En 1952, precisamente, la remembranza del sindicalista Filiberto García Briseño, sobre los sucesos de 1913,[9] lo lleva a juz-

[6] Es fundamental el trabajo de HOBSBAWM, 1983.
[7] GARCÍA CANTÚ, 1969, p. 131.
[8] Es unánime este juicio en *El País*, *El Imparcial*, *El Independiente* y *El Diario*. Por su parte, Isidro Fabela, uno de los oradores, habló en su discurso de "la primera manifestación genuinamente obrera por sus componentes y por sus ideales". Discurso íntegramente transcrito por SALAZAR, 1965, p. 24.
[9] *El Popular* (2 mayo 1952), "Remembranza de un 1º de mayo: ayer y hoy".

gar sobre cómo se ha transformado la fecha en cuatro décadas.

Para la primera celebración las fuentes concuerdan en un número sorprendentemente elevado de manifestantes —entre quince y veinte mil, alentados, quizá, por la coincidencia con un día de fiesta religiosa, el jueves de la Ascensión. Vestidos con ropa dominguera, se concentraban en la llamada Plaza de Armas para dirigirse por la calle de San Francisco —hoy Madero— con el fin de asistir a un mitin frente al Hemiciclo a Juárez, donde hablaban cinco oradores. El cortejo seguía —aunque en sentido contrario al de los años posteriores— un itinerario que se volvería una costumbre: atravesaba la zona de comercios más exclusivos del centro, el eje de la vida pública, retomando una arteria que sirvió, en tiempos anteriores, a los desplazamientos de las procesiones. Después, el desfile se dirigía hacia la Cámara de Diputados para entregar a un grupo de éstos, un pliego de iniciativas para su presentación ante los poderes públicos. Una actitud de tímido respeto y la esperanza de que las medidas de tipo legal podrían contribuir al "mejoramiento" —término consagrado— de los obreros, caracterizarían también las primeras celebraciones en otros países: disminución de las ocho horas de trabajo, reglamentación de las indemnizaciones por accidentes y consideración de la personalidad jurídica del obrero. La marcha culminaba en un homenaje al Héroe de Nacozari, ante el monumento edificado por iniciativa de Guillermo Landa y Escandón. Las festividades proseguían por la tarde, con una *kermesse* en el Tívoli del Eliseo y una velada literario-musical en el teatro Xicoténcatl —regocijos populares que mostraban el aspecto festivo y no sólo reivindicativo que toma, como en otros horizontes —"a usanza europea", publicó *El Imparcial*—, la celebración de la fecha.

La novedad de esta marcha tomó desprevenido al gobierno huertista, que hasta el último momento dudó en autorizarla. El gobernador del Distrito Federal permitió que se celebrara el 1º de mayo en cualquier lugar "menos, ¡es claro! donde éste debe celebrarse: al aire

libre''.[10] Sin duda, algunos generales cercanos a él, como Félix Díaz y Manuel Mondragón, intentaron atraer a los grupos obreros mediante una repartición de ropa que se llevaba a cabo en Tacubaya. La jornada transcurrió sin incidentes; sólo al final del día, por haberse proferido frases contra Huerta, se hizo patente la represión gubernamental.

La marcha del 1º de mayo de 1913 llevaba a la cabeza su reivindicación principal: ''La Casa del Obrero Mundial exige la jornada diaria de ocho horas y el descanso dominical''. Si en muchísimos países, la reducción de la jornada legal motivó, durante muchos años, la celebración del 1º de mayo, en México tal reivindicación se inscribió pronto en la Carta Magna de 1917. Las celebraciones mexicanas plantearon, a partir de entonces, otras reivindicaciones, lo cual fue patente ya en ese mismo año: así —como argumentó una comisión de obreros del Distrito Federal—, puesto que el artículo 5 de la nueva Constitución los amparaba para discutir el salario mínimo, amenazaron con dejar de trabajar el 2 de mayo si no se les aumentaba 75%.[11] Utilizar el 1º de mayo como plazo para obtener una demanda, como principio de un movimiento de huelga, dio a la fecha un carácter explosivo en otros países, pero fue poco común en el nuestro. En los primeros años de celebración en México del 1º de mayo, la fecha había perdido esa novedad explosiva que tuvo a fines del siglo XIX: las tentativas, anarcosindicalistas de paralizar a la sociedad capitalista, mediante la huelga general, habían fracasado y se había esfumado la esperanza de que el Gran Día abriría la vía triunfal y definitiva a la Revolución.

En México, no obstante, la relación del 1º de mayo con su primera reivindicación no desaparecío totalmente en los años posteriores, por citar un ejemplo, en el órgano de la importante Unión de Conductores. En 1930, maquinis-

[10] *Multicolor*, año II, núm. 100 (1º mayo 1913). Son numerosas las descripciones detalladas del 1º de mayo de 1913, desde los ''clásicos'' de la historia obrera (Huitrón y Salazar) hasta trabajos más recientes (Taibo, Leal y Villaseñor).

[11] *El Universal* (27 abr. 1917), p. 7.

tas, garroteros y fogoneros insistieron en la necesidad de reducir la duración de la jornada de trabajo, en los países que han reglamentado las ocho horas, en el turno de siete o en la semana de cinco días como solución al aumento del desempleo. Entre los múltiples artículos que celebraban esa fecha se incluía, además, la extraña transcripción de un edicto de Felipe II que en 1578 había ya establecido la jornada de ocho horas en el Franco Condado, de lo cual se saca la conclusión de que "nuestros antecesores en estos conflictos de capital y de trabajo se preocupaban lo bastante para el mejoramiento de la clase obrera".[12]

La atención prestada a la fecha por las organizaciones sindicales y por las autoridades, así como su lectura hecha por observadores y comentaristas muestran que se interpretaba como el momento anual de un balance colectivo. La celebración sirvió de catalizador, de barómetro de los movimientos sociales y de la coyuntura política; el 1º de mayo se consideraba como un índice de las luchas sociales. Pero los historiadores se han preocupado más por evocar lo que refleja —el contexto, las motivaciones de sus organizadores— que de estudiar la celebración misma. Se ha delineado más el marco en el que ésta se llevaba a cabo, en vez de analizar las formas y los símbolos que adquirió. Se considera la fecha como expresión de una "conciencia de clase", sin rastrear el modo en que funciona. Ejemplo de tal producción historiográfica es el libro de Rosendo Salazar, *Los Primeros de Mayo en México*, cuyo subtítulo es, significativamente, *Contribución a la historia de la Revolución*.

Así, desde esta perspectiva, en función de los organizadores que dan la tónica al 1º de mayo capitalino, se han señalado[13] diversas etapas sucesivas, reflejo de la influencia de dichas organizaciones en el llamado movimiento obrero. En una primera, entre 1914-1922, diversos sindicatos y agrupaciones mutualistas y cooperativistas, conmemoraban el 1º de mayo con mítines en lugares cerrados más que en

[12] *Fiat Lux*, X, núm. 5 (1º mayo 1930).

[13] MONZÓN, 1979, "Celebraciones del Primero de Mayo en México (1914-1941)".

desfiles al aire libre, primero en el marco de la Casa del Obrero Mundial, inmersos luego en los debates ideológico y político contemporáneos, durante el reacomodo de las fuerzas revolucionarias al final de la década. Una segunda etapa corresponde a la hegemonía de la CROM, entre 1923-1928: las formas que adoptó el festejo se multiplicaron, y éste gozó de un apoyo gubernamental y, a partir de 1925, de la presencia de las máximas autoridades del país. Entre 1929-1934 una tercera etapa reflejó la dispersión de las organizaciones sindicales durante el maximato y la búsqueda de nuevas formas de hegemonía: las organizaciones rivales desfilaron por separado, teniendo, además, todavía una gran importancia los mítines y veladas que se realizaron en otros lugares cerrados, e incluso en otros días distintos del propio día 1º. En 1935 se marcó la transición hacia la unificación en torno a la CTM, a cuyo desfile no asistió el presidente; envió en ocasiones a un representante: en la cuarta etapa, que llegó hasta 1941, fue posible apreciar, al margen de ese proceso, la sobrevivencia disidente de algunas centrales minoritarias que fueron marginadas. Finalmente, con los gobiernos de "unidad nacional", la presencia obligada del presidente con su gabinete y la hegemonía de la CTM se dibujó una última etapa: los mítines en los locales de los sindicatos tendieron a eclipsarse ante la magnitud que adquirió la celebración única y multitudinaria en el centro de la capital.[14]

El 1º de mayo fue la oportunidad anual de hacer públicas otras reivindicaciones, diferentes a la inicial —a la internacional—, que se multiplicaron y diversificaron con los años. Los grupos de manifestantes señalaban en los cartelones el objeto de su presencia en las calles, que el reportero de prensa recogió detalladamente, en interminables listas, al considerarlo justamente[15] como un me-

[14] En épocas posteriores al periodo estudiado, "se realizan actos paralelos a la celebración central, pero con un carácter conscientemente marginal o de oposición al mismo", concluye el artículo de MONZÓN, 1979, evocando celebraciones de la segunda mitad de los setenta.

[15] *El Popular* (1º mayo 1941) lo califica de "magnífico medio de expresión".

dio de expresión particular del proletariado que "puede apreciarse a primera vista". Es así como se manifestaron, en una presentación maniquea, exigencias y rechazos: "contra la injusticia de los burgueses, la justicia del proletariado" (1925), "Paso a la revolución social, abajo la explotación" (1919), "Abajo el imperialismo, abajo el totalitarismo" (1948). En 1919, "la Unión de Obreros Fotograbadores recuerda a los mártires de Chicago y lanza su anatema contra los opresores del proletariado". Es perceptible una evolución, a lo largo del periodo, de un vocabulario marcado aún por la etapa anarcosindicalista (en 1919, "La Revolución Social Avanza. Salud, Humanidad Futura")[16] de las organizaciones para demandas concretas, más relacionadas con las necesidades cotidianas: una ley mexicana de cooperativas, en 1934 y, para citar otro ejemplo, en 1941, la reforma educativa y el seguro social. En 1943, "pedimos bolillos de tamaño natural, queremos frijoles".

Era rarísimo que se identificara personalmente al enemigo; por una curiosa, y sin duda significativa coincidencia, el director de la compañía de Ferrocarriles fue condenado por las pancartas de los manifestantes: Felipe Pescador en 1919 y en 1943, "Margarito Ramírez y la camarilla de ineptos que lo rodea carecen de preparación técnica para manejar una empresa de transportes como la de los Ferrocarriles Nacionales". Pero en este listado de inscripciones, aparentemente exhaustivo,[17] no se atacó la política del gobierno. Todavía en 1919 una pancarta se elevó "contra los atentados de la burguesía, apoyados por los gobiernos", de modo muy general; después, sobre todo en los años cuarenta, se denunciaron acaparadores de mercancías, casatenientes, "hambreadores, vampiros del consumidor". En suma, se criticó a los que abusaban en

[16] *Excelsior* (2 mayo 1919).

[17] En el caso de algunos años, se encuentran las mismas listas al cotejarse con otros periódicos y con las fuentes clásicas de la historiografía obrera —aunque es posible que ésta también base su información en los grandes diarios.

el circuito de la circulación y del consumo, jamás a los poseedores del capital. El término "burgués", que en los cromistas años veinte sirvió para apelar al adversario —"burgueses, los proletariados somos gentes"—, desapareció posteriormente.

Es verdad que la policía ejercía severa vigilancia sobre lo que se manifestaba. Que se dijera en un cartel de 1937 que "la policía ya no guarda el orden, sólo cobra contribuciones", fue precisamente razón para que ésta interviniera con violencia, por cierto infructuosamente. En 1952 un trágico zafarrancho frente al Palacio de Bellas Artes tuvo como origen, según las diversas fuentes, la expresión sediciosa del escrito: "cartelones fueron la mecha que hizo estallar las pasiones cuando agentes secretos fueron a invitar a los provocadores a que guardaran los léperos anuncios", publicó el conservador *Novedades*; por su parte, el comunista David Alfaro Siqueiros culpó a un grupo de pistoleros que agredieron a los manifestantes, arrebatándoles su propaganda escrita y rompiéndoles sus carteles.[18] Los manifestantes también valoraron las pancartas porque a través de ellas pudieron manifestar su oposición respecto a otros grupos que ocupaban el mismo espacio: así, en 1944, las filas de la CTM con sus carteles apoyaron sistemáticamente al Seguro Social, mientras que los que seguían en el desfile, los elementos del Frente Nacional Proletario, señalaban precisamente lo contrario.

Las pancartas sirvieron también para identificarse y nutrir una identidad colectiva. Además del nombre de la agrupación, con el uso de las formas verbales en primera persona del plural se subrayó la conciencia del grupo: "Se nos da lo nuestro o lo tomamos" (1925). En cambio, los enunciados que tomaron como sujeto una entidad genérica —el proletariado o la organización sindical—, de la que se hablaba en tercera persona, son menos frecuentes; cuando apareció el enunciado "los trabajadores...", se encontraba seguido casi siempre de un verbo en primera persona

[18] *Novedades* (2 mayo 1952), 2a. sección, p. 1 y *Excelsior* (2 mayo 1952), p. 1.

para subrayar una voluntad específica o para demarcarse: "Los hombres máquinas deben desaparecer, queremos hombres almas y hombres inteligencias" (1925).

La lengua usada en los carteles por lo general era convencional, aunque existieron algunos que recurrieron a las frases consagradas del movimiento obrero (en nuestro periodo sólo una vez se vio desfilar "trabajadores del mundo entero, uníos"). El habla popular —en el léxico, en las sintaxis, en la ortografía— que cabría suponer que era el medio de expresión de los trabajadores, estaba ausente de las pancartas, si se exceptúa un eufemístico "chile para los acaparadores" (1943). Fueron frecuentes, en los primeros tiempos, intentos de hipercorrección, en función de una lengua académica; así, en 1925 se apeló a los "burgueses: no prostituyáis a la mujer, ayudadla elevándola moralmente".

La temática de los carteles, dentro del contexto histórico de cada 1º de mayo, permite al historiador hacer un somero recorrido por preocupaciones coyunturales cuya expresión debería ser analizada más detalladamente: los manifestantes de 1929, cromistas en su gran mayoría, denunciaban, obsesivamente, a los "acomodaticios" y a la prensa "esclavizada y mentirosa" que intentaban "desmoronar" la confederación. Se recurrió, así, a metáforas de origen cristiano —y a la cercanía de la fecha en el calendario—: "Si el día de gloria se castiga quemando a los judas que traicionaron a Cristo, el elemento trabajador debe maldecir en este día a los que han traicionado los principios sostenidos por la CROM".[19] Durante los primeros años cardenistas fue frecuente la denuncia de las Camisas Doradas. En la primera mitad de los cuarenta, la guerra "imperialista, la matanza que realizan Hitler y Mussolini" se condenaron a menudo. Y más tarde fue perceptible la preocupación por la amenaza atómica y por los riesgos de la guerra fría. Pero en este recorrido por las inscripciones que desfilaron en las calles mexicanas se ignoró a la Unión

[19] *CROM* (15 mayo 1929).

Soviética, en otras latitudes evocada como una tierra prometida.

No sólo las pancartas justificaban la celebración del 1º de mayo: innumerables discursos en mítines y ceremonias, así como textos sindicales —volantes, boletines de educación— y periodísticos —editoriales del día— le dieron sentido, al hacer explícita su definición. Dar un nombre y una razón de ser al 1º de mayo fue fundamental en su celebración: en México se hablaba indistintamente de día del trabajo o de la fiesta del trabajo, utilizándose el término "trabajo" más que "trabajadores".

> Bienvenido el 1º de mayo si es realmente la fiesta del trabajo; mal llegado si es el desencadenamiento de las locuras y excesos que están convirtiendo a Rusia en un Estado en que la miseria marcha a paso de carga. El Día del Trabajo se transformaría en el día del dolor para los trabajadores (1920).[20]

Después de dar una definición de lo que constituye el "verdadero" espíritu de la fecha, *Excelsior* advirtió contra cualquier cambio de dicha esencia: "No debe, en nuestro concepto, ser el día del desorden, ni la fecha escogida para derramar nueva sangre, de un bando o de otro".[21] Para los grandes periódicos subrayar que el 1º de mayo es pacífico permite recordar que los trabajadores representan una fuerza que debe ser organizada para convertirse en un elemento de orden social.

Para Vicente Lombardo Toledano, todavía en la CROM,[22] el 1º de mayo no era una fiesta, "es la protesta permanente [. . .] [que] debe tener, por tanto, el valor de una balanza anual de las operaciones del movimiento social". Por su parte, el comentarista de *La Prensa* se sorprendió, en 1941, de que se hablara de Fiesta del Trabajo cuando en realidad la fecha conmemora la iniciación de una huelga, "la oposición violenta del subyugado frente al domina-

[20] *Excelsior* (1º mayo 1920), editorial: "1º mayo".

[21] *Excelsior* (2 mayo 1922), editorial: "La celebración trágica del Día del Trabajo".

[22] *CROM* (1º mayo 1930), p. 50: "1º mayo".

dor": así, propuso que se le denominara "fiesta de la huelga" para recordar que los trabajadores cuentan con tal arma. En los últimos años del alemanismo se recordaba lo que eran en un principio los 1º de mayo —actos de protesta contra las autoridades represivas—, y lo que se volvieron con el correr del tiempo, pretexto para la subversión, para la rebeldía contra de autoridades legítimas y protectoras de los trabajadores. La comparación con las fechas pasadas sirve para subrayar en qué debe convertirse en el presente la celebración, independientemente del sentido que se le quiera dar.

EL 1º DE MAYO, FECHA LUCTUOSA

Si esta fecha da pie a diversas explicaciones, la más común lo justifica como continuación de su propia historia trágica, como acto en memoria de los que lucharon por su celebración. En efecto, en sus primeros años, el 1º de mayo, ilegal en la mayoría de los países, tuvo que enfrentarse a una represión, que causó víctimas en Fourmies, en París, en Roma y en Berlín —por citar sólo los lugares más famosos—, "mártires" que alimentaron su propia historia. La veneración de militantes, oscuros o conocidos, que pagaron con su vida la fidelidad a un combate político fue, por lo demás, un rasgo frecuente en la identificación de un grupo; y a través de la construcción de esa figura santificada se transmitieron valores que le dieron cohesión. Sin duda, fue ésa la motivación que llevó, en los últimos años del porfiriato, a alimentar el culto del Héroe de Nacozari, en cuyo monumento, precisamente, culminó el cortejo del primer 1º de mayo. Pero a lo largo de su historia, el 1º de mayo capitalino ignoró el aliciente martirológico: ni Río Blanco ni Cananea están ligados a él. Ninguna figura de la memoria obrera mexicana fue evocada.[23] Sólo en 1936 se colocó la primera piedra de un monumento a Lucrecia

[23] Si exceptuamos a Felipe Carrillo Puerto, cuyos ojos azules son denominados "faro de los trabajadores" en una pancarta cromista

Toriz, heroína de la huelga de Río Blanco, pero no el día del Trabajo sino el 10 de mayo, puesto que se trataba, según la prensa, de un homenaje a las madres trabajadoras.[24] En 1945 se utilizó la simbólica fecha para el traslado de los despojos de Ricardo Flores Magón a la Rotonda de los Hombres Ilustres: el orador oficial subrayó el valor simbólico de la fecha del reconocimiento definitivo a un hombre que nació un 16 de septiembre para "vivir para la libertad" y murió un 20 de noviembre "en aras de la Revolución".[25] Ese homenaje a Flores Magón fue un hecho único que no entra a formar parte de la efeméride.

En 1952, como consecuencia de un tumulto frente al Palacio de Bellas Artes, murieron dos personas, entre ellas un joven comunista de 17 años, hijo de un militante del Partido Comunista, Luis Morales. "Por primera vez en la historia política y social de nuestro país, el día 1º de mayo se ha cubierto de sangre y de luto", afirmaba un manifiesto de los partidos de izquierda. Pero no fue la primera vez, en realidad: en 1925 una obrera cromista, Guadalupe Rangel, perdió la vida en un pleito intergremial durante la marcha. En general la prensa, cuando no ignora estos hechos, los trata como lamentables percances de nota roja. Y la memoria de este muchacho muerto en 1952 —que por cierto borró la de otra víctima, un obrero que apenas mencionaron los periódicos— no pasó de la demostración de duelo militante que fue el entierro, al que acudieron representantes de las fuerzas de izquierda, y de un ataúd cubierto con la bandera del partido.

En cambio, en la referencia que se hizo a los acontecimientos de Chicago fue una constante que apareció tempranamente en los 1º de mayo mexicanos: recordemos que

de 1925; y a un "homenaje a los que han caído de cara al sol", ninguno en 1º mayo: *CROM* (15 mayo 1929).

[24] *El Nacional* (1º mayo 1936). Cabe subrayar la relación entre el 1º de mayo y el día de la madre, creado en 1922, que tuvo un rápido eco popular.

[25] Discurso de Bernardo Cobos a nombre de la CTM, reproducido en SALAZAR, 1965, pp. 182-186.

en 1886 para obtener las ocho horas de jornada laboral, una ola de agitación se extendió en varias ciudades estadounidenses; el 4 de mayo en un mitin estalló una bomba, atentado del que se acusó a ocho militantes muy conocidos, que fueron condenados a muerte al año siguiente. Las primeras celebraciones no evocaron esa razón de ser —pues no hay ninguna mención a dichos sucesos en la manifestación de 1913—, pero los detalles y los protagonistas de la tragedia eran conocidos ampliamente, por el eco que había tenido su juicio en la prensa internacional de la década de 1880, y porque seguían repitiéndose en los discursos de las reuniones y en la literatura de los medios obreros. Como manifestó Octavio Jahn al informar sobre una velada conmemorativa de la ejecución de los militantes de Chicago en noviembre de 1915,

> [...] la reseña de esta tragedia ha sido hecha sinnúmero de veces en el curso de los 28 años que han pasado desde que tuvo lugar y los compañeros que han seguido el movimiento obrero están al corriente de los hechos. Sin embargo, recordarémoslos de una manera breve...[26]

Incluso declarando que no se va a tratar del tema por conocido, con la retórica de la pretensión se insiste justamente en su importancia.

En 1918, en diversos artículos periodísticos[27] así como en la prensa obrera,[28] ese recuerdo apareció ya claramente ligado el 1º de mayo, a veces, incluso, de manera aproximada, como la explicación que ofreció *Excelsior* en 1919:

[26] "11 de noviembre", *Ariete*, revista sociológica de la Casa del Obrero Mundial, I, núm. 5, 14 de noviembre de 1915.

[27] *El Pueblo* (1º mayo 1918), p. 3: "Manifestación obrera que será muy imponente", que "tiene por exclusivo objeto hacer la anual pública protesta por los asesinatos cometidos en las personas de muchos obreros el año de 1886 en Chicago", III.

[28] En la portada de *Luz*, periódico libertario, del 1º de mayo de 1918, se ilustra con un puño que brilla con una aureola la fuerza de la huelga general, que mediante letreros alusivos, está situada en las factorías McCormick, en Chicago.

"El Día del Trabajo se conmemora desde 1886, fecha en que puede decirse se inició la lucha entre el capital y el trabajo...".[29] Los manifestantes no sólo desfilaron en homenaje a las víctimas de los sucesos, sino para reactualizar, medio siglo después, "la protesta mundial" que siguió suscitando. "Esta fecha cubre de ignominia y de venganza a los tiranos y capitalistas", señaló un cartelón de 1919; y estereotipadamente las pancartas siguieron, en los años posteriores —al menos hasta 1947—, dando una definición del desfile: "Loor a los Mártires de Chicago". Hay que subrayar que en muchos países esa razón conmemorativa, que necesariamente volcó el 1º de mayo hacia el pasado, no fue la primera ni mucho menos la única justificación de su celebración, y que el culto de los militantes de 1886 se circunscribió, a menudo, en los círculos anarquistas; además, contra lo que a menudo se creyó, en la resolución del congreso de París que propuso el 1º de mayo como fecha para la jornada de lucha por las ocho horas, no hubo ninguna referencia a los sucesos de Haymarket.[30]

En la medida en que se difundió y se oficializó la fecha, se volvió un tópico de los discursos y una obligada inscripción en la iconografía obrerista: por citar un ejemplo entre mil, "1886 —1º de mayo— 1926" presentó, en la portada de una revista anarquista, las venerables imágenes de las víctimas.[31] También los grupos muy alejados de los ácratas profesaban ese culto: los dirigentes cromistas promovieron la construcción de un monumento en Tacuba, cuya primera piedra fue colocada el 1º de mayo de 1923; y durante varios años, a fines de los años veinte, la manifestación hizo, justo al mediodía, un alto de diez minutos de absoluto silencio en signo de homenaje. Al informar sobre las celebraciones en la capital mexicana, *The New York Times* precisó[32] que glorificaban a "los mártires" de Chicago.

[29] *Excelsior* (1º mayo 1919), p. 1: "En orden será celebrado el día del Trabajo".

[30] Insisten en ello particularmente CORDILLOT y PERRIER, 1990, pp. 439 y ss.

[31] *Sagitario*, núm. 23 (1º mayo 1926).

[32] En sus números del 2 de mayo, en 1929 y en 1936, citados por FONER, 1986, pp. 104 y 118 respectivamente, quien indica cuán frecuen-

Dicha interpretación impregnó todo el cuerpo social y se aprendió desde la infancia; fue la que difundió el propio Estado en publicaciones de educación sindical y que transmitieron los maestros a las nuevas generaciones.[33]

Una retórica que se remonta a fines del siglo XIX persistió muchas décadas más tarde:

> ¡Y [...] del fondo de la ergástula desbordante ya, surgió incontenido el clamor de los esclavos! ¡Carne entonces irredenta! ¡Carne explotada, pero no envilecida! ¡Carne de oprimido a quien aplastaba la zarpa de la Bestia de Oro! Y [...] se alzó [...] Y el dragón capitalista en contubernio con sus lacayos mató, tenía sed de sangre proletaria; y los ocho mártires sembraron con su sangre la fértil tierra, la simiente fecundizó mezclada con lágrimas y dolores, riego no estéril que podó el árbol de la libertad... Parson, Engel, Fielden, Nebes, Spies, Fisher, Lingg, Schwab... Mártires del ideal... Dormid en paz.[34]

En la narración de los trágicos sucesos, el enemigo, el verdugo que condena y ejecuta a los mártires tomó todos los rasgos de una bestia inmunda, o del capitalista tradicionalmente personificado. Chicago, desde fines del siglo XIX, apareció como el escenario de las empresas inhumanas, del comercio de carne, del maquinismo desalmado y todopoderoso. Esa representación, en la misma perspectiva de la abundantísima literatura hispanoamericanista finisecular,[35] no hizo sino alimentar un unánime nacionalismo que unió la crítica del capitalismo salvaje a la denuncia de la evo-

---

te e importante es, particularmente en México, la referencia a Chicago.

[33] Ejemplos del sexenio cardenista: *1º mayo, contribución del Departamento de Trabajo a la solemnidad del 1º mayo, mayo 1936* (el sumario contiene: las jornadas de mayo en Chicago, las biografías de los mártires, el 1º de mayo en México, la unificación obrera. . .), y "pláticas a los niños de los profesores Ida y José Viladrosa, *La significación del 1º de mayo,* cuyo texto fue enviado al mismo presidente Cárdenas, AGN, *Presidentes, Cárdenas,* 135, 21/25.

[34] Artemia N. Sáenz Royo, "Xóchitl", *CROM* (1º mayo 1941): "¡Loor a los Mártires!"

[35] Piénsese en Rubén Dario o en la contribución de Martí a la leyenda de los mártires de Chicago.

lución de Estados Unidos. Los manifestantes comunistas de 1929 —entre ellos Diego Rivera y Tina Modotti— profirieron gritos e insultos frente al consulado estadounidense, con la consiguiente intervención de la policía y el encarcelamiento de algunos oradores. En 1921 un líder anarquista estadounidense, en su discurso frente al consulado de su país, insistió en los numerosos presos políticos en sus cárceles (aunque sin mencionar a Flores Magón): "¿Sabéis cuál es la libertad que hay en los Estados Unidos? [. . .] Pues solamente la inanimada que una estatua colosal y tosca representa a la entrada de la bahía del babilónico puerto neoyorquino".[36]

El 1º de mayo fue también la oportunidad para desarrollar los lazos con "el proletariado" vecino del norte: la naciente CTM lo exhortó, en 1936, a que abandonara su optimismo ingenuo respecto al capitalismo y que tomara conciencia de la necesidad de unificar internacionalmente a las agrupaciones de trabajadores. Pero la referencia a los sucesos de 1886 podrá servir aún a los propios estadounidenses para apoyar la política exterior de su país, como al líder de la CIO en el apogeo de la guerra fría, James Carey, que arguyó que puesto que el 1º de mayo se originó en su país, no debe servir de pretexto para manifestaciones comunistas.[37] Así, Chicago podrá contribuir tanto a mostrar los horrores del capitalismo, desde una perspectiva antimperialista, como a insistir en la legitimidad de la dinámica sindicalista en Norteamérica, en el marco del llamado monroísmo obrero. ¿Será porque Chicago permite una lectura amplia, divergente, incluso contradictoria, que los 1º de mayo en numerosos países latinoamericanos, de México a Brasil, se reconocen en tan ecuménica referencia?

Del 1º de mayo internacionalista a la fiesta nacional

Desde que en el congreso de la II Internacional de París, en 1889, se propuso la conveniencia de una jornada de lu-

[36] *El Demócrata* (2 mayo 1921).
[37] *Novedades* (2 mayo 1952).

cha por las ocho horas de jornada laboral, se insistió en su indispensable carácter internacional: "En todos los países y en todas las ciudades a la vez, acordado el mismo día...", pudiéndose adaptar los trabajadores de las diversas naciones a las condiciones impuestas por la situación especial de cada país. Contribuyó al éxito de esta propuesta el hecho de que hubiera que emular, en una práctica común, a otras muchas organizaciones en otros puntos del planeta; esta "mundialización" de los gestos y de los discursos hace del 1º de mayo un fenómeno sorprendentemente moderno.

El carácter internacionalista de la celebración va más allá de la reivindicación primera y de las consignas; además de las prácticas de rigor en todas partes —desfiles, mítines, verbenas—, se recurre a toda una red de formas y de objetos más específicamente simbólicos, que hacen del 1º de mayo un día mundialmente unitario.

La prensa obrera conmemora la fecha y promueve su celebración mediante la publicación de números especiales, como se acostumbra desde fines del siglo XIX en algunos países europeos o a través de una composición alegórica, con imágenes y textos, que cubre la primera plana. Tanto en estas páginas consagradas al 1º de mayo como en los mítines y en los actos conmemorativos es común una producción textual que obviamente glorifica la fecha y exalta una temática específica.

Desde las primeras décadas del siglo hasta principios de los años cuarenta, parte importante de la celebración han sido las veladas literariomusicales que tienen lugar en locales cerrados la noche del día 1º, la víspera o alguna noche de la semana anterior. Dichos actos, que se llevan a cabo según un ritual inmutable, se basan en la combinación de formas musicales y de trozos literarios cuya recopilación sin duda permite observar la evolución de la cultura popular. Los primeros historiadores que integraron a su labor de militancia (a menudo son los oradores, los encargados de la transmisión de la palabra), la compilación de las crónicas muestran una especial predilección por esa literatura militante. En la producción textual que se escucha en las veladas o que se lee en la prensa obrera es indudable la

influencia anarquista que marcó profundamente los orígenes de las organizaciones sindicales en nuestro país: esto nos da una idea de las lecturas de los militantes, de los autores de otras latitudes que se considera indispensable traducir. Esta influencia es sintomática de la transmisión de ideas, de la asimilación de modelos europeos —más que estadounidenses— que incidieron en el nacimiento y en la organización de los sindicatos mexicanos. La temática de esos cantos y poemas en torno al 1º de mayo frecuentemente está lejos de las tradiciones culturales de las clases populares mexicanas —los ritos primaverales y la fuerza del renacimiento de la naturaleza—, o tiene poco que ver con la coyuntura o con las esperanzas del momento histórico. La representación iconográfica muestra influencias semejantes. En la primera década son perceptibles aún los motivos estilizados según los modelos europeos del *art nouveau*, pero en los años veinte y con la difusión de la estética soviética, se confiere a los personajes representados —el movimiento obrero— una presencia física poderosa, masiva y amenazadora.

En el 1º de mayo es fundamental el canto colectivo, signo de identidad y de comunión, en el sentido más religioso del término. Cuando esta fecha comenzó a celebrarse en México en 1915, *El Pueblo* evocó cómo los manifestantes en Europa y en Norteamérica, "enardeciéndose con los vibrantes acordes de La Internacional, de La Carmañola y de La Marsellesa perturban plácidas digestiones de los burgueses con ruidosas expresiones de protesta y rebeldía".[38] Si no se escuchaban estos cantos, ningún 1º de mayo podía ser digno. En la ciudad de México la primera celebración culminó con La Marsellesa y el Himno Nacional: no era extraño oír el primero fuera de las fronteras de Francia, cuyas organizaciones obreras, en cambio, por considerarlo un himno agresivamente nacionalista, canto de la república burguesa, se obstinaban en despreciarlo; en muchos otros países, como en Francia o en la monárquica Inglaterra, La Marsellesa connotaba el igualitarismo y los valores

[38] *El Pueblo* (1º mayo 1915), p. 3: "1º de mayo".

liberales de la revolución francesa. Los versos de un himno nacional no podían tener cabida en el 1º de mayo. Por ello, no dejó de ser extraño que en México se entonara el belicoso Himno Nacional con La Internacional. En las celebraciones cromistas de los años veinte y de principios de los treinta se cantaban, con un "himno al trabajo" a menudo mencionado en las fuentes, La Marsellesa[39] y La Internacional; en 1936, la primera, abrió el desfile mientras que la segunda lo cerró en el Zócalo, acompañada ya del Himno Nacional Mexicano. "Mexicanos al grito de guerra..." terminó, en los cuarenta, por desplazar a los cantos revolucionarios extranjeros.

También es imposible concebir el 1º de mayo sin el color rojo. Se ha subrayado abundantemente su importancia, desde la primera mitad del siglo XIX, en el movimiento socialista, relacionado con las grandes insurreciones europeas, que perpetúa la esperanza en la transformación social.[40] Pero en México se asocian sistemáticamente el rojo y el negro, lo cual es muy raro en Europa —excepto en Cataluña—, puesto que el negro caracteriza en particular a los anarquistas que, como es bien sabido, se oponen a los rojos comunistas. En 1919 y los años siguientes los manifestantes adquirieron una costumbre cuya importancia fue subrayada por *El Demócrata* en su titular "La Bandera del Proletariado ondeó ayer en la Catedral", acompañado de un dibujo ilustrativo en el que la bandera apareció sobre el reloj principal del templo, en el centro, a la altura de la estatua de la Fe.[41] Dicha conquista no sólo irritó a las asociaciones católicas sino que fue subrayada por los periódicos menos conservadores como índice de la presencia y del poder que fueron adquiriendo las organizaciones de trabajadores. Con espíritu conciliatorio, el gobierno de Álvaro Obregón prohibió que se colocaran, en los edificios pú-

[39] Lo cual molesta a los empresarios franceses de Orizaba, que se dirigen al presidente Calles pidiéndole que se impida ese uso como "simple canción libertaria" que "desnaturaliza" el carácter "glorioso" de su himno nacional: AGN, *Presidentes, Obregón/Calles*, exp. 205D34.

[40] Clásico es el estudio de DOMMANGET, 1953.

[41] *El Demócrata* (2 mayo 1921).

blicos, los llamados emblemas sediciosos en sustitución de "la enseña nacional".[42] A partir de entonces, en las manifestaciones los emblemas rojinegros, cuando no estaban ausentes, comenzaron a estar acompañados de los tricolores (1925 y 1926), sin que se percibiera un conflicto entre la bandera nacional y la insignia que representa el internacionalismo proletario (antagonismo entre los signos que fue muy claro en otros países como Francia).[43] No es que a los manifestantes dejara de preocuparles el valor simbólico de los colores, y las insignias: no sólo los manifestantes tremolaban estandartes con ambos colores sino que los lucían en sus vestimentas; las mujeres usaron a menudo (en los veinte) falda negra y blusa roja. Además, se rechazaron con vehemencia los signos que representaban al enemigo; así sucedió con la suástica y con el ascenso de los nazis al poder (1933 y 1934).

Si bien, las banderas rojinegras perduraron en los 1º de mayo mexicanos, era cada vez más marcada la presencia de la enseña tricolor, y en algunos momentos —al insistirse, durante la segunda guerra mundial, en la temática de la unidad nacional— se llegó incluso, a eliminar aquéllas: en la celebración en el Zócalo en 1942, "frente al balcón se formó una V de la victoria con banderas de los países que luchaban por la democracia, V cuyo vértice estaba cerrado por un soldado mexicano que portaba nuestra enseña patria".[44] En 1951, el presidente Alemán hizo ondear la bandera mexicana en la gigantesca asta del zócalo, para dar inicio a la ceremonia del día del trabajo; y en lo sucesivo se recuerda con triunfalismo un periodo que se quiere ya superado:

> [. . .] los grupos de trabajadores señoreaban las calles metropolitanas tremolando exclusivamente banderas rojinegras, símbolo de radicalismo; las notas de la Internacional se

[42] *Excelsior* (3 mayo 1923), p. 1 (10 mayo 1923), p. 1: "No se izará el trapo rojinegro". El general Arnulfo Gómez tuvo, en particular, este interés "patriótico".

[43] RODRÍGUEZ, 1990, cap. VI.

[44] *Novedades* (3 mayo 1942), p. 10.

dejaban oír por todas partes y los demagogos aprovechaban la ocasión para atizar pasiones, dejando en la masa proletaria un sedimento de odios, de ímpetus destructores, de venenosa "lucha de clases".[45]

Los medios masivos transmitieron todas sus versiones del 1º de mayo tras el velo de la mexicanidad, cuya defensa pasó precisamente por el rechazo de los valores extranjerizantes —ya no se dice internacionalistas— de la celebración tradicional. Como dijo en 1941 el oficial *El Nacional*, "La Revolución ha socializado el patriotismo".[46] Asimismo, desde los años veinte se incorporaron a la celebración formas y prácticas que se consideraron paralelamente como "típicamente mexicanas". Entre los veinte y los treinta se multiplicaron las manifestaciones de "sabor cromiano", como las calificó la prensa de la época (1925, 1927 y 1928), con numerosos cohetes de colores, serpentinas, confetti y demás adornos, "parecía 16 de septiembre". En los programas festivos se recurrió a canciones populares y a bailes folklóricos, y las chinas poblanas y los charros —que se erigieron desde entonces como bastiones de la nacionalidad— abrieron los cortejos obreros. Se inició la costumbre de dar más brillo a los desfiles con las joyas de la cultura de masas. La famosísima vedette Celia Montalván —rodeada de charros en briosos caballos— resultó ser la vanguardia de la manifestación en 1925. Las estrellas del cine y de la radio de los años cuarenta, conocidas en toda Latinoamérica como la esencia de la mexicanidad, formaron parte del espectáculo que tuvo lugar en el Zócalo. En 1951, Cantinflas, a la derecha del señor presidente, tuvo un papel fundamental con declaraciones a la prensa, fieles a su estilo cantinflesco: "Es un desfile muy desfilante [. . .] ha estado muy apretado, siempre agarrando su lado como queriendo irse para la sombra de un balcón".[47] Presente

[45] *Excelsior* (2 mayo 1952), p. 6.

[46] SALAZAR, 1965, p. 210, por su parte, identifica el socialismo revolucionario con el civismo patrio.

[47] *Excelsior* (2 mayo 1952), p. 6, en el México posrevolucionario.

también estuvo a la cabeza del desfile Jorge Negrete, el charro cantor, justamente en los años en que se plasmó la figura del charro en el sindicalismo oficial.[48]

En suma, los 1º de mayo del periodo alemanista, el del partido convertido en Revolución Institucional, no fueron sino la culminación de su paulatina nacionalización que se inició en los años veinte, durante el gobierno de Calles. Además de promover la participación del mayor número de personas —aun a costa de la parálisis urbana—, la administración del Estado comenzó, entonces, a darle amplios recursos[49] a la celebración, a la cual se invitó a las más altas autoridades, e incluso a los representantes diplomáticos. Las características de la celebración se fijaron desde el callismo y se aceleraron en la dinámica de búsqueda de la unidad nacional del periodo de Ávila Camacho. El simbolismo del 1º de mayo obrero —que quizo ser internacionalista— tendió a desaparecer, al convertirse en una fiesta nacional cuya temática se adaptó a las inflexiones de las políticas interior y exterior del Estado mexicano. Una fotografía de los hermanos Mayo[50] muestra un gran cartel de 1941 colocado en el Zócalo: con fondo de volcanes y sobre un nopal, un águila desintegra con sus garras una suástica.

Fecha internacional, el 1º de mayo, al convertirse en una fiesta nacional, opaca necesariamente a la otra fiesta nacional de principios del mes de mayo, tan ligada al régimen

---

MONSIVÁIS, 1981, muestra sugerentemente el papel central que desempeñará Celia Montalván, arquetipo de la vedette, "una de las primeras mujeres significativas de la primera generación revolucionaria" (p. 37) y Cantinflas, "sinónimo del mexicano pobre, representante y defensor de los humildes" (p. 94).

[48] BASURTO, 1980, pp. 219-221: fue en 1948, a causa de un líder, "El Charro" Díaz de León.

[49] Es necesario realizar un estudio de las fuentes y de los canales de financiamiento, fundamental para dibujar el fomento por el Estado del "movimiento obrero" organizado.

[50] Los hermanos Mayo, un grupo de refugiados españoles, escogen su seudónimo como homenaje a la fiesta de mayo, como símbolo de rebeldía, viva internacionalmente. Gracias a ese interés por la celebración, el historiador cuenta con un valioso fondo iconográfico de los 1º de mayo mexicanos.

de Porfirio Díaz. Así, una de las grandes fechas del porfiriato fue sustituida por una de las fiestas de la revolución institucionalizada. El aniversario de la victoria en Puebla de Ignacio Zaragoza se recuerda frente a su tumba, en el panteón de San Fernando desde principios de la década de 1870, y en 1876, con la notable participación del Gran Círculo de Obreros. Pero fue Porfirio Díaz quien dio más lustre a la fecha al presidir anualmente, durante todo su largo gobierno, la ceremonia tempranera en el cementerio, seguida siempre de otra celebración —con una oración cívica y un desfile militar— en el Zócalo, en la alameda o, más tarde, en Chapultepec, en algunos años acompañada de la inauguración de las estatuas que celebran la Reforma en el paseo homónimo. El cronista de *El Monitor Republicano*, en el apogeo del porfiriato, comparó repetidamente esta festividad con la del 15 de septiembre, insistiendo en su carácter multitudinario y popular, que reunió al pueblo pobre "que con jaranas, pulque y tequila invade las calles lanzando vivas a Zaragoza con bélico entusiasmo".[51] Después de la caída de Díaz, el patrocinio presidencial de la fiesta se continuó todavía durante la administración carrancista: se escogió la fecha para descubrir las placas que cambiaron el nombre de varias calles del centro, honrando así a héroes de la entonces reciente revolución como Madero, Pino Suárez y Belisario Domínguez. Pero a partir de 1922, el primer mandatario no volvió a presidir[52] la ceremonia en San Fernando, sino que lo hicieron funcionarios menores. En Puebla, y en ocasiones muy particulares —tres durante el sexenio de Ávila Camacho, de origen poblano— por donde tendría lugar el homenaje presidencial a Zaragoza, lo cual le dio una dimensión más regionalista que nacional. El desinterés de los regímenes posrevolucionarios por esa fiesta popular que era el 5 de mayo correspondió así, de modo

[51] Juvenal, en *El Monitor Republicano* (8 mayo 1892), p. 1: "Charla de los domingos".

[52] Excepto en 1932, bajo la presidencia de Pascual Ortiz Rubio. Sierra, 1983, pp. 62 y ss, en "Crónica conmemorativa del 5 de mayo" repite, hablando de los rituales de los años veinte, que "iban decayendo notablemente", Romero, 1983.

clarísimo, a la oficialización del día del trabajo;[53] pero resulta evidente que el 1º de mayo no retomó el carácter que los cronistas del siglo pasado le daban al aniversario de la batalla de Puebla. Habría así una ruptura entre la fiesta popular de antaño y el nuevo rito sindical que Rosendo Salazar, el historiador militante de "las pugnas de la gleba" propuso como una mera ocurrencia:

> [. . .] dígase lo que se quiera, el sindicalismo y sus manifestaciones no entran aún —y creo que no entrarán nunca— en el sentimiento inquieto de las masas populares. Masas sindicales y masas populares son cosas muy distintas en la vida nacional. El pueblo guarda lo suyo y lo suyo posee colorido de fiesta y lo externa con animación particular.[54]

¿Ceremonia pública o fiesta popular?: 1º de mayo

Si fue tan exitoso espontáneamente en otros países se debió a que combinaba sus motivaciones obreristas con un carácter de fiesta, de amplia participación popular. En los países europeos, donde se difundió y se implantó con gran rapidez, el 1º de mayo es una fiesta popular, familiar y —es importante subrayarlo— obrera. En México, las fuentes indican un número siempre mayor de manifestantes que pasaron frente al balcón de Palacio Nacional, pero cuya participación sirvió de telón de fondo a la representación de la unidad nacional. Se leyeron las inscripciones que retomaban las consignas sindicales, se oyeron las voces de los líderes máximos. En los años en que la prensa habló de centenares de millares que desfilaron, se transcribieron exhaustivamente los juicios de los diversos secretarios de

[53] Martínez Assad, "El ritual patriota", en *El Nacional* (14 sep. 1994), subraya que el 5 de mayo, considerado por los poblanos como uno de los espacios para la construcción de la identidad, no tuvo alcances nacionales. Precisamente por la evolución de esta fecha habría que matizar su afirmación de que "los antecedentes arquetípicos de la celebración de las fiestas patrias, tal como las conocemos, se establecieron en el porfiriato".

[54] Salazar, 1965, pp. 240-241.

Estado que calificaron y valoraron el acontecimiento de un año a otro, a menudo en los mismos términos: la celebración sirvió para mostrar "la conciencia" de una entidad denominada Movimiento Obrero que hizo patente su "agradecimiento" al jefe del Estado.

Dicha personalización apareció en 1917, cuando a la toma de posesión de Carranza como presidente de la República siguió un desfile de los trabajadores, menos para celebrar su fiesta que para rendir un homenaje personal al primer jefe. En los veinte, los mismos dirigentes sindicales firmaron la muy oficial invitación que se hizo al presidente:

> [. . .] nos permitimos con toda atención suplicarle se sirva presenciar desde los balcones del Palacio Nacional el desfile de las masas obreras que, al enarbolar la bandera de la CROM, proclaman los nobles principios revolucionarios sostenidos por el Gobierno que actualmente rige los destinos de la República.[55]

El general Calles, más que los otros presidentes que lo precedieron y lo siguieron en el poder, se preocupó por asistir desde el balcón presidencial a los desfiles obreros, con su gabinete, los representantes de los demás poderes y el cuerpo diplomático. Éstos fueron justamente los años en que se fue constituyendo el 1º de mayo soviético, con su énfasis en lo político y en el papel centralizador, en una escenografía cada vez más rígida, de la tribuna. La integrada en México al mismo Palacio Nacional y ocupada por dirigentes políticos y sindicales, permitió poner en el centro de la manifestación a los mandatarios y, más que nadie, al presidente, frente al cual pasaron y se manifestaron todos los participantes en el desfile. Como en las celebraciones soviéticas, la fiesta de los trabajadores se convirtió así en uno de los procesos de creación de imagen del primer

[55] La invitación se repite textualmente en las cartas firmadas por Alfredo Pérez Medina, de la Federación de Sindicatos Obreros del D.F., el 22 de abril de 1927 y el 13 de abril de 1928: AGN, *Presidentes, Obregón/Calles*, exp. 205D4. El presidente Lázaro Cárdenas será a su vez invitado por la CTM, como lo muestran diversas cartas contenidas en AGN, *Presidentes, Cárdenas*, LC135.

mandatario, "pero también en la misma medida, decreciente [de] la de los demás jefes".[56]

Obviamente, la prensa y los medios masivos amplificaron aún más este efecto. Pero también la historiografía, cercana a las organizaciones sindicales, contribuyó a él. En su trabajo sobre los 1º de mayo en México, Salazar reunió en un párrafo la orientación totalitaria del ritual con su carácter presidencialista:

> Lázaro Cárdenas y Abelardo L. Rodríguez dirigieron mensajes el 1º de mayo. Una vez por todas diré que la ceremonia de esa fecha se efectuaba en todo el país. Imaginemos una nación detenida, con sus antorchas en alto, en desfile cívico, hacia los lugares consagrados a los héroes del trabajo.[57]

Las pancartas que desfilaron y, más aún, los gigantescos desplegados sobre las fachadas que rodeaban el Zócalo repetían el nombre del gran tlatoani. Primero, para manifestar la adhesión de las centrales sindicales a la política presidencial: "General Cárdenas, los trabajadores estamos satisfechos de su actitud" en 1936; "La Nación con el General Ávila Camacho", en 1941. Luego, para solicitar medidas favorables, para hacer explícitos anhelos y demandas: "Señor Presidente: ¿hasta cuándo se dictarán medidas efectivas para abatir el encarecimiento de la vida?" (1944), "Señor Presidente: no se han dado los terrenos a los héroes del glorioso escuadrón 201" (1948). El "agradecimiento" de los sindicatos al mandatario en turno que se manifestó por primera vez en el último año del periodo cardenista se volvió una constante del día del trabajo: el simulacro de gratitud permitió desplegar propagandísticamente los intereses del sexenio. En un cartel móvil, en un carro alegórico,

> [...] un enorme libro que llevaba la CROC se leía: Miguel Alemán V. Presidente Constitucional de los Estados Unidos Me-

[56] PANACCIONE, 1992, p. 178.
[57] SALAZAR, 1965, p. 120.

xicanos 1946-1952. Irrigación, Electrificación, Industrialización, Carreteras, Ferrocarriles, Escuelas, Petróleo, Agricultura, Ciudad Universitaria. *Así se escribe la historia* FOL-CROC.[58]

Con Miguel Alemán el 1º de Mayo fue, ante todo, una puesta en escena de la relación personal de las masas con el presidente: en 1947 los manifestantes escucharon su voz mediante altavoces que transmitieron un discurso pronunciado en ese mismo momento en Washington, en la primera visita de un mandatario mexicano al Congreso estadounidense. A partir de 1951 el jefe de Estado encabezó el desfile, al lado de los jefes sindicales, como "el primer trabajador de la nación". Las grandes pancartas que decoraban el Zócalo elogiaron a Alemán: "constructor, obrero, estadista".

La fiesta de los valedores: 1º o tres de mayo

Juvenal, el cronista de *El Monitor Republicano* de fines del siglo XIX, al hablar sobre los diversos sucesos capitalinos en la semana del 5 de mayo, lo asoció siempre con la fiesta del 3 de mayo, la de la Santa Cruz, "la fiesta ruidosísima de los valedores, el día de los cohetes y de las fuentes enfloradas y de los bodorrios en familia, y del arpa y la jarana, y del pulque de apio y otros pulques".[59] Es la fiesta de los albañiles en la que a mediodía, en medio del ruido y del baile, se coloca en el palo mayor y en las cornisas de la obra en construcción una cruz de madera adornada con flores. El mismo cronista subrayó el carácter popular de la fiesta:

> [. . .] en las casas de vecindad de los viejos barrios de la metrópoli hubo, cuentan los reporteros, la gran bronca del martes [del día 3]; los valedores y aparceros organizaron saraos estilo nacional y se divirtieron a cuerpo de rey con sus comadritas vestidas en grande tenue con sus enaguas almidona-

[58] *Excelsior* (2 mayo 1952).
[59] Juvenal, *El Monitor Republicano* (6 mayo 1894), p. 1: "Charla de los domingos".

das, sus sacos de percal y sus trenzas adornadas con moños. Y acaso y sin acaso han gozado más que los de pipa y anteojo en sus espléndidos salones [reunidos para la fiesta oficial del 5 de mayo].[60]

El rito propiamente religioso en torno a la cruz (bendición, procesión y misa) se acompaña de una gran comida, en la cual es tan tradicional la barbacoa como abundante "el trago,[61] terminando la fiesta con una verdadera borrachera de todos los albañiles y sus cofrades [. . .] que tiene más de pagana que de religiosa".[62] Que los trabajadores de la construcción derrochen en alcohol y en cohetes sus ahorros de meses asombra a los observadores. Los orígenes de la tradición parecen provenir de la época colonial: un artículo periodístico de 1918 explicó que fue entre los talabarteros donde se erigió la cruz por primera vez, dando lugar a la construcción de una capilla.[63]

La institucionalización del día del trabajo no opacó la fiesta; por el contrario, en la prensa de los años veinte, era frecuente su descripción y su evocación fotográfica, fueron los años en que se revaloraron las viejas tradiciones populares: *Mexican Folk-ways* le consagró un artículo, y Roberto Montenegro representó el tema en su mural del Colegio de San Pedro y San Pablo. La fiesta ya no se circunscribió a los viejos barrios populares de la metrópoli, a la fiesta mayor en Santa Cruz Atoyac, Santa Cruz Acatlán y Santa Cruz Ameyalco, sino que se hizo presente en los rumbos de fuerte expansión de la ciudad, los llamados sectores medios: en 1929, "en ninguno tuvieron tal animación como en las colonias Roma, Hipódromo, Condesa y Del Valle, donde se levantan actualmente innumerables construcciones y por

[60] *El Monitor Republicano* (8 mayo 1892), p. 1.

[61] *Excelsior* (4 mayo 1925), 2a. sección, p. 1.

[62] VÁZQUEZ SANTA ANA, 1953, p. 65.

[63] *La Nación* (3 mayo 1918), p. 3: "Orígenes de la costumbre de 'parar la Cruz' el 3 de mayo", WECKMANN, 1983, vol. II, p. 485, señala que desde fines del siglo XVI la cofradía del gremio de albañiles estuvo bajo la advocación de la Santa Cruz.

ende hay millares de albañiles trabajando en las mismas".[64] En los años cuarenta, Frances Toor asoció la creciente construcción de edificios al "ruido ensordecedor" de la Santa Cruz.[65] ¿Cómo explicar la relación del gremio de los albañiles con la erección de la cruz? Los talabarteros le rindieron culto en la época colonial y los zapateros pusieron su gremio bajo esa advocación: en 1912, en el primer aniversario de la Sociedad Santa Cruz, un poeta popular declamó un canto que alterna en sus versos el homenaje a la cruz con un llamado al obrero.[66]

Si bien, los trabajadores de la construcción eran muy numerosos ya desde el porfiriato —los censos de 1900 y 1910 indicaron una proporción elevada entre los artesanos—, su fuerza sindical era muy débil, como lo subrayó uno de los pocos estudiosos de ese sector laboral.[67] La disgregación del gremio y del sistema de oficio quizá contribuyan a la simple demanda de reivindicaciones inmediatas y al poco alcance de su organización sindical. El trabajo de la construcción supuso el uso de la fuerza bruta, la erección de pilotes y el levantamiento de edificaciones; ahora bien, ninguno de estos temas, que podrían servir para la representación alegórica, tradicionalmente masculina, de la construcción del mundo nuevo por los proletarios, se encontraba en el 1º de mayo mexicano. El movimiento social estará representado, como en otros países, por los mineros o los trabajadores metalúrgicos.

Los estudiosos de este gremio observan que es transitoria la incorporación de trabajadores al mercado de trabajo de la construcción puesto que, en su mayoría de origen campesino y a menudo indígenas, pasan por dicho sector en su adaptación al medio urbano o en un flujo estacional en busca de ingresos complementarios a la producción

[64] *Excelsior* (4 mayo 1929), 3a. sección, p. 1.

[65] Toor, 1947, p. 223.

[66] *La Guacamaya* (12 mayo 1912), p. 4: "Santa Cruz", recitada por su autor, Timoteo Belmont: "Y si en tu alma inspirada / Hay fuerza y valor de sobra / Para concluir la jornada / Ya que tu obra está empezada / ¡Obrero! completa tu obra / ¡Santa Cruz! Sigue tu vuelo".

[67] Véanse los censos en Cardoso, 1980 y Germidis, 1974.

agrícola. ¿Habría entonces una relación entre la Santa Cruz de los obreros de la construcción y las creencias y las tradiciones rurales? Según la antropóloga Johanna Broda, numerosísimos son los lugares, desde Oaxaca hasta Veracruz, pasando por el altiplano central, en los que se encuentran ritos en torno a la cruz, de una "extraordinaria importancia en términos del calendario prehispánico", ya que se celebran al final de la estación seca, cuando hay que atraer el agua fertilizadora:

> [. . .] la cruz cristiana reúne en sí el simbolismo prehispánico de las deidades del maíz, de la tierra y las lluvias, se le invoca como "nuestra madre", "nuestra señora de los mantenimientos" y se le adorna con guirnaldas de flores y panes.[68]

También en Europa el mes de mayo es el del renacimiento de la vegetación, el paso del invierno a la primavera, el retorno de la luz y del sol después de la noche: temática enterrada que nutre ampliamente las primeras celebraciones europeas del 1º de mayo y que explica quizá su rápido y unánime éxito: al abrir una estación nueva, al abrirse los vegetales en flor, "aurora de los tiempos nuevos", el 1º de mayo se representa, en los cantos, los textos y las imágenes de sus primeros años, mediante el simbolismo del sol naciente y alegorías en torno a la vegetación. Además, los folkloristas de diversos países han recogido usos rurales del primer día de mayo, herencia de tiempos remotos, que con diversas variantes giran en torno a un árbol o a una rama que se coloca en un sitio preponderante, a la entrada de la casa o en la plaza del pueblo. A fines del siglo XVI, en diferentes contextos[69] se trataron de eliminar estas fiestas ligadas a la vegetación, consideradas como paganas, o se intentó al menos remplazarlas, mediante la analogía en la

[68] BRODA, 1991, pp. 476 y ss.

[69] En el siglo XVI se juzgó como satánico el culto del *maypole*, el palo de mayo. En Italia, el papel de san Carlos Borromeo fue fundamental en la cristianización del calendario, precisamente en la época de la Contrarreforma y de la reforma gregoriana del calendario. Véase DONNO, 1990, pp. 222-223.

forma simbólica con la cruz o utilizando la cercanía de la fiesta del día 3. Así, en Italia se cristianizaron con la erección del "árbol" de la redención los lugares donde era tradición erigir árboles de mayo. Por su parte, Julio Caro Baroja ha observado que en Andalucía y en Extremadura —como es bien sabido, zonas de intensa emigración hacia América—, el culto de las cruces, bastante frecuente, también ha sustituido al uso más antiguo de los mayos o pirulitos:[70]

> [...] el nombre aquí registrado de pirulito por mayo podríamos relacionarlo con algún diminutivo de pila, columna: la sustitución es evidente y es curioso que desde un principio se halle mezclado el elemento pagano con el cristiano en todo lo referente a la fiesta de la Cruz.

Es evidente y curioso, habría que añadir aquí, el nexo entre la columna, el palo mayor y la obra de construcción, cuyos trabajadores celebran particularmente el símbolo de la cruz. En Francia se conocen casos de mayos plantados por las corporaciones en un lugar colectivo asociado con el trabajo (por ejemplo, por los albañiles en el tope de la casa que acaban de terminar), pretexto y punto de reunión para la fiesta.

Contrariamente a lo que sucede en otros países, en México el 1º de mayo, fiesta nacional, no se funda en este simbolismo que, en cambio, se manifiesta en las celebraciones de la Santa Cruz, que es una fiesta popular. El 3 de mayo, protagonizado por un gremio de trabajadores poco sindicalizado y todavía muy ligado a las tradiciones rurales, se manifiesta ese sector de la clase obrera que se ocupa de la construcción. Ambas fechas marcan el principio de ese mes, según Alan Knight, "particularmente ocupado",[71] en el que a las celebraciones de la tradición liberal patriótica se sobreponen los nuevos rituales y símbolos del Estado posrevolucionario.

[70] Caro Baroja, 1979, p. 87.
[71] Knight, 1994, p. 407.

Epílogo: 1952

Las ceremonias y fiestas de principios de mayo en 1952 sintetizaban la evolución del calendario y el reacomodo de sus formas rituales, que este artículo ha pretendido delinear. La tradicional y multitudinaria manifestación, en la capital de la República, parece todavía más "grandiosa" que en años anteriores: durante más de cuatro horas desfiló medio millón de trabajadores —muchos contingentes de burócratas, entre ellos— frente al balcón de Palacio, frente al presidente Alemán. Se le agradece su obra, se celebra al "Obrero de la Patria", que se asoció con ella en una identificación que ilustraron los titulares de la prensa: "La Bandera de la Patria y la Figura del Presidente Alemán, Aclamadas".[72] Los símbolos del nacionalismo opacaron y remplazaron el valor internacionalista que tuvo el 1º de mayo en sus orígenes, y el tópico conmemorativo de Chicago como razón de la celebración se insertó en el marco de la temática de la guerra fría. El 1º de mayo, antes socialista, se convirtió, en México, en una ceremonia que excluyó a los comunistas.

Así, para impedir que llegaran a "colarse" (y a desfilar ante el Palacio nacional) izquierdistas o henriquistas en ese año de álgida contienda electoral, trabajadores de Limpia "limpian" el Zócalo de indeseables; y un grupo comunista fue atacado por pistoleros —según las fuentes— de la organización anticomunista de "los Dorados", la Acción Revolucionaria Mexicanista, frente al Palacio de Bellas Artes. La multitud intentó perseguirlos dentro del recinto, donde se habían refugiado. La intervención de la policía y la balacera consiguiente provocaron, además de las dos víctimas, un centenar de heridos y más de doscientos detenidos. El local del Partido Comunista fue allanado y se apresó a sus dirigentes —así como al líder de la caravana de mineros de Nueva Rosita. A once de ellos se les acusó del delito de disolución social.[73]

[72] *Novedades* (2 mayo 1952), p. 1.

[73] *Novedades* y *La Prensa* culpan totalmente a los comunistas; *Excelsior*

No sólo el día del trabajo se sitúa en este marco. En 1952 la fiesta de la Santa Cruz contribuyó, también, a la gloria del presidencialismo. En la Ciudad Universitaria, cuya construcción es la obra simbólica del desarrollo alemanista, tuvo lugar una gran fiesta: a los trabajadores se les obsequiaron overoles y zapatos mientras que ellos ofrecían una gigantesca barbacoa —600 borregos y 10 000 cohetes, todo en grande. Si bien el principal homenajeado, declarado "primer albañil constructor de la Patria" finalmente no asistió a la comida, el discurso del ingeniero y constructor Bernardo Quintana subrayó la nueva dimensión representantiva que puede adquirir el 3 de mayo: "Esta celebración, que los constructores sentimos también como cosa propia y entrañable y que tiene ya una tradición de 16 siglos, adquiere hoy perfiles que en más de un sentido carecen de precedentes. . .".[74] El albañil, según su discurso, debe ser considerado como representativo del trabajador mexicano, en un proceso individual que lo lleva del campo a la ciudad y en un proceso colectivo que lo lleva de la Revolución a una industrialización acelerada:

> [. . .] efectivamente, es frecuente [en] la construcción la puerta de ingreso del obrero a las industrias que requieren mayor especialización y preparación, y podríamos llamarla, con verdad, la escuela primaria del trabajador. Es en las obras donde éste tiene su primer contacto con las disciplinas de la técnica y la labor colectiva y donde primeramente disfruta de las ventajas que le conceden nuestras leyes laborales. De ahí que toda mejoría en sus condiciones culturales y vitales contribuye a fomentar la industrialización del país, meta grandiosa de los gobiernos revolucionarios y tendencia clara y constante del actual régimen.[75]

---

y *El Universal* incluyen las diversas versiones de los hechos sangrientos. Sólo *El Popular* denuncia claramente a los "dorados" como agentes policiacos encubiertos y a un plan gubernamental para intimidar antes de las elecciones. Este último periódico seguirá ocupándose hasta el mes de junio de las consecuencias del 1º de mayo.

[74] *El Popular* (4 mayo 1952), p. 2.

[75] *El Popular* (4 mayo 1952), p. 2.

En cuanto al 5 de mayo de 1952, ese día, noventa años después de la batalla que conmemora, tuvo lugar la tradicional ceremonia; en el panteón de San Fernando se escuchó la acostumbrada oración cívica del licenciado Rubén Gómez Ezqueda, el mismo que año con año la ha pronunciado desde 1936... Ciertos ritos se extinguen, aparecen otros, el calendario cívico se transforma.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AGN Archivo General de la Nación, México.

ALMADA, Francisco R.

1976 "La fiesta del trabajo", en *El primer.*

ÁVILA ESPINOZA, Felipe Arturo

1993 "La sociedad mutualista y moralizadora de obreros del Distrito Federal (1909-1911)", en *Historia Mexicana,* XLIII:1(169) (jul.-sep.), pp. 117-154.

BASURTO, Jorge y Aurora LOYO

1980 *Del avilacamachismo al alemanismo (1940-1952).* México: Siglo Veintiuno Editores.

BRODA, Johanna

1991 "Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica", en *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

CARDOSO, Ciro F. S. y Francisco G. HERMOSILLO

1980 "Las clases sociales durante el estado liberal de transición y la dictadura porfirista (1867-1910)", en *De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios.* México: Siglo Veintiuno Editores.

CARO BAROJA, Julio

1979 *La estación de amor, fiestas populares de mayo a San Juan.* Madrid: Taurus.

CORDILLOT, Michel y Hubert PERRIER

1990 "The Origins of May Day: The American Connection", en DONNO, pp. 439 y ss.

DOMMANGET, Maurice

1953 *Histoire du Premier mai.* París: Sedis.

DONNO, Gianni (comp.)

1990 *Storie e immagin del 1º Maggio.* Manduria-Bari Piero Lacaita Editore.

FONER, Philip S.

1986 *May Day.* Nueva York: International Publishers.

GARCÍA CANTÚ, Gastón

1969 *El socialismo en México, siglo XIX.* México: Era.

GERMIDIS, Dimitri

1974 *El trabajo y las relaciones laborales en la industria de la cônstrucción.* México: El Colegio de México.

KNIGHT, Alan

1994 "Popular Culture and the Revolution State in Mexico 1910-1940", en *The Hispanic American Historical Review,* 74:3 (ago.)

MONSIVÁIS, Carlos

1981 *Escenas de pudor y liviandad.* México: Grijalbo.

MONZÓN, Rosalinda

1979 "Celebraciones del Primero de Mayo en México (1914-1941), en AMCEHSMO.

PANACCIONE, Andrea

1990 *Il 1º Maggio tra passato e futuro.* Manduria-Bari Piero Lacaita Editore.

1992 "Sul 1º Maggio in URSS fino alla seconda guerra mondiale", en PANACCIONE.

El primer

1976 *El primer 1º mayo.* México: Centro de Estudios Históricos sobre el Movimiento Obrero.

RODRÍGUEZ, Miguel

1990 *Le ler mai.* París: Gallimard.

ROMERO *et al.*

1983 *El 5 de mayo de 1862 a través de la historia de México.* México: Departamento del Distrito Federal «Conciencia Cívica Nacional».

SALAZAR, Rosendo

1965 *Los primeros de Mayo en México.* México: Costa-Amic.

SIERRA [*sic*]

1983 "Crónica conmemorativa del 5 de mayo", en ROMERO.

TOOR, Frances

1947 *A Treasury of Mexican Folkways.* Nueva York: Crown Publishers.

VÁZQUEZ SANTA ANA, Higinio

1953 *Fiestas y costumbres mexicanas.* México: Botas, t. II.

WECKMANN, Luis

1983 *La herencia medieval de México.* México: El Colegio de México.

EL PROYECTO DE ESTADO DE MAXIMILIANO A TRAVÉS DE LA VIDA CORTESANA Y DEL CEREMONIAL PÚBLICO

Érika PANI*
El Colegio de México

EL SEGUNDO IMPERIO MEXICANO representa un campo en el que los literatos —como José Zorrilla, Victoriano Salado Álvarez, Malcolm Lowry, Rodolfo Usigli y Fernando del Paso— se han sentido más cómodos que los historiadores. Y no cabe duda de que la trama se presta: dos príncipes jóvenes y apuestos, ingenuamente convencidos de que iban a regenerar al país mediante bailes y músicas austriacas. Maximiliano, como buen héroe romántico,

> [...] gustaba de la literatura y del estudio de las ciencias naturales; cazaba insectos; escribía máximas humanísticas y formaba frases de gran simbolismo.[1] Rara vez [escribió Egon Caesar Conte Corti] un episodio trágico de la historia ha despertado tal eco de simpatía en todo el mundo como la suerte de la desventurada pareja imperial de México.[2]

El emperador murió fusilado en el cerro de las Campanas; Carlota se volvió loca y murió, ya entrado el siglo XX, junto a un muñeco de trapo al que llamaba Max.[3] Esta vi-

* Agradezco los comentarios y sugerencias de la doctora Pilar Gonzalbo y de mis compañeros del Seminario "Vida Privada en Hispanoamérica".

[1] LÓPEZ SERRANO, 1969, p. 93.
[2] CORTI, 1927, p. 1.
[3] KRAUZE, 1994, p. 271.

sión pintoresca del imperio, a la vez cómica y trágica, permea profundamente el imaginario histórico nacional, de manera que la historiografía reciente sobre el periodo aún no logra —o no quiere— deshacerse de ella: para Luis González y González, Maximiliano es "un príncipe de cuento de hadas"; para Enrique Krauze, un soñador.[4]

Pensamos que esta visión novelesca puede oscurecer nuestra percepción del imperio. Dentro de esta perspectiva, se nos hace fácil descartar el traje charro de Maximiliano, los cortesanos enmoñados, su reglamento de etiqueta, y sus fiestas como meras excentricidades algo frívolas. Por su parte, la historiografía decimonónica sobre el imperio —José María Iglesias, Manuel Payno, José María Vigil— condenó toda la pompa imperial por ridícula y costosa, con el "orgullo republicano" de quienes participaron del "liberalismo triunfante".[5] Sin embargo, cabe preguntarse ¿hasta qué punto estas apreciaciones cuadran con la realidad? Maximiliano y Carlota habían dejado Miramar para instalar un gobierno monárquico en México. Eran portadores de un sistema de gobierno que era el modelo vigente en la mayoría de los países "civilizados". La vida cortesana y el ceremonial público formaban parte íntegra de este modelo político, tanto en las monarquías tradicionales[6] como en los imperios "nuevos" como los de Napoleón III y Bismark.

Dentro de este contexto histórico, nos parece poco congruente pensar que Maximiliano escribió el reglamento para los servicios de honor y ceremonial de la corte durante la mayor parte del viaje de Miramar a Veracruz sólo porque no tenía cosas más importantes en qué pensar.

[4] GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, 1965, p. 103 y KRAUZE, 1994, pp. 249-274.

[5] Payno había colaborado con el imperio (fue regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México). Pero lo incluimos aquí porque su libro *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos*. . . es un esfuerzo por redimirse ante los ojos del grupo en el poder.

[6] Véase el interesante artículo de David Cannadine, "The Context, Performance and Meaning of Ritual: The British Monarchy and the 'Invention of Tradition', 1820-1977", sobre la creciente sofisticación e importancia del ceremonial real en Inglaterra durante las últimas décadas del siglo XIX, en HOBSBAWN y RANGER, 1983, pp. 101-164.

Para los emperadores, como para sus "colegas" europeos, el funcionamiento de la corte y la elaboración de un ceremonial público representaban piezas importantes de la maquinaria del gobierno. En este trabajo pretendemos acercarnos a los ritos y símbolos del imperio, interpretándolos como elementos de la política imperial. ¿Qué pretendían lograr Maximiliano y Carlota a través de la corte y de sus condecoraciones, su etiqueta y sus bailes? Maximiliano era un archiduque austriaco, que se sentaba en el trono de México gracias a las bayonetas francesas —si bien él estaba convencido de haber sido "llamado" por la mayoría de la población.[7] ¿Cómo utilizó las fiestas y los símbolos "patrios" para afianzar y legitimar su régimen?

En estas páginas analizaremos la corte y los rituales cívicos del imperio como parte de un modelo de gobierno. Nuestro objetivo es explorar cómo fueron utilizados para llenar funciones de formación de alianzas, legitimación, propaganda, etc. Sin embargo, nos preguntamos, aunque quede fuera del enfoque de este trabajo, ¿qué tan viable era este modelo para México? La faramalla imperial era extremadamente costosa: el presupuesto personal de los emperadores era de 1 700 000 pesos al año. En comparación, en 1869 el presupuesto de la presidencia era de 71 211 pesos.[8] Este tren de gastos era absolutamente insostenible, no sólo debido a la miseria del país, sino a la incapacidad del erario público, durante la mayor parte del siglo XIX, de disponer de un flujo confiable de fondos. Esto condenaba al imperio a depender de los capitales extranjeros y sobre todo franceses. La suerte de Maximiliano y Carlota dependía, tanto militar como económicamente, de la presencia y cooperación de un país que había aprovechado la debilidad de un México exhausto para llevar a cabo sus fines imperialistas, cuyo ejército ocupaba partes del territorio nacional desde 1862, negándose a acatar las disposiciones de los tratados

[7] Robert Duncan, "Political Ligitimation and Maximilian's Second Empire in Mexico, 1864-1867". México: Ponencia. IX Reunión de Historiadores Canadienses, Mexicanos y de los Estados Unidos, 1994, p. 5.

[8] PAYNO, 1981, pp. 601 y 608.

de la Soledad, y que era percibido, por gran parte de la población, como el enemigo invasor. El aparato imperial tenía su razón de ser, respondía a necesidades políticas y sociales del gobierno del emperador. Algunos de sus elementos tuvieron éxito, como veremos a continuación. Pero el imperio de Maximiliano era como un elaborado escenario de cartón; se trataba de un proyecto de nación cuyas bases lo condenaban al fracaso.

La corte imperial

> No comprendía yo cómo personas independientes de más que regular fortuna ambicionasen ciertos títulos y tuviesen por más alta honra verse citadas en los periódicos entre las personas de servicio como chambelanes, caballerizos y otros [...] y menos al tratarse de distinguidísimas señoras que eran reinas en sus casas y constituían en Palacio damas de servicio semaneras.[9]

¿Quiénes conformaron la corte de Maximiliano y Carlota? Al leer los nombres de quienes fueron damas de palacio de la emperatriz, y chambelanes y caballerizos del emperador, vemos que, por un lado, se hizo un rescate de la nobleza colonial: aparecen los Suárez Peredo, Condes del Valle de Orizaba; los Morán, Marqueses de Vivanco; los Rincón Gallardo, Marqueses de Guadalupe; los Sánchez Navarro; los Sánchez de Tagle; los Cervantes; los Raigosa; los Lizardi, y los Del Valle.[10] Nos llamó la atención que el Marqués de San Juan de Rayas, que había escrito a Maximiliano diciendo que "había dispuesto caminar hasta el puerto de Veracruz, con el solo objeto de tributar a Vuestra Majestad el homenaje de su fidelidad y de su respeto",[11] no aparece nunca nombrado en las crónicas de la corte. Su es-

[9] García Cubas, 1950.
[10] Algara, 1938, p. 67.
[11] Carta del Marqués de San Juan de Rayas al emperador, sin fecha, AGN, *Segundo Imperio*, c. 101.

posa solicitó una pensión que, al parecer, le fue negada.[12] Concepción Adalid, hija del Marqués de San Miguel Aguayo, venida a menos, solicitó a la emperatriz que la nombrara dama de palacio, puesto que implicaba un sueldo. La emperatriz se rehusó, diciendo que "por lo mismo que eran sus antecedentes tan distinguidos, no podía nombrarla dama de honor con sueldo, pues sería abatir su dignidad".[13] De esto, podríamos quizás sugerir que si bien los emperadores quisieron dar un lugar dentro del imperio a la aristocracia colonial, se limitaron a aquellos cuyo título venía acompañado de pesos económico y social. Maximiliano y Carlota hicieron también un rescate, aunque mínimo, de la antigua nobleza indígena: una de las dos damas de honor de Carlota era Josefa Varela, "una auténtica india, ...de color café oscuro", descendiente de Moctezuma o Nezahualcóyotl.[14]

Por otro lado, entre los cortesanos se encontraban también los que podríamos llamar "intervencionistas destacados": Juan Nepomuceno Almonte, miembro de la Regencia, era gran canciller y gran mariscal. Su esposa Dolores Quezada era dama de palacio, así como Manuela Gutiérrez Estrada de Barrio, hija del más eminente monarquista mexicano y Mercedes Esnaurrizar de Hidalgo, madre de José Hidalgo, quien fue un personaje clave, por su cercanía con Eugenia de Montijo, en las negociaciones de los intervencionistas mexicanos con Napoleón III.[15] Las esposas de los ministros de Estado de Maximiliano —las señoras Ramírez, Escudero y Lares— y de los generales imperialistas —como las esposas de Leonardo Márquez y de Mariano Salas— también formaron parte de la corte.[16] En un "gran acto de reparación" y como "órgano de reconocimiento y de justicia de la historia", Maximiliano otorgó a la hija y a los nietos de Agustín de Iturbide el título de Príncipes de Iturbide.[17] La

[12] AGN, *Segundo Imperio*, c. 98.
[13] ALGARA, 1938, p. 67.
[14] HAMANN, 1989, p. 170 y LUCA DE TENA, 1990, p. 84.
[15] CORTI, 1927, pp. 75-76.
[16] *El Diario del Imperio* (25 mar. 1865).
[17] Circular del ministro de Relaciones Exteriores al Cuerpo Diplomá-

familia era de "segunda categoría", precedida solamente por los príncipes imperiales, y debería recibir tratamiento de "alteza".[18]

¿Era una necesidad para los emperadores estar rodeados permanentemente de una multitud? Había aproximadamente 40 damas de palacio y entre 36 y 40 chambelanes,[19] que, como se turnaban cada semana en palacio,[20] estaban "de servicio" durante dos semanas al año cuando más. Maximiliano escribía a su hermano que él y su esposa "no veían casi nunca" a las damas de honor.[21] Estos nombramientos, por lo tanto, tenían poco que ver con el afán de los emperadores de vivir acompañados de gente de su agrado. Se trataba más bien de asegurar los vínculos del imperio con personas que podían serle útiles, a niveles económico, político y social. Por medio de la corte, los colaboradores de Maximiliano se encontraban ligados al régimen imperial no sólo a nivel profesional, sino también familiar y social. En sus viajes al interior, los emperadores hacían nombramientos a los notables de cada ciudad que visitaban.[22] A través de éstos pretendían crear una red de alianzas y lealtades entre el imperio y la "crema y nata" de la sociedad provinciana.

Así, podríamos pensar que la corte abría el campo de acción de la política imperial, extendiéndolo hacia la esfera social. Los bailes, las comidas y las cenas, los "lunes de la emperatriz", eran "fiestas políticas",[23] a las cuales asistía "todo México. . . la mitad porque fueron convidados, y la otra mitad porque se hicieron convidados".[24] A través de estos eventos sociales los emperadores podían conocer a

---

tico, septiembre de 1865, en WECKMANN, 1989, pp. 126-127.

[18] *Reglamento*, 1866, pp. 7-193.

[19] PAYNO, 1981, p. 617.

[20] *Reglamento*, 1866, pp. 174-175.

[21] Carta de Maximiliano a Carlos Luis, 26 de julio de 1864, en CORTI, 1983, p. 31.

[22] Véanse los casos de Puebla, Campeche y Mérida en *El Diario del Imperio* (9 jun. 1865, 13 ene. 1866 y 10 ene. 1866).

[23] *Advenimiento*, 1864, p. 331.

[24] Carta de Ignacio Palomo a Manuel Romero de Terreros, 25 de junio de 1864, en ROMERO DE TERREROS, 1926, p. 23.

"la élite de la sociedad mexicana",[25] incluyendo a aquellos que pertenecían al bando político rival. En el terreno puramente social, era aceptable que algunos liberales fieles a Juárez se acercaran a Maximiliano. Así, un personaje como Mariano Riva Palacio, liberal exaltado, casado con la hija de Vicente Guerrero, diputado en varios congresos, gobernador del Estado de México entre 1849-1852, padre de un destacado general republicano, que siempre se negó a colaborar con el imperio, podía sin embargo, asistir a bailes y tertulias en palacio, y escribía que "[aprobaba] de la política que hasta aquí [había] descubierto el Emperador, de sus maneras en lo particular, etcétera".[26]

La asistencia de personajes de "todos los partidos y opiniones" a las reuniones de los emperadores fue uno de los elementos de la vida cortesana que más llamó la atención a los observadores contemporáneos.[27] Quizás se pretendía que las fiestas cortesanas ofrecieran un espacio "neutro" que hiciera posible la reconciliación dentro de una sociedad fragmentada por la guerra de Reforma.[28] En una comida en León, Maximiliano había pedido que la banda de música tocara la canción anticonservadora "Los Cangrejos", que había sido prohibida por la Regencia.[29] La reconciliación nacional, que los "diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos [trabajaran] juntos",[30] era uno de

[25] "Faits divers", en *L'Ere Nouvelle* (11 ene. 1865).

[26] Carta de Mariano Riva Palacio a Manuel Romero de Terreros, 27 de agosto de 1864, en Romero de Terreros, 1926, p. 34.

[27] Véanse *Advenimiento*, 1864, p. 331; Carta de Ignacio Palomo a Manuel Romero de Terreros, 25 de junio de 1864, en Romero de Terreros, 1926, p. 23 , y Algara, 1938, p. 47.

[28] Debemos tener cuidado con la visión maniqueísta de la sociedad decimonónica dividida en dos bandos irreconciliables, cuando, biografías como la de Antonio Haro y Tamariz muestran qué tan "flexible" era la filiación política, y su sumisión a lazos de parentesco y amistad. Bazant, 1985. Sin embargo, las rivalidades políticas e ideológicas probablemente habían llegado a un estado álgido durante la guerra civil. Véase el episodio que relata Antonio García Cubas, cuando salvó a un hombre del bando contrario y éste se rehusó a saludarlo cuando lo vio en la calle. García Cubas, 1950, pp. 626-628.

[29] Arrangoiz, 1968, p. 592.

[30] Respuesta del archiduque a la diputación mexicana, 3 de octubre

los objetivos centrales de la política de Maximiliano. Que antiguos rivales políticos se frecuentaran socialmente podía ser un primer paso. Es interesante ver cómo esta estrategia de reconciliación se repitió en otros lugares del país. En Iguala, el coronel Abraham Ortiz de la Peña ofreció una comida en la que "no había más distinciones; el rico propietario estaba sentado junto al sencillo trabajador, el conservador brindaba con el liberal".[31]

Los nombramientos de la corte representaban también un medio de recompensar los servicios de quienes habían apoyado al imperio y quizás, de manera más importante, de "neutralizar" elementos imperialistas potencialmente peligrosos. Éste es el caso de Juan Nepomuceno Almonte, que había sido miembro de la Regencia, y que por su ultramontanismo y su falta de tacto político, representaba un obstáculo a la política liberal de Maximiliano.[32] Al nombrarlo gran mariscal, "primera dignidad de la Corte",[33] el emperador le concedió un gran honor, lo mantuvo dentro del aparato imperial... y lo retiró efectivamente de la vida política.[34] La corte representaba así un medio para manifestar públicamente la adhesión de sus miembros al proyecto maximiliano —estuvieran o no de acuerdo con él. Es interesante el caso del nombramiento de Guadalupe Morán de Gorozpe como dama de palacio. Pedro Gorozpe, conservador, cuya hacienda La Gavia se encontraba pacíficamente ocupada por fuerzas republicanas, rechazó el nombramiento de su mujer. Tras el descontento de los emperadores, se vieron obligados a aceptarlo.[35] Quizás el se-

de 1862, en *Advenimiento*, 1864, p. 76.

[31] "Fête patriotique", en *L'Ere Nouvelle*, 11 de septiembre de 1865.

[32] Rivera Cambas, 1961, p. 631.

[33] El gran mariscal era de "tercera categoría", en *Reglamento*, 1866, p. 19.

[34] Este tipo de estrategia, en una escala más modesta, es similar a la que describe Norbert Elias en la corte de Luis XIV. El rey, al mantener el equilibrio entre los dos grupos rivales —nobleza antigua y burguesía ennoblecida— los hace dependientes del trono. Elias, 1985, pp. 182-184.

[35] Algara, 1938, p. 61 y Arrangoiz, 1968, p. 645. Este último autor afirma que Maximilano amenazó con desterrar a Gorozpe si su mujer no aceptaba el cargo. Nos parece muy exagerado.

ñor Gorozpe hubiera preferido no demostrar demasiado entusiasmo por el imperio, para no alebrestar a las guerrillas que ocupaban su propiedad, pero tuvieron la "obligación social" de mostrarse fieles imperialistas.

El caso de Guadalupe de Gorozpe también llama la atención por otra razón. Destaca la importancia que tenían las mujeres dentro de este juego de redes y alianzas. "Fue de notarse —escribía Manuel Rivera Cambas en 1871— que las señoras tomaran tanta o mayor parte en las demostraciones públicas, manifestando ya, no entusiasmo, sino delirio, frenesí".[36] Haciendo a un lado la apreciación de algunos contemporáneos, que afirmaban que esto se debía a que "la Corte, los moños y los chambelanatos" eran "ridiculeces [. . .] de señoras",[37] el imperio de Maximiliano representó quizás la primera vez en la historia del México independiente —ignoramos lo que sucedió durante el primer imperio— en que las mujeres fueron invitadas de manera "oficial" a participar en la vida pública.[38] Además, con la mayoría de los intervencionistas, muchas mujeres acogieron con entusiasmo al imperio como defensor de la religión, contra un liberalismo ateo y anarquizante.[39] Este entusiasmo se iría enfriando conforme las relaciones entre los emperadores y la Iglesia se deterioraban. Parecería, además, que Carlota era poco popular entre las mujeres de su corte. Según Concepción de Miramón, las damas de honor iban aterrorizadas durante sus paseos con la soberana, que "pretendía saber hasta el nombre de las piedras", y las interrogaba incesantemente sobre cosas que ignoraban.[40]

[36] RIVERA CAMBAS, 1961, t. II-B, p. 630.

[37] Cartas de Antonio Riba y Echeverría y de José Ignacio Palomo a Manuel Romero de Terreros, 10 de marzo de 1864; 9 de octubre de 1865, en ROMERO DE TERREROS, 1926, pp. 12 y 89.

[38] Según André Bellessort, lo mismo sucede en el segundo imperio francés. BELLESSORT, 1961, p. 68.

[39] Hay que recordar el apoyo público que dieron muchas mujeres mexicanas a la Iglesia en 1856, a través de las protestas contra la libertad de cultos. Véase MARTÍNEZ BÁEZ, 1959.

[40] Según la autora, "los grandes estudios que había hecho esta señora y que son superiores a la capacidad de la mujer lastimaron su cerebro". MIRAMÓN, 1989, p. 486. A la Condesa Kolonitz le llamó mucho la atención

El desencanto de algunas mujeres conservadoras llegó hasta el punto en que dejaron de asistir a las fiestas —a las que de todas maneras iban sus maridos y hermanos.[41]

Maximiliano disponía también de otro instrumento para establecer lazos directos entre él y sus súbditos: las condecoraciones, que se conferían "por espontánea decisión" del emperador, "por hechos brillantes y honrosos de todas clases, por servicios distinguidos civiles o militares, y por obras públicas eminentes en las ciencias y en las artes".[42] El imperio retomó la Orden Imperial de Guadalupe, que había sido instaurada por Iturbide y revivida por Santa Anna, y las medallas a los méritos civil y militar. Además, estableció la Orden de San Carlos, para mujeres y, por encima de todas, la Orden del Águila Mexicana, para "consagrar por la creación de una nueva condecoracion el recuerdo de la reconstitucion de nuestra patria; dar una prueba de nuestra amistad fraternal a los Soberanos que Nos secundan y Nos animan [. . .] y recompensar el mérito de toda especie".[43]

Al otorgar una condecoración, el emperador no sólo premiaba a un súbdito sino que establecía una relación directa con él. Y, al contrario de lo que sucedía con los nombramientos de la corte, las condecoraciones servían para relacionar a Maximiliano con gente de un espectro social mucho más amplio —pues cabe recordar que quienes ingresaron a la corte representaban una parte mínima de la población. Porque si bien es cierto que las condecoraciones se otorgaban a menudo a príncipes extranjeros, a miembros de la corte y a oficiales del ejército, las recibieron también prefectos políticos, caciques indígenas, abogados, médicos, pintores, relojeros, ingenieros de caminos, soldados rasos y hasta barqueros, coheteros, sastres, zapateros y carpinteros.[44] La cruz de San Carlos, cruz latina de esmalte verde, te-

---

la falta de educación formal de las "damas mexicanas". KOLONITZ, 1992, p. 107.

[41] ALGARA, 1938, pp. 45 y 60.

[42] "Suplemento", en *El Diario del Imperio* (10 abr. 1865).

[43] "Gran Cancillería de las Órdenes Imperiales", en *El Diario del Imperio* (1º ene. 1865).

[44] "Gran Cancillería de las Órdenes Imperiales", en *El Diario del Im-*

nía como inscripción el lema del santo patrono de la emperatriz "Humilitas". Se otorgaba tanto a princesas extranjeras o a damas de la corte, como a mujeres que respondían al ideal femenino decimonónico de "Caridad, abnegación y desprendimiento": hermanas de la caridad, preceptoras o profesoras de primeras letras.[45] Maximiliano se proponía quizás crear, alrededor de la institución monárquica, una especie de "meritocracia", fuertemente identificada con su persona.[46] Podemos pensar que ésta fue la razón por la que se estableció que la orden de mayor prestigio fuera una creada por él, y no la Orden Imperial de Guadalupe, asociada con Iturbide y Santa Anna, hecho que molestó mucho a algunos conservadores.[47]

Como hemos visto, la corte representó un mecanismo para afianzar los lazos entre la corona y los miembros de los sectores dominantes de la sociedad, mientras que, a nivel simbólico, rescataba las "aristocracias" de los diferentes momentos históricos del país. Pero, ¿cómo era percibida por esa "aristocracia"? Los antiguos ciudadanos de la República, ¿resentían las formas de la vida cortesana como un exceso de "bordados y ceremonias [...] lujo y [...] arrumaco"?[48] ¿Se sentían abrumados y confundidos por las complicadas reglas de precedencia y de etiqueta? Las exigencias de la vida cortesana podían ser percibidas como una "absurda pretensión", y "causar risa" a algunos observadores,[49] pero no fueron resentidas como una imposición, ajena a las costumbres locales —con la excepción de

---

perio (10 abr., 1º mayo, 16 sept. 1865 y 10 ene. 1866).

[45] "Suplemento", y "Gran Cancillería de las Órdenes Imperiales", en *El Diario del Imperio* (10 abr. 1865).

[46] Robert Duncan, "Political Ligitimation and Maximilian's Second Empire in Mexico, 1864-1867". México: Ponencia. IX Reunión de Historiadores Canadienses, Mexicanos y de los Estados Unidos, 1994, p. 17.

[47] ARRANGOIZ, 1968, p. 604.

[48] ALGARA, 1938, p. 47. El secretario particular del emperador relata cómo, para el primer baile en la ciudad de México, muchos de los invitados llegaron después de que los emperadores ya hubieran entrado, por lo que no se les permitió pasar.

[49] IGLESIAS, 1966, p. 457 y ALGARA, 1938, p. 47.

la puntualidad.[50] Carlota escribió a su amigo el Barón Walter que las mujeres mexicanas, vestidas a la última moda parisina —a la cual eran adictas mucho antes de la llegada de los emperadores—,[51] se veían mejor que las del continente, pues en México había "más vestigios de aristocracia que allá".[52] En un baile, escribió Juana Calderón de Iglesias a su marido, "la diadema de brillantes de la señora de Escandón era mejor que la de Carlota".[53]

El ceremonial de la corte se observaba "con todo rigor",[54] y no sabemos de ningún problema por confusión de precedencias o errores de etiqueta. Esto podía deberse a la habilidad del gran maestro de ceremonias, Francisco Mora, quien publicaba y repartía el ceremonial de cada evento con anterioridad. Pero quizás se debió a que el modelo de urbanidad de la élite mexicana no era tan diferente del que regía en las cortes europeas. Éste era un medio que los mexicanos conocían bien: tantos habían recibido condecoraciones de monarcas europeos que Maximiliano tuvo que promulgar un decreto "a fin de evitar los abusos que pudieran cometerse en el uso de las condecoraciones", estableciendo que las extranjeras no podían portarse sin permiso expreso del emperador.[55] La élite mexicana conocía bien el modelo cultural europeo, y probablemente lo consideraba suyo. Quizás hubo quienes, decepcionados de la vida republicana, percibieron el establecimiento de la corte como un signo de la civilización que iba a traer el imperio para salvar al país de la barbarie. Si bien la esposa de un rico comerciante poblano devolvió el nombramiento de dama de honor porque prefería "ser reina en su casa y no criada en Palacio", dentro de la mayoría de la alta sociedad mexicana,

[50] Blasio, 1966, p. 97.

[51] Kolonitz, 1992, p. 106.

[52] Carta de Juana Calderón de Iglesias a José María Iglesias, 15 de julio de 1865, en AGN, *Fernando Iglesias Calderón*, c. 7, exp. 4.

[53] Carta de Juana Calderón de Iglesias a José María Iglesias, 15 de julio de 1865, en AGN, *Fernando Iglesias Calderón*, c. 7, exp. 4.

[54] García Cubas, 1950, p. 660.

[55] "Parte oficial", en *El Diario del Imperio* (1º ene. 1865).

> [...] en vista del esplendor que Maximiliano daba a su Corte y queriendo todo el mundo pertenecer á ella, desatóse una verdadera fiebre de aristocracia y de nobleza, y era muy rara la familia mexicana que no anduviese en busca de pergaminos, de árboles genealógicos y de escudos de armas, para comprobar que descendía de condes, duques o marqueses.[56]

CEREMONIAS Y SÍMBOLOS: LA FIESTA IMPERIAL

En el mensaje que precedía la proclamación de la primera constitución federal, el Congreso General Constituyente mencionaba que el sistema republicano podía dejar a un lado "los aparatos y ceremonias" que "procuraban imponer á la imaginacion ya que no podían enseñar á la razon".[57] La restauración de un gobierno monárquico hizo a un lado esta "austeridad republicana", trayendo consigo un ceremonial elaborado y brillante. Este ceremonial se desarrollaba de diferente manera en dos niveles distintos: *1*) normas que ordenaban la vida cortesana y daban una forma particular a las relaciones de los emperadores con sus colaboradores inmediatos y *2*) símbolos y ceremonias públicas "hacían visible" el poder a los ojos del "pueblo"; "construían" la relación entre los emperadores y la masa de sus súbditos. Estos dos niveles a menudo se empalmaban, porque el aparato cortesano —con sus carrozas, caballos y desfiles—, era protagonista central de las festividades públicas.

"ORDEN Y REGULARIDAD EN EL SERVICIO":[58] EL CEREMONIAL DE LA CORTE

> Había que desterrar abusos, que imponer prácticas saludables, que mover y cambiar todo [. . .] Los trajes debían de ser de tal manera; los botones eran mejor de este modo que del otro; la

[56] BLASIO, 1966, p. 69.

[57] Mensaje del Congreso General Constituyente a los habitantes de la federación, en *Constituciones*, 1988, t. I, p. 24.

[58] *Reglamento*, 1866, p. 1.

servidumbre debía estar compuesta por gente de tal o cual estatura [. . .] En la misma Corte de Austria se había olvidado pragmáticas muy necesarias [Maximiliano] las pondría en vigor, pues cabalmente guardaba en su poder el ceremonial de Aranjuez en la época de Felipe IV.[59]

En febrero de 1865, Maximiliano escribió a su hermano, el archiduque Carlos Luis, con un orgullo casi infantil: "Nuestro reglamento de corte, un grueso libro impreso, un trabajo inmenso, está también terminado. Me puedo envanecer de haber logrado, sin duda, lo más perfecto que hasta ahora había sido hecho en esta clase".[60] La elaboración de este reglamento representó, sin duda, un trabajo muy concienzudo. El ejemplar que revisamos, impreso por J. M. Lara, es un libro de 574 páginas de texto, más diez de diseños. Especifica 221 precedencias dentro de la corte que incluyen, además de los 44 cargos del personal "activo" de la corte, un número ilimitado de cargos honoríficos como chambelanes, damas de palacio, caballerizos honorarios, capellanes, médicos consultantes y ayudantes de mar y de campo.[61] Para los diferentes tipos de eventos, el reglamento establece qué librea debía ponerse la servidumbre, el color de la corbata de los señores y lo pronunciado del escote de las señoras.[62] Además, las normas de la corte estructuraban las relaciones entre los emperadores y quienes se suponía eran sus allegados más cercanos, y les ponían límites definidos. El gran mariscal sólo podía ver al emperador cuando éste lo llamara, o si le concedía una audiencia, y no podía dirigirse a él mas que por escrito.[63]

Es difícil imaginarnos la función de un reglamento tan minucioso, que norma asuntos que nos parecen hoy superficiales. Para acercarnos a lo que podía representar en la época, y sobre todo para un miembro de una de las más

[59] SALADO ÁLVAREZ, 1985, p. 61.
[60] Carta de Maximiliano a Carlos Luis, 24 de febrero de 1865, en CORTI, 1983, p. 315.
[61] *Reglamento,* 1866, pp. 13-15.
[62] *Reglamento,* 1866, pp. 184, 186, 288, 293, 303 y 322.
[63] *Reglamento,* 1866, pp. 19-22.

antiguas casas reinantes de Europa, es interesante la lectura del reporte que hizo Maximiliano a su hermano Francisco José, la primera vez que visitó la corte de Napoleón III:

> El *diner d'apparat*. . . en que apareció la totalidad de los altos funcionarios y dignatarios, todos en traje de ceremonia, no tuvo en absoluto el carácter de una fiesta imperial [. . .] En conjunto [se] muestra muy buena voluntad para dar a la corte un carácter respetable, pero el mecanismo no marcha todavía bien. Por la soltura que se trata por todas partes de aparentar, se trasluce por todas partes la etiqueta del *parvenu* [. . .] El conjunto produce la impresión de una corte de dilettantes [. . .] No se puede hablar aquí de buen o mal tono porque en esta corte falta toda elegancia.[64]

Maximiliano pretendía no reproducir los errores de Napoleón III al crear una corte "nueva". No quería que la corte mexicana se percibiera como una corte sin tradición, de "arribistas" nuevos en el poder. A través de un ceremonial cortesano estrictamente reglamentado, intentaba infundir dignidad y decoro al gobierno imperial. Carlota quería que los comisarios imperiales, por ser "representantes directos del emperador", portaran el uniforme bordado del cuerpo diplomático, "no para que anden en él como pavos reales, sino para que enaltezca la dignidad de su puesto en medio de los fracs negros de la concurrencia".[65] No se trataba ya, como en el siglo XVII, de la etiqueta como mecanismo determinante de "la verdadera posición de un hombre" dentro de la sociedad.[66] Dentro de la corte imperial mexicana, la etiqueta seguía representando un medio para hacer visible la jerarquía y el prestigio,[67] pero de manera menos totalizante y compleja. Se había convertido en un elemento casi puramente visual y estético. Su función era presentar un espectáculo de orden y majestad

[64] Carta de Maximiliano a Francisco José, mayo de 1856, en CORTI, 1983, pp. 41-43.

[65] Memoria: "De los comisarios imperiales", 22 de enero de 1866, en WECKMANN, 1989, p. 166.

[66] ELIAS, 1985, p. 79.

[67] ELIAS, 1985, p. 76.

que impactara al público. La corte, con los hombres de frac negro y medallas en el pecho, las mujeres enjoyadas, la guardia palatina con sus cascos de plata con "el águila imperial de oro, en el tope, batiendo las alas",[68] toda organizada alrededor de los emperadores, formaba un "golpe de vista" impresionante.[69]

Así, la corte representaba un aparato teatral mediante el cual el gobierno imperial expresaba el poder y la dignidad de los soberanos. Pero el reglamento cortesano reflejaba también una jerarquía. Por esta razón, puede darnos indicios sobre la imagen del gobierno que Maximiliano quería promover. Nos llamó la atención que, en la lista de precedencias, no aparece ningún miembro del clero hasta la quinta categoría —a excepción de los cardenales, que eran de "segunda categoría", y de los cuales no había ni uno en el país, hasta la llegada del nuncio apostólico. En la quinta categoría aparecen "los arzobispos en su diócesis". Lo mismo sucede con las autoridades militares. Sólo en la quinta categoría aparecen "los generales de división en el lugar de su mando".

Con los arzobispos y generales de división estaban los procuradores y magistrados de los Tribunales Supremo y de Cuentas, los presidentes de las Academias de Ciencias y Bellas Artes, y el director de la Biblioteca Nacional. Tenían mayor precedencia los Caballeros Grandes Oficiales del Águila Mexicana y Grandes Cruces de Guadalupe, los consejeros y ministros de Estado, los embajadores y ministros plenipotenciarios, el presidente del Tribunal Supremo y el procurador general.[70] Esto nos permite sugerir que Maximiliano, si bien daba un lugar importante al clero y al ejército dentro de la estructura del imperio, quiso poner de manifiesto, a través de la jerarquía cortesana, su subordinación al poder civil del trono. En la práctica, esta imagen se iba a ver fuertemente alterada por la presencia del ejército francés en México: el mariscal Bazaine y su estado

[68] García Cubas, 1950, pp. 662-663.
[69] Rivera Cambas, 1961, t. III-A, p. 81.
[70] *Reglamento*, 1866, pp. 193-198.

mayor aparecerían, en todas las ceremonias públicas, precedidos sólo por los emperadores.[71] El emperador y el mariscal se presentaban así como dos poderes y dos fuentes distintas de autoridad.[72]

HÉROES Y FIESTAS: LA MITOLOGÍA DEL IMPERIO

Al sentarse "en el trono de Moctezuma",[73] Maximiliano enfrentaba un problema que no era ajeno a los nacientes "estados-nación" europeos: el de afianzar el dominio del "Estado moderno" sobre los nuevos "ciudadanos", muchas veces sin la ayuda de una "tradición". Para Maximiliano, cuya legitimidad como gobernante era cuestionable, la tarea era doblemente compleja.[74] Necesitaba despertar, entre sus nuevos súbditos, un sentimiento de lealtad, de afecto y de pertenencia hacia el "Imperio Mexicano". Este sentimiento, vago e indefinido, tenía que ser lo suficientemente poderoso para que, de Baja California a Yucatán, los mexicanos estuvieran dispuestos a ceder parte de sus ingresos a la hacienda imperial, y a matar y morir por un imperio gobernado por un príncipe rubio y ojiazul.[75] Maximiliano tenía que "inventar", alrededor de la institución

[71] Véanse los planos de colocación de las corporaciones para los *Te Deum* del 16 de septiembre y del 12 de diciembre de 1865. Los emperadores se sentaban a la derecha del altar, sobre el estrado. El mariscal y su estado mayor, a la izquierda del altar, en primera fila. BMNAH, colección Imperio de Maximiliano.

[72] Era una imagen que, como lo demuestran las disputas entre Maximiliano y el jefe de las fuerzas intervencionistas, reflejaba, de manera acertada, la realidad. Véase GARCÍA, G., 1973, vol. 2, pp. 828-830.

[73] Carta de Carlota a Eugenia de Montijo, 18 de junio de 1865, en CORTI, 1927, p. 416.

[74] En su interesante ponencia para la IX Reunión de Historiadores Norteamericanos, Robert Duncan hace una revisión cuidadosa de los medios (administrativos, simbólicos y diplomáticos) que utilizó Maximiliano para legitimar el imperio. Robert Duncan, "Political Ligitimation and Maximilian's Second Empire in Mexico, 1864-1867". México: Ponencia. IX Reunión de Historiadores Canadienses, Mexicanos y de los Estados Unidos, 1994.

[75] Véase, sobre el caso europeo, HOBSBAWN, 1990, pp. 14-24.

imperial, una "comunidad imaginaria".[76] Rituales y símbolos —la "fiesta patria", el escudo y los héroes "nacionales"— representaron, en todo el mundo, instrumentos importantes en el proceso de "creación" de una identidad nacional, pues relacionan al individuo con la "comunidad", a nivel tanto emocional como ideológico.[77] El Estado pretendía afirmar la existencia de una comunidad nacional a través de un lenguaje ritual y simbólico compartido, y al mismo tiempo, legitimar su autoridad e inculcar ciertos valores.[78] ¿Qué símbolos escogió Maximiliano para representar al imperio? ¿Cuáles eran sus "fiestas nacionales", y cómo se celebraban?

¿Cómo se iba a "representar" al imperio? Recordemos que se esperaba que los símbolos nacionales —la bandera y el escudo nacional— despertaran arranques de entusiasmo patriótico. Para afianzarse en el imaginario popular, estos símbolos tenían que responder a las expectativas e inquietudes de la sociedad.[79] Podemos pensar que, por esta causa, Maximiliano incorporó al aparato simbólico del imperio, elementos que estaban ya firmemente arraigados en lo que podríamos llamar el "imaginario nacional" de los mexicanos:[80] los colores de la bandera, verde, blanco y rojo, eran los "de la gloriosa bandera de la Independencia."[81] El escudo imperial era

> [...] de forma oval y campo azul: [llevaba] en el centro el águila del Anáhuac, de perfil pasante, sostenida por un nopal, soportado por una roca inundada de agua y desgarrando a la serpiente: la bordadura [era] de oro cargada de los ramos de encina y laurel, timbrada por la corona imperial: por soportes

[76] ANDERSON, 1991, p. 7.

[77] BEEZLEY, ENGLISH MARTIN y FRENCH, 1994, p. XV. HOBSBAWN, 1983, pp. 263-271.

[78] BEEZLEY, ENGLISH MARTIN y FRENCH, 1994, p. XIX.

[79] HOBSBAWN, 1983, p. 264 y ROBIN, 1985, p. 809.

[80] Jaime del Arenal Fenochio describe la "unánime adopción de la figura del águila sobre el nopal como escudo nacional", en ARENAL FENOCHIO, 1821. Véase COHN, 1983, pp. 165-209.

[81] "Parte Oficial", en *El Diario del Imperio* (1º ene. 1865).

[tenía] los dos grifos de las armas de nuestros mayores [. . .] y por detrás [. . .] el cetro y la espada: [estaba] rodeada del collar de la Orden del Aguila Mexicana y por la divisa: "equidad en la justicia".[82]

Maximiliano intentó dar un sentido nuevo a estos símbolos, para que encarnaran los "ideales" de su gobierno: conciliación y pacificación. Al utilizar estas "imágenes seductoras"[83] en sus discursos, pretendía dar al imperio raíces mexicanas, como lo muestra el discurso que pronunció para la fiesta de la independencia en Dolores, Hidalgo, en 1864:

La bandera tricolor, ese magnífico símbolo de nuestras victorias, se había dejado invadir por un solo color, el de la sangre [. . .] Nuestra águila, al desplegar sus alas, caminó vacilante; pero ahora que ha tomado el buen camino y pasado el abismo, se lanza atraída y ahoga entre sus garras de fierro la serpiente de la discordia.[84]

El emperador, como ya hemos visto, consideraba que era su "noble misión" conseguir la paz y la unidad para un pueblo "fatigado de combates y de luchas desastrosas".[85] Animado por este espíritu de conciliación, y queriendo dar un sello liberal al aparato representativo del imperio, se negó a utilizar símbolos identificados con el partido conservador recalcitrante: la cruz encima de la corona imperial, titularse "emperador por la gracia de Dios" y utilizar el nombre "tan español" de Fernando.[86]

[82] "Parte Oficial", en *El Diario del Imperio* (13 nov. 1865).

[83] RIVERA CAMBAS, 1961, t. II-B, pp. 716-717.

[84] Discurso de Maximiliano el 16 de septiembre de 1864, en ZAMACOIS, 1882, t. XVII, pp. 526-527.

[85] Discurso de Maximiliano a su llegada a Veracruz, en ARRANGOIZ 1968, p. 585.

[86] ARRANGOIZ, 1968, p. 588. Es interesante que algunos grupos siguieron utilizando el escudo con la corona con cruz. Véanse *Esposición*, 1864 y *El seis de julio*, 1864.

Maximiliano se quería, como hemos visto, emperador de todos los mexicanos.[87] ¿Cómo podía lograr esto un príncipe extranjero? Tanto Maximiliano como Carlota pusieron gran empeño en "mexicanizarse". No hablaban más que español, para la desesperación de los miembros del cuerpo diplomático extranjero.[88] Comían mole de guajolote, frijoles, enchiladas y tortillas en las comidas que les ofrecían los pueblos, aunque los "hicieran llorar".[89] En sus viajes al interior del país, Maximiliano vestía el traje de charro "que había llegado a ser distintivo de los guerrilleros juaristas o los 'plateados' ".[90] Carlota escribió que se vestían, comían y montaban a caballo "a la mexicana".[91] Durante la travesía de Veracruz a Mérida, la emperatriz se embarcó en el "Tabasco, pequeño buque de pésimo andar", porque no quería viajar en un barco que no fuera mexicano.[92] No sabemos qué tanto Maximiliano y Carlota lograron que la población mexicana no los identificara como extranjeros. Quizás su popularidad —de la que hablaremos más tarde— reflejaba cómo, hasta cierto punto, habían sido aceptados por la sociedad en general. También es interesante que, en el juicio contra Miguel Miramón, este general argumentara que él no había sido cómplice del emperador en la intervención, sino que se había aliado con él en la guerra civil.[93]

Independientemente de su estatus como extranjero, Maximiliano intentaba, como lo habían hecho también los demás gobiernos del difícil siglo XIX mexicano, crear un consenso "nacional" en una sociedad fragmentada. La idea

[87] Véase la carta de Maximiliano al teniente coronel Van de Smissen, pidiéndole que tratara a los prisioneros republicanos "como hermanos [. . .] [porque] son mexicanos extraviados por la ilusión o la ignorancia, pero mexicanos", en García, G., 1973, vol. 2, p. 242.

[88] Blumberg, 1971, p. 52.

[89] Miramón, 1989, p. 473. Los menús de las cenas de la corte son totalmente europeos. BMNAH, «Imperio de Maximiliano».

[90] Arrangoiz, 1968, p. 591.

[91] Carta de Carlota a Eugenia de Montijo, 3 de febrero de 1865, en Corti, 1927, p. 457.

[92] Blasio, 1966, p. 166.

[93] González Navarro, 1993, p. 521.

de "nación" se va formando a partir de los mitos de una historia "nacional" que adopta el imaginario colectivo: la nación justifica su presente a partir de su pasado.[94] Así, el Estado crea, manipula y difunde una "historia patria" para legitimar y arraigar su autoridad, dándole una "genealogía".[95] No debe sorprendernos que la consolidación del Estado nacional durante el porfiriato se haya visto acompañada de la monumental pieza historiográfica *México a través de los siglos*, que sigue influyendo en el imaginario histórico nacional. ¿Cómo utilizó Maximiliano la historia de México? ¿Quiénes fueron declarados héroes de la patria? ¿Qué sucesos debían conmemorarse?

La "versión imperial" de la historia de México es interesante. Quizás porque como extranjero no participaba de los rencores y resentimientos que habían legado las luchas intestinas del siglo XIX, Maximiliano estaba más dispuesto a abrazar la totalidad de la experiencia histórica de México que aquellos que lo habían precedido —o que lo siguieron— en el poder. Con cierto patriotismo criollo, celebraba la época prehispánica, por sus "triunfos de ciencia y de arte" y sus "genios que se habían encumbrado en muchos puntos a una posición más elevada que la vieja Europa".[96] Si bien decía que la época virreinal había sido "una noche artificial de trescientos años", subrayaba su relación con la Nueva España a través de su descendencia de Carlos V.[97] En lo que toca a la época independiente, el imperio exaltaba tanto la tradición revolucionaria insurgente —enaltecida por los liberales— como la del Plan de Iguala: para la Galería de las Pinturas en Palacio Nacional, Maximiliano encargó a los artistas de la Academia de San Carlos, a través de Santiago Rebull, retratos de los próceres de la independencia: Miguel Hidalgo, Agustín de Iturbide, José María Morelos, Mariano Matamoros, Vicente Guerrero e

[94] BEAUNE, 1985, pp. 9-10.

[95] VAN YOUNG, 1994, p. 346.

[96] Discurso inaugural de Maximiliano en la Academia Imperial de Ciencia y Literatura, en *El Diario del Imperio* (7 jul. 1865).

[97] Carta de Carlota a Eugenia de Montijo, 18 de junio de 1865, en CORTI, 1927, p. 416.

Ignacio Allende.[98] La ciudad de México había querido dedicar un arco de mármol a Carlota. Los emperadores prefirieron que el dinero se invirtiera en un monumento a la independencia: un dado de mármol con una columna de 50 varas de altura, con estatuas de Hidalgo, Iturbide, Guerrero y Morelos.[99] Maximiliano puso la primera piedra de este monumento el 16 de septiembre de 1865, y decretó que se construyera un monumento fúnebre para el "libertador" Iturbide.[100]

Dentro de la exaltación de los héroes de la independencia, nos pareció especialmente interesante el caso de José María Morelos. La erección de su estatua en la plaza de Guardiola fue uno de los pocos proyectos de monumentos públicos que pudo llevar a cabo Maximiliano.[101] Dentro de la visión histórica de Maximiliano, Morelos, el "más valeroso sostén del pendón mexicano,"[102] era lo que podríamos llamar un "portavoz privilegiado". Como líder mestizo, surgido de la "más humilde clase del pueblo", representaba un "México utópico", donde quedaran subsumidas las diferencias ideológicas, étnicas y sociales. Maximiliano, en la inauguración de la estatua, pidió que se dejara entrar a la multitud que se encontraba afuera de la plaza —las entradas de la plaza estaban bloqueadas por soldados—, porque quería "verse rodeado de su pueblo". Su discurso refleja, una vez más, su ideal de integración:

> Celebramos hoy la memoria de un hombre que salió de la mas humilde clase del pueblo [. . .] Representante de las razas mixtas, á que el falso orgullo de los hombres, separándose de los

[98] RAMÍREZ, 1985, p. 69.

[99] ZAMACOIS, 1882, t. XVIII, p. 152. Según Rosa Casanova, en los proyectos para este monumento es la primera vez que se representan juntos, los héroes de la independencia, en URIBE, 1987, p. 149.

[100] Circular de José Fernando Ramírez al Cuerpo Diplomático, septiembre 1865, en WECKMANN, 1989, p. 125.

[101] Ya Mariano Riva Palacio, como gobernador del Estado de México, había mandado hacer la estatua. Carta de Riva Palacio a Manuel Romero de Terreros, 9 de octubre de 1865, en ROMERO DE TERREROS, 1926, p. 88.

[102] *Colección*, 1865, t. VI, Ministerio de Gobernación, p. 155.

preceptos sublimes de nuestro divino Evangelio, no da el aprecio debido [. . .] México tiene la dicha, como país libre y democrático, de mostrar la historia de su renacimiento y de su libertad, representada por héroes de todas las clases de la sociedad humana, de todas las razas que ahora forman una nación indivisible.[103]

Como hemos visto, la "historia oficial" del imperio era más de héroes que de villanos; que procuraba no excluir a nadie. Esta voluntad de integración y de asimilación se puede leer también en las fiestas nacionales del imperio. El 16 de septiembre, el 12 de diciembre, el día de Corpus Christi y el cumpleaños del soberano.[104] Si bien Maximiliano había mostrado cierta ambivalencia ante la adopción del catolicismo como religión de Estado,[105] podemos considerar que designar estas dos fiestas religiosas, nacionales, fue una decisión atinada. La de Corpus, y sobre todo la de la virgen de Guadalupe —que tenía ciertos tonos "nacionalistas"—, eran celebradas por todos los sectores de la sociedad, sin distinción de clase o etnia.[106] Eran celebraciones realmente "nacionales" no en la amplitud de su aceptación, sino en su contenido. En un país desgarrado por la guerra civil se podían aprovechar festividades que, aunque religiosas, dieran cierta imagen de cohesión. Más conflictiva fue la designación del 16 de septiembre como día de la independencia. Maximiliano viajó a Dolores en 1864 para celebrar ahí la independencia, y pronunció un discurso desde el balcón de la casa del cura Hidalgo. Si bien el emperador pretendía conmemorar en una misma fecha "así la primera enunciacion de la idea de independencia, como su completa y gloriosa realizacion",[107] algu-

[103] En ZAMACOIS, 1882, t. XVIII, pp. 171-173. Zamacois se apresura a aclarar que según su fe de bautizo, Morelos era español.

[104] *Colección*, 1865, t. VI, Ministerio de Gobernación, p. 155.

[105] Carta de Carlota a Eugenia de Montijo, 8 de diciembre de 1864, en CORTI, 1927, p. 436.

[106] Véase GONZÁLEZ OBREGÓN, 1957, p. 437.

[107] "Actualidades", en *La Sociedad* (16 sep. 1866). Al parecer, el emperador tenía una aversión al exceso de días feriados, y no quiso cele-

nos conservadores deploraron que se celebrara "un acto tan funesto para México".[108]

¿Cómo eran las fiestas imperiales? ¿Qué se pretendía lograr a través de ellas? Tanto el rito cívico, como el religioso, pretenden reconstituir, a nivel simbólico, la "comunidad". La fiesta imperial era también un espectáculo, cuyo objetivo principal era hacer tangible la magnificencia y el poder del régimen. Maximiliano y Carlota aprovecharon estos despliegues públicos para manifestar que este poder "espléndido" y "solemne" era, además, accesible. ¿De qué manera reaccionó la sociedad a toda esta ostentación? ¿Cuál sería su papel? Además, como ya hemos dicho, la "fiesta patria" representaba, para los que detentaban el poder, una oportunidad de inculcar ciertos valores; de manifestar, a un nivel elemental, lo que consideraban importante dentro de su proyecto de nación. ¿Qué "ideales" eran exaltados en las fiestas del imperio?

Según observadores contemporáneos, las fiestas imperiales fueron de un lujo y de una magnificencia "sin precedente en la historia de estas solemnidades".[109] Quizás el mejor ejemplo fue la entrada de Maximiliano y Carlota a México. En el recorrido de Orizaba a la ciudad de México, pasaron por debajo de 1 500 arcos de triunfo, seis por cada kilómetro de camino, fabricados con plantas y flores, la mayoría de los cuales habían sido hechos por los indígenas de los alrededores.[110] México nunca había estado "tan compuesto y bonito" como lo estuvo para recibir a los emperadores:[111] Maximiliano y Carlota atravesaron las calles centrales decoradas "con esplendor y buen gusto: arcos, templetes, columnas con jarrones y macetas de arbustos y flores naturales; mástiles con banderas, flámulas, lemas y trofeos; cortinas, retratos, cifras, flores y banderas".[112] A

brar la independencia dos veces en un mismo mes. ZAMACOIS, 1882, t. XVIII, p. 138.

[108] ARRANGOIZ, 1968, p. 593.

[109] *Advenimiento*, 1864, p. 262.

[110] LEFÊVRE, 1869, t. I, p. 382.

[111] ALGARA, 1938, p. 19.

[112] *Advenimiento*, 1864, p. 286.

su paso, caía una "lluvia incesante de oro y plata, versos y flores".[113] Se habían preparado "tantas y tantas maravillas", escribió Antonio Riba y Echeverría, que al verlas todos tendrían "que [quedarse] con la boca abierta".[114]

No debe sorprendernos que, con tal espectáculo, asistiera "todo México", simpatizaran o no con el imperio. Los ocupantes de las casas con vista a las calles por donde iba a pasar el cortejo imperial rentaron espacios en sus ventanas.[115] Se dijo que algunos inquilinos habían asegurado la renta de todo un año "con sólo prestar sus balcones".[116] Y toda esa magnificencia, todo ese esplendor, todo ese júbilo organizado tuvo el efecto deseado, aunque quizás se tratara sólo de un delirio momentáneo: nadie podía "recordar esas escenas sin conmoverse".[117] Podemos imaginar que una parte importante de la población, cansada del desorden y de la violencia aparentemente crónicos de la vida política decimonónica, estaba dispuesta a ver en el imperio una oportunidad de volver a empezar. Para el periódico intervencionista *La Sociedad*, la llegada de los emperadores significaba "el tránsito de una de las primeras naciones de América de la anarquía al orden, el principio de una éra que abre nuevas vías a la inteligencia, a la emigracion, al trabajo y al comercio".[118] Pero incluso la señora de Miramón, poco adicta a un imperio impuesto por el ejército francés, escribió que, tras la entrada de los emperadores a México, "todo buen mexicano creyó asegurada la paz y adquirida la felicidad y la Independencia de nuestra patria".[119]

Dentro de este despliegue de luces y oropel, vemos también la preocupación de que las fiestas fueran populares. El

[113] *Advenimiento*, 1864, p. 283.

[114] Carta de Antonio Riba y Echeverría a Manuel Romero de Terreros, 28 de abril de 1864, en ROMERO DE TERREROS, 1926, p. 15.

[115] Véanse los anuncios en el periódico *La Sociedad* (10, 12 y 13 jun. 1865).

[116] *Advenimiento*, 1864, p. 257.

[117] MIRAMÓN, 1989, p. 474.

[118] *Advenimiento*, 1864, p. 5.

[119] MIRAMÓN, 1989, p. 474.

programa para la celebración del 16 de septiembre de 1865 incluía, además de salvas de artillería en la madrugada, un concierto de música militar en el Zócalo, desfiles militares y de la corte, *Te Deum* en Catedral, recepción en la sala del trono, discursos, condecoraciones, y una función de gala en el teatro Imperial, toda una serie de diversiones "para el pueblo:" una corrida de toros, funciones dramáticas "gratis y de obsequio para el pueblo mexicano" en los teatros —los cuales estarían "extraordinariamente adornados, y por la noche iluminados con profusión y elegancia"—,[120] maromas en la Plaza de San Fernando, palos ensebados con prendas de ropa y monedas en tres plazas de la ciudad, bandas de música y globos en los paseos, y fuegos artificiales por la noche. Los emperadores recorrieron toda la ciudad, en un carruaje abierto, a partir de las dos de la tarde.[121]

Así, Maximiliano y Carlota procuraron que se les percibiera como un poder que, a más de todo su brillo, gobernaba "para el pueblo" y que, sobre todo, le era accesible. Durante la fiesta para celebrar la llegada del ferrocarril a San Ángel

> [. . .] el emperador y la emperatriz estuvieron muy amables y corteses. No tomaron los asientos que les estaban preparados, ni ocuparon el dosel; se sentaron en sillas de tule, hicieron que todos se pusieran el sombrero y fumaran.[122]

Las fiestas nacionales y los cumpleaños de los emperadores se celebraban fundando instituciones "útiles", como la Casa de Maternidad, inaugurada en el cumpleaños de Carlota en 1866, o la Academia Imperial de Ciencia y Literatura, inaugurada en el de Maximiliano en

[120] "Diversiones públicas", en *La Sociedad* (15 sep. 1866).

[121] "Ceremonial. Disposiciones generales para la fiesta nacional del 16 de septiembre de 1865", en BMNAH, «Imperio de Maximiliano».

[122] Carta de José Ignacio Palomo a Manuel Romero de Terreros, en Romero de Terreros, 1926, p. 110.

1865.[123] En estos días, inspirado quizás en la tradición del Rey Justicia, el emperador concedía indultos, liberaba presos y repartía limosnas.[124] Y los emperadores no se limitaron a los días de fiesta para fomentar esta imagen de "proverbial accesibilidad":[125] Maximiliano estableció un sistema de audiencias públicas los domingos, "a las que tenía derecho de ser admitido todo mexicano".[126] Paseaban a pie, y no en coche, por el paseo de la Viga "para que el pueblo viera que era él quien interesaba al emperador, y no las carrozas doradas".[127]

¿Cómo reaccionó la "masa" de la sociedad ante estos emperadores que, rodeados de carrozas, vítores y guirnaldas, estaban dispuestos a detenerse y platicar media hora en "la humilde choza de un indígena"?[128] Es obvio que, en las fiestas de la época, el "público" desempeñaba un papel activo, que iba más allá del de mero observador: la decoración e iluminación de las casas corría a cargo de sus dueños; muchos de los arcos de triunfo, como ya hemos visto, eran confeccionados y transportados por habitantes de las poblaciones aledañas. Podemos imaginar que, independientemente de las presiones y manipulaciones que sin duda alguna ejercían las autoridades locales, había, dentro de la fiesta, cierta libertad de acción y de espontaneidad

[123] "Actualidades", en *La Sociedad* (8 jun. 1866). "Parte no oficial", en *El Diario del Imperio* (7 jul. 1865).

[124] Véase la carta de las señoras de Oaxaca, solicitando indulto para Cirilo Mijangos y Juan de la Mata Moreno, "para solemnizar el natalicio tan glorioso de vuestra Majestad", 8 de junio de 1866. El indulto fue concedido. AGN, *Segundo Imperio*, c. 100. En Puebla, para celebrar el cumpleaños de la emperatriz, el 7 de junio de 1864 se liberaron nueve reos, y los emperadores donaron 7 000 pesos para reparar el hospicio, 500 para los hospitales y 500 para repartir entre los pobres. *Advenimiento*, 1864, p. 257.

[125] "Comisión de indígenas", en *El Diario del Imperio* (28 jun. 1865).

[126] "Reglamento para las audiencias públicas", 10 de abril de 1865, en AGN, *Junta Protectora de las Clases Menesterosas*, vol. 4.

[127] Carta de Carlota a Eugenia de Montijo, 28 de marzo de 1865, en Corti, 1927, p. 467. Pensamos también que Maximiliano fue el primer gobernante de México que se preocupó por visitar la provincia para establecer una relación más personal del centro con estas poblaciones.

[128] "Viaje de la emperatriz", en *El Diario del Imperio* (21 nov. 1865).

por parte de la "sociedad civil". Si para la entrada de los emperadores, las calles centrales de la ciudad de México estaban adornadas con una profusión casi inimaginable,[129] había casas de liberales, como las dos pertenecientes a Manuel Romero de Terreros, que no lucían ningún adorno y cuyas fachadas estaban pintadas de negro.[130] En 1864, se celebró el 5 de mayo en la ciudad de México, "lo mismo que en las poblaciones que estaban libres de la presión ejercida por los franceses", con visitas a la tumba del general Zaragoza y un baile al aire libre.[131] Esto nos hace pensar en un Estado que no disponía de los recursos —políticos, económicos y tecnológicos— para controlar el espacio público, sobre todo cuando comparamos las fiestas imperiales con las del porfiriato. El brillo de la fiesta imperial dependía, hasta cierto punto, de la buena voluntad del público, y de su participación. Las del porfiriato, con sus iluminaciones eléctricas, colocadas y controladas por el Ayuntamiento, y sus grandes desfiles didácticos y publicitarios, limitaban el papel del "pueblo" al de mero espectador.[132]

Como hemos visto, las fiestas imperiales eran de una vistosidad sin precedente. Los observadores contemporáneos coinciden en que, donde quiera que iban los emperadores, eran recibidos con demostraciones estrepitosas de júbilo —con la excepción, quizás, del desembarco en Veracruz.[133]

[129] "Es imposible describir el golpe de vista verdaderamente sorprendente que presentaba [la calle de Plateros] [. . .] Millares de vasos de colores que cruzaban de un balcón a otro, ya formando vistosos arcos de variadas luces, ya brillantes arañas de caprichosas formas [. . .] farolitos á la veneciana [. . .], millares de macetas de flores, de banderolas, de blancas colgaduras y de los brillantes cuadros que se ostentaban en todos los balcones [. . .] Nunca se ha visto la Ciudad engalanada de manera tan espléndida". "La Calle de Plateros", en *La Sociedad* (15 jun. 1864).

[130] ALGARA, 1938, pp. 8-9. Romero de Terreros había preferido abandonar el país a vivir bajo el imperio.

[131] RIVERA CAMBAS, 1961, t. II-B, p. 672. Al parecer, los franceses se limitaron a atacar esta celebración en la prensa.

[132] BEEZLEY, 1994, pp. 176-177 y 184-187.

[133] Véanse ALGARA, 1938, p. 14; Mariscal Bazaine en GARCÍA G., 1973, vol. I, p. 448, y José Ignacio Palomo en ROMERO DE TERREROS, 1926, p. 23.

Algunos de esos observadores decían que el entusiasmo popular se debía a que la "desgraciada población" veía en los emperadores la salvación.[134] Otros afirmaban que "á los pobres diablos [los] habían hecho reunir aquí y allá para festejarle, amenazándoles en caso de no hacerlo así, con incendiar sus miserables moradas".[135] Sin embargo, la popularidad de Maximiliano y Carlota entre los sectores más humildes de la sociedad —y sobre todo entre los indígenas— se mantuvo, aun cuando el imperio había perdido gran parte del apoyo de los conservadores y del alto clero. Manuel Rivera Cambas escribió que

> [Cuando viajaba al interior] era saludado Maximiliano a su paso por las poblaciones, con el mismo estrépito que se le mostró desde Córdoba a México, con gritos que parecían de alegría y reconocimiento, y se preparaba todo para que el camino estuviera cubierto de flores, distinguiéndose los indígenas en atestiguar la confianza que tenían en sus soberanos [...] todo lo cual contribuyó a que creyeran que eran muy populares y queridos, puesto que se les hacían ovaciones de tal magnitud.[136]

¿Cómo podemos interpretar esto? Es difícil conciliar la idea de unos emperadores populares con la imagen de una guerra contra la intervención, animada por un espíritu patriótico y popular. Nos sentimos incapaces de proponer una respuesta, si no es para apuntar, quizás, el carácter efímero y engañoso de la "aceptación popular". Carlota demostró ser sensible a esto, cuando escribió a Eugenia de Montijo pidiendo que "no se diera demasiada importancia al entusiasmo de los indios, en el sentido que [se pudiera pensar que] el país necesita menos tropas".[137] Pero si bien podemos suponer que los emperadores fueron aceptados por la población, se rechazaba con vehemencia, en la

[134] ARRANGOIZ, 1968, p. 588.
[135] LEFÊVRE, 1869, t. I, p. 383.
[136] RIVERA CAMBAS, 1961, t. II-B, pp. 711 y 620.
[137] Carta de Carlota a Eugenia de Montijo (10 sep. 1864), en CORTI, 1927, p. 426.

mayoría de las regiones[138] y dentro de todas las clases sociales, a las tropas francesas.[139] Una vez más, la presencia del que Maximiliano llamaba "el ejército auxiliar" iba a alterar la representación que se quería hacer del régimen imperial. La integración del "ejército invasor" a la estructura festiva del imperio daba "un aire de descontento y de desánimo" a "toda aquella festividad [. . .] [a] toda aquella alegría".[140]

Según hemos visto, se pretendía que la simbología del imperio encarnara los ideales del gobierno de Maximiliano, como la conciliación y la regeneración nacionales. ¿Podemos decir que lo mismo sucede con la fiesta? ¿Tiene ésta una función "didáctica" bajo el segundo imperio? Hemos sugerido que el público, en la fiesta imperial, participaba en la celebración, era creador y no mero receptor de imágenes y consignas. Las fiestas bajo el imperio impactaban por su magnificencia, promovían la popularidad de los príncipes, pero no pretendían —y no podían pretender— ser abiertamente "instructivas" o "publicitarias". Una vez más habría que esperar el porfiriato, con sus sofisticados carros alegóricos representando el descubrimiento de América, la independencia, la apoteosis de Hidalgo, el comercio, la fortuna, la instrucción pública y el progreso, para que los desfiles se convirtieran en una colorida lección de historia oficial y en un escaparate para los logros del régimen.[141] Sin embargo, en la fiesta imperial hemos percibido un elemento de tipo "propagandístico", por llamarlo de alguna manera, que se manifestó sobre

[138] Hubo lugares, como Oaxaca, y algunas regiones del norte, donde las comunidades indígenas apoyaron al ejército francés. John A. Dabbs, "The Indian Policy of the Second Empire", en COTNER y CASTAÑEDA, 1958, pp. 113-126.

[139] Mariano Riva Palacio, en ROMERO DE TERREROS, 1926; Carl Kevenhüller en HAMMAN, p. 122; SALM SALM, 1972, pp. 305-306, y MIRAMÓN, 1989, p. 459.

[140] KOLONITZ, 1992, p. 157. Para un análisis de la utilización del ejército en la fiesta nacional, su peligro y su potencial, véase, para el caso de Francia, BOIS, 1991, pp. 505-507.

[141] BEEZLEY, 1994.

todo en las celebraciones de provincia: la exaltación del progreso material, y su identificación con el régimen de Maximiliano.

En provincia, las fiestas nacionales se conmemoraban de manera muy similar a las de la capital, con música, maromas y fuegos artificiales. Sin embargo, hemos notado que además de asistir al *Te Deum*, repartir premios y ofrecer comida y ropa en las prisiones, las autoridades locales aprovechaban la festividad para mostrar al pueblo novedades científicas o materiales cuyo desarrollo promovía el gobierno imperial. En Oaxaca, se celebró el cumpleaños de Maximiliano con una ascensión aerostática, durante la cual el tripulante del globo soltó pabellones tricolores y un perrito con paracaídas. En Tulancingo se abrió el nuevo paseo de Las Hortalizas. En Yucatán, el comisario imperial inauguró el primer "pozo saltante" de la península, y se colocó el primer telégrafo electromagnético.[142]

Este culto a la modernidad y al progreso llegaba a tal punto que la tecnología se celebraba por sí misma. En esta época vemos cómo los instrumentos modernos y las máquinas industriales, estaban dotados de valor estético, y sobre todo, eran percibidos como medios de redención. Para la distribución de premios en la Escuela Imperial de Minería se colocaron, para decorar el patio interior, además de las guirnaldas y flámulas de rigor, "trofeos de productos mexicanos [. . .], aparatos científicos [y] dos magníficas máquinas eléctricas".[143] El imperio quería traer a México, además de paz, industria, caminos, líneas férreas, vapores y puertos,[144] para poner el país "a la altura de la civilización del siglo". Para la inauguración del ferrocarril de Chalco,

[142] Véase "Cumpleaños del Emperador", en *El Diario del Imperio* (15 y 20 jul. 1865). En sus viajes al interior, los emperadores visitaban siempre las fábricas y las obras del ferrocarril. Véase "Viaje de S. M. el Emperador", "Viaje de S. M. la emperatriz", en *El Diario del Imperio* (12 mayo y 20 dic. 1865).

[143] "Distribution des prix à l'école des mines", en *L'Ere Nouvelle* (20 nov. 1865).

[144] Discurso inaugural del emperador en la Academia Imperial de Ciencia y Literatura, en *El Diario del Imperio* (7 jul. 1865).

se hallaba en las calles una multitud de gente de toda condición, repiques, cohetes, música, flores, cortinas y banderas. La locomotora "Emperador Maximiliano, empavesada y cubierta de flores" fue bendecida, así como el camino. Era, como exclamaba Luis Robles, ministro de fomento, "una verdadera fiesta nacional".[145] Podemos imaginarnos el poder de la imagen del ferrocarril como instrumento de civilización en el imaginario de la época, al leer el discurso de Maximiliano con motivo de la inauguración del tramo ferroviario Mixcoac-San Ángel:

> En un país democrático como el nuestro, las líneas férreas y eléctricas son los verdaderos y durables lazos que unen los lugares, que juntan los partidos.[146]

Conclusión

Hemos intentado revalorar como mecanismos políticos, aquellos elementos del segundo imperio —la corte y la fiesta imperial— que podían ser considerados como frivolidades de un gobernante vanidoso. Al realizar este trabajo nos ha llamado la atención el potencial como objetos históricos de manifestaciones como las formas de sociabilidad, fiestas y símbolos. Esto puede aplicarse no sólo en un análisis del imaginario colectivo —terreno resbaladizo en el que tenemos que adentrarnos, si en algún momento pretendemos acercarnos a la comprensión de fenómenos como el nacionalismo—, sino en el análisis de la expresión de procesos políticos y sociales. Como hemos visto, a través del estudio de la corte descubrimos estrategias de formación de redes de alianzas. Los símbolos imperiales, la jerarquía cortesana y la estructura festiva reflejan un ideal de gobierno: la construcción de un imperio moderno, "democrático". El nivel de participación de la sociedad nos

[145] "Actualidades", en *La Sociedad* (9 oct. 1865). "El ferrocarril de Chalco", en *El Diario del Imperio* (9 oct. 1865).
[146] "Actualidades", en *La Sociedad* (8 jun. 1866).

permite entrever el grado de desarrollo del Estado como centro organizador y de control, el carácter de la interacción entre gobernantes y gobernados y la existencia —o inexistencia— de algún tipo de "identidad nacional" consensual. Así, podemos afirmar que, al lado del análisis de códigos, presupuestos y debates parlamentarios, el estudio de fuentes "blandas" como banderas y condecoraciones, fiestas cívicas y, en el caso del segundo imperio, "las farsas de la corte" contribuye a nuestra comprensión de la formación del Estado.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AGN Archivo General de la Nación, México.
BMNAH Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia.

Advenimiento
1864 *Advenimiento de S.S.M.M. Maximiliano y Carlota al trono de México. Documentos relativos y narración del viaje de nuestros soberanos de Miramar a Veracruz y del recibimiento que se les hizo en este último puerto y en las ciudades de Córdoba, Orizaba, Puebla y México.* Edición de *La Sociedad.* México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante.

ALGARA, Ignacio
1938 *La Corte de Maximiliano. Cartas de Don Ignacio Algara, que publica por primera vez con advertencia y notas Don Manuel Romero de Terreros.* México: Polis.

ANDERSON, Benedict
1989 *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* Edición revisada. Londres, Nueva York: Verso.

ARENAL FENOCHIO, Jaime del
1991 "Modernidad, mito y religiosidad en el nacimiento de México", en RODRÍGUEZ, O.

ARNAIZ Y FREG, Arturo y Claude BATAILLON (coords.)
1965 *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Cien años después, 1862-1962.* México: Asociación Mexicana de Historiadores. Instituto Francés de América Latina.

ARRANGOIZ, Francisco de Paula

1968 *México desde 1808.* México: Porrúa.

BAZANT, Jan

1985 *Antonio Haro y Tamariz y sus aventuras políticas, 1811-1869.* México: El Colegio de México.

BEAUNE, Colette

1985 *Naissance de la nation France.* París: Gallimard.

BEEZLEY, William B.

1994 "The Porfirian Smart Set Anticipates Thorstein Velben in Guadalajara, en BEEZLEY, ENGLISH MARTIN y FRENCH, pp. 176-187.

BEEZLEY, William B., Cheryl ENGLISH MARTIN y William B. FRENCH (coords.)

1994 *Rituals of Rule, Rituals of Resistance. Public Celebrations and Popular Culture in Mexico.* Wilmington, Delaware: Scholarly Resources Inc.

BELLESSORT, André

1960 *La société française sous Napoleón III.* París: Librairie Académique Perrin.

BLASIO, José Luis

1966 *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su Corte. Memorias de un secretario particular.* México: Editora Nacional.

BLUMBERG, Arnold

1971 *The Diplomacy of the Second Empire. 1863-1867.* Philadephia, Pennsylvania: Transactions of the American Philosophical Society.

BOIS, Jean-Pierre

1991 "L'armée et la fête nationale", en *Histoire, economie et société* x:4 (cuarto trimestre), pp. 505-527.

Colección

1865 *Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político administrativo y judicial del imperio.* México: Imprenta de Andrade y Escalante, 8 tomos.

COHN, Bernard S.

1983 "Representing Authority in Victorian India", en HOBSBAWN y RANGER, pp. 165-209.

Constituciones

1988 *Colección de constituciones de los Estados Unidos Mexicanos. Régimen constitucional, 1824.* México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público-Miguel Ángel Porrúa, librero-editor, 3 tomos.

CORTI, Egon Caesar Conte

1927 *Maximilien et Charlotte du Méxique, D'après les archives secrètes de l'empereur Maximilien et autres sources inédites, 1860-1865.* París: Librarie Plon.

1983 *Maximiliano y Carlota.* México: Promociones Editoriales Mexicanas.

COTNER, Thomas E. y Carlos E. CASTAÑEDA (coords.)

1958 *Essays in Mexican History.* Austin: University of Texas.

ELIAS, Norbert

1985 *La société de cour.* París: Flammarion.

Esposición

1864 *Esposición de los sentimientos y esperanzas que SSMM han inspirado a los comisionados de los departamentos.* México: Imprenta de Andrade y Escalante.

GARCÍA, Genaro

1973 *La Intervención francesa en México según el archivo del mariscal Bazaine,* México: Porrúa.

GARCÍA CUBAS, Antonio

1950 *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social.* México: Patria.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés

1993 *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970,* t. I. México: El Colegio de México.

GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis

1957 *México Viejo. Noticias históricas, leyendas y costumbres.* México: Patria.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis

1965 ''El indigenismo de Maximiliano'', en ARNAIZ Y FREG y BATAILLON.

HAMANN, Brigitte

1989 *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Kevenhüller, 1864-1867.* México: Fondo de Cultura Económica.

HOBSBAWN, Eric J.

1983 "Mass-producing Traditions: Europe, 1870-1914", en HOBSBAWN y RANGER, pp. 263-271.

1990 *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality.* Cambridge. Londres. Nueva Rochelle. Melbourne. Sidney: Cambridge University Press.

HOBSBAWN, Eric J. y Terence RANGER

1983 *The Invention of Tradition.* Cambridge. Londres. Nueva Rochelle. Melbourne. Sidney: Cambridge University Press.

IGLESIAS, José María

1966 *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México.* México: Porrúa.

KOLONITZ, Paula

1992 *Un viaje a México en 1864.* México: Fondo de Cultura Económica.

KRAUZE, Enrique

1994 *Siglo de caudillos. Biografía política de México.* México: Tusquets Editores.

LÓPEZ SERRANO, Francisco

1969 *Los periodistas republicanos y su participación en la Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.* México: Editorial Libros de México.

LEFÊVRE, Eugène

1869 *Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en Méjico.* Bruselas y Londres, 2 tomos.

LUCA DE TENA, Torcuato

1990 *Ciudad de México en tiempos de Maximiliano.* México: Grupo Editorial Planeta.

MARTÍNEZ BÁEZ, Antonio

1959 *Representaciones sobre la tolerancia religiosa.* México: «Siglo XIX, 4.»

MIRAMÓN, Concepción Lombardo de
1989 *Memorias.* México: Porrúa.

PAYNO, Manuel
1981 *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervención francesa y del imperio, 1861-1867.* México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público-Miguel Ángel Porrúa.

RAMÍREZ, Fausto
1985 *La plástica del siglo de la Independencia.* México: Fondo Editorial de la Plástica Mexicana.

Reglamento
1866 *Reglamento para los servicios de honor y ceremonial de la Corte.* México: Imprenta de J. M. Lara.

RIVERA CAMBAS, Manuel
1961 *Historia de la Intervención y del Imperio de Maximiliano.* Tomos II-B y III-A. México: Academia Literaria.

ROBIN, Régine
1985 "Le culte de Lénine. Réinvention d'un rituel", sobre Nina Tumarkin, *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Rusia.* Cambridge: Harvard University Press, 1983, en *Annales E.S.C.*, XXXX:4 (jul.-ago.), pp. 805-810.

RODRÍGUEZ O., Jaime E. (coord.)
1989 *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation.* Los Ángeles: University of California.

ROMERO DE TERREROS, Manuel
1926 *Maximiliano y el Imperio, según correspondencias contemporáneas que publica por primera vez Don Manuel Romero de Terreros, Marqués de San Francisco.* México: Cultura.

SALADO ÁLVAREZ, Victoriano
1985 *Episodios Nacionales. Santa Anna. La Reforma. La Intervención. El Imperio. La Corte de Maximiliano. Orizaba.* México: Porrúa.

SALM SALM, Princesa Agnes
1972 *Diez años de mi vida (1862-1872). Estados Unidos. México, Europa.* Puebla: Cajica.

El seis de julio
1864 *El seis de julio de 1864 en Guadalajara.* Guadalajara: Tipografía de Dionisio Rodríguez.

URIBE, Eloísa (coord.)

1987 *Y todo por una nación. Historia social de la producción plástica de la Ciudad de México, 1761-1910.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

VAN YOUNG, Eric

1994 "Conclusion: The State as Vampire-Hegemonic Proyects, Public Ritual and Popular Cultura in Mexico, 1600-1990", en BEEZLEY, ENGLISH MARTIN y FRENCH.

WECKMANN, Luis

1989 *Carlota de Bélgica. Correspondencia y escritos sobre México en los archivos europeos, 1861-1868.* México: Porrúa.

ZAMACOIS, Niceto de

1882 *Historia de Méjico, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita a la luz de todo lo que de irrecusable han dado á luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que hasta hace poco, existían en las de los conventos de aquél país.* Barcelona, México: J. Parres y Compañía Editores, 18 vols.

PUBLICACIONES RECIBIDAS, 1995

I. Libros

ANUARIO, *Estudios Sociales.* México: El Colegio de Puebla, 1994, 308 pp. ISBN 968-843-137-0.

Adivinanzas nahuas. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995, 32 pp. ISBN 968-6044-98-1.

ARREGUÍN MAÑÓN, José y Ana TERÁN: *Dos testimonios sobre historia de los aprovechamientos hidráulicos en México.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 120 pp. ISBN 968-496-285-1.

ARRIETA FERNÁNDEZ, Pedro: *La integración social de la Chontalpa: un análisis regional en el trópico mexicano.* México: Universidad Iberoamericana, 1994, 230 pp. ISBN 968-6599-67-3.

BRACAMONTE, Pedro: *Historia de los pueblos indígenas de México. La memoria enclaustrada. Historia indígena de Yucatán, 1750-1915.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 254 pp. ISBN 968-496-262-2.

BOLETÍN Fideicomiso Archivos, Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, *La Institucionalización Revolucionaria* 17, 1994, 32 pp.

CERVANTES, Fernando: *The Devil in the New World.* New Haven: Yale University Press, 1994, 182 pp. ISBN 0-300-05975-2.

Christophe Colomb et la Découverte de L'Amérique. Université de Provence, 1994, 310 pp. ISBN 2-85399-327-2.

CHAMOUX, Marie-Nöelle (*et al.*): *Prestar y pedir prestado. Relaciones sociales y crédito en México del siglo XVI al XX.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1993, 248 pp. ISBN 968-496-233-9.

DE VOS, Jan: *Historia de los pueblos indígenas de México. Vivir en frontera. La experiencia de los indios de Chiapas.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 314 pp. ISBN 968-496-261-4.

DEHOUVE, Danièle: *Historia de los pueblos indígenas de México. Entre el caimán y el jaguar.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 210 pp. ISBN 968-496-260-6.

DODGE, Meredith D. y Rick HENDRICKS: *Two Hearts, One Soul. The Correspondence of the Condesa de Galve,* 1688-1696. Albuquerque: University of New Mexico Press. 1993, 272 pp. ISBN 0-8263-1419-8.

Del Caribe. Santiago de Cuba, núms. 20, 22 y 24, 1994. ISSN 0864-1331.

GARIBAY V., Ricardo y Luis ABOITES AGUILAR: *Las otras aguas.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 114 pp. ISBN 968-496-266-5.

GAYOL, Roberto: *Dos problemas de vital importancia para México. La colonización y el desarrollo de la irrigación.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 114 pp. ISBN 968-496-258-4.

GÓMEZ ZEPEDA, Ignacio: *Historia de las unidades de riego. Memorias de un soñador.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 90 pp. ISBN 968-496-286-X.

GONZÁLEZ MUÑOZ, Victoria: *V Centenario del Descubrimiento de América. Cabildos y grupos de poder en Yucatán (siglo XVII),* 1994, Sevilla, 372 pp. ISBN 84-7798-106-X.

GREENBERG, James B.: *Guía a los Documentos para la Historia Mixe.* Oaxaca: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1993, 154 pp.

GRUNBERG, Bernard: *L'Univers des conquistadores. Les hommes et leur conquête dans le Mexique du XVI[e] siécle.* París: Éditions L'Harmattan, 1993, 416 pp. ISBN 2-7384-2325-6.

HERRERA Y LASSO, José: *Apuntes sobre irrigación. Notas sobre su organización económica en el extranjero y en el país.* México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 242 pp. ISBN 968-496-256-8.

JACKSON, Robert H.: *Indian Population Decline. The Missions of Northwestern New Spain, 1687-1840.* Albuquerque: University of New Mexico Press, 1993, 230 pp. ISBN 0-8263-1505-4.

JOSEPH, Gilbert y Daniel NUGENT: *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico.* Durham, North Carolina: Duke University Press, Durham y Londres, 1994, 432 pp. ISBN 0-8223-1467-3.

KROEBER, Clifton B.: *El hombre, la tierra y el agua. Las políticas en torno a la irrigación en la agricultura de México, 1885-1911.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 332 pp. ISBN 968-496-271-1.

LEÓN-PORTILLA, Miguel: *Estudios de cultura náhuatl.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, vol. 23, 412 pp.

LUDLOW, Leonor y Jorge Silva RIQUER: *Los negocios y las ganancias de la Colonia al México Moderno.* México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1993, 506 pp. ISBN 968-6914-06-4.

MALLÓN, Florencia: *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru.* Berkeley y Los Ángeles, California: University of California Press, 1995, 472 pp. ISBN 0-520-08505-1.

MARTÍNEZ, Hildeberto: *Codiciaban la tierra. El despojo agrario en los señoríos de Tecamachalco y Quecholac (Puebla, 1520-1650).* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 306 pp. ISBN 968-496-277-0.

MATÍAS ALONSO, Marcos (comp.): *Rituales agrícolas y otras costumbres guerrerenses (siglos XVI-XX).* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 182 pp. ISBN 968-496-268-1.

MEYERS, William K.: *Forge of Progress, Crucible of Revolt. Origins of the Mexican Revolution in La Comarca Lagunera, 1880-1911.* Albuquerque: University of New Mexico Press, 1994, 294 pp. ISBN 0-8263-1470-8.

NIBLO, Stephen R.: *War, Diplomacy, and Development. The United States and Mexico 1938-1954.* United States of America: Library of Congress Cataloging-in-Publication Data, 1995, 320 pp. ISBN 0-8420-2550-2.

PALACIOS, Leopoldo: *El problema de la irrigación.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 94 pp. ISBN 968-496-257-6.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo: *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo.* México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 218 pp. ISBN 968-496-280-0.

REGINO, Juan Gregorio: *Alfabeto mazateco.* Oaxaca: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1993, 66 pp. ISBN 968-6951-06-7

RUZ, Mario Humberto (ed.): *Semillas de industria.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 266 pp. ISBN 968-496-270-3.

El Tlacuache. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995, 28 pp. ISBN 968-6044-99-X.

TORRES BAUTISTA, Mariano E.: *La familia Maurer de Atlixco, Puebla.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, 258 pp. ISBN 968-29-6061-4.

WEBER, David: *The Spanish Frontier in North America.* New Haven, Londres: Yale University Press, 1992, 580 pp. ISBN 0-300-05917-5.

ZAVALA, Silvio: *Ensayos iberoamericanos.* México: Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, 1993, 164 pp. ISBN 968-6843-24-8.

NORMAS DE LA REDACCIÓN

1. Los autores enviarán DOS ejemplares de su colaboración: el original y una copia.

2. Los textos (incluyendo notas, citas y referencias bibliográficas) deberán estar mecanografiados en negro, a doble espacio, en papel tamaño carta (21.5 × 28 cm), con márgenes de 3 cm en los cuatro lados, con paginación consecutiva y no deberán exceder de 40 páginas.

3. Todas las ilustraciones y gráficas deben estar preparadas para reproducción y numeradas consecutivamente. Irán en páginas separadas y su colocación en el texto se deberá indicar claramente.

4. Los cuadros y tablas se numerarán de modo consecutivo y su colocación en el texto se señalará claramente. Cuando su extensión lo requiera irán en páginas aparte.

5. Las notas se reducirán al mínimo, siguiendo el formato establecido por *Historia Mexicana.* Las notas irán al final del texto, con paginación corrida, antes de la bibliografía; estarán numeradas consecutivamente con números arábigos volados.

6. Todas las siglas y referencias que aparezcan mencionadas se incluirán completas al final del texto, en orden alfabético, en la sección SIGLAS y REFERENCIAS; la paginación será corrida. En todos los casos se deberá seguir el formato ya establecido por *Historia Mexicana.*

7. El nombre del autor y el de la institución a la que pertenece se deberán indicar claramente. En los artículos, estos datos se colocarán al comienzo del texto, a la derecha, después del título; en los testimonios, notas, reseñas, etc., irán al final del texto, a la derecha.

8. No se admitirá ninguna colaboración que no se atenga a estas *Normas.* La Redacción se reserva el derecho de corregir o ajustar el texto, en tanto no se altere su sentido.

9. La Redacción acusará recibo de los originales en un plazo de quince días hábiles a partir de su recepción. La aceptación de cada colaboración dependerá de la evaluación confidencial de dos especialistas anónimos. De acuerdo con ésta, la Redacción decidirá sobre la publicación e informará a los autores en un plazo menor de un año.

10. Para evitar costos extra de impresión, no se aceptará ningún cambio en el texto después de aprobada la colaboración.

11. En ningún caso se devolverán los trabajos recibidos por *Historia Mexicana.*

12. Historia Mexicana no publica colaboraciones que hayan aparecido o estén por aparecer en otras publicaciones.

ADVERTENCIA: se solicita que las editoriales y los autores que deseen enviar libros para reseña, lo hagan a la Redacción de la revista. Para tal fin se requieren DOS ejemplares de cada libro. Toda obra aparecerá citada anualmente en una lista de *Publicaciones Recibidas.*

Sara Reséndiz, secretaria, colaboró en la preparación de este número.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Fernando ALANÍS: *Los extranjeros en México, la inmigración y el gobierno: ¿tolerancia o intolerancia religiosa?, 1821-1830*

Edward N. BEATTY: *Invención e innovación: ley de patentes y tecnología en el México del siglo XIX*

David BRADING: *Francisco Bulnes y la verdad acerca de México en el siglo XIX*

Frédérique LANGUE: *Hombres e ideas de la Ilustración en dos ciudades consulares, Caracas y Veracruz*

Rafael SAGREDO: *Actores políticos en los catecismos patriotas y republicanos americanos, 1810-1827*